



FÉLIX PAL

LA GLORIA DE
JUANCITO



TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy



LA GLORIA DE JUANCITO

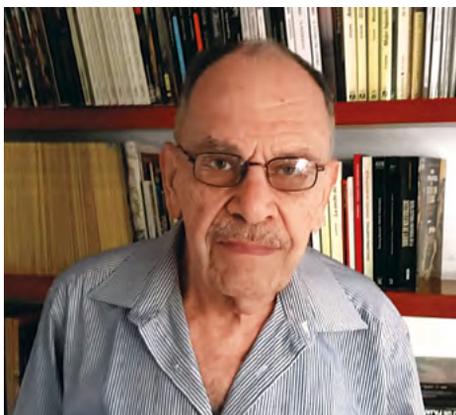
FÉLIX PAL

Aquí se cuentan los avatares de las existencias de quienes transitaron tiempos difíciles, cuando, influidos por la época, experimentaban altos y bajos, sinsabores y alegrías, odios y amores, dramas silenciosos, en las diferentes etapas que el destino les deparó. El relato comienza en los agitados momentos que precedieron a la oscuridad de la dictadura en Argentina, a través de sus personajes continúa tanto en el país como en el exilio mientras dura aquella pesadilla y prosigue cuando la sociedad lucha para recuperarse del calvario y sostener a la por momentos tambaleante democracia que, lentamente, intenta reparar u olvidar sus heridas. Hay figuras cuya capacidad de adaptación es envidiable, una de ellas es Juancito, ese que, trepando con éxito oculta sus carencias y sus canalladas. También podemos encontrar a los cándidos que se convierten en cómplices o su compañía, consciente o incauta. En todo caso, casi puede asegurarse, sin temor al desacierto, que la política, la televisión y las redes, nos han brindado a todos, esclarecedores ejemplos de que nuestro hombre no es excepcional. Y también en sentido inverso, con alivio, podemos apreciar la honestidad, la hidalga abnegación y hasta el sacrificio de otros contemporáneos que lucharon por los mejores valores de la sociedad. El texto se centra en la cotidianeidad de esas vidas que transcurren en una época y una comunidad, alteradas por una amenazante inestabilidad.

TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy

FÉLIX PAL



Nació el 29 de agosto de 1934 en el Hospital Israelita de Buenos Aires. Sus padres vivían en el difuso límite entre el Once y el Abasto, en Ecuador entre Sarmiento y Corrientes en la Ciudad de Buenos Aires. Se recibió de médico en 1959 para luego dedicarse a la especialidad de Alergia e Inmunología. Durante el transcurso de su carrera fue desarrollando una perspectiva humanística que lo llevo a interesarse en la relación del ser humano con su cultura. Hace muy pocos años empezó a escribir. Publicó *Un día como cualquier otro* (Editorial Topía, 2018) y *El dilema de Eduard Bloch. El médico judío de la familia Hitler* (Editorial Topía, 2024).



Colección AUTORES HOY

Diagramación E-book: Mariana Battaglia

Imagen de tapa: Montaje sobre fotografía de una esquina militarizada: Una escena de la vida cotidiana en la ciudad de Buenos Aires, esquina Miró y Av. Rivadavia, 17 de septiembre de 1976.

Pal, Félix

La gloria de Juancito / Félix Pal. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Topía Editorial, 2025.

Libro digital, EPUB - (Autores hoy)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-6702-03-6

1. Narrativa. 2. Ficción General. I. Título.

CDD A860

© Editorial Topía, Buenos Aires 2025.

Editorial Topía

Juan María Gutiérrez 3809 3º "A" Capital Federal

e-mail: editorial@topia.com.ar

revista@topia.com.ar

web: www.topia.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

LA GLORIA DE JUANCITO

FÉLIX PAL

TopiA

EDITORIAL

Colección Autores Hoy

INDICE

Capítulo I

La ansiada meta

Capítulo II

Lejanos antecedentes

Capítulo III

La Universidad los prepara

Capítulo IV

En Europa reina la paz

Capítulo V

Cabalgando entre dos mundos

Capítulo VI

Europa es un recuerdo,
América la renovada esperanza

Capítulo VII

El destino destapa las ollas y tuerce el rumbo

Capítulo VIII

Cada cual atiende su juego

A mis hijas Daniela y Valentina.

A mi yerno Damián di Primio, al que siento como otro hijo.

A mis tres nietos, Catalina, Juliana y Bruno, con los que tengo una casi increíble relación, colmada de cariño e intercambio.

Este relato no existiría si la suerte no me hubiese regalado la compañía y el apoyo incondicional de mi compañera en la vida Marta Maier.

A Enrique Carpintero que impulsó la edición de este texto.

CAPÍTULO I

LA ANSIADA META

Era un día gris y frío en Boston.

Se acercó lentamente al estrado, el trecho a recorrer era breve, en el ambiente se percibía con claridad la expectativa generada por su figura. Caminó con paso seguro y los brazos ligeramente alzados, todo su cuerpo así como su incisiva mirada, destilaban firmeza. Simultáneamente, su actitud y sus gestos comunicaban comprensión y agradecimiento.

Había llegado el día de su definitiva consagración, se hallaba en la cima, lo había logrado. Cuatro mil gastroenterólogos provenientes de todos los rincones del planeta, congregados en el Congreso Mundial de la especialidad que él presidía, aplaudían. Además del batir de las palmas, el destinatario imaginaba percibir aclamaciones.

Por primera vez una persona ocupaba, al mismo tiempo, la presidencia del evento y de la Asociación Internacional que congregaba a los dedicados a tal materia. Semejante honor parecía poner fuera de toda duda sus méritos. Hinchido de vanidad, expresándose en inglés con bastante fluidez pero con indudable acento mendocino, sus palabras se extendieron en alabanzas al esfuerzo de sus colaboradores y acerca de la responsabilidad que los cargos que ostentaba significaban para él y para su país.

Con vehemencia y dirigiendo la vista hacia el sector que ocupaban sus representantes, agradeció la generosa asistencia de los laboratorios farmacéuticos que habían contribuido al éxito de la convención.

A renglón seguido, resaltó la importancia de las conferencias magistrales y los debates que seguirían a cada exposición, remarcando claramente el impacto que todo ello tendría para el progreso de esa rama del saber médico. Luego recordó a su padre, un facultativo de provincias que lo precedió en el ejercicio de la misma especialidad y en otros tiempos había tenido el mérito de dotarla de prestigio y difusión. Esbozó, por último, el ambicioso proyecto de investigaciones clínicas y epidemiológicas que se proponía impulsar.

Antes de dejar el atril, paseó su mirada por el gran salón, mientras la concurrencia expresaba su moderada aprobación. Era el último intento de grabar en su retina la grandiosa imagen que el destino le regalaba.

CAPÍTULO II

LEJANOS ANTECEDENTES

Si algo no le faltó, fueron las ventajas que su acomodada familia le proveyó. Tuvo la mejor educación que Mendoza podía brindar por aquellos años. Los jesuitas se esforzaron por sembrar en su espíritu los cimientos necesarios para conducirlo por el camino de una búsqueda rigurosa de la verdad. En realidad, el colegio de San Ignacio batalló por moldear su alma rebelde, trató por todos los medios que cultivase el arte de la templanza o por lo menos del disimulo, dado su natural carácter arrebatado, frontal en ocasiones, sinuoso a veces. Intentó convertirlo en un discípulo que contribuyese al buen nombre de la Compañía, el modelo del cristiano ejemplar.

Juancito Correa Laguzzi supo enseguida del respeto mezclado con temor que su padre suscitaba en los demás y de la admiración que otras mujeres decían tener por su madre, heredera de la finca de su abuelo, poderoso productor vitivinícola.

Tan fuertes respaldos apuntalarían sus ambiciones, todos los caminos parecían abrirse a su paso. En el afán de estimularlo, el padre mezcló exigencia, distancia y todo tipo de apoyos para que sorteara sin obstáculos y con calificaciones aceptables los pasos previos a la universidad. Era evidente que pretendía facilitarle el camino para un rápido progreso en la profesión, pues, como sus hermanos no mostraban ambiciones académicas, Juancito era su esperanza. El único que parecía dotado de las condiciones requeridas para pretender ser el heredero de la corona.

Niño inquieto, provisto de una voluntad llamativa, Juancito encontró el camino para la consumación de sus caprichos, situándose entre un padre exitoso al que percibía alejado y severo, y una madre apegada a las normas conservadoras de la sociedad provinciana. Ella se preocuparía más por el bienestar y sobre todo, la correcta conducta de sus hijos, que por conocer sus íntimas inquietudes y necesidades.

El entorno proveyó a Juancito de un temprano entrenamiento, moldeó un estilo que repetiría, con aparente suceso, casi toda su vida y, sobre todo,

lo encaminó a la conquista de los fines que ocupaban su imaginación, sin despreciar modo alguno de lograrlo. Desde sus primeros años consolidó una manera práctica de eliminar cualquier vestigio de vergüenza o culpa por las malas artes con que obtenía su objetivo. La embriaguez del éxito ocupó desde temprano una ancha faja del espacio destinado a sus sentimientos. Cada vez con más intensidad, el logro de un deseo daba lugar al nacimiento de una nueva necesidad. Sus ansias no se detenían en escalón alguno pues este, instantáneamente, se convertía en plataforma para un nuevo lanzamiento. No fue necesario mucho tiempo para que esta peculiaridad se instalara en él como su conducta distintiva, característica de la que jamás tuvo cabal conciencia y, por lo tanto, nunca lo molestó. De mente ágil, su natural inteligencia fue así derivando hacia una turbia zona de audacia ladina. De ser necesario lograba sorprender a los demás ocultando sus propósitos. Con el tiempo, aprendería intuitivamente el arte sutil de la manipulación. La familia sería su primer escenario. Su hermano mayor Enrique y la menor Julia, pronto aprendieron a desconfiar y buscar en sus propuestas, aparentemente inofensivas, la finalidad oculta que podría perjudicarlo a él, o simplemente pretendía burlarse de la ingenuidad de ella. Tales invitaciones frecuentemente disimulaban un propósito cuya consumación podía ser brutal, inmisericorde. De este modo ellos pagaron, con frecuencia en carne propia, las penitencias y reprimendas por él merecidas. Juancito gozaba y se satisfacía por partida doble, la derivada de la realización de la travesura por una parte y el deleite brindado por la humillación del hermano inocente por otra.

- No le den de comer langostas al gato-ordenó la madre al comprobar la creciente obesidad del felino. Los niños, testigos de los esfuerzos del animal para cazar a estos insectos a los que ingería con sumo placer, se habían dado a la tarea de abastecerlo con gran cantidad de ellos totalmente inermes, pues previamente les quitaban las grandes patas que utilizaban para impulsarse.

Como dieta encerraba sus peligros, porque era suministrada a un ser cada vez más sedentario y contenía un exceso de grasas. Juancito, sigilosamente, sin audacia, pero con astucia, ocultándose de la vista de todos, siguió con el divertido juego, fingiendo siempre estar muy preocupado por la salud de la mascota preferida de su madre. Hasta que el gato murió, colmado de satisfacción. La investigación posterior, a semejanza

de muchas acciones de la justicia, trátase de la ordinaria o la emanada de un tribunal familiar, determinó fehacientemente la culpabilidad de Enrique y Julia.

A Juancito le molestaba mucho más que a los otros niños perder en algún juego, tanto con sus hermanos como con ocasionales amiguitos. Él trataba de disimular sus frustraciones, no toleraba que los demás las percibieran. El camino a las trampas apareció pronto, pero estas tuvieron vida corta. Era descubierto cada vez más frecuentemente, esto provocó que a la larga tomara la decisión extrema de no participar más de las competencias, fingiendo desinterés. Jamás se permitía manifestar irritación o desilusión. Por lo tanto, aprendió, ya en su infancia, a no mostrar el menor abatimiento ante los reveses. ¿Qué haría con ellos? Muy sencillo, se desentendería, no solo ante los demás. Sin proponérselo explícitamente, sin formar parte de ningún plan, ocultos también para él, los contratiempos pasarían a formar un gran vacío, una nada. Sus hermanos le ofrecieron el primer peldaño en la larga ascensión por la ardua cuesta de la percepción de las debilidades ajenas, no lo motivaba intención caritativa alguna, sino el afán de usar dicha cualidad para manipular o simplemente, con menor frecuencia, para dañar. Enrique, un niño sosegado, pero de carácter enérgico, como defensa ante sus tretas desarrolló una estrategia de pocas palabras y hechos contundentes. A medida que crecían diferenció su círculo de amigos y compañeros de juego, logrando mantener a distancia a un Juancito que tampoco congeniaba demasiado con ellos, los encontraba aburridos. La gran frustración de Julia fue la imposibilidad de lograr una relación armoniosa y cariñosa con el hermano dos años mayor que ella. De una u otra manera éste se encargaba de hacerle sufrir agresiones o desengaños.

Encontró fácil seducir a algunas maestras. Con otras, más avisgadas, debió esforzarse en el estudio, le sobraban mañas, pero era inteligente. Carismático líder del grupo de amiguitos de familias respetables de Mendoza, que constituían su mundo, fue el cerebro de hazañas inofensivas al principio, pero que fueron tomando cuerpo con el paso del tiempo. De tocar algún timbre, para gozar desde la vereda de enfrente el gesto confuso del que a continuación se asomaba sin poder divisar a nadie; hasta el desinflar dos neumáticos del auto de un maestro no muy querido, para solazarse a lo lejos, escondidos, de la desazón del damnificado.

Buen alumno en el colegio primario, no logró ser el mejor, aunque escoltó la bandera en algunos actos conmemorativos de fechas patrias. Si sufrió por no haber sido el abanderado no podemos saberlo, solo intuirlo, porque con nadie comentó el hecho. Su madre introdujo el tema aprovechando una reunión con el director del colegio.

- Padre, quizá usted lo puede tomar como una imprudencia, pero quiero hablarle de Juancito.

-¿Qué le preocupa Magdalena?

-No tengo quejas respecto a sus notas, es un buen alumno. El asunto que quiero comentarle, a pesar de que él no me ha dicho una palabra, es el hecho de que nunca ha llevado la enseña nacional en una ceremonia.

-Hablaré con el padre Miguel que este año está a cargo del curso, es él quien luego de reunirse con los distintos profesores, decide la calificación de los estudiantes. Algo me comentó sobre ciertas conductas de Juan.

-Pero si todavía es un niño.

-Todos sus compañeros lo son Magdalena, la tendré al tanto.

Largos años de magisterio y otros tantos de confesionario, habían dotado al padre Miguel de ciertas habilidades, propias de un psicólogo. No tardó en advertir en Juancito un trasfondo inquietante, cubierto por una fachada que él se esforzaba por presentar impecable. Llegaron a sus oídos rumores sobre picardías que excedían las que eran habituales en sus discípulos y, lo más alarmante, advirtió que fácilmente se convertía en líder de ciertos grupos. Además, el sacerdote pudo observar que una vez consolidado como cabecilla, lograba mantenerse a distancia de las acciones más riesgosas y comprometidas. Si en cierta oportunidad lo sorprendió pintando con tiza el respaldo del sillón del maestro, lo impresionó la sangre fría con que Juancito recibía la reprimenda para proceder después a seguir la directriz recibida, limpiando el lugar sin mostrar el menor atisbo de irritación. Luego, se las ingeniaba para que su madre minimizara el hecho y sobre todo se lo ocultara a su padre. Pasado el mal momento, no parecía arrepentido ni contrariado, dando la sensación de que guardaba las energías para una próxima tropelía, inmune a las consecuencias. Sin presionarlo, el director del colegio puso al padre Miguel al tanto de las aspiraciones de la señora Magdalena Laguzzi de Correa. Pero, fiel a su costumbre el padre Miguel fue justo; no se dejó influir y dejó a Juancito en el sitio correspondiente a sus méritos.

No mostró entusiasmo por las prácticas deportivas que el colegio estimulaba; podríamos pensar que para no verse obligado a competir y, por lo tanto, sufrir alguna derrota o, quizás, porque no sentía atracción por ese tipo de actividades. Fue así que su participación se limitó, básicamente, a cumplir lo exigido por el plan de estudios.

En la etapa que medió entre el final del colegio primario y su ingreso a la escuela secundaria, comenzó a asomar una característica que lo acompañaría el resto de sus días; su gusto por la juerga y los chistes groseros en determinadas compañías y circunstancias. Por pura conveniencia, en otros ámbitos, este rasgo trocaba a otro en el que exhibía extrema seriedad y compostura. Tal modalidad, que se acentuaría con el paso del tiempo, por momentos lo convertía en un personaje difícil de catalogar, desconcertante para espíritus frívolos.

Ser a todas luces el líder natural de la barrita de compinches que conformaban un bullanguero grupo que se destacaba en el colegio, más por sus reprochables acciones que por sus inclinaciones culturales o su contracción al estudio, no impidió que desde los primeros grados entablara amistad con Jorge Salvatierra. Se trataba del hijo de un periodista y una maestra que aparentaba ser su contracara. Juancito se sintió atraído por su personalidad diferente desde que descubrió que a este compañero no lo desvelaba sacar ventaja, en el terreno que fuera, como tampoco aprovecharse de su mayor ilustración, fruto de una evidente avidez por el saber. Pronto detectó Juancito la posibilidad de utilizar los conocimientos que Jorge adquiriría gracias a las horas que dedicaba al estudio o la lectura. Este muchacho aparentemente serio pero vivaz, no tenía empacho en dedicar tiempo y esfuerzos para explicarle a su amigo lo que fuere menester. Largas caminatas bordeando las acequias en las luminosas tardes mendocinas, brindaron el contexto que permitió consolidar esta singular confraternidad. Jorge jamás criticaba ante nadie las fechorías de Juancito, a lo sumo cuando algo le molestaba, se lo decía a solas y con mucha suavidad, tacto y hasta podríamos decir cautela. Parecía asumir como un inconveniente menor, con pertinaz, obstinada constancia, la conducta desarreglada de Juancito. De algún modo asumía que el tiempo y la paciencia pondrían las cosas en orden. Este hijo único, que era el exclusivo confidente de sus angustias y temores, lo adoptó como el hermano que la vida no le había dado.

Los tiempos estaban cambiando. La sexta década del siglo traería novedades perturbadoras de las costumbres que más temprano que tarde se harían sentir en la lejana y mojugata sociedad mendocina. En esa época los padres personificaban figuras distantes para los niños que llegaban a la adolescencia. Los gestos cariñosos sólo ocasionalmente podían matizar la severidad en el trato, actitud que se presumía el condimento indispensable para una buena educación. De este modo, los jóvenes sólo contaban con parciales y distorsionadas referencias relativas al ámbito de la vida adulta. Toda mención al sexo era puntillosamente omitida en el trato familiar y reiteradamente censurada y satanizada en el aula, sobre todo en los colegios religiosos. Como fuente adicional de información, las películas que se podían ver en los cines o la incipiente televisión, sólo ofrecían versiones superficiales y nimias de estas cuestiones.

Juancito y Jorge reflejaban en sus fantasías las leyendas que circulaban en el ambiente escolar; interpretaciones retorcidas respecto al erotismo, absurdas, muchas veces brutales. Al no tener ningún contacto con compañeras en el aula, salvo en el caso de que en la familia hubiera hermanas o a lo sumo primas de edades parecidas, percibiendo a la madre como un ser asexuado y en muchos aspectos sagrado y distante; para no pocos la mujer era un misterio y muchas veces una amenaza.

Juancito presumía ante su amigo de poseer una vasta experiencia en esta materia, conocimiento adquirido por la observación de los genitales de su hermana, hazaña consumada mediante subterfugios y pretextos antojadizos a los que la cohibida Julia cedía.

Las cosas parecieron complicarse cuándo, en el círculo de sus cómplices de correrías, pretendió exhibir sus presuntas dotes de versado en el tema. Los amigos pusieron en duda su relato y le exigieron una prueba. Puesto en el brete, no encontró mejor salida que averiguar los datos de una prostituta y hacer pública su futura hazaña. La proeza se llevaría a cabo en la casa de unos tíos, aprovechando un feriado durante el cual éstos se ausentarían. Así fue como se encontró en el dormitorio con una jovencita de apariencia desenvuelta que rápidamente se quitó blusa, corpiño, pollera, bombachas y zapatos, se introdujo ágilmente en la cama y se acostó de espaldas con los muslos abiertos. Él la miró como si esperara alguna indicación, la chica lucía seria, demasiado experta para su edad. Tratando de no aparentar sorpresa alguna y

mucho menos titubeos, poco le costó desvestirse para consumir esa, su primera relación, esforzándose por mostrar fría suficiencia. En realidad, le fascinaron sus senos y la acarició con cierta brusquedad, excitado, pero sin abrir la boca. Mientras se vestían, él se cuidó de mostrar entusiasmo o satisfacción. Pagó apresurado a la niña por los servicios y salió al encuentro de la barra con aires de consumado ganador. Como dinero no le faltaba, a partir de ese día su trato con prostitutas fue frecuente y proseguiría en el futuro, aun cuando tuviese una pareja estable. La entrega a cambio de dinero le produjo esa primera vez y le continuaría provocando ulteriormente, una muy especial satisfacción. Sentía que tales transacciones lo acercaban a una dicha comparable a la experimentada, luego de una lucha encarnizada, por un guerrero triunfal, invencible.

La Moncha fue la primera mujer que se entregó a sus deseos enamorada por él. Se conocieron en un baile, un asalto, el apelativo que recibían en aquellos tiempos esas reuniones de jóvenes que coqueteaban con la seducción y apelaban a la danza para encubrir la necesidad de contacto. La luz mortecina y la música melódica que todavía no había sido totalmente suplantada por el rock y los Beatles, daban marco al juego erótico. La Moncha se sintió conducida por una muy agradable senda. Deslumbrada por su virilidad y el discurso seguro que destilaba con elocuencia, se encontró con él en la cama, exaltada, ardiente, casi inconsciente; fue su primer hombre, el que la condujo a fantasear con todo tipo de ilusiones. Llegó a imaginar venideros tiempos compartidos. Para su pesar, Juancito la halló menos atractiva y versada en los juegos amorosos que las putas que conocía, además pertenecía a una clase social inferior. Por más linda que fuese él buscaba o creía merecer otra cosa.

Tiempo después se encontró con Isabel que se convertiría en su novia oficial. Con ella no la tuvo tan fácil. Era la hija de un ex -ministro provincial, una morocha muy bonita dotada de una esmerada educación. La relación nació en una reunión familiar, terreno en el que él se movía con extrema cautela, exponiendo su lado más correcto y prolijo. Utilizó todo su tacto desde el mismo momento en que se la presentaron, era tal su interés que hasta llegó a leer algún libro para mostrar inclinaciones intelectuales que no solo no tenía, sino que detestaba. Poco a poco, juntando descaro con conocimientos adquiridos de apuro, logró su objetivo, Isabel mordió el anzuelo. La conquista llenaba sus ambiciones de figura-

ción social y por un tiempo, quizá por las exigencias que le demandaban las pretensiones de ella, personalidad segura de sí misma, empuñó todas sus energías en complacerla. El desafío que enfrentaba no era menor, esta niña presumida, si bien tardó en decidirse a aceptarlo como amante, le demostró que las demandas de una mujer en la cama podían ponerlo en aprietos. Por un tiempo olvidó a sus putas. Ella encaró la relación con entusiasmo adolescente, enamorada del perfecto candidato que, además de entretenerla con su verborragia, aparentaba compartir muchas de sus preocupaciones y se adaptaba sin esfuerzo a sus necesidades. Por lo tanto, fue aceptando ser conducida con naturalidad hacia el que parecía un destino seguro y amable.

Jorge, fiel a sus incipientes ideas políticas, criticó la convencional y burguesa iniciación sexual de Juancito, pero como era frecuente en el trato mutuo, terminó por mostrarse conciliador. Este fingió que comprendía las objeciones y la firme posición de su amigo, el que rotundamente le aclaró que jamás aceptaría retribuir esos favores, aunque dispusiera del dinero requerido. El debut de Jorge, por cierto, bien diferente, tuvo lugar en el verano. Por necesidades personales y familiares consiguió trabajo temporario en una pequeña fábrica textil. Allí, donde le asignaron tareas que requerían pasar mucho tiempo controlando las planillas que registraban el proceso de confección de las prendas, el stock, los pedidos de los clientes y las ventas, conoció a una secretaria treintañera. Casi no le demandó esfuerzo alguno a la experimentada jefa, lograr los favores de su tierno subordinado. Pocas semanas después de su ingreso a la firma, la gimnasia sexual era parte de la rutina de estos desparejos amantes. Todo había comenzado durante la verificación de la existencia de un género con cierto dibujo, que se hallaba en el fondo del sótano que servía de depósito. Llegaron a la primera relación con los dos erguidos y ocultos detrás de grandes rollos de tejidos diversos. Esta incomodidad pronto fue superada, pues armaban en un remoto rincón de ese mundillo subterráneo, una improvisada cama superponiendo telas. Tal lecho ofrecía la ventaja de un rápido despliegue y, si era necesario, un vertiginoso desmonte, en todo el sentido de la palabra.

El bueno de Jorge no pudo menos que enamorarse cándidamente de Rita, pero la veterana impidió cualquier intromisión en su privacidad. Las aventuras en el subsuelo persistieron mientras él mantuvo su empleo,

dos meses y medio. Después ella se negó tajantemente a prolongar los gratos encuentros, desbaratando todos los intentos de Jorge por una nueva cita en un sitio distinto. Él sufrió, se sentía repentinamente transportado al borde de un abismo y decayó, tanto física como psíquicamente. El abatimiento le duró varias semanas, tiempo en que vivió dramáticamente sumergido en la fantasía de que una aventura parecida le sería negada en el futuro. Extrañaba a Rita, portadora de la magia.

Pocos meses después conoció a Marta en la biblioteca de la que era socio, entidad que prestaba, por unos pocos días, libros de edición reciente.

Eran casi de la misma edad. Después de haber cruzado sus miradas repetidamente, Jorge no se permitió dudar, abandonó su puesto en la fila y le preguntó con naturalidad.

-¿Leíste *Demián*?

- Sí, y también *El lobo estepario*. Me encanta como escribe el tipo ese.

- ¿Que pediste ahora?

- Nada interesante, uno de química porque tengo que dar un parcial la semana que viene y hay cosas que explicó la profesora que no entiendo.

- ¿En qué año estás?

- En tercero.

- Si querés intento ayudarte, yo ya la di.

- ¿Sos un traga?

- No seas prejuiciosa, me interesan las cosas...es lindo comprender.

- Bueno eso no está tan mal.

-Tengo el vicio de leer casi todo lo que encuentro, ahora estoy con los de Ágata. Christie, son entretenidos - dijo él.

- Una amiga me pasó *Ana Karenina* de Tolstoi, me falta poco, es una historia de amor que termina mal.

- ¿Triste?

- Sí, pero el libro es bárbaro, sucede en un tiempo en que todo debía hacerse como se le ocurría a los que mandan, los que tienen plata. Las mujeres vivían sometidas, sin derechos.

- Aquí, ahora, no es muy distinto, los milicos se meten en tu vida, seas hombre o mujer, y tenés que marcar el paso.

- Yo trabajo en el centro de estudiantes del colegio y una compañera que tiene el papá en la policía, me contó que le prohíbe un montón de cosas, además, le dijo que debo estar fichada.

- Si es por eso estamos en la misma, milito en la comisión de mi centro.

Él le cedió su lugar pero Marta una vez atendida lo esperó. Siguieron hablando en la calle, caminando en el atardecer otoñal. Quedaron en encontrarse el día siguiente, en el horario de salida de los colegios. El fantasma de Rita se esfumó en el horizonte, mientras se abrían paso las cotidianas citas vespertinas. Caminaban tomados de la mano, mientras sus vidas desfilaban dando cuerpo a prolongados diálogos. Como solía suceder en relaciones tan deseadas, empapadas de genuino amor, Jorge demoró en expresar claramente la necesidad carnal que lo abrasaba. A pesar de su natural rebeldía y sus ideas avanzadas, los viejos prejuicios respecto a la consumación del sexo con la mujer amada, ejercían influencia desde las sombras.

Como frecuentemente acontece cuando el deseo de ambos amenaza desbordarse, pero es contenido por los mutuos pudores, ella tomó la iniciativa. Una fresca tarde prolongó el paseo que los llevó a un apartado rincón del Parque San Martín, allí, tendidos en la hierba se besaron, ocultos por la recién llegada oscuridad. Entonces Marta guió las manos de él que se extendieron sobre sus pechos turgentes. Jorge conoció allí el amor genuino y ella, inocente hasta entonces, estrenó de la mejor manera su ingreso a los dominios de las pasiones eróticas.

Marta era la menor de tres hermanos. Su familia tenía un modesto pasar, ya que el único ingreso provenía del negocio de carnicería de su padre, un pequeño comercio barrial. No obstante, los tres hijos estudiaban. El mayor, ya en la universidad, ayudaba al padre en las horas libres; ocasionalmente cuando era necesario entregar pedidos y con regularidad los sábados por la mañana. La influencia de Luis, el abuelo materno, tornero jubilado de antigua militancia socialista, era evidente en las actitudes de sus nietos. Luis había sido sorprendido por los logros del primer peronismo y hacía años que sostenía posturas que, en cierta medida, contradecían los primeros rechazos generados en su juventud por el nuevo movimiento político. Muy a su pesar, la realidad lo había forzado a reconocer las incuestionables conquistas sociales que acompañaron la llegada al poder de ese nuevo partido. Este obrero, propulsor del amor por el conocimiento y la educación, transfirió esa pasión a su hija. Ella, convertida desde la adolescencia en una lectora consecuente, no pudo gozar de una educación formal pues se había visto obligada a trabajar desde muy joven. Los nietos

de Luis vivían otra época y disfrutaban las oportunidades de una realidad diferente. Recorrían una senda que se mostraba clara ante sus ojos.

Marta y Jorge lograron mantener el secreto de su relación durante pocos meses. Cuando Marta, impulsada por su necesidad, decidió confiar a sus hermanos el entusiasmo por su amor, encontró en ellos el apoyo que buscaba, que se consolidó no bien conocieron a Jorge. Poco después se despejaron las dudas respecto a la actitud de sus padres ante la novedad. Ellos, si bien se sorprendieron, no dudaron en querer conocerlo. Le propusieron a su hija que invite a su pareja a una cena familiar. Superado el impacto de conocer a quien había enamorado a su pequeña, fue evidente que el muchacho les había caído muy bien.

Juancito la había conocido antes y, como acostumbraba, trató de mostrarse simpático y cómplice desde ese primer momento. Marta no dejó de percibir con desagrado su actitud forzada, pero evitó todo comentario negativo a pesar de que Jorge le había hablado de su amigo, dejando trascender alguno de sus defectos. A ella no se le escapaba que su pareja tenía por él un muy especial cariño y que consideraba meras inocentadas a serios desarreglos de su conducta. Al tanto del frenesí y el alto voltaje que había caracterizado la relación de Jorge con Rita, Juancito pronto quiso saber de los avances de éste con su nueva pareja, tan diferente de aquella relación, pero no consiguió enterarse de dato alguno. Se afaná en sacar conclusiones analizando el trato que ante él se dispensaban, meras deducciones poco esclarecedoras basadas en detalles. Jorge eludía, molesto, toda referencia directa.

- ¿Marta ya te entregó la argolla?
- No me jodas.
- ¿Porqué te hacés el misterioso?
- Es mi novia y punto.
- Pero ¿Coger, cogen, verdad? ¿O se hace la estrecha?
- Terminala.
- Cuando lo hicimos con Isabel te enteraste al otro día.
- Me lo dijiste apurado como si se tratara de una proeza, nunca te lo pregunté.
- ¿Somos amigos, o no?
- Sí, soy tu amigo, eso no quiere decir que tenga la obligación de contarte todos los detalles de mi vida.

- No te hacía tan quisquilloso.

Así como Jorge toleraba los excesos y desarreglos de su actuación, él, muy a su pesar, se veía obligado a respetarle la intimidad, ahorrando disgustos y roces a una relación que sentía necesaria. Le habían puesto un límite y, siguiendo su modalidad, no volvió a mencionar el tema, ni a demostrar frustración.

Mientras Juancito dividía su vida entre las juergas trasnochadas con sus amigos, ante los que cumplía con creces el papel del héroe capaz de la peor desfachatez sin demostrar la menor turbación, o, por el contrario, en otro ámbito, adoptando el rol de hijo correcto y novio ideal; la relación con Jorge transcurría por un andarivel diferente pues se veía obligado a tolerar que su amigo no dejase jamás de señalarle las grietas entre la imagen que pretendía vender y sus actos concretos. Su amigo no dejaba de mostrarle sus tremendas contradicciones, sin que ello fuera suficiente para alterar el clima de cofradía que los unía.

Las salidas de los cuatro, generalmente para charlar y tomar un café en alguna confitería céntrica, no eran frecuentes. Isabel y Juancito participaban habitualmente de reuniones sociales o familiares en las que se sentían a gusto. Para sus encuentros íntimos contaban, en horas de la noche o los días feriados, con el consultorio del Dr. Correa. Marta y Jorge disfrutaban la calidez de sus familias, pero más la mutua compañía en su peregrinar por las arboladas calles mendocinas y, excepcionalmente, gracias a la complicidad de algún amigo, disponían de un refugio donde consumir sus deseos. Lo usual era que, urgidos por la necesidad, recurriesen al abrigo de las estrellas en sitios apartados del parque. En esos tiempos la pacata sociedad no toleraba la existencia de alojamientos por horas, y los jóvenes conocidos no se atrevían a solicitar una habitación en hoteles formales, ante el temor al escándalo y el presentimiento de que les negarían el acceso. De cualquier forma, Jorge no contaba con el dinero necesario y ambos eran para la ley, menores de edad.

Los acontecimientos políticos nacionales se introducían paulatinamente en los círculos estudiantiles provinciales. Un nuevo golpe militar había suplantado a un gobierno civil que se había manifestado claramente respetuoso de las libertades, al tiempo que lograba brindar a la población cierto alivio económico. Esa elección había sido posible gracias a la proscripción de cualquier agrupación favorable al antiguo y exiliado presi-

dente Juan D. Perón que había sido derrocado en forma violenta pocos años atrás. La sociedad estaba dividida, las clases altas habían despreciado al presidente civil, un tranquilo médico de provincias, serio, respetuoso, austero y para nada ampuloso en sus modales. Las más bajas seguían siendo fieles a Perón quién, más allá de las virtudes del gobierno electo, impulsaba a sus huestes a un hostigamiento cerril a toda autoridad que no hubiera emanado de su voluntad.

Los inquietos Marta y Jorge, al igual que muchos adolescentes que asomaban a la vida política, militaban en sectores de izquierda que, por el momento, soñaban con hipotéticos cambios que no tenían correlato en las fuerzas políticas reales.

- Otra vez un gobierno impuesto por la fuerza de las armas. No nos engañemos, los intolerantes que fomentaron el golpe son, una vez más, el poder económico y los peores grupos del catolicismo -le comentó Jorge, ambos estaban sentados a la mesa de un bar, tomando una gaseosa.

- Hasta quieren que vistamos como a ellos se les antoja. Mejor te cortás un poco el pelo, te pueden llegar a rapar en la comisaría -agrego Marta.

A pesar del desaguisado, las Universidades seguían gozando de autonomía y, por lo tanto, libertad de expresión. Las casas de altos estudios vivían un momento de excepcional expansión y avance científico, quedando como único foco institucional de resistencia a la dictadura, de mala gana tolerado. Hasta que el mandamás de turno y su círculo de obtusos lectores de una presunta realidad que solo existía en sus delirios, tomaron la decisión de acabar con ese foco de vitalidad inteligente. En la lejana Buenos Aires lanzaron a sus fuerzas policiales, especialmente entrenadas, a un asalto a sangre y fuego a las casas de altos estudios. Profesores y estudiantes, entre ellos un futuro premio Nobel, fueron apaleados, luego arrestados y por último cesanteados. Las universidades fueron, desde ese momento, dirigidas por energúmenos nombrados en mérito a sus ideas medievales. Esto dio origen a una explosiva mezcla de sorda indignación y rabia contenida en amplias capas estudiantiles, intelectuales y también obreras, pues muchos sindicatos corrieron una suerte parecida. Dado que los centros estudiantiles de los colegios secundarios fueron prohibidos, en poco tiempo sus integrantes pasaron a tener reuniones clandestinas que fueron dando paso a organizaciones cada vez mejor estructuradas.

De un modo totalmente natural Marta y Jorge, que se incorporaron a los grupos que surgieron en sus respectivos colegios, se habían iniciado en un quehacer que debía permanecer públicamente oculto.

El tratamiento del tema en un encuentro de las dos parejas era inevitable.

- ¿Qué hacen ahora los del centro? Le preguntó Juancito a Jorge, fingiendo un aire distraído.

- Nos jodieron, nos tienen marcados, pero nos reunimos igual.

- ¿Dónde?

- A veces en la casa de alguno, si los viejos son pata. Sino en el parque, pero tratamos de evitar que nos vean ahí, podemos llamar la atención.

- Yo que ustedes, me dejaría de joder.

- A vos no te interesa porque tenés todo arreglado. Sos un nene de mamá que no quiere asustar a la señora Magdalena, así que mejor no preguntes. Y no se trata de joder, ellos quieren tener todo controlado, no porque tengan razón, sino por la fuerza. ¿No te das cuenta que nombran a conservadores medio tarados para dirigir las universidades y destruir lo bueno que se pudo haber hecho? Tipos que si tienen alguna idea, está orientada a controlar el pensamiento de los demás -respondió secamente Jorge.

Juancito se sintió más que tocado, desafiado, e instintivamente fue por más.

- Si me explicás bien las cosas hasta puedo ayudar.

- No te imagino colaborando con nosotros.

- Exactamente, de él nadie lo podría sospechar -dijo Marta.

- Sí, su participación podría tener ventajas -agregó Jorge.

- A mí no me cuenten, prefiero vivir tranquila -comentó Isabel.

- ¿Además de armar quilombo que quieren? -preguntó Juancito.

- Que en el colegio no nos sigan persiguiendo con prepotencia ¿Quién eligió a esos milicos de mierda? -contestó Jorge.

- Nadie votó a ese boludo de bigotes y labio partido -dijo Marta.

- Tienen la sartén por el mango -aseguró Isabel.

- Hasta que se les caiga de las manos y se quemen las patas con el aceite -predijo Jorge.

- No se puede contra los fierros... -reflexionó Juancito.

- El tiempo dirá, mientras tanto no es cuestión de quedarse con los

brazos cruzados. Miren lo que hicieron los cubanos -incitó Jorge.

- No entiendo de política y no me quiero meter con comunistas -dijo Juancito.

- Entonces no perdamos más el tiempo, hablemos de otra cosa -se indignó Marta.

- No me quise borrar sólo aclarar -agregó Juancito, repentinamente condescendiente.

- Mirá, la cuestión es simple, hace más de diez años que no dejan presentarse al partido Peronista, ni siquiera con otro nombre. Aquí los comunistas son pocos y no cortan ni pinchan, además, siempre miraron todo desde arriba como sobrando. Lo de Cuba puede ser algo diferente y como latinoamericanos nos interesa. Como vos la pasás bien, no te importa que la mayoría esté cada vez peor.

Juancito, que no toleraba los menosprecios, apostó fuerte.

- Te lo acabo de decir, si hay que dar una mano la doy.

- ¿Sabés donde te estás metiendo? -le preguntó Isabel.

- No soy de los que arrugan -contestó terminante Juancito que comenzaba a percibir cierto halo seductor en el asunto. En realidad, él siempre había adherido, superficialmente, al desprecio que su familia experimentaba hacia las gentes humildes. Durante la primera reunión que tuvieron en casa de un compañero, lo tranquilizó comprobar que casi todos eran jóvenes de su clase, algunos de ellos pertenecientes a respetadas familias católicas. Como excepción, reconoció a algún judío de otro colegio y divisó a unos pocos morochos de incierto origen. No obstante sentirse superior, durante su estreno en ese ambiente totalmente ajeno, prefirió guardar discreto silencio. Como jamás se había ocupado de la mayoría de los temas que con vehemencia se discutían, poco entendió, pero percibió claramente que algunos exaltados propiciaban atentados anodinos contra los nuevos funcionarios educativos de la provincia.

En un encuentro posterior decidieron pasar a la acción, efectuar pintadas con leyendas contra la dictadura en lugares estratégicos de la ciudad. Lo harían en horas de la madrugada y en grupos integrados por tres miembros; dos vigilarían las esquinas y el restante escribiría la consigna. Decididos a afrontar el riesgo, alguien propuso manchar con pintura roja y escribir una leyenda en el frente de la casa de uno de los secretarios del ministerio de educación. Se trataba de una persona particularmente odia-

da por sus conocidas posiciones fascistas, ultra religiosas y sobre todo, por su desprecio al peronismo. Para sorpresa de los que lo conocían, Juancito se ofreció a ejecutar esa tarea arriesgada. Ellos no sabían si la casa tenía custodia. Un placer morboso se apoderó de él, el futuro damnificado era amigo y paciente de su padre, la casa y la familia le eran conocidas. Se aventuraba en un terreno ignoto y excitante, pero, la noche señalada, parecían tener más miedo sus ocasionales cómplices que él. Juancito cumplió su tarea sin vacilar, logró salpicar y dejar la indeleble inscripción roja en el frente de la hermosa casa del barrio elegante de Mendoza, a pocas cuadras de su propio domicilio.

Como era de esperar, el revuelo que provocaron los claros mensajes desparramados por el centro y en la casa del subsecretario de educación, movilizaron a la policía. Grande fue la sorpresa cuando trascendió que la mayoría de los autores eran alumnos del prestigioso colegio jesuita. Tratándose de muchachos pertenecientes a esa clase social, el comisario inspector Morales en persona concurrió a los domicilios y, antes de actuar, habló con los aturdidos progenitores. Estos no podían creer en la verosimilitud de sus afirmaciones que detallaban la responsabilidad de sus hijos. Los pocos sospechosos que no pertenecían a la elite fueron detenidos sin más trámite.

Durante los interrogatorios, no tuvieron que esforzarse demasiado los policías, convenientemente apretados, los conspiradores no dudaron en señalar al responsable de la peor de las felonías cometidas: Juancito. El Dr. Juan Correa debió morigerar su inicial indignación ante la insistencia del policía sobre la confesión de los cómplices y otras pruebas acumuladas. No tuvo más remedio que admitir la posibilidad de que la agresión a su amigo había sido obra de su hijo. Antes de detenerlo, el comisario inspector Morales le permitió hablar a solas con él.

- ¿Qué has hecho? Si es verdad, cosa que no puedo creer, esta vez se te fue la mano.

- Sí, fui yo el que escribió el frente de la casa de los Salazar -contestó impávido, mirando fijamente a los ojos desorbitados de su padre.

- ¿Por qué? Si no te han hecho nada.

- Estuve en una reunión donde se hablaba de la situación del país.

- ¿Con quiénes?

- Compañeros del colegio y algunos de otros secundarios...

- ¿Te metiste en una reunión con peronistas o peor, con zurditos? Lo interrumpió alzando la voz, visiblemente alterado.

- Eran estudiantes de mi edad. Me demostraron que las cosas están mal.

- ¿Qué saben ustedes, mocosos? No vivieron las persecuciones que sufrimos por parte de esos a los que ahora se les ocurre defender.

- La gente está con ellos.

- ¿Qué gente? La negrada. Ahora vas a tener que hacerte cargo, el comisario, como excepción, me dejó hablar con vos antes de llevarte.

Magdalena, que apareció llorosa en el extremo del pasillo que llevaba a los dormitorios, se limitó a mirarlo desde lejos, confundida. La familia jamás había experimentado bochorno semejante.

Lo llevaron a una dependencia del Departamento Central y lo hicieron esperar en una oficina. Amanecía cuando entró un oficial que le tomó declaración. Al preguntarle por los nombres de los participantes en la reunión donde se habían decidido los atentados, optó por callar. Sin inmutarse el interrogador fue claro.

- Mirá bien lo que hacés, pibe -dijo en un tono con reminiscencias paternas, para agregar, alzando un poco la voz y dotando de contundente energía a sus palabras- si no abris la boca por las buenas lo vas a hacer por las malas, por más viejo influyente que tengas -no debió esforzarse más el policía, pues ante el apremio, murmurando y usando un tono monocorde, nombró Juanito a varios de los asistentes.

- ¿No te olvidás de alguno, quién les dijo lo qué tenían que escribir, había gente más grande?

- Esos éramos, nadie nos habló.

- ¿Decidieron hacer algún chiste más?

- No.

- Andá afuera a esperar, de ahora en adelante, si querés vivir tranquilo, buscate mejores compañías.

Se sentó en la única silla de una pequeña salita. Alrededor de una hora después apareció un agente que lo llevó a un calabozo en los sótanos. La celda era grande y allí estaban casi todos, la mayoría de ellos acostados en camastros y visiblemente golpeados. Era evidente que unos pocos no habían sido objeto de violencia física. Jorge, que tenía moretones en la cara y la espalda, no podía disimular el dolor.

- ¡¡Cómo te dieron!!
- Son unos hijos de puta.
- ¿Qué querían saber?
- No pueden creer que lo hicimos por nuestra propia cuenta.
- ¿Te duele mucho?

Jorge no contestó, cerró los ojos y se acurrucó tendido en el duro lecho. Algunos que tenían contactos con sindicatos o políticos y poseían instrucciones precisas para afrontar ese tipo de situaciones, habían huido a tiempo, estaban escondidos en apartados rincones de la ciudad. Los detenidos fueron liberados en pocos días gracias a los recursos presentados por abogados. La noticia provocó una gran conmoción en los sorprendidos primero, y sumamente irritados luego, conductores del colegio San Ignacio. Los alumnos identificados como cabecillas fueron expulsados. Había habido sospechas respecto a sus inclinaciones ideológicas, pues era pública la influencia que sobre ellos habían ejercido sacerdotes que, respondiendo a consignas del reciente concilio Vaticano II, propugnaban un acercamiento de sus fieles a los sectores desposeídos de la población. Los curas de cuya conducta e ideas se desconfiaba, fueron trasladados a otros destinos, alejados de las aulas. Juancito consiguió algún prestigio entre sus discípulos, pero tuvo que sobrellevar un sermón del padre Miguel, además de soportar cierta vigilancia durante un tiempo. Juan y Magdalena que, visiblemente enojados, pretendieron en vano que pidiera disculpas por aquel acto que para ellos no era más que una estupidez vergonzosa; solo lograron medias palabras y confusos motivos, pero no una retractación. Creían que les sobraban razones, pero, dados los antecedentes del reo, parecía un poco tarde pretender un cambio luego de tanta condescendencia brindada a ese hijo problemático. El presunto castigo que concibieron, consistió en un viaje a Buenos Aires para pasar, durante las vacaciones de invierno, quince días en casa de su tía. Un problemático intento para alejarlo de lo que ellos percibían como malas compañías, Marta y Jorge, por ejemplo.

A Jorge le llevó algunas semanas recuperarse de los golpes e insultos recibidos. Su entorno familiar y el de Marta y sus hermanos, contribuyeron al restablecimiento de su ánimo, brindándole la necesaria comprensión y muestras de sincero afecto. Ella no había participado porque su familia no le permitía ausentarse tarde en la noche; mucho menos un día de semana. La experiencia los impulsó a buscar bibliografía, a profundizar

sus conocimientos acerca de la historia nacional, sobre todo la referida al último siglo. No les fue demasiado difícil, textos de diversos autores circulaban entre adolescentes y jóvenes universitarios. Casi todos defendían la obra de Perón desde una visión nacionalista pero influida por ideas de izquierda. La brutalidad, la torpeza y los verdaderos intereses que defendía la dictadura, daban lugar, lentamente, a un escenario inimaginable en los tiempos precedentes que se podía constatar en el paulatino acercamiento entre las corrientes estudiantiles progresistas y ciertos sectores sindicales peronistas. Se estaba operando un cambio no menor, vastos sectores sociales que habían integrado la antigua y feroz oposición al ex presidente, comenzaban a confluir con los que siempre habían sido sus partidarios. Los unía un quimérico objetivo, sorprendente, el regreso del líder a la patria y al poder. Es que a pesar de su origen militar y la ideología un tanto confusa de sus partidarios, su figura era la referencia indiscutida de amplias capas populares. Para sus viejos camaradas, las clases de buen pasar económico, ciertos círculos intelectuales y la cúpula eclesiástica, él personificaba a una bestia negra innombrable.

Jorge provenía de una familia que había sufrido persecuciones durante los dos períodos presidenciales de Perón. Eran gente medianamente ilustrada que, en su momento, había aborrecido al ex-general, tanto como a la prepotencia militar que, en esos tiempos, para variar, detentaba el poder. Sin embargo, no encontraban argumentos que convencieran al hijo y su novia del error de esperar una solución de parte de quien, según su mirada, era responsable de la mayoría de los problemas que los agobiaban.

Juancito no necesitaba argumentos, copiando el léxico que usaban sus inquietos compañeros, utilizaba la retórica en boga y repetía, mecánicamente, consignas relativas a una liberación nacional que le servían para ganar prestigio. No perdió su tiempo en buscar sólidos argumentos. Como muchos de los más exaltados tenían un origen social parecido, sus posiciones no llamaban particularmente la atención. Isabel asumía estas extravagancias como un mal pasajero, confiando en que el tiempo apaciguaría la novedosa fogosidad política de su novio. Por lo demás, seguían gozando de un muy buen pasar y sus vidas no mostraban cambios sustanciales. Concurrían al club del que sus familias eran socias desde la generación de sus abuelos, se encontraban con amigos y cenaban en las confiterías de moda como el Jockey, o en restaurantes conocidos. Las preocupaciones

de ella pasaban por el arreglo personal o el coordinar las futuras vacaciones en Chile con la familia Correa Laguzzi, para poder disfrutar juntos en Viña del Mar. Con la debida antelación se empeñaba en asegurar su ingreso a la escuela de Bellas Artes pues tenía vocación por la pintura y era una excelente dibujante. Imaginaba un futuro previsible, presentía una existencia carente de mayores sobresaltos junto a un marido exitoso, cuyo derrotero, que no conocería obstáculos serios, le brindaría un buen pasar económico. Le resultaban extrañas y por momentos aburridas, las conversaciones en las cuales Jorge llevaba la voz cantante y Marta lo secundaba. Los amigos de su novio introducían con pasión temas cargados de ideología, o se referían con vehemencia a la realidad que veían, sobre todo desde que Marta colaboraba con un cura que convivía con los pobladores de una villa miseria de la periferia de la ciudad. Los indignaba la extrema pobreza de esa gente, acotaban detalles dolorosos de las carencias que sufrían y el maltrato que debían soportar. Juancito, que solía citar a Jorge en cafés de la ciudad, registraba esos relatos con extrema atención pues le servían de escuela para adiestrarse en el discurso de moda y el manejo de la jerga adecuada. El cine o la música, temas comunes, daban lugar al entusiasmo de los cuatro y, por momentos, levantaban las barreras que parecían con- tenerlos en mundos diferentes.

Los últimos tramos del colegio secundario fueron cursados sin problemas. Durante ese período, el gobierno militar muy seguro de su poder, no dudaba en vaticinar una duración indefinida a su mandato a pesar de que el descontento general crecía y la intranquilidad de alumnos y trabajadores comenzaba a tomar cuerpo. Las reducidas, esporádicas protestas lucían anodinas. Jorge finalizó sus estudios con excelentes calificaciones y convertido en el líder de los estudiantes políticamente díscolos del colegio de los hermanos jesuitas. Su aspiración era estudiar filosofía, ávido por acceder a ideas que le brindaran la mayor claridad y solidez posibles. Quería estar preparado para entender en profundidad los problemas del hombre y de la sociedad y, de ese modo, tener la mejor perspectiva acerca de las luchas que sentía que debía encarar su generación.

Juancito, visto con desconfianza por muchos de sus compañeros, mantenía una posición expectante en el grupo gracias a su amigo. El padre Miguel, al tanto de la agitación reinante, decidió hablar con aquellos a los que él percibía como más comprometidos. Sin titubeos le agradeció Jorge

su preocupación y el empeño puesto, durante los cinco años, en lograr la mejor educación posible para ellos, la camada de nuevos bachilleres a punto de egresar. Pero fue absolutamente sincero, le habló de sus lecturas filosóficas que incluían textos introductorios al pensamiento marxista, y también le mencionó a los autores que expresaban a un peronismo de izquierda que aproximaban las teorías a los conflictos de la época y el país. Él tenía plena conciencia de que el sacerdote debía estar al tanto de su desempeño en las clandestinas luchas estudiantiles y le pareció que de este modo se libraría de los inevitables reproches. Miguel daba por descontada la cultura política de su discípulo, pero lo sorprendió la total incredulidad que había ganado su espíritu, el cuestionamiento que hacía a las bases mismas de la religión que habían sido parte sustancial de su formación. Pensó entonces en la influencia que podía haber ejercido la familia del muchacho. Indudablemente habían elegido el colegio por su prestigioso nivel, no guiados por su devoción. No obstante, y a pesar de sus pocas esperanzas, insistió en la necesidad de la fe, sin ocultar su malestar ante lo que parecía una firme postura.

No lo sorprendieron las ambigüedades y la falta de claras convicciones que exhibía Juancito. Si alguna ilusión respecto a su madurez había tenido, la corta charla que mantuvieron lo deprimió, no eran esos vacuos pensamientos lo que la tan refinada y culta orden esperaba como resultado de la educación que brindaba. Fue una amarga experiencia; el mejor y más ilustrado, el que podría ser un futuro dirigente honesto e íntegro, se apartaba de la iglesia. El otro no parecía abrigar dudas respecto a sus creencias, pero era un confuso y poco convincente arquetipo que de ningún modo disipaba la incertidumbre respecto a los principios que lo guiaban.

En un último esfuerzo que dejaba en claro su particular estima, tuvo el gesto de entregarle personalmente a Jorge su diploma de bachiller en la ceremonia del egreso. En una distinción poco frecuente, Juancito recibió de manos de su padre el documento que acreditaba su nueva condición. El Dr. Correa lo había solicitado con anticipación, quería darle la sorpresa al hijo que seguía sus pasos; pero este no se mostró particularmente conmovido por el gesto, ni durante el acto, ni después en el pequeño corrillo familiar. Si su graduación recibía un trato destacado, su anhelo no era compartir el honor con nadie, así fuera su papá.

CAPÍTULO III

LA UNIVERSIDAD LOS PREPARA

Jorge no tuvo inconvenientes en superar el curso de ingreso y encaró las primeras clases en la Facultad con gran entusiasmo y emoción. Por esos días su padre había logrado que fuera admitido como cadete en un diario local. Sin prestar atención a lo magro del sueldo, asumió su tarea con fervor. Lo asombró todo lo nuevo que descubría en la redacción y parecía hecho a la medida de sus sueños. Marta, con indudable vocación por la docencia, ya recibida de maestra normal se inscribió en el Ministerio de Educación provincial. Al año siguiente comenzaría su carrera como suplente en una escuela elemental, al tiempo que cursaría el profesorado en ciencias naturales.

Juancito percibió claramente, en las clases preparatorias, la familiaridad y el trato amistoso. Nadie ignoraba quien era su padre. Su camino en la carrera de grado tenía todos los condimentos de una marcha sin obstáculos y, como era de esperar, se inició sin dificultades. Durante su formación en la academia de bellas artes, Isabel, que percibió que no estaba especialmente dotada como creadora, sin desanimarse, decidió aprovechar los conocimientos que adquiriría tanto técnicos, como de relaciones personales. Si bien jamás dejaría de pintar, pues esa afición era parte de su ser, poco a poco fue comprendiendo que podía permanecer en el ambiente que la atraía, volcando sus conocimientos a la tarea de marchante.

En la facultad, recorrida en esos tiempos por un creciente desasosiego, Jorge pronto trabó contacto con los activos círculos estudiantiles opuestos a la dictadura. A pesar de ser un recién ingresado, no tardó mucho en ser distinguido por sus compañeros como un cuadro lúcido. Su interés no tardó en canalizarse participando en una agrupación con inclinaciones trotskistas, disidente del Partido Comunista; allí se discutían constantemente los problemas de la realidad asfixiante que se vivía y, en condiciones de semiclandestinidad, se impartían cursillos de formación teórica. Cuando era posible Marta lo acompañaba, el motivo principal de controversia era la realidad de la clase trabajadora y el papel atribuido a su exiliado líder.

Una vez que se sintió seguro, Jorge planteó en voz alta sus dudas en uno de esos encuentros:

- Nosotros queremos estar con los pobres, pero para ellos somos unos mocosos que hablamos un idioma que no entienden, nos sienten como a sapos de otro pozo. A Perón lo reconocieron y siguieron siempre.

- Hacete peronista -gritó alguien, evidentemente fastidiado.

- Compañeros, lo que no debemos es mirar las cosas desde arriba, ignorar lo que en realidad sucede. Necesitamos acercarnos para comprender.

- Perón fue fascista, le contestó otro.

- ¿Y qué venimos a ser nosotros, haciendo lío aquí en la facultad sin que nadie nos de bola? A ver si terminamos como los del cuarenta y cinco, marchando del brazo de la sociedad rural y el embajador yanqui.

La mención a ese indiscutible y doloroso hecho histórico, dio lugar a un breve silencio que fue seguido por controversias. Por un momento imperó la confusión, luego se dispersaron.

En medicina la ebullición política estaba restringida a grupos más chicos. De todos modos, estas disquisiciones terminaban hartando a Juan-cito que prefería dedicar el tiempo libre a actividades sociales, especialmente conversaciones sobre temas anodinos con alguna llamativa compañera. Para no perder el tren recurría como siempre a Jorge, con quien habitualmente se encontraba. Esas conversaciones lo mantenían ilustrado respecto a los temas de moda. Por otra parte, se daba por descontado que seguiría los pasos de su padre, personaje con tintes autoritarios, ambicioso y trabajador. Usando dosis de descarada prepotencia, el poder económico de la familia de su mujer y sus vínculos sociales, el Dr. Juan Correa había logrado una sólida posición. A poco de contraer matrimonio, se había integrado a una sala de Clínica Médica en el hospital Emilio Civit. Después logró una pasantía en los Estados Unidos, donde perfeccionó sus conocimientos sobre gastroenterología y el manejo de los aparatos que eran novedad por aquellos tiempos. A su regreso y luego de un duro batallar, logró la creación de una sección de la especialidad que, con el tiempo, devendría en la primera sala independiente dedicada a esa materia en la provincia. Su carrera docente en la universidad había contribuido notablemente a este ascenso, pero nunca pudo superar la contrariedad de no haber logrado llegar a ser profesor titular. De todos modos, los

éxitos académicos contribuyeron a la difusión de su nombre, lo que le permitió tener un creciente número de pacientes en su consulta privada y consolidar su situación económica, de por sí desahogada. Paralelamente y gracias a algún trabajo de investigación clínica comenzó a ser conocido en el ambiente de la especialidad. Con mucho esfuerzo y concurriendo a cuanta reunión y congreso se efectuaran, pudo detentar una vocalía en la dirección de la institución rectora que funcionaba en Buenos Aires. Luego, a pesar de que su persona no despertaba demasiadas simpatías y gracias a su acérrima defensa de los derechos de los delegados del interior, fue ganando el apoyo de los colegas de distintas provincias. Con esas herramientas y sustentos llegó primero a la secretaría general nacional y por último a la presidencia del organismo.

Sin obtener notas brillantes Juancito aprobó las materias del primer año. Ese verano, accediendo a los pedidos de sus hijos, las familias de Isabel y Juancito, vacacionaron en Viña del Mar.

Apenas logró Jorge disponer de una semana de licencia en su trabajo, tiempo que aprovecharon con Marta para hacer excursiones de un día a lugares cercanos. Visitaban sitios ligados a las tradiciones regionales y comían en modestas cantinas, donde se permitían gozar del buen vino lugareño mientras soñaban con un futuro compartido. Durante el resto de la estación disfrutaban leyendo textos literarios. *Rayuela* de Cortázar motivó en Marta fervientes comentarios aprobatorios que contrastaban con los moderados elogios de Jorge. Con frecuencia se concentraban en conceptos que extraían de párrafos de los apuntes de las clases a las que Jorge había concurrido. Él tenía señalados tanto los particularmente crípticos, como los que le habían provocado un entusiasta consentimiento. Durante esas semanas un amigo le acercó a Jorge una vieja edición de un texto de Baruch Spinoza, la *Ética*. Como no parecía fácil su comprensión, decidieron leerlo juntos. Les costó percibir con claridad las ideas allí expuestas, pero, enfrascados durante días en la lectura, matizada por oportunas aclaraciones que surgían del intercambio de opiniones, una vez que lograron el indispensable acercamiento, sintieron que entraban a un nuevo universo, donde imperaba una increíble libertad de pensamiento. Este autor del siglo XVII los sorprendió. A partir de ese momento sus cuestionamientos a la religión y sus prácticas, tuvieron un sustento mucho más sólido.

Como siempre, al aproximarse el fin del verano la ciudad se vistió de gala y festejó una nueva vendimia. El dictador fue paseado en carroza, engalanado con su vistoso uniforme para coronar a la belleza regional que, representando a un departamento de la provincia, sería reina por un año. La prensa local y la nacional comentaban con regocijo los detalles de la celebración. Todo parecía estar en perfecto orden y armonía. Las clases en la universidad se reanudaron puntualmente. Nada había cambiado, el descontento de la mayoría de los alumnos parecía canalizarse en peroratas verbales que terminaban diluyéndose sin pena ni gloria. Se podían tomar por meros fuegos de artificio, sin incidencia efectiva en una realidad que aparentaba un exasperante estatismo. Hasta que, como suele ocurrir y la historia nos lo enseña, un incidente menor liberó las tensiones ocultas desatando con gran fuerza una reacción en cadena. El suceso que disparó los posteriores ocurrió en la lejana universidad de Corrientes, allí, un minúsculo aumento en el precio del menú estudiantil, provocó la protesta del alumnado. El descontento fue duramente reprimido y la cebada policia de un régimen que no admitía disensos produjo una víctima fatal, un estudiante de medicina. Las protestas y los disturbios, no se hicieron esperar. Dos días después, en la ciudad de Rosario, distante centenares de kilómetros hacia el sur, en otra provincia, caen asesinados un estudiante y luego un aprendiz metalúrgico, apenas adolescente. La rueda había comenzado a girar, los intentos destinados a contener las demandas juveniles, provocaron una franca adhesión de sectores populares y obreros a los reclamos, especialmente en la populosa Córdoba, donde, por primera vez la policía fue desalojada violentamente de las calles y los agentes montados en sus caballos, esgrimiendo inútilmente sus armas, huyeron. La ciudad fue tomada por una inédita mezcla de estudiantes, vecinos y trabajadores. Las huestes universitarias mendocinas se sumaron al alboroto que se extendía, ocupando las facultades. En distintas provincias se sucedían reuniones con una concurrencia inusual, personas en las que claramente se adivinaba un origen humilde se habían acercado, por primera vez, para escuchar a esos muchachos combativos. Ellos, viviendo otra realidad y teniendo necesidades diferentes, también estaban disconformes, la mayoría añoraba los dorados años del gobierno peronista al que siempre habían sentido como propio. El lenguaje académico y las teorías fueron superados, los sucesos entraban en la historia

como el Cordobazo. La casualidad quiso que la jornada coincidiera con el día del Ejército Argentino.

Una tumultuosa reunión callejera en las calles aledañas a la Universidad, permitió a Juancito convertirse en orador de barricada, ejercitando su habilidad para adivinar lo que los presentes deseaban escuchar. Con moderado éxito su lenguaje directo y ramplón logró exaltar a algunos de los presentes. El niño mimado irradiaba entusiasmo vendiendo una imagen que lo convertía en el más intrépido combatiente de las causas justas. No mostró duda alguna, había subido al tren apenas adivinó la fuerza incontenible que lo impulsaba.

Jorge lo había escuchado.

- ¿Desde cuándo sos peronista?

- Si tanto lo quieren tan malo no debe haber sido.

- Seguro que en tu casa siempre hablaron de él como de la peste. Tu viejo debe haber salido a festejar cuando lo echaron.

- La gente quiere que vuelva. Hasta aquí mandó el ejército, los milicos sentados en las bayonetas, pero eso no va a correr más, se viene abajo.

- ¿El viejo general tendrá ganas de hacerse cargo de este quilombo?

- Parece que sí, hay uno que habló con él en Madrid. Está al tanto de todo y sigue al frente.

- Vi que había un grupo que te apoyaba, a algunos conozco. ¿Qué ideas tienen?

- Hay de todo, muchos son de nuestra escuela, dicen que en Buenos Aires se está formando una agrupación dispuesta a la acción.

- ¿Tipos de colegios religiosos?

- Así es.

- Suena raro.

- Están en otra onda, son católicos, pero de ideas zurdas.

- ¿Y vos qué tenés que ver con eso de querer cambiar las cosas?

- Me están convenciendo.

- Más que eso, te están seduciendo, sospecho que lo que te interesa es figurar.

El entusiasmo por Perón se instalaba a pasos agigantados en una clase media que nunca lo había visto con buenos ojos. Juancito no era el único hijo de familia acomodada que aparecía mezclado con ese movimiento, al que habían despreciado y contra el cual militaron apenas unos años antes.

Otros, como Marta y Jorge, trataban de no dejarse arrastrar por una ola que parecía incontenible.

- A mi viejo lo echaron del trabajo por no querer afiliarse al partido peronista. Lo pasaron muy mal en aquellos años de los que yo no tengo ningún recuerdo -dijo Jorge.

- ¿Cómo te vas a acordar si éramos bebés? -contestó Marta.

- Ahora quieren hacer la revolución con él a la cabeza.

- Es que después, todo fue peor -señaló Marta.

- Prohibieron hasta nombrarlos a él y a Evita, ni hablar del partido. Anularon elecciones. Quisieron convertirlo en un cuco y lo que consiguieron es todo lo contrario de lo que se proponían. ¿Somos un pueblo masoquista? -preguntó Jorge.

- No, lo que sucede es que los otros son patéticos, como saben que pierden recurren a los militares, eso es lo que estamos viviendo -reflexionó Marta.

- La gente no olvida lo bien que estaba cuando Perón era presidente. Eso fue real, lo que nosotros queremos va más allá, parece una utopía, una fantasía. A mí no me convence el peronismo, pero poco a poco los compañeros se dejan arrastrar -afirmó Jorge.

- Tu amigo Juancito ya se prendió y hasta le habla, con una seguridad que mete miedo, a los que ayer nomás eran, para él, una infame negrada.

- Es un pibe todavía.

- Peligroso -agregó Marta con convicción.

- ¡Qué linda que estás! -dijo Jorge, y le dio un beso suave y prolongado.

La pétrea dictadura que iba a durar infinitos años mostraba su inconsistencia. Perdida su pátina de invencibilidad, debía afrontar un malestar social que ahora, tumultuosamente, comenzaba a manifestarse en las calles. Los intentos de coerción lograban un resultado contrario al buscado, mientras Perón, desde su exilio, alentaba la rebeldía.

Durante las vacaciones de invierno, Juancito viajó a Buenos Aires con un pretexto verosímil que le servía para ocultar su verdadero propósito, participar en reuniones del grupo que lo había contactado. Regresó imbuido de una seguridad desbordante, derrochando confianza creía haber asimilado una verdad revelada de la que él sería uno de los flamantes profetas. Le habían confiado el reclutamiento de nuevos miembros, las consignas eran claras, simples, el fin lograr la vuelta de Perón, el levan-

tamiento de la proscripción a su partido y, de ese modo, comenzar un cambio radical en el país.

- ¿Estás seguro de que Perón quiere una patria socialista? -le preguntó Jorge en una de sus periódicas reuniones.

- Para él somos unos muchachos traviesos.

- ¿Y qué piensa hacer con los que huelen a zurdo y andan con fierros?

- ¿Cómo podés desconfiar del general?

- Preguntaba nomás, muchos lo tienen por facho ¿Qué andás haciendo ahora?

- Incorporando gente al movimiento.

- ¿Para qué?

- Primero formar una célula, y después aprender cosas como tácticas y estrategias. Es posible que debamos entrenarnos para usar armas.

- Parece joda nomás.

- Va en serio.

Las dudas de Marta y Jorge fueron cediendo a medida que pasaban los meses de ese año agitado. El cambio que los tiempos demandaban parecía pasar forzosamente por Perón, más allá de los gustos o prejuicios de cada cual. Cuando se decidieron, en diciembre, contactaron a un miembro de la Juventud Peronista, eludiendo la intermediación de Juancito. Sin estar totalmente convencidos, pasaron a integrar un grupo de La Tendencia Revolucionaria, uno de los nombres que habían adoptado las agrupaciones juveniles que luchaban por el regreso del líder. De este modo se comprometieron y de hecho comenzaron a colaborar, pero no aceptaron embarcarse en aprestos belicosos. Mantenían una profunda desconfianza a la idea de una salida violenta a la crisis de poder que se vivía. Creían en la movilización política, en insertarse en la lucha acompañando a un pueblo enfervorizado, por lo que se involucraron en la redacción y difusión de un periódico barrial robándole tiempo a sus obligaciones. Los así reunidos, gente de edades y extracción disímiles, se daban cita en un taller de teatro cedido por su dueño, un viejo actor proscrito durante muchos años por sus ideas.

- ¿Ustedes sólo estudian? -les preguntó Ricardo, empleado de una tienda del centro de Mendoza, mayor que ellos.

- No, también trabajo en el diario “Cuyo”, era cadete pero ahora estoy en deportes. Ella es maestra suplente y cursa un profesorado.

- Son el tipo de gente que necesitamos.

- Teníamos muchas dudas pero después de lo de Rosario y Córdoba, nos decidimos.

- Los comprendo, en el movimiento encontrás de todo, demasiados parecen estar en la vereda de enfrente. Hay que pelearla, no somos minoría, tenemos posibilidades de inclinar la balanza para nuestro lado. Hay que ir al frente.

- Por eso estamos aquí -aclaró Jorge.

A pesar de sus temores no tardaron en sentirse cómodos. Ricardo había conocido personalmente a John W. Cooke y creía que ese dirigente, muerto el año anterior, había dejado sembrada la semilla del verdadero peronismo.

- Mientras Perón viva, será lo que él decida -le dijo Jorge en una ocasión, transparentando sus reparos.

- No puede ignorar a la mayoría -respondió Ricardo.

- El tiempo dirá compañero, mientras tanto seguiremos luchando.

- Yo hace rato que ando en esto pibe y nunca vi tanto entusiasmo como ahora. Antes vos mismo no hubieras estado con nosotros.

- Puede ser.

- Este parece ser el tiempo justo para que las cosas maduren. Los milicos, hasta los últimos sucesos, presentaron un frente unido conformando un bloque sólido, pudieron soñar con ser los poderosos dueños prepotentes e ilegítimos del poder, pero en estos momentos ya no pueden ocultar el malestar y las divisiones en sus filas.

El activismo de Juancito, en constante incremento, motivó el aumento de la conflictividad silenciosa que oscurecía la relación con su padre. El Dr. Juan Correa, que recibía desde hacía un tiempo, sorprendido, con alarma y consternación, las noticias sobre el inesperado giro en los intereses de su hijo, demoró en hablarle escudado en el hecho de que a Juancito se lo veía cada vez con menos frecuencia en su casa. El díscolo hijo jamás aludía a sus nuevas inclinaciones políticas. Hasta que terminó por decirse, esperó el momento propicio y un día lo encaró en el living, cuando Juancito acababa de hablar por teléfono. Los diálogos entre ambos que siempre habían exhalado una extraña mezcla de complicidad distante y disputa sofocada, solo conocían de la amabilidad su cariz exterior.

- ¿Crees que esta es otra pendejada inocente? Te estás metiendo en algo serio, vas a tener problemas.

- Yo sé lo que hago.

- Mirá que puede llegar a ocurrir que ni mis amigos te puedan ayudar. Ya estás fichado por la policía.

- Si pasa algo me voy a arreglar.

- ¿Cómo?

- No estoy solo.

- ¡Todos ustedes son unos ilusos que no saben con quién se meten!

- Lo sabemos muy bien.

- A Perón solo lo calienta su propio interés. Los va a usar y cuándo no le sirvan más, los tira a la banquina.

- ¡No quiero discutir de política!

Ambos habían levantado la voz. Juancito, que miraba el rostro abotagado y enrojecido por la tensión de su colérico padre, se dio media vuelta y abandonó el living rumbo a su cuarto.

- Chau -dijo. Desafiante, sin ocultar la obstinada decisión que lo impulsaba.

Los padres de Jorge estaban perplejos y preocupados por las actividades que éste y Marta desarrollaban. Como tantos otros, a través de sus hijos asistían a un rebrote del fervor por Perón que jamás habrían podido imaginar. Algunas tardes de domingo, tomando mate y comiendo facturas, hablaban del tema.

- Yo se que a vos, papá, no te gusta, pero ¿Hay alguna otra forma de cambiar las cosas? -preguntó Jorge.

- A ese no le veo pasta para cambiar nada, un poco de maquillaje puede ser. Preparate para que te manipulen -contestó Pedro, severo pero tranquilo.

- Cuando tuvo poder fue prepotente, se llevaba todo por delante. Nosotros lo sufrimos en carne propia -agregó Irene.

- Lo sabemos muy bien, leímos bastante del tema. Nos enteramos que metió presos a muchos opositores, pero, la Argentina era una fiesta, la gente vivió mejor que nunca -replicó Marta.

- ¿Es que no se puede mejorar por otro camino, intentando salir de esta trampa que nos ofrece a milicos, o a Perón? -insistió Irene- Después de todo él nunca dejó de ser militar.

- Lo degradaron mamá. El resto de la izquierda no es popular, vive en su espacio, lejos de las mayorías -terció Jorge.

- No les vamos a decir lo que tienen que hacer pero tengan cuidado. Eso es una bolsa de gatos, no sean ingenuos -sentenció Pedro.

- Quédate tranquilo viejo -afirmó amablemente Jorge y desvió la conversación hacia otros temas.

La noticia sacudió a la sociedad el día del primer aniversario del Cordobazo. En Buenos Aires, un grupo de jóvenes disfrazados con falsos uniformes, habían raptado al Teniente General Pedro E. Aramburu, se trataba de uno de los soldados que habían derrocado a Perón, para luego dirigir una brutal represión que incluyó el fusilamiento de militares y civiles. En la lejana Mendoza, Jorge, percibiendo claramente la gravedad del momento, está particularmente preocupado por Juancito. Lo rastrea por distintos lugares hasta que, ya entrada la noche, lo ubica tomando un café, con la mayor tranquilidad, en el bar donde solían encontrarse.

- ¿No te convendría desaparecer por un tiempo?

- No creo que sepan con certeza a qué grupo pertenezco.

- Sos un inconsciente. Anduviste jeteando desde la tribuna, tu foto debe estar hace rato en la galería de las estrellas, es lo que buscabas ¿O me equivoco?

- ¿Cómo van a saber detalles, en cual corriente milito?

- ¿Qué seguridad tenés de que a algún soplón no se le ocurra hablar?

- Confío en que eso no ocurra. Respondió ahora Juancito, pensativo, evidentemente menos convencido.

- Estos que se hacen llamar “Montoneros” -comentó Jorge con cierta vehemencia no exenta de malicia- dicen que lo van a juzgar en un juicio popular. Me parece peligroso, a pesar de que este tipo tiene las manos manchadas con sangre de inocentes, -quedó un rato pensativo- y quizá se lo buscó, - una nueva pausa, mientras parecían mirar distraídos el lugar- No te conviene mostrarte por unos días.

- No se me ocurre adonde ir.

- Les pregunto a mis viejos si aceptan esconderte. Hay otra cama en mi pieza.

- Dale.

- Esperá que les hablo.

No tuvieron inconveniente alguno en prestarle el teléfono para una llamada, eran clientes conocidos. Atendió Pedro, Jorge le explicó el problema, su padre titubeó un poco, Juancito no le caía simpático y menos aún su sorpresiva conversión en un ferviente peronista de izquierda; le pidió a su hijo que aguarde, quería consultar con Irene. Jamás habrían podido imaginar semejante situación, ellos, que consideraban al peronismo un error que había desviado la historia argentina de su curso natural, al que imaginaban como una deriva hacia gobiernos genuinamente progresistas, se veían ahora ante la disyuntiva de albergar a un niño bien convertido de la noche a la mañana en un fanático.

- Si le pasa algo no nos lo podríamos perdonar -fue la opinión de Irene.

Esas palabras dieron lugar a una respuesta concisa -Vengan, por unos días no habrá problemas.

- Podés estar en mi casa, después yo le aviso a tus padres, y les pido que no lo comenten a nadie, ni siquiera a Isabel.

- Bueno

Tres días después los secuestradores anunciaban la ejecución de su rehén. La convulsión desatada por la noticia obligó a la familia de Jorge a hospedar a Juancito durante dos semanas. No sólo habían matado a un símbolo que representaba una particular concepción de la historia y el presente del país, también planteaban un desafío inédito a las Fuerzas Armadas. Sólo bastó una semana para que sus camaradas depusieran al dictador que había creído casi eterno su sólido e indiscutible idilio con el poder. El ejército, todavía conmocionado por los sucesos del año anterior, parió un nuevo caudillo. Cuando éste prefirió obrar entre bambalinas, entronizando en la presidencia de la Nación a un oscuro y desconocido general, la situación tomó perfiles grotescos. A pesar de sus esfuerzos por componer un rostro serio y adusto, era difícil no ver al nuevo presidente como un simpático y anodino payaso. Duró lo que quiso el titiritero que movía los hilos, menos de un año.

A punto de iniciar el nuevo curso en la Universidad, Jorge recibió con alegría la noticia de un ascenso y cambio de tareas en su trabajo, pasaría a desempeñarse en la sección de noticias policiales. El destino quiso que poco antes del inicio de las clases Marta fuera confirmada como maestra titular de un grado.

- Mi amor, ahora podemos bancarnos solos -avanzó Jorge.

- ¿Cómo te imaginás que puede ser?
- Lindo.
- No te hagas el bobo, eso ya lo sé. ¿Por dónde empezamos?
- Hablemos con los viejos. A lo mejor podemos construir algo en el terreno de mi casa, lugar hay.
- Podríamos hacer la salida por el costado donde está el jardincito.
- Por ahora pongámonos en modo ahorro forzoso.
- ¡Qué hermoso, mi amor!

El horizonte de sus sueños pronto se despejó, pues Irene y Pedro acompañaron sin hesitar la idea de su hijo. La perspectiva de compartir el predio con la feliz pareja los llenó de una alegría que no se preocuparon en disimular. Contagiados, los padres de Marta se comprometieron a ayudarlos dentro de sus posibilidades, así fue que, acicateados por tanta solidaridad, apuraron al arquitecto amigo de Pedro y al finalizar el otoño tenían los planos de lo que sería un departamento independiente a construir detrás de la casa principal.

Habían pasado pocas semanas desde que el cabecilla de turno tomó personalmente en sus manos la conducción del país. En ese momento la coyuntura no presagiaba buenos augurios para quien detentaba un poder mal habido porque, azuzados por su líder o por su ideología, nuevos grupos insurgentes presionaban a una autoridad cada vez más débil. El asesinato y la emboscada, ejercidos por grupos de izquierda o derecha pasaron, poco a poco, a ser moneda corriente. Paradójicamente, la invocación al anciano general exiliado era común en ambos bandos. Tal coincidencia determinó que no pocas víctimas murieran mentando, emocionadas, con el último aliento, el nombre que inspiraba a sus asesinos. Perón, que no desechaba a nadie, parecía querer juntar el agua con el aceite. El deterioro del gobierno militar llegó a tal extremo que, importantes sectores de la antigua oposición al desterrado, ahora estaban de acuerdo en concurrir a elecciones para normalizar las instituciones, por lo tanto, admitían que se eliminase la veda al partido proscripto durante 18 años.

Juancito, cursando ya el tercer año de la carrera empezó su adiestramiento en el hospital, de este modo comenzaba su práctica en la atención de pacientes. Era un alumno con un desempeño aceptable en el que se percibían suficientes conocimientos teóricos. Sin embargo, en el contacto con los enfermos se podía advertir su desinterés por la persona, sobre

todo en relación con aquellos que, por estar más seriamente afectados, hubiesen requerido mayor solicitud de su parte. El azar determinó que realizara las prácticas en otro nosocomio, no aquel donde su padre era jefe. En ese espacio tan especial, comenzó a tener una perspectiva real de los personajes, intereses e influencias que pugnaban en el ámbito de la medicina. Enfocó sus esfuerzos en todo aquello que iba más allá de los conocimientos científicos, o la destreza clínica, o instrumental. Desde el inicio mismo de su nueva actividad, trató de adquirir habilidad en el trato con los visitantes que promocionaban medicamentos. De inmediato percibió con claridad que la función de estas personas, consistía en lograr la prescripción de los fármacos que presentaban. Tomó nota del notorio afán en resaltar siempre el nombre comercial y las ventajas que tenían, reales o supuestas, los productos por ellos promovidos, respecto a similares de la competencia. Como se había criado en un ambiente colmado de muestras de medicamentos y los prospectos lujosos que los acompañaban, no era nueva la fascinación que sobre él ejercía ese terreno comercial que oficiaba de sombra de la profesión. Esto, como veremos, le sería de vital utilidad en el futuro. Lo orientaba el antecedente de su padre que había viajado, invitado por un laboratorio, a algún congreso en el extranjero. Promediaba la carrera y sus esfuerzos se repartían entre el estudio y la actividad dentro de la agrupación Montoneros, que funcionaba dividida en células. No debió pasar mucho tiempo para que su figura tomase cierta relevancia dentro de la estructura de la organización en Mendoza. Su propensión a la exposición pública era motorizada por la necesidad de distinguirse y percibir, a través del trato que los demás le dispensaban, los sentimientos de admiración y cierto temor que su persona despertaba. Ni bien se enteraron de las peligrosas actividades de Juancito, los familiares de Isabel le hablaron de sus temores y profundo desagrado. Sin embargo, por algún indiscifrable motivo ella sentía una extraña seducción a medida que Juancito encaraba nuevas, azarosas, sorprendentes e insólitas actividades. Así pasó de disimular las evidentes falencias de su novio, a las que percibía claramente, a desarrollar cierta admiración por su osadía, asumiéndola como una virtud. Sentía la necesidad de su presencia física, sus funambulescos relatos, el lenguaje seco y preciso que utilizaba. Los momentos compartidos en soledad en el consultorio de su futuro suegro, la deslizaban encantada hacia el clima de excitación y de allí, sin esfuerzo, a la cama. Desoyendo

consejos, trató de estar más cerca de él, sin vincularse de modo alguno a sus actividades políticas. Sólo en muy precisas circunstancias, después de enterarse de ciertas noticias, cuando la invadía el temor; planteaba sus dudas con delicadeza.

- Tengo miedo de que te pase algo.
- Quédate tranquila, sabemos cómo cuidarnos.
- No me gusta que andes con armas.
- Los otros las tienen, sería una boludez que nos tomen desprevenidos.
- ¿Qué buscan, además de la vuelta de Perón?
- Que haya más justicia.
- Mirá, si hay más justicia nuestras familias se van a perjudicar.
- Eso a mí no me afecta.
- Te quiero ver sin las comodidades que siempre tuviste.
- Lo soportaría.
- Pero te vas a casar conmigo, viviremos juntos.
- Falta mucho para eso. Además, cuando gobernó Perón a mi viejo, que era joven, le fue muy bien.
- Pero siempre lo odió.
- Son sus cosas.
- Cuídate Juan.
- Quédate tranquila.

En realidad, la vida de Isabel no había cambiado demasiado. Ese año terminaría sus estudios en Bellas Artes y pensaba viajar a Buenos Aires para iniciar sus primeros contactos con las personas influyentes de las galerías. Allí se exponían obras de los mejores artistas nacionales. Sus relaciones en Mendoza le habían prometido facilitarle la tarea a través de gente conocida en el ambiente porteño.

Ansiosos por ver el comienzo de la edificación de su futura vivienda, Marta y Jorge atesoraron cuanto pudieron. Durante el invierno, ayudados por Pedro, talaron dos árboles que daban sombra al fondo, quitaron alguna planta frutal y nivelaron el terreno. Todo estuvo listo para que, en la primavera, dos albañiles comenzaran a sentar los cimientos de la casa. Marta terminó su profesorado con excelentes calificaciones y empezó a investigar las posibilidades de trabajo como docente especializada, mientras Jorge, que progresaba en su carrera, había completado el cuarto año. Su entusiasmo por el estudio no decrecía, por el contrario, afianzados los

conocimientos básicos adquiridos en el primer tramo iba por más, leyendo ávido a nuevos autores. Llegó el momento en que, agotado el dinero debieron suspender momentáneamente la construcción; no obstante, contemplaban extasiados el perímetro de ladrillos a ras del piso que demarcaba el contorno del que sería su hogar. Durante el verano, integrando el equipo de la capilla, él pudo darse el gusto de jugar al fútbol en la villa donde Marta colaboraba. Esos partidos y la cerveza que compartían luego, a la sombra de los árboles que enmarcaban la precaria cancha, le brindaban un momento de relajación al bisoño periodista. Frecuentemente se le acercaba el sacerdote, integrante de uno de los equipos, entonces brotaban entre ellos los comentarios, matizados con chistes y alusiones a las virtudes y defectos futbolísticos de los participantes. Una extraña camaradería se había forjado entre Jorge y el padre Carlos; ambos se respetaban y toleraban sin conflictos las distintas posiciones que tenían respecto a la fe. Para evitar las controversias ásperas e insolubles, que los pondrían en posiciones antagónicas, eludían tratar el meollo crítico de la cuestión relativa a la creencia de uno y el escepticismo del otro. En sus largas charlas abordaban los temas concretos relativos a las necesidades de la gente pobre de ese suburbio y los escasos medios que tenían para ayudarlos. Con frecuencia mencionaban con amargura las culpas de un sistema político que permitía tanta injusticia. Marta llegaba al atardecer, cuando el sol desaparecía detrás de la cordillera, se despedían del sacerdote y tomados de la mano se encaminaban a la casa de Jorge.

- ¡Qué bueno que te lleves tan bien con Carlos, es un gran tipo!

- A pesar de ser cura... vive como piensa.

- ¡Y piensa como vive!

- No te hagas la loquita.

Se abrazaron y besaron.

- Lástima que hay tan pocos como él.

- ¿En la iglesia?

- En casi todas partes.

- Mirá Marta, este tipo es lo más parecido al Che Guevara que conocí en mi vida.

- El Che tuvo varias minas e hijos.

- Hoy no se puede hablar en serio con vos.

- Los filósofos no entienden la joda.

- Las profesoras de biología no hablan más que de sexo. ¿Qué te parece si después nos vamos a lo de la señora Mercedes?

- Dale.

En un amplio patio provisto de un respetable horno de barro, situado detrás de una vieja casa de la ciudad, la señora Mercedes había improvisado un comedor humilde. Allí se podían encontrar las mejores versiones de las excelencias regionales, empanadas, humita y loco, regadas por el buen tinto local, a un precio más que razonable. Invitados a compartir la mesa, los padres de Jorge aceptaron gustosos.

Con una buena dosis de aprensión disimulada, Juancito no pudo eludir el participar en preparativos de combate. Utilizando distintos transportes, su grupo viajó a un desolado paraje del sur provincial y se concentró en un viejo y solitario rancho de adobe. Allí los esperaba un instructor con aspecto militar, presencia que motivó una primera impresión intimidante en los integrantes del pelotón; estos se encontraron frente a una figura que los tomaba desprevenidos. El fornido sujeto los sometió sin mayores preámbulos a ejercicios extenuantes. Exigía inmediata respuesta a sus órdenes, emitidas sin preaviso y siguiendo un ritmo caótico: cuerpo a tierra, carrera, cuclillas. Debieron permanecer en el sitio durante más de una semana, el individuo se presentaba a cualquier hora del día o de la noche. Transpiraban a mares mientras corrían bajo el sol implacable de Cuyo. Tanto las chicas como los varones hacían de tripas corazón, tratando por todos los medios de mostrarse duros, enteros. En la madrugada de la tercera jornada el instructor apareció con dos acompañantes que portaban armas y traían municiones y unas siluetas de cartón. Durante otros tres días, recibieron instrucción de tiro con pertrechos de corto y largo alcance. Luego retornaron a la ciudad en parejas, siguiendo diferentes derroteros. Por una vez Juancito controló sus ansias de fanfarronear por su presunta valentía, sólo a Jorge le contó su aventura.

- Parece una pendejada peligrosa.

- Es que la cosa va en serio.

- ¿Vos crees que lo que hicieron no va a trascender?

- Somos células pequeñas, yo conozco sólo a siete.

- ¿Y los tres tipos con pinta de milico que les enseñaron a disparar?

- Un plagio de milico parecía el primero, los otros dos no, tenían pinta de ayudantes de la facultad.

- No te veo cagándote a tiros cara a cara, además siempre van a estar en desventaja ¿Cómo crees que en tres días vas a aprender a enfrentarte con militares entrenados durante años y que cuentan con un surtido de fierros?

- El pueblo está con nosotros.

- Entonces trabajen con la gente, no como llaneros solitarios.

- Es para defendernos.

- Para mí la cosa tiene que ir por otro camino. Cuídate.

- A vos también pueden buscarte aunque no tengas encima ni una navaja.

- Yo trabajo con los de la villa y hasta con un cura.

- Esos la hacen fácil, no se molestan en distinguir. O estás con ellos o contra ellos, además, odian especialmente a los que parecen intelectuales o inteligentes.

- ¿Entonces te sentís a salvo?

- ¿Desde cuándo la vas de gracioso?

- Hay que tener un poco de humor.

- Estábamos hablando de cosas serias.

- Bueno, tranquilízate. Te dejo porque tengo que volver a la oficina.

- ¡Ojalá te manden a entrevistar al petiso orejudo!

- Hace mucho que está muerto, es historia antigua y además mataba pibes.

- Como te dije, ahora los asesinos primero disparan y después averiguan quién sos, a los cronistas de policiales los ven como su plato predilecto.

- No jodas.

- Chau.

Fue un año extraño. Mientras más crecía la violencia, Marta y Jorge más se comprometían en las tareas de ayuda a las familias del barrio de casitas precarias. Entre otras faenas, dedicaban horas sustraídas a su descanso para reforzar la preparación de los chicos. Estaban empeñados en lograr que los niños y adolescentes no abandonaran la escuela, intentaban evitar que, prematuramente, salieran a buscar la forma de ganar unos pocos pesos, seguramente en ocupaciones inestables. Sobrevolaba en el ambiente la tentación de vender drogas provistas por bandas que nadie parecía controlar. También el peligro de que se sumaran a pandillas vagabundas de oscuro futuro.

Oficiaba de aula un frágil local construido por los padres de los alumnos, muchos de ellos obreros del ramo. Hacía tres años que las cosas habían comenzado a cambiar gracias a Carlos que se había hecho cargo de la pequeña capilla de un barrio cercano, donde vivía. Él necesitó cierto tiempo para superar el rechazo inicial que sintió cuando comprobó la miseria de ese caserío. El desagradable olor que emanaba del sitio que se hallaba en su jurisdicción, parecía situarlo fuera del mundo. Al principio, su trayectoria pareció calcada de la que había recorrido su predecesor, quien había optado por ignorar totalmente a la villa y sus habitantes. No obstante, venciendo la inicial repugnancia, después de unos meses comenzó a visitar el lugar, entrar en las casas y conversar con la gente. Actitud que influyó en algunos de ellos induciéndolos a concurrir los domingos a misa y a pedirle el bautismo de los niños. Los fieles de la vecindad se sintieron incómodos cuando aparecieron, en número creciente, estos nuevos feligreses, y se lo hicieron saber. La respuesta del sacerdote fue pedirles públicamente, en el templo y durante la ceremonia, que cooperaran ayudando a juntar materiales para construir un pequeño edificio que serviría como aula. Les explicó que de ese modo reforzarían la educación de los niños de la villa en un intento concreto para sacarlos de la calle y de un desventurado destino, iniciativa que brindaría mayor seguridad a la zona. Trabajando él mismo junto a un creciente número de habitantes de las frágiles moradas, primero despejaron el terreno. Después recorrieron los corralones cercanos consiguiendo donaciones, hasta que lograron terminar la obra. El padre ya no dudó, había encontrado el objetivo principal de su misión y aceptó de buen grado la ayuda de jóvenes estudiantes, sin preocuparse por sus creencias o militancias políticas. Con el tiempo, la casa tuvo múltiples usos, además del aula escolar, en ciertos horarios funcionaba allí una precaria salita de atención primaria de la salud a cargo de alumnos de la Facultad de Medicina, y los fines de semana se reunían vecinos para discutir temas de la comunidad. A tono con el tiempo turbulento que se vivía, no tardaron en llegar las amenazas. La actividad del cura y su cohorte, algunos de cuyos integrantes eran conocidos militantes de grupos de izquierda, despertaba recelos en las fuerzas policiales que comenzaron a merodear por la zona. Cuándo dos agentes de civil se presentaron en la capilla con el fin de prevenir al sacerdote respecto a los antecedentes de alguno de sus nuevos colaboradores, su respuesta consistió en una pregunta dirigida

a sus visitantes. Si siguiendo sus consejos él prescindía de esas personas, ¿Estaban dispuestos a suplantarlos en las tareas o conseguir quien lo haga?

- Porque esa labor es muy necesaria aquí, les dijo con convicción.

Inquieto, pocos días después, cuando consultó con su obispo, se enteró de que el monseñor había sido alertado por la policía. Durante la conversación posterior, su superior expresó una posición ambigua. Nada concreto prometió y, sin prohibirle continuar con su trabajo en aquel barrio precario, expuso sus dudas y aconsejó prudencia. La falta de claridad en las palabras de quién debía guiarlo lo dejó perplejo y desengañado, mas no insistió, comprendió que debía manejarse con su propio criterio y tener en cuenta la lacerante realidad a la que asistía.

Dos explicaciones contradictorias y con destinatarios diferentes tuvo a mano Juancito, hasta entonces reacio a cualquier actividad física, para justificar su súbita pasión por el andinismo. La familia y amigos, incluyendo a Isabel, encantada con la novedad, vieron como un hecho positivo su reciente necesidad de conocer más íntimamente esas montañas que ahora lo fascinaban, cuando toda su vida se había satisfecho con verlas desde lejos. De paso, esperaron que esta nueva actividad lo alejase de sus caprichos políticos. Con desagrado recibieron la ocurrencia sus compañeros de Montoneros, que no terminaban de digerir el pretexto de una posible futura lucha en las altas cumbres. Tampoco justificaban una acción resuelta de buenas a primeras, sin discusión previa y presentada como un hecho consumado. Argumentaron con vehemencia que, después de todo, era un lujo que sólo señoritos de familias ricas podían darse, pero no encontraron forma de impedir su aventura.

La opinión de Jorge, que no tuvo desperdicios, sonó a sus oídos como la prolongación de la sostenida por sus compañeros de militancia.

- ¿Así que ahora te dio por escalar y por el esquí? No sabía que los Montos se daban esos gustos.

- Necesitamos conocer bien las alturas y aprender a manejarnos ahí.

- Pero guacho, si vas a disponer de todas las comodidades, minas, la diversión total.

- Es un lugar ideal para entrenarse.

- Reconocé que te vas de parranda. ¿Qué dicen los de tu grupo, alguno te acompaña?

- No puedo divulgar asuntos de la organización.
- ¿El próximo entrenamiento lo tenés en la Costa Azul?
- No, en la concha de tu hermana.
- Otra vez el mal humor, además no tengo hermana. Bueno macho, te deseo mucha suerte.
- Un abrazo, en cuanto vuelvo te comento.

No se vieron durante casi un mes y después Juancito evitó toda mención a lo sucedido en la montaña: distrajo a Isabel con evasivas y alusiones respecto a cierta imprecisa tarea, quedó con Jorge en no tratar el tema y convenció a sus compañeros de la necesidad del secreto. En realidad, había disfrutado de unas vacaciones en un exclusivo centro de esquí.

A mediados de agosto la noticia conmocionó al país, más de cien guerrilleros detenidos en la prisión de Trelew, en la Patagonia, se habían fugado, logrando, la mayoría de ellos, huir a Chile luego de secuestrar un vuelo comercial. La arriesgada acción no produjo víctimas. Diecinueve que no llegaron a tiempo para abordar la aeronave, quedaron en el aeropuerto y se rindieron ante testigos, un juez y periodistas, recibiendo garantías de los militares presentes, se respetarían sus derechos. Para la dictadura era un golpe difícil de disimular, entre los que habían huido se encontraban importantes jefes de la insurrección. Los que no pudieron embarcar fueron nuevamente encarcelados y sometidos a malos tratos en el penal, hasta la madrugada del día 22. Esa fría mañana fueron cobardemente masacrados por personal militar naval, en una escena caótica y desordenada. La confusión permitió que tres prisioneros que solo estaban heridos sobrevivieran, sus testimonios destruyeron cualquier justificación sobre los motivos de semejante tragedia. El gobierno mostraba su costado más macabro, había sonado el estrépito decisivo que definitivamente convocaría a los jinetes del apocalipsis sangriento. El país se sumergiría, por una larga década, en una orgía funesta.

En una última jugada desesperada el sátrapa de turno desafió al anciano general, declarando públicamente que no lo veía dotado del coraje necesario para volver a su patria. Los hechos lo contradijeron de un modo terminante, pues un lluvioso día de noviembre el enclenque exiliado volvió a su tierra natal cobijado por la mayor popularidad de su trayectoria política. El clamor incontenible exigía elecciones y el tambaleante régimen no tuvo más remedio que convocar al pueblo a votar. En un último truco

la dictadura le impide a Perón consumir su pretensión de acceder a una tercera presidencia y éste designa al candidato que lo suplantaré, Héctor J. Cámpora, antes que nada un antiguo e incondicional aliado, afín a los grupos de izquierda del vasto conglomerado peronista.

Juancito, exultante, comenta la noticia con Jorge.

- Viste, el viejo está con nosotros.

- El Tío no maneja los hilos, además, siempre fue obediente a la voz del amo.

- No seas un amargo. Llegó la hora de la alegría, en vez de café te convidó con un vaso de sidra.

- Eso está bueno.

- Brindemos por los fabulosos tiempos que nos esperan.

- Salud.

El nuevo año prometía cambios positivos, nadie dudaba del resultado de los comicios que pondrían fin a los tiempos del ominoso totalitarismo.

- Juancito, si esto sigue así vas a tener funciones oficiales.

- Todo puede ser, también vos y Marta formarán parte, hacen un laburo interesante-contestó condescendiente y evasivo.

- Somos de bajo perfil, vos estás al frente.

- ¿Cómo va la construcción?

- Lenta, sin guita tenemos que tener paciencia. Lo principal es que nos queremos, todo lo que pienso pasa por ella. ¿Y vos que vas a hacer? A fin de año o principios del otro nos recibimos.

- Estoy muy metido en la política como para ocuparme de otras cosas.

- Plata es lo que te sobra.

- A mi viejo querrás decir.

- ¿No te va a ayudar?

- Hay bronca, no entiende y no está para nada de acuerdo con lo que hago.

- Somos varios.

- No empieces con las ironías otra vez.

- ¿Isabel que dice de todo esto?

- No tiene apuro.

- Es una mina prudente e inteligente, quiere ver primero como van las cosas. Está acostumbrada a la buena vida, tendrá miedo de que la mezclen con tu activismo, no van con ella esos riesgos.

- Está conmigo, eso es lo que me importa -dijo con tono decidido y firme.

Se abrazaron y cada uno tomó por su lado.

Marta y Jorge, acompañados por los padres de él, admiraban los primeros ladrillos que emergían del piso de la que sería la casa de la nueva pareja. Sentados en el jardín tomaban mate y disfrutaban de la soleada, tibia tarde.

- Papá vamos a estrenar la casa en una nueva época.

- Ojalá, pero no veo que los ánimos revueltos se aquieten.

- El tío asumió rodeado por el presidente de Cuba y Allende. Como si fuese poco, el primer día liberó a los presos políticos ¡Es para tener esperanzas!

- Pero el viejo le metió al brujo en el gabinete.

- Es casi una guerra declarada que sigue a pesar del nuevo gobierno-terció Irene.

- Nosotros nunca estuvimos con la pesada, ayudamos a Carlos, damos clases a los chicos, otra cosa no hacemos -dijo Marta.

- Lo sensato es esperar, Cámpora o el Tío como ustedes le dicen, consulta todo con papá-bromeó Pedro.

- Tenemos que tener fe, una vez se nos tiene que dar, si vieras lo contenta que está la gente de la villa, y el padre Carlos ni te cuento.

- Hijo, la cosa no se ha definido, todo depende de la voluntad de Perón.

- No va a ir en contra de la mayoría.

- Hará lo que él crea que le conviene, no te olvides de los sindicalistas, esos pesan mucho y la mayor parte de ellos no está con ustedes.

- Veremos.

- Si Jorge, hay que ser prudentes.

La esperanza y el temor convivían en los ánimos. El veinte de junio Perón, que había regresado temporalmente a España, volvía definitivamente. La movilización popular más importante de la historia Argentina, dos millones de personas, lo esperaban, la mayoría creía estar viviendo un milagro reparador, una fiesta. En el diario, ansiosos, seguían las noticias de Buenos Aires para imprimir una edición extra que pondrían en la calle con las primeras horas de la noche.

- Parece que hay quilombo.

- Una radio dice que se escuchan disparos en Ezeiza -anuncia Jorge que emerge del pequeño despacho del cronista de policiales.

- ¿Cómo van a andar a los tiros en medio de ese gentío? -reflexiona su jefe.

- Te olvidás de los enfrentamientos... ¿qué dirá el general? -advierde un compañero de redacción.

Poco después las peores versiones se confirman.

- Mi viejo tenía razón, esto no está definido -razona Jorge en voz alta.

Poco tiempo después, el fugaz presidente Cámpora renuncia. Perón no tiene, ahora, obstáculo alguno para postularse en las nuevas elecciones que son rápidamente convocadas.

Una noche, Jorge sale apresurado del diario y se encuentra con Marta en un café.

- ¡No puedo entender, cuando se necesita consolidar el poder popular porque los milicos siguen al acecho, elige para la vicepresidencia a Isabelita!-dice indignado apenas toma asiento.

- Es su esposa -contesta ella sin ocultar la sorna.

- Es una oscura bailarina, por no decir algo peor, que conoció en el exilio.

- Mejor dejamos los calificativos de lado -insta Marta, visiblemente preocupada

- Solemnemente incapaz y totalmente influida por Lopecito -agrega él, un poco más sosegado pero sin haber podido moderar su lenguaje.

- No es esto lo que esperábamos-completa ella, sin disimular su desaliento.

En septiembre Perón fue electo para un tercer período por una mayoría aplastante. Vox populi, vox Dei. Las agrupaciones del peronismo de izquierda pierden paulatinamente poder dentro de la estructura gubernamental.

A pesar de que Juancito llevaba una vida complicada había logrado mantener, como estudiante, un desempeño aceptable aunque no destacado, cursando por un lado el último tramo de la carrera de Medicina, con esporádicas intervenciones en las cada vez más frecuentes asambleas de los alumnos de la Facultad y por otro, participando de las clandestinas reuniones de la organización que cada vez más, se inclinaba a dejarse arras-

trar a una impiadosa lucha frontal y sin cuartel con sus enemigos.

Con notas sobresalientes, Jorge se encaminaba a obtener, antes de fin de año su licenciatura. Sin aguardar la formalidad del diploma universitario, el director del diario le comunicó un nuevo ascenso, a partir de ese momento sería uno de los secretarios adjuntos de la redacción. Era un espaldarazo. Festejaron con Marta la buena nueva en el comedor de la señora Mercedes. Acunados por el vino, los sueños de un próximo casamiento comenzaban a insinuar contornos reales. Allí mismo, sobre el papel blanco que oficiaba de mantel, calcularon una posible fecha y bosquejaron la lista de invitados, derrochando, cándidos, el entusiasmo de su amor.

El turbulento año finalizó con Jorge pensando ya en encarar su doctorado y las nuevas funciones en su trabajo. Las paredes del que sería su hogar lo exaltaban, ahora las veía levantarse a buen ritmo.

La organización exigió de Juancito más cuidado en su exposición y recaudos especiales en los desplazamientos, además lo notificó de una novedad, pensaban asignarle otras funciones. Por esos tiempos, mientras las acciones que encaran comienzan a perder el halo de espectacularidad novedosa del principio, sufren cada vez más bajas. Después de ser advertido de que en cualquier momento podría verse obligado a pasar a la clandestinidad, declina su entusiasmo por la causa y trata de acelerar sus estudios. Si bien concluye de cursar las últimas materias, debe resignarse a rendir sus exámenes después del verano.

La tirantez asedia las relaciones de Perón en el poder con las organizaciones armadas que habían luchado por su regreso. La ruptura definitiva con aquellos a los que había calificado de juventud maravillosa, se produce durante el tradicional acto del 1º de mayo. Desde el comienzo los oídos del líder son heridos por cánticos que parten de los sitios ocupados por las agrupaciones de izquierda, estas le piden explicaciones: “Qué pasa, qué pasa / qué pasa General / que está lleno de gorilas / el gobierno popular”. Las coléricas estrofas brotan de miles de gargantas. Usando el micrófono que expande su voz sobre la multitud, el destinatario, cansado, no duda en acusarlos, visiblemente molesto, de constituir un grupo de estúpidos imberbes. La fulminante respuesta induce a gruesas columnas de manifestantes a abandonar la Plaza de Mayo antes de que finalice la jornada. El General puede entonces observar el enorme hueco que se ha producido

en el gentío que tiene enfrente, vacío que simboliza el desgarró y presagia la mayor de las tragedias.

En la casa de Jorge todos siguen con preocupación los acontecimientos.

- No me sorprende, acaba de mostrar la carta oculta en la manga, es un viejo fullero -se despachó Pedro indignado.

- Esto que está pasando es una desgracia -agregó compungido su hijo.

La cacería de militantes se agudiza, a partir de ese momento el mero hecho de sostener ideas progresistas, convierte a una persona en posible víctima.

En abril Juancito rinde su última materia, ya es médico. Consigue, gracias a sus relaciones, integrarse al servicio de guardia del hospital de urgencias. La organización necesita profesionales capacitados para atender heridos y está montando pequeñas salas para asistirlos en sitios ocultos y dispersos. En su fuero íntimo él viene experimentando un creciente fastidio. Ahora la militancia ya no le da notoriedad y el juego con las armas encierra cada vez más peligros. Además de tener la certeza de que está marcado por los servicios de inteligencia, advierte que es relegado por sus compañeros; él quiere participar de las decisiones, no simplemente recibir órdenes y cumplimentarlas bajo vigilancia. Poco a poco lo invaden confusos sentimientos, alimentados por las pocas esperanzas de desempeñar un papel destacado en un movimiento que pierde popularidad. El temor y la inquietud se acrecientan, dando aliento a su deseo de alejarse, quitarle el cuerpo al peligro que se huele en el aire. Pero está muy comprometido y sabe que sus camaradas no perdonarían una deserción. No encuentra más remedio que aparentar seguir conservando unas convicciones que nunca estuvieron demasiado arraigadas y mucho menos bien fundamentadas. Mientras, la guardia del hospital le sirve de pretexto para mantenerse alejado de las peligrosas acciones que planean. En realidad, el entrenamiento no lo entusiasma demasiado; las horas que debe dedicar a atender gente modesta que consulta por patologías diversas, la sutura de heridas, la reducción de fracturas o las largas sesiones en el quirófano donde se perfecciona como ayudante en las cirugías de urgencia, lo hartan al poco tiempo. Haciendo gala de su consabida hipocresía, consigue convencer a los que aguardan contar con un médico más, que sólo logrará el nivel de competencia adecuado a mediados del

próximo año, de ese modo cree asegurarse algo de tranquilidad para el futuro cercano.

El asesinato de su homónimo porteño, el padre Mugica, alarma a la pequeña comunidad de la villa mendocina.

- No sabemos cómo podemos ayudarte -dice Jorge, entrando al modesto cuarto de la parroquia en compañía de Marta.

- Mi lugar está aquí, me sostienen la fe, los vecinos y los pocos que como ustedes vienen a dar una mano. Integramos una pacífica comunidad que trata de cooperar, nunca nos hemos expresado políticamente.

- ¿Qué hay del obispo? -pregunta Jorge.

- Jamás entendió esta misión que me impuse yo mismo o me la asignó Jesús, vaya uno a saberlo.

- ¿No va a intentar protegerte?

- No me hago ilusiones.

- A Mugica los capos tampoco lo querían -dijo Marta.

- No hables así de mis superiores -pidió Carlos.

- Perdóname -se disculpa Marta.

- Mi única fuente de información es un agente de la policía provincial que vive en la villa, él está al tanto de lo que hacemos y sus hijos concurren al aula.

- ¿Qué te cuenta? -insiste Jorge.

- Que sus jefes odian lo que hago y a ustedes los tienen en la mira.

- Pero si sólo ayudamos a los chicos a estudiar y vos te matás tratando de que tengan una vida un poco mejor -agrega Marta.

- Ven un peligro en cualquier cambio, pero yo a esta pobre gente no la pienso abandonar.

- Nosotros tampoco -aclaró Jorge.

Compungidos, los tres se abrazaron. Marta y Jorge, decididos, se dirigieron luego al aula, los alumnos los esperaban.

Pocos días después, Jorge se encuentra con Juancito en el bar.

- En la organización corre la bola de que el general está muy enfermo y se niega a seguir los consejos del colega que lo trata.

- Estarán contentos. Los echó mal de la plaza, no fue muy amable que digamos.

- No empieces con tus jodas, si queda la Isabelita al mando, se viene la noche. Lo peor es que él parece creer en los poderes esotéricos de Lope-

cito. Dicen que lo tiene convencido de que con los conjuros que practica, logrará mejorar su salud.

- Está jugando con el destino, el de él y el de todos nosotros.

El vaticinio se cumplió, Perón fallece el 1º de julio. Deja a guisa de macabro presente, a su inepta mujer instalada en el sillón presidencial. Algunas semanas después, una tarde nublada y fría, acomodados en el living, comentan la inquietante realidad.

- La mina está mareada, titubea, la muy infeliz no puede disimular el desconcierto. Es una pobre boluda que se entregó de cuerpo y alma al brujo ese que tiene las manos manchadas de sangre -comenta Jorge, ofuscado.

- El peronismo está liberando sus mil demonios, recrudecen los mezquinos enfrentamientos. Calló para siempre la voz del conductor, la herencia está en juego en el peor de los escenarios -reflexiona Pedro.

Irene y Marta prefieren el silencio. Distraen su angustia poniendo atención en la minucia de cebar el mate y procurar que no falten galletitas en el plato que reposa en una mesita ratona.

La influencia de Montoneros se debilita lentamente, hasta que esta agrupación decide pasar a la clandestinidad. De ahí en más, impera la muerte, los distintos bandos actúan con total desprecio por la vida. La suerte de Juancito inquieta a su familia y a Isabel, todos comienzan a presionarlo para que abandone el país. La idea no le desagrada, pero como teme la reacción de sus propios compañeros, prefiere quedarse, esperar el momento oportuno. Mientras, cavila, debe preparar su huida meticulosamente, presiente que eventualmente podrían localizarlo y ser blanco de represalias. El pánico se apodera de él cuándo se entera, leyendo un diario local, de la muerte de un miembro de su grupo, pero respira aliviado al comprobar que había sido el único abatido en un enfrentamiento callejero, el resto huyó. La captura y posterior tortura de cualquiera de ellos, implicaba la divulgación de sus nombres. Como los demás vivían en la clandestinidad, él era el único al que podían ubicar fácilmente. Se suceden asesinatos y secuestros. Millonarios rescates pagan la libertad de poderosos que habían sido raptados, el botín engrosa, supuestamente, las arcas de las organizaciones clandestinas, o de algún integrante de las fuerzas legales que decide hacer su agosto. Los medios imperan por sobre los fines, lo que lleva a buena parte de la población a adoptar posturas que la marginan de la violencia.

El poder militar vuelve a aparecer en el imaginario, como la solución para tanta desventura e incertidumbre. Había sucedido antes y volvería a ocurrir en el porvenir, una parte importante del periodismo, supuestamente neutral, contribuye a magnificar la ya de por sí irrespirable atmósfera, plena de inseguridad, desasosiego y sospechas varias. El miedo todo lo tiñe. Todavía corren los tiempos en que cualquier ciudadano conoce el nombre y apellido de los altos mandos castrenses que, a su modo, tienen cierta popularidad.

El jefe de redacción del diario advierte a Jorge.

- Sé que lo hacés de buena fe y no estás metido en nada raro, pero te advierto que se conocen tus actividades y las de tu novia.

- Sólo ayudamos al padre Carlos.

- Eso me consta, pero en estos tiempos hay que tener cuidado.

- Me daría vergüenza borrarle por cagón.

- Por lo menos cuidala a ella.

- No lo va a aceptar.

- Espero que tengan suerte pibe, no los critico, pero tampoco puedo quedarme callado.

- Mi viejo, hace años, estuvo en cana por motivos políticos y estoy orgulloso de él.

- Era diferente, ahora todo es más cruel, no hay piedad.

- ¿Y los que fusilaron Aramburu, Rojas?

- Fue un episodio, después se calmaron, en este momento es cosa de todos los días. Veo que no te voy a convencer, sigamos con el trabajo, mandale un beso a Marta.

- Gracias.

Con el correr de las semanas, la presión del ejército cobra renovado impulso. No les cuesta mucho conseguir la orden de aniquilar el accionar de una fuerza guerrillera que opera en la provincia de Tucumán, en el medio selvático. Poco después una nueva resolución o concesión, según se mire, amplía el campo de operaciones militares a todo el país. Esos que se habían ido para no volver, regresaban como si nada hubiese pasado. La desarticulación de las organizaciones guerrilleras a cargo de la Triple A y las fuerzas armadas se intensifica. El clima de desgobierno, amplificado escandalosamente por la prensa, excita aun más el ambiente propicio para un nuevo golpe militar, el clamor, sobre todo entre las clases medias

y altas, ya exige seguridad a cualquier costo.

Teniendo en cuenta los riesgos que implican sus actividades a la vista de todos, la organización envía a Juancito a un sitio donde piensan instalar un refugio para la atención de sus heridos. Él se ve obligado a abandonar sin previo aviso el hospital, y su cómoda vida. Las instrucciones son terminantes, no debe comunicarse con nadie. Lo instan a instalarse en una antigua casa suburbana. Allí, tomando todas las precauciones para que no puedan ser advertidos desde el exterior, tres jóvenes están pintando una habitación que servirá de improvisado quirófano. Juancito no puede menos que ayudar en esas tareas y se siente muy molesto por ello; además está cada vez más asustado. Su único, insignificante consuelo, es que lo tratan de doctor. Sus acompañantes pertenecen a un grupo diferente, jamás los había visto antes y desconfía de la verdadera identidad de alguno de ellos. Mientras esta gente encara el trabajo con resolución y sin evidenciar inquietud, él vive al acecho en su interior, tratando de atisbar la menor señal de peligro. Debe compartir las precarias instalaciones del lugar, comer frugalmente y dormir en una vetusta cama sobre un colchón deteriorado y sucio.

Los Correa Laguzzi dudan durante cuarenta y ocho horas, sobre la mejor manera de abordar el problema de la desaparición de Juancito. Es Magdalena la que convence a su marido de la inutilidad de seguir esperando, entonces este se pone en contacto telefónico con el jefe de la policía, al que conoce. La conversación es breve, ni Juan le dice todo lo que sabe o sospecha, respecto a las actividades de su hijo, ni el Comisario Mayor Benítez le da información alguna. Quedan en volver a hablar pocas horas después. Minutos antes de la medianoche llama el policía para decirle a Juan que desconocen el paradero de su hijo, que lo buscarán, que existe la firme sospecha de que integra alguna de las bandas sediciosas, en fin, que hará todo lo posible pero que es un asunto complicado. Recién entonces deciden informar a Isabel que se halla en Buenos Aires, contactando artistas para la galería que piensa inaugurar el próximo otoño. Solo medias palabras y confusas explicaciones habían cubierto las frecuentes ausencias de su novio. Si en algún momento acunó la sospecha de una posible infidelidad; la respuesta a su requisitoria fue indignada ¿Cómo podía mezclar la entrega a una causa noble, con asuntos personales que, por otra parte, no existían más que en su imaginación? El discurso que

había sido convincente, concluyó con una velada sonrisa dibujada en sus labios y la conocida mirada firme y brillante. Sin embargo, ahora el asunto parecía dotado de otro matiz, tres días de hermético silencio, ni siquiera una llamada telefónica, era demasiado, sobre todo porque él siempre avisaba cuándo debía partir; entonces decidió adelantar su regreso para el día siguiente. Cuando llegó a Mendoza comprobó que la familia seguía sin noticia alguna y se enteró de que el comisario Benítez tampoco podía localizarlo. Resolvió ir al diario, era posible que Jorge supiera algo.

- ¡Qué sorpresa Isabel!

- Necesito hablar con vos en privado.

- Pasá al despacho, sentate ¿Querés un café?

- No gracias. ¿Cuánto hace que no ves a Juancito?

- Algo así como una semana. ¿Pasa algo?

- Nadie sabe nada de él desde hace cuatro días. Pensé que vos podías estar al tanto.

Jorge no pudo evitar el dejar traslucir cierta turbación. Si bien era notoria la exposición pública de Juancito en actos de Montoneros, por lo visto ella ignoraba que integraba sus grupos armados. Sin vacilar optó por guardar el secreto.

- Creo que se estaba exponiendo demasiado. Es posible que haya decidido pasar a la clandestinidad, como la mayoría de sus compañeros.

Ella bajó la mirada, Jorge le tomó una mano para consolarla.

- Tengo mucho miedo.

- En estos momentos no saber nada de él quizá sea mejor, aunque duela. Tené paciencia, con el tiempo las cosas se irán aclarando.

- Eras mi última esperanza.

- En cuanto tengamos alguna noticia nos hablamos.

- Ocupate por favor.

- Ya mismo, aunque dudo que alguien de confianza sepa algo concreto.

- Chau.

Jorge le llevó la inquietud a su superior.

- ¿Qué sabés vos de las actividades de este amigo tuyo. ¿Cómo me dijiste que se llama?

- Juan Correa Laguzzi.

- El hijo del médico.

- Si, él también lo es.

- Últimamente estos chicos se buscan problemas.
- En la facultad estuvo enganchado con la JP.
- Veré si puedo averiguar algo, si pasó de la Juventud Peronista a Montoneros, va a ser difícil encontrarlo, lo más probable es que esté escondido y bien que hace. ¿Cómo van los preparativos?
- Sobre ruedas, en el registro civil nos dieron fecha para el diez.
- Falta poco, tengo que ocuparme de tu reemplazo por veinte días.
- Sí, volvemos para pasar las fiestas con las familias.
- ¿Está listo el rancho?
- Quedan bastantes detalles para completar, usted sabe, estas cosas son de nunca acabar pero ya podemos vivir allí.
- ¿Marta se lleva bien con tu vieja?
- Sí, no hay problemas, de todos modos no vamos a convivir en la misma casa, estamos separados por un pedazo de jardín.
- La suegra es un personaje de la mitología, pibe.
- A nosotros nos parece un milagro tener techo propio.
- Te lo ganaste.
- Después del civil recibimos a los amigos en casa y quiero que venga con su señora.
- Allí estaremos.
- Va a ser algo sencillo.
- Yo tampoco pertenezco a la nobleza. ¿No los casa también el padre Carlos?
- No, decidimos que no habrá ceremonia religiosa, se lo explicamos, le dolió mucho pero no insistió y nuestra relación sigue como siempre.
- No sé qué les costaría darle el gusto ¿Y los padres de ustedes que dicen de esta decisión?
- Tratamos de ser sinceros y hacer lo que creemos, los viejos nos comprenden.
- Son ustedes buena gente, les deseo lo mejor.
- Gracias.

La estrella de la fiesta del casamiento de Marta y Jorge fue la nueva casa, a medio terminar. Sólo la cama era flamante, el resto de los muebles consistía en una selección que fueron acopiando de lo que les ofrecían amigos y parientes. Los padres les regalaron la heladera y la vajilla.

Fue visible la consternación de Isabel durante el festejo. En cuanto

pudo, cruzó breves palabras con los recién casados.

- Parece que se lo hubiera tragado la tierra.

- Moví todos los contactos que pude, pero no obtuve el menor indicio sobre su paradero.

- Ubiqué a algunos compañeros de su grupo en la Facultad, pero no saqué nada en limpio -aclaró Isabel.

- Te comprendo -dijo Marta- pero más no podemos hacer.

- Yo tengo confianza en que esté bien y la situación poco a poco se apacigüe -agregó Jorge.

Isabel, que no demoró en retirarse, los besó para despedirse.

Pasarían semanas sin noticia alguna de Juancito, hasta que poco antes de Navidad, dos breves esquelas firmadas por él llegaron por correo a su casa y a la de Isabel. Sólo decían que estaba bien y que no se preocuparan. Los matasellos indicaban que habían sido enviadas desde una sucursal de correos del centro de la ciudad. La novedad trajo algún alivio a la familia pero, por supuesto, no desactivó la alarma.

- Ya casi no tengo dudas de que esta vez se metió en un problema grave. Las gestiones debo hacerlas con la máxima prudencia, quizá es mejor ignorar donde está -dijo Juan, reunido en el living con Magdalena e Isabel.

- Ahora entiendo esas ausencias con explicaciones dudosas -añadió Isabel.

- Sabe Dios donde va a pasar las fiestas, en qué compañía -se lamentó Magdalena.

- No debe llamar por teléfono porque no sale a la calle -reflexionó Juan.

- Esos grupos son muy estrictos, no admiten el menor descuido -agregó Isabel.

- Este país se ha vuelto loco -dijo Magdalena.

- O a nuestro hijo lo malcriamos y ahora estamos recogiendo la cosecha-fueron las palabras con las que Juan le puso punto final a la conversación, evidentemente irritado.

Magdalena no se atrevió a decir que pensaba en la probabilidad de que su hijo fuera una víctima obligada y no un activo partícipe que había colaborado en generar la situación que tanto los afligía. La noticia fue difundida tomando todas las precauciones posibles y para evitar una llamada

telefónica, Isabel concurrió nuevamente a la redacción.

Esta vez Jorge la hizo pasar a su despacho sin vacilar.

- ¿Qué pasa, sabés algo?

- Me escribió una carta y otra casi igual a sus padres.

- Bueno, dentro de todo tranquiliza ¿Explica algo?

- No, ningún detalle o información. Parece estar animado, nos tenemos que contentar con eso.

- Gracias por venir.

- ¿Cómo van las cosas?

- Bien, muy bien. Nos acomodamos como si hubiésemos estado juntos desde siempre.

- Me alegro, nos hablamos. Y Feliz Año.

- No pierdas la esperanza. Estamos para lo que necesites; ojalá tengamos un año mejor.

Realmente, nadie parecía tener la cordura de aguardar un cambio civilizado de autoridades, mucho menos de esperar algo de las establecidas. Durante el verano los medios de comunicación hablaban, con extrema naturalidad, desembozadamente, del golpe militar que se avecinaba. El presagio tomó cuerpo el 24 de marzo y la fecha entraría en la historia nacional como el día del comienzo de una espantosa hecatombe. En la redacción los hechos no sorprendieron a nadie.

- Otra vez un siniestro representante de la Sociedad Rural en el Ministerio de Economía, nada menos que un Martínez de Hoz -le susurró el jefe de la redacción a Jorge.

- Es tan flaco que parece un fósil -atinó este a responder.

- La rutina de siempre -pibe- pero este es muy peligroso. ¿Conocés la historia de la familia y el origen de su fortuna?

- Algo leí.

- Para ser breve, el bisabuelo de este tipo recibió como regalo de Roca miles de hectáreas en la Patagonia y en la Provincia de Buenos Aires, una gran extensión con tierras excelentes afanadas a los indios. Fue una ofrenda manchada con sangre. Un salvaje y brutal exterminio hizo posible el favor, los homicidios permitieron el robo. Todo fue ejecutado en concurso real y en banda -agregó sin ocultar la macabra ironía que escondían sus palabras.

- ¿Qué podemos hacer nosotros?

- Creo que por un buen tiempo, comentarlo en voz baja y con mucho cuidado.

En las siguientes semanas fue tomando forma la doble naturaleza del nuevo poder. El estrictamente militar se dedicó a borrar de la faz de la tierra, sin miramiento alguno y ni siquiera un simulacro de justicia, a lo que quedaba de los golpeados grupos insurgentes. De paso, sometieron a igual tratamiento a todo aquel del que se pudiera sospechar que tuviese el menor germen de ideas contrarias a las nuevas reglas impuestas. Al mismo tiempo, se pretendió el mayor de los secretos para el genocidio; las víctimas estrenaron una nueva categoría, puntualizada por una macabra palabra: desaparecido, significado que adquirió alcances universales. Como tiempo después lo definió el nuevo dictador que dispuso de sus vidas, no era posible ubicar a estas personas en ninguna situación conocida, según él no estaban vivas ni muertas, habían pasado a ser, precisamente: desaparecidas. Una entelexia que sólo ese vocablo delimitaba con precisión.

Pedro, cada vez más alarmado alertaba a su hijo.

- Menos mal que este Videla era el más blando de los candidatos posibles. Está haciendo lo mismo que los nazis pero el sinvergüenza niega todo, disimula, es Hitler disfrazado de cordero.

- Mientras tanto Martínez de Hoz y sus amigos tienen el campo libre para lo que ellos llaman, sus negocios.

- Sí, están borrando del mapa tanto a los dirigentes sindicales de izquierda, como a los menos comprometidos en componendas con la patronal. Se los llevan del mismo lugar de trabajo o de sus casas, nada se sabe de ellos después.

- Escuché que algunos gerentes hacen listas con los molestos para entregarlas a los milicos.

- Así se aseguran que todos cierren la boca.

- Algunos sindicatos ya tienen interventores militares.

- La corrupción está ahora en las mejores manos, las de gente conocida, entendida y por lo demás, respetable.

Los medios de comunicación fueron censurados, pero, en demasiados casos la colaboración brotaba espontáneamente. Hasta los ladrones de poca monta debieron poner sus barbas en remojo y extremar los cuidados, ellos tampoco tenían, en los nuevos tiempos, garantía alguna. Esto posibilitó que ciertos sectores de la clase media, cuya naturaleza temerosa

los tornaba especialmente infantiles y mediocres, pudieran disfrutar de tranquilidad en las calles. Sus vidas y sus preciados bienes estaban insuperablemente resguardados.

En abril Marta supo que esperaba un hijo. Superando el sombrío humor de esos tiempos convulsos, los flamantes esposos encararon con alborozo los preparativos. Los padres de ambos recibieron la novedad con alegría no desprovista de ansiedad.

- Ahora vas a tener que cuidarte más -le dijo Pedro a su nuera.

- Te entiendo, llevo al bebé conmigo, pero no sé bien qué se puede hacer, además no me siento culpable de nada.

- Parece que están más desatados que lo acostumbrado y tradicional entre nosotros.

- ¿Qué nos aconseja entonces?

- Te iba a repetir que tengas más cuidado, pero tampoco puedo explicar en qué consistiría eso; quizás en que abandones toda tarea y contacto con la gente de la villa, empezando por el cura.

- Si nos escondemos les estamos dando un pretexto.

- Quizás tengas razón, pero no se trata de que te ocultes.

Llegó Jorge que volvía tarde de su trabajo.

- Tenemos un tipo en la redacción que revisa hasta los avisos fúnebres. Estamos como en la cárcel.

- No tenés más remedio que disimular lo que pensás y sobre todo, lo que sentís -respondió Pedro.

- Da bronca.

- ¿Qué tal mi amor? Cómo se porta el fulano.

- ¡O la fulana! No seas machista. Por ahora no se hace sentir.

- Los dejo chicos, hasta mañana.

- Chau.

Marta y Jorge, aunque asustados, siguieron con su acostumbrada rutina, evitando continuar, por el momento, con sus actividades en la villa. Si bien se conocieron cesantías en los estamentos universitarios y educativos, Marta no fue molestada. Nadie imaginaba la magnitud del drama oculto que se desarrollaba, sólo se contaba con los tenues e imprecisos indicios que emanaban de la imposibilidad de ubicar a ciertas personas, y de la dificultad con que se topaban sus familias y amigos, al demandar alguna respuesta de las autoridades civiles o judiciales. Aparecieron listas de vícti-

mas a las que se adjudicaba el haber protagonizado enfrentamientos con las supuestas fuerzas del orden, seguidas de relatos de oscuros episodios jamás aclarados. De otros individuos no se tenía noticia alguna. A principios de mayo un grupo de civiles armados se hizo presente en la puerta del colegio donde Marta daba clases. El que los dirigía entró acompañado de un cómplice y preguntó por ella de mala manera; en cuanto fue informado ubicó el aula e irrumpió en el recinto. A los empujones, a la vista de la aterrada directora, docentes y alumnos, la llevó hacia el automóvil que los aguardaba en la puerta. Golpeándola innecesariamente la introdujeron en el vehículo que partió velozmente. Iguales sucesos se vivieron en la redacción donde trabajaba Jorge y en el aula de la villa donde Carlos estaba charlando con unos vecinos. Los tres se reencontraron en una precaria celda, contigua a una habitación más grande de lo que parecía ser una antigua construcción en mal estado. Estaban zaheridos, esposados, encapuchados y sentados en el suelo.

Cuando superaron el inicial aturdimiento, pudieron escuchar los gritos.

- Judío de mierda ustedes son los peores... contame quién te dio la dirección.

- Un compañero del trabajo.

- ¿Cómo se llama?

- Cacho.

- ¡Dame el nombre y el apellido, no te hagas el boludo!

-...no lo sé, todos le dicen Cacho, sólo hace tres días que trabajo en la imprenta.

- Ahora vas a ver lo que es bueno.

Comenzó a escucharse lo que parecía música marcial alemana y, casi inmediatamente, unos tremendos alaridos que acabaron bruscamente. Cesó la música y los recién llegados percibieron claramente el sonido de agua que era lanzada con violencia utilizando un recipiente.

- Despertate, no te hagas el desmayado.

Otra voz irrumpió.

- Me parece que se te fue la mano.

- Da lo mismo, seguro que este no sabía nada.

Oyeron los pasos sincronizados de ambos que se alejaban caminando con dificultad.

Al rato, fueron sacando de a uno a los recién llegados, los llevaban al recinto vecino para acostarlos sobre mesas. El que parecía dirigir el operativo y tenía una voz particularmente aguda y chillona, quería datos concretos sobre supuestos cómplices, los que formarían parte de un grupo subversivo que actuaba en la villa.

Como todos respondían la verdad, contestando que sólo se ocupaban de ayudar a los niños en sus estudios, en sacarlos de la calle y en organizar la vida comunitaria, salvo Carlos que habló de sus funciones sacerdotales. Estas explicaciones no lograban otra cosa que desatar las iras del inquisidor que no admitía las respuestas. Su obsesión era obtener información acerca de la camarilla guerrillera que imaginaba operando allí, y así, cumplir sus órdenes. Por lo tanto, las palabras eran retrucadas con nuevas preguntas formuladas con un tono de voz cada vez más tajante. Mencionaba a personas que él sospechaba debía conocer su víctima, las poco satisfactorias réplicas daban motivo a descargas de corriente eléctrica aplicadas sobre los genitales o el ano. Del atormentado surgían gritos y alaridos que se apagaban lentamente cuando, agotado, perdía el conocimiento, entonces alguien les arrojaba un baldazo de agua en la cara. Al reconocer la voz de Marta, Jorge emitió un potente bramido con todas sus fuerzas ¡Está embarazada no la torturen! Sus movimientos provocaron el ladeo de la capucha, entonces, fugazmente pudo vislumbrar el desnudo cuerpo de su mujer sobre la mesa, con su cabeza cubierta y al sujeto que empleaba la picana. Marta, dolorida y confusa alcanzó a oír el grito de Jorge, seguido por el ruido de unas botas que corrían y a continuación los golpes que a este le aplicaban. El opaco sonido del cuerpo sacudido. Jorge fue retirado inconsciente y ejecutado poco después en el terreno que se encontraba detrás de la casa. Le dispararon a la cabeza apenas lo depositaron en el piso. Para evitar que el vecindario u otros detenidos oyeran la detonación, taparon el estampido utilizando otra vez música militar a todo volumen. En cuánto cesaron los acordes, el interrogatorio de Marta continuó.

- ¿De cuánto estás?-le preguntó el torturador que momentáneamente había detenido su macabra tarea y ahora parecía algo sosegado.

- De dos meses contestó en un susurro.

- ¡Putra tenías que ser!

En su confusión pensó en decirle que estaba casada, pero aturrida nada expresó.

La devolvió a la celda.

De Carlos insistían en obtener información detallada de los supuestos activistas de la villa.

- Curita zurdo, parecé basura, ¿Quién te crees que sos? Mejor que hables, porque me estás cansando -dijo el de la voz penetrante, haciendo un alto en su tarea. No mentía, su respiración agitada evidenciaba el agotamiento. Lo dejó un buen rato atado a la mesa y luego lo hizo retirar por silenciosos ayudantes. La prohibición de hablar entre los detenidos les había sido comunicada a los gritos, sin embargo algunas horas después, Carlos lo intentó mediante un apenas audible susurro.

- ¿Marta, estás aquí?

- Yo sí padre, de Jorge no sé nada después que gritó.

- Se lo llevaron.

Escucharon pasos y callaron, después alguien les dio agua levantando un poco la capucha. Ellos habían perdido la noción del tiempo, en un momento Marta escuchó la inconfundible voz del individuo que la había atormentado.

- Es esta -dijo. Entraron en la celda, la pusieron de pie y, a los empujones, la trasladaron a otra habitación, aquí había una desvencijada cama. En ese lugar le ofrecían mendrugos y agua, dos o tres veces por día al principio, no volvieron a torturarla. Se sentía abandonada y perdida. El que le traía la comida no pronunciaba palabra alguna, a pesar de que ella lo interrogaba atropelladamente.

- ¿Por qué estoy aquí, dónde está mi marido, quienes son ustedes? La frustración por el silencio de ese ser misterioso, tuvo un infausto final la ocasión en que la ansiada contestación fue substituida por una caricia en uno de sus senos. No podía usar las manos esposadas para defenderse pero si girar su cuerpo. Entonces escuchó su voz.

- Quedate quieta.

Obedeció como un animal asustado. A las caricias pectorales sucedieron las de su trasero. No necesitó mucho tiempo el carcelero para pasar de los toqueteos a la consumación de su deseo, la acomodó en el camastro y la violó musitando solamente la cantinela -quedate quieta y calladita.

Como las respuestas de Carlos no variaban, el de la desagradable voz aguda ordenó que lo sentasen en una silla y le sacaran la capucha. Era delgado, joven, usaba prolijos bigotes y tenía un rostro delicado. Lo tomó

del cuello de la camisa y le dijo lentamente, midiendo las palabras.

- ¿El padre no tiene nada que agregar?

- He dicho la verdad -fue la respuesta.

La feroz trompada que recibió lo hizo caer hacia atrás, acompañado por la silla a la que estaba sujeto. El golpe lo desmayó. Esta vez, el balde de agua fría lo despertó a medias.

- ¿Algo nuevo para decir? -insistió con tono apremiante el buen mozo que lo enfrentaba.

Carlos lo miró visiblemente desorientado- Llévenselo, ordenó aquel en voz alta- Corrió la misma suerte que Jorge, antes de que le dispararan alcanzó a divisar el cuerpo desplomado de su amigo.

Marta, sorprendida, no podía comprender nada. ¿Dónde estaba, que había ocurrido con Jorge y Carlos, porqué no la atormentaban más? Dejaron de amarrarla a la cama y le sacaron las esposas. La humillación de las reiteradas violaciones la habían sumido en una extraña pasividad, con mucho miedo espiaba levantando un poco la capucha, de este modo comprobó que el cuarto no tenía ventanas y la única iluminación provenía de una lámpara que colgaba muy alto del techo. Las comidas, que mejoraban paulatinamente, le daban una idea acerca de la hora pues se cumplía el rito, eran cuatro por día. Esto le permitió empezar a contarlos, llevaba diez cuándo el carcelero le dijo al salir que podía sacarse la capucha, él le avisaría antes de entrar para que se la pusiera nuevamente. No debía verlo. Su vientre crecía y comenzó a percibir los movimientos de la criatura.

A pesar del odio y el asco, intentó hablar con el guardián sobre el destino de ella y su futuro hijo.

- No te preocupes, cuando lo tengas se lo damos a tus viejos. Traigo un papel y anoto la dirección, ¿Sos de aquí?

- ¿De dónde?

- De Mendoza capital, no te hagas la boluda.

- Sí.

- No te destapes que ya vuelvo.

Retornó y escribió los datos.

Con el embarazo ya avanzado la trasladaron en un vehículo a otro sitio.

La acostaron en una camilla que parecía de un consultorio o de un hospital, alguien entró y dirigiéndose a ella con un tono suave y doctoral

la interrogó respecto a su salud. Luego le anunció que le efectuaría un examen para comprobar si todo estaba en orden. Finalizada la exploración, intentó Marta hacerle alguna pregunta al presunto obstetra.

- Ya te vienen a buscar -fue la única respuesta.

Pasaron semanas hasta que comenzaron los dolores del parto. Pidió ayuda y la trasladaron rápidamente, le pareció que al lugar donde la habían revisado. La asistió el mismo profesional, al que reconoció por la voz, auxiliado por una enfermera con la que casi no habló. Cuando oyó el llanto del niño preguntó por su salud y el sexo.

- Calma, todo está en orden, es un varón.

Nada más se dijo allí. No advirtió Marta que, luego de unas horas le administraron un fármaco a través del suero que goteaba en su vena. Se durmió enseguida. La trasladaron al aeropuerto militar cercano. Allí siguió adormilada. Cuando comenzaba a recobrase repitieron la inyección, luego la subieron a un avión donde estaban apilados otros cuerpos anestesiados. El aparato carreteó y levantó vuelo, poco después cruzó la cordillera para terminar arrojando personas aun vivas al océano Pacífico, a gran distancia de la costa, procurando de este modo que las corrientes no las depositaran en las playas. Las hermanas fuerzas armadas chilenas no se molestaron por la intromisión en su espacio aéreo, los argentinos les informaban hasta el mínimo detalle de estas operaciones.

Las cosas no iban bien para los montoneros, debido a ello Juancito tuvo poquísimo trabajo en el improvisado consultorio. Los compañeros eran diezmados sin piedad y los heridos capturados por las fuerzas armadas, muertos poco después. Intuía, temeroso, que era cuestión de tiempo la localización del sitio donde se hallaba el improvisado puesto sanitario. El encierro y la necesidad de pasar desapercibido para el vecindario le generaban crisis claustrofóbicas. Aunque escuchaba radio, la férrea censura imperante sólo le permitía formarse una vaga idea de la situación. Otra fuente de información eran los integrantes de una pareja con la que vivía, llegado el caso ellos podrían colaborar en su tarea. Estos fingían ser un matrimonio novato con una vida normal, salían todos los días hacia sus ocupaciones y volvían de noche con las compras efectuadas. Las noticias que traían, a pesar de los esfuerzos que hacían para atenuar sus aspectos negativos, no eran para nada tranquilizadoras. La mente de Juancito

trabajaba febrilmente imaginando mil maneras de escapar de todos; de sus enemigos y sus camaradas por igual. Durante semanas venía logrando un gradual cambio en su fisonomía, dejándose crecer un tupido y extenso bigote y unas patillas mucho más largas. Aparentemente, esta metamorfosis cosmética no era percibida por sus acompañantes. Por momentos lo asaltaba la duda ¿La parejita era ingenua o presentía sus planes y callaba? Un bochornoso día de febrero, cuando calculaba que no se vería un alma en la calle, decidió escapar aprovechando su soledad y las primeras horas de la tarde. El miedo no lo dejaba percibir el tremendo calor por lo que apuró el paso sin dificultad. Le pareció más seguro dirigirse a la casa de su hermano Enrique. Estaba lejos, se cruzó con algún transeúnte y unos chicos que jugaban a la sombra de los árboles pero no vio a ningún policía. Luego de casi una hora llegó al edificio donde vivían Enrique y su esposa. Ansioso tocó el timbre, una voz femenina lo atendió al cabo de minutos que le parecieron interminables, era su cuñada.

- ¿Silvia me podés abrir?

Ella, que no entendió, preguntó- ¿Quién es?

Debió darse a conocer.

- Juancito.

Siguió otro silencio al que vivió peor que el primero, hasta que por fin escuchó con alivio el zumbido del mecanismo de apertura de la puerta. Subió los cinco pisos y al abrir el ascensor vio que ella lo esperaba asomada al pasillo, sin poder ocultar su asombro.

- ¡Hace un año que te estamos buscando!

- Hablá bajo.

Sin miramiento alguno empujó a la atónita mujer de su hermano al interior del departamento y cerró la puerta.

- No me preguntes nada, mi única posibilidad es desaparecer lo más rápido posible, hablaré con el viejo.

- Ya mismo lo llamo, tus pobres padres estaban casi resignados a tu ausencia, hay muchas familias a las que les pasa lo mismo.

- Ni se te ocurra usar el teléfono, debe estar intervenido. Andá a verlo a su casa y volvé con él.

- Está bien, no te dejes ver, en la heladera hay comida y gaseosas.

- No te preocupes.

Silvia se dirigió al subsuelo donde se hallaba el garaje. Subió a su auto

y en pocos minutos arribó a la casa de sus suegros.

Juan estaba dormitando en la cama, la recibió la mucama.

- ¿Cómo se animó a salir con este calor señora Silvia?

- No es para tanto Clotilde, necesito hablar con el señor Juan.

- ¿Lo despierto?

- Sí ¿Dónde está Magdalena?

- Se fue al club a almorzar con sus amigas, el restaurante tiene aire acondicionado.

A los pocos minutos, extrañado por lo inusual del horario, la interrupción de su siesta y la falta de un aviso previo, apareció el Dr. Juan Correa.

- ¿Hola Silvia, pasa algo querida?

- Necesito hablar con usted.

- Vayamos a mi escritorio.

Una vez instalados en el despacho advirtió el desasosiego de su nuera.

- ¿Qué ocurre?

- Juancito apareció en mi departamento.

- ¡Qué! -Hizo una pausa, su rostro empalideció- ¿Cómo está?

- Cambiado, usa unos tremendos bigotes y largas patillas. No aparenta estar muy alterado.

- ¿Qué te dijo?

- Quiere escaparse del país.

El semblante de Juan mostró con elocuencia su desazón, las ideas y los sentimientos confusos que lo asaltaban.

- Hay que pensarlo muy bien, un paso en falso y lo perdemos; en realidad estamos todos en peligro. ¿Viste a alguien al entrar? Durante un tiempo vigilaban la casa, últimamente me parece que se cansaron.

- La calle estaba desierta, en todo caso es totalmente natural que venga a visitarlos.

- Procurá que nadie lo observe en tu casa.

- Él quería que vaya usted ya mismo.

- Sería una imprudencia, Clotilde es una buena persona pero tanto alboroto le extrañaría, debemos evitar llamar la atención. Juancito sabe lo complicadas que están las cosas, tomemos esto con calma, necesito pensar tranquilo, por favor, hagan ustedes lo mismo. Iremos a cenar.

Deseaban ayudarlo pero en las circunstancias que los tiempos habían deparado, los riesgos eran enormes. La única que lo amaba incondicional-

mente era Magdalena, ella casi pierde el sentido cuando Juan la anotició de la novedad. De todos modos el padre no titubeó, debía salvar a su hijo y el exilio era la única alternativa segura.

- ¿Qué podemos hacer? Preguntó Magdalena mirándolo acongojada, en cuanto recobró el habla.

- Hace horas que barajo posibilidades, todas tienen riesgos y no solo para él. Esta noche lo vamos a ver, entre todos resolveremos qué hacer. No puede ir a ninguna parte de una forma normal, no va a pasar desapercibido. No puede utilizar ningún medio de transporte, revisan los autos en la frontera, les abren el baúl, no dejan de meter las narices en cualquier lugar del vehículo.

Magdalena comenzó a sollozar.

- No aflojes, ahora tenés que disimular, es necesario que Clotilde no se dé cuenta, te tiene que ver como siempre.

Julia regresó al anochecer. Había pasado el día en la pileta del club y se extraño de no encontrar a su madre en la cocina.

- ¿No viste a mamá?

- Está recostada porque le duele la cabeza-respondió Clotilde.

- Voy a verla.

Golpeó la puerta y como no obtuvo respuesta, pensó que Magdalena estaba descansando, la entreabrió. El dormitorio estaba a oscuras.

- ¿Mamá te dormiste?

- No Julia, pasá que enciendo el velador.

- ¿Estuviste llorando?

- Sí, apareció Juancito.

- ¿Dónde?

- Este mediodía fue a la casa de Enrique.

El rostro de Julia se tensó, sus ojos buscaron a los de su madre.

- Tu padre está pensando el mejor modo de ayudarlo a pasar la frontera.

- No es fácil.

- Dentro de un rato vamos a cenar con ellos.

- Quiero ir, quiero verlo.

- Si hija, no esperaba otra cosa de vos.

Sin perder un instante, en cuanto se retiró la patota que se lo había llevado, el encargado de la redacción llamó a Pedro.

- ¿Por Dios, quiénes eran?

- Estaban de civil pero, por la pinta y los modales no tengo dudas de que eran policías o militares.

- Gracias por avisarme.

El tratar de comunicarse con Marta solo le sirvió para comprobar que ella había corrido igual suerte. Las familias se reunieron en la casa de los padres de Marta.

Como los Correa Laguzzi, ellos tampoco sabían qué hacer. Eran seis personas alteradas y temerosas. Los hermanos de Marta, Federico y Marcela, que habían estado implicados de un modo muy superficial con los movimientos estudiantiles de la universidad, luego del advenimiento de la dictadura se habían visto compelidos a cesar toda actividad política. Desde hacía un año, Federico que era un estudiante avanzado de derecho, trabajaba en un importante estudio jurídico y a él se dirigieron las miradas.

- ¿Qué te parece que es mejor? No podemos quedarnos con los brazos cruzados -le dijo Pedro que fue el primero en reaccionar, apagados los lamentos y el llanto.

- Creo que, aunque sea para tener un antecedente, tendríamos que hacer la denuncia policial y presentar un *Habeas Corpus* en el juzgado de instrucción.

- Nos podemos encargar nosotros, tu papá y yo. Me parece imprudente que te mezcles en esto, todos los jóvenes son ahora sospechosos.

- Sí, dijo Sergio, vamos nosotros a la comisaría, mientras tanto traté de contactar a alguien con experiencia, el que te parezca mejor para un asunto como este.

- No deben ir solos. Voy ya hasta el estudio y vuelvo lo más rápido posible.

No tuvieron que esperar demasiado. Apenas enterado, el doctor Jaime Alcorta Jiménez le dictó un escrito a una de sus secretarías y en cuanto esta finalizó, abordaron su automóvil. De vuelta en la casa, una vez presentado, el letrado decidió acompañar a los padres que harían las denuncias, pidió calma a las familias y dejó las explicaciones para el regreso.

La intención primera del oficial principal que los recibió fue derivarlos a otra dependencia, pero, presionado por Alcorta Jiménez, terminó aceptando el caso de mala gana y tomó nota de la petición sobre el paradero de Marta y Jorge. Mientras sustanciaba el acta policial, era tal la evidencia

de su disgusto que por momentos parecía agredir a la máquina de escribir. A cada párrafo levantaba la vista mirándolos fijamente. Por fin terminó, firmó y selló el original y la copia que entregó al representante de las familias. No se molestó en gesto cordial alguno, o en informarles acerca de la investigación que, hipotéticamente, debía poner en marcha. Tampoco le pidieron explicaciones o detalles, la coyuntura indicaba que era ocioso hacerlo. Portando la denuncia se dirigieron al Juzgado, allí el ambiente no mostraba hostilidad, simplemente semejava un remedo de la ineficiencia cómplice, un paraíso burocrático. La sola vista del ruinoso edificio colmado de carpetas que ocupaban buena parte del espacio disponible, invitaba al desánimo, minimizaba las esperanzas. El secretario que los atendió simulaba un desconocimiento total de la realidad que regía fuera de esas descascaradas paredes. Con buenos modales y bellas palabras, abrió un expediente dejando constancia de los sucesos acaecidos y las personas de las que se pedían noticias. Otra firma y otro sello, una mano extendida pretendiendo despedirse y quedarse tranquilo, analizando vaya a saber que otros asuntos, sin duda mucho más importantes. Para reforzar su evidente intención de dar por terminada la entrevista anunció que ya el juez tomaría las medidas pertinentes y ordenaría los procedimientos necesarios. Pero su propósito se vio frustrado ante la insistencia del abogado y no encontró otra salida que cambiar de actitud. Contrariado, les pidió que lo aguarden y se dirigió al despacho de su superior. Después de una breve espera fueron recibidos por Su Señoría que se mostró cordial, afectuoso y sonriente. Conocía al colega, circunstancia que le permitió derivar la conversación hacia viejas anécdotas compartidas en los pasillos de los tribunales. Pero Alcorta Jiménez, si bien se mostró complacido por los recuerdos, en cuanto tuvo la oportunidad, esgrimió con precisión y premura el dramático motivo de su presencia allí y la aflicción de las familias. Explicó que estaba en compañía de dos padres desolados porque sus hijos, que esperaban a un bebé, habían sido secuestrados en forma violenta por un grupo de desconocidos. Recién entonces se pudo percibir cierta preocupación y compromiso en el semblante del magistrado que les comunicó que vigilaría personalmente, la puesta en marcha de la maquinaria judicial.

Pocas ilusiones podían abrigar, todos sabían de multitud de casos semejantes. Alcorta Jiménez les confesó que creía que había cárceles secretas, ocultas, donde mantenían encerrados a los rehenes y, ninguna duda tenía,

las fuerzas armadas o policiales bajo mando militar, eran las responsables. Nadie podía imaginar que la mayor parte de los así aprehendidos eran torturados, luego ejecutados y por último que ocultaban sus cuerpos, o los arrojaban donde suponían que jamás serían hallados. En vano esperaron una respuesta, los responsables simplemente alegaban ignorar el paradero de Marta y Jorge. Con el tiempo, el comisario a cargo de la investigación, cansado de las repetidas visitas de las madres y su asesor, llegó incluso a insinuar que era posible que hubieran huido del país y que, en ese caso, si se encontraban disfrutando de una buena vida en el extranjero, era inútil buscarlos.

El cónclave familiar en casa de Enrique deliberó durante horas, parecían encerrados en un laberinto de opciones, todas riesgosas.

- Papá, algo tenemos que hacer -dijo, cuando ya era medianoche, una Julia extenuada.

- ¿No te parece que Benítez me daría una mano? -se atrevió a opinar Juancito.

- Sos un irresponsable, él me preguntó muchas veces por vos, ¿Dónde estás, en que andás? Bien que debía saberlo. Me tuve que hacer el boludo ¿Cómo me presento ahora y le pido ayuda porque el tarado de mi hijo se metió donde no debía haber estado nunca. ¿Se va a implicar también él, o nos detiene a todos por cómplices?

- ¿Nadie en Buenos Aires nos ayudaría? Es solo pasar el río -opinó Enrique.

- Amigos no me faltan, pero no creo que alguno se arriesgue, no olvidés que en el Uruguay también tienen a una dictadura bastante parecida. Además, buena parte de la gente que conozco mira a los militares con simpatía.

- Seamos sinceros, -agregó Julia, cansada del inútil debate -si no estuviésemos pasando por la situación de tener que salvar a un familiar, nosotros no nos sentiríamos perjudicados por la dictadura.

- Esto no se puede prolongar, mañana veo a Benítez y que Dios nos proteja -fue la conclusión de Juan.

- ¿A Isabel no le avisamos? -preguntó finalmente Silvia.

- Me muero por verla pero es un riesgo innecesario, la ponen al tanto ustedes una vez que yo esté lejos. Ella se mueve libremente y podríamos encontrarnos después -agregó Juancito con inesperada sensatez.

Los padres y Julia lo abrazaron y besaron, luego salieron del edificio aparentando la mayor naturalidad posible. No podían desechar la presencia de algún observador figoneando en las inmediaciones. Al día siguiente Juan llamó al comisario mayor Benítez.

- Tengo que consultarte algo.

- ¿De qué se trata?

- Prefiero hacerlo personalmente.

- Aquí o en tu casa.

- Si no te molesta y tenés tiempo, creo que es mejor que vengas.

- A las once y media estoy allí, prepará el vermut y una picadita.

- Te espero.

Benítez, que estaba al tanto de las actividades de Juancito, de su súbita desaparición, y del hecho cierto de que varios pesquisas pretendían seguirle el rastro, sin suerte hasta el momento, encaró la conversación dándole el tono de una charla amistosa. Todo indicaba que esa célula de una organización que estaba virtualmente destruida, extremando las precauciones, había logrado mantenerse oculta en algún sitio del gran Mendoza. La negativa de su amigo a tratar telefónicamente el tema que lo preocupaba, y el haber eludido hacerlo en su oficina, donde siempre había sido bien recibido, le permitía intuir que algo relacionado con el hijo estaba en juego. Si su previsión era correcta debería manejarse con extrema cautela. A pesar de su experiencia y rango, se sentía incómodo, nadie estaba seguro en esos tiempos. Llegó puntual a la cita. A Clotilde no le llamó la atención su presencia, el señor no había ido al hospital esa mañana y recibía a este amigo con el que cada tanto se reunía. Lo hicieron pasar al escritorio.

- Hola Juan veo que tenés todo preparado.

- ¿Querés el Gancia sólo o con gin?

- Estando de servicio no debería tomar pero me tiro una cana al aire, solo y con limón.

- Sentate, ponete cómodo. Salud.

- Salud, que rico, nunca me canso de tomarlo. Aquí, gracias al aire acondicionado está fresco, afuera es un horno.

- Como siempre en esta época.

- ¿De qué querías hablar?

- Es algo muy delicado, me animé a hacerlo porque sos un amigo de confianza.

- Es por tu hijo Juancito.
- Sí.
- No sabemos dónde está.
- Ahora yo lo sé.
- Entonces, estamos los dos en problemas.
- Quiero sacarlo del país.

Benítez quedó en silencio, pensativo, mirando, al parecer distraído, al dueño de casa. Demoró la respuesta mientras sorbía traguitos, por último dejó lentamente su vaso en el escritorio.

- Puedo arriesgarme a ayudarlo pero primero quiero hablar con él, estas cosas nunca son gratuitas, tienen un costo.

- Esperá, ya vuelvo.

Se dirigió al dormitorio desde donde llamó y cambió pocas palabras con Silvia, simplemente la alertó de su inminente visita en compañía de Benítez. Volvió en el momento en que su amigo terminaba el aperitivo.

- Vamos en tu auto.
- ¿A dónde?
- A la casa de Enrique ¿Sabés la dirección?
- Nosotros sabemos casi todo.

Llegaron en pocos minutos, se anunciaron para que Silvia accione el portero eléctrico y subieron. Ella abrió no bien escuchó la puerta del ascensor. Juancito estaba de pie junto a la mesa del living. El doctor Juan Correa Laguzzi, pálido, no pronunció palabra, el que habló fue Benítez.

- Hola Juancito ¿Cómo estás?
- Bien por ahora.
- Mejor nos sentamos, tenemos bastantes cosas de las que hablar.
- Bueno.

Silvia optó por irse a su dormitorio silenciosamente. Los tres se ubicaron alrededor de la mesa, se veían incómodos. Benítez le preguntó sin preámbulos.

- Estás con los montos ¿Verdad?
- Sí.

- Para que te ayude me tenés que decir donde estuviste todo este tiempo y con quienes.

- ¿Qué les van a hacer?
- Si todo sale bien ese no va a ser tu problema, además no tenés opción.

Juancito apoyó los codos en la mesa y ocultó su cara. Rápidamente pensó que sus compañeros habían tenido muchas horas para dejar la casa y cambiar de refugio y que sólo sabía sus apodos, no sus verdaderos nombres.

- Estuve en una casa que tenía una habitación equipada para tratar heridos. Me acompañó siempre una pareja, parecían esposos. Era en Godoy Cruz, en la calle Piedras 379.

- ¿Qué edad tienen?

- Entre veinticinco y treinta años.

Benítez, con una simple inclinación de cabeza pidió permiso para usar el teléfono. Juan asintió con otro gesto. El comisario discó y dio unas breves órdenes a un subordinado.

- Van a tener que esperar, no tardaré demasiado, mientras tanto no se muevan de aquí.

Dijo esto y salió presuroso acompañado de Silvia que había sido alertada. Padre e hijo quedaron mirándose en silencio. Silvia entró después de despedir al policía y tomó asiento, su presencia no rompió el mutismo ni despejó el ambiente de extrema zozobra que allí se vivía. Pasó un buen rato hasta que el mayor de los Juanes pidió algo fresco. Bebieron los tres. Juancito se atrevió con un comentario banal.

- Está tardando mucho.

Su fastidiado padre le contestó de mal modo.

- A lo mejor te conviene que se demore.

Benítez regresó cuándo ya declinaba el día, traía dos voluminosas carpetas. Silvia volvió a escabullirse. El comisario tomó asiento al lado de Juancito y abrió uno de los archivos, aparentemente sólo contenía fotos numeradas.

- Esto puede decidir tu destino, señálame a los que conocés, especialmente a los dos que estaban con vos en la casa.

Juancito levantó levemente la vista dirigiendo una fugaz mirada a su padre que lo observaba con una expresión dura, exteriorizando así su ira apenas contenida. Le costó enfocar los rostros, la mayoría tomados de frente y algunos también de perfil. Por un momento le pareció estar ante una mesa examinadora en la Facultad, las primeras fotos eran de dirigentes públicamente conocidos y los fue marcando. Al principio, Benítez no mostraba reacción alguna. Juancito comprendió que sólo era una tácti-

ca de ablande, a medida que repasaba las páginas Benítez le destacaba a alguien en especial y con tono paternal insistía.

- ¿Seguro que a ésta no la viste nunca? Cursaba con vos en la Facultad.

- ¿No recordás a éste del hospital? Era un enfermero.

A pesar del calor Juancito comenzó a sentir frío, estaba muy confundido, algunas fotos correspondían a militantes abatidos, todo el mundo estaba al tanto de los hechos que habían sido difundidos por la prensa ¿Cuánto más sabía el maldito de Benítez? Estaba claro, no iba a aceptar la sola mención de destacados líderes o de esos cuadros de cuya desaparición había certeza. A medida que avanzaban las páginas aparecían rostros desconocidos, pero también compañeros con los que había compartido reuniones o que habían entrenado junto a él. Hizo un último intento señalando unos pocos de los que realmente identificaba; entre los que dejó de lado estaban los otros dos moradores de la calle Piedras. Benítez era implacable.

- Marcame a los que vivían con vos en Godoy Cruz.

Apelando a la seguridad que siempre había demostrado mientras cometía alguna tropelía, lo hizo sin titubear, apuntando con el índice a las dos imágenes.

- Conociste unos cuantos más, mirá con atención las caras, no te conviene olvidarte de ninguno de los que formaban parte de la banda. No olvides que muchos ya pasaron por esto y no dudaron en apuntar a tu foto-estas palabras parecieron aumentar el silencio sepulcral que reinaba en la habitación cuando Benítez callaba. Luego de una estudiada pausa, el comisario retomó, con gran paciencia, la tarea de pasar las páginas; esto pareció motivar a Juancito que comenzó a indicar rostros que había pasado por alto, cada vez con más seguridad, para terminar especificando con precisión todos los detalles que conocía de cada una de aquellas personas. Había anochecido, llegó Enrique. Sorprendido preguntó por Silvia y su padre le señaló el dormitorio, al que se dirigió apresurado sin voltear la cabeza.

- Vuelvo mañana -dijo Benítez poco después, dando por terminada su tarea-Juan volvé a tu casa, te acerco con el auto. Vos quedate aquí y no te muevas, tuviste suerte que nadie te reconociera por la calle, en ese caso hubieras recibido otro trato.

Cuando Juan salió acompañando a Benítez, padre e hijo sólo se

miraron. Mientras Silvia preparaba la cena ametrallaron a Juancito con preguntas.

- ¿Te prometió algo?

Dijo que vuelve mañana.

- ¿Qué estuvieron haciendo durante tanto tiempo, Enrique dice que vio una carpeta con fotos?

- Quería que le señale las personas que conozco.

- ¡Estabas nomás en Montoneros!

Contestó con una mirada de pollo mojado, sin palabras. Enrique se sumó a su mujer.

- ¿Delataste a tus compañeros?

- Hice lo que pude.

- Se pasaron de ingenuos, es inexplicable. Confiaron en vos.

- Necesito ayuda, no maltrato. Ya tengo bastante.

Mejor tendemos la mesa intercedió Silvia.

Durante la comida hablaron poco, era tanta la carga de tensiones que experimentaban que solo tuvieron ánimo para referirse a banalidades.

Una versión distorsionada de los sucesos le presentó Benítez al encargado del área, Coronel Azcoitia. Le comunicó que un subversivo perteneciente a Montoneros, un joven que les prestaba sus servicios asistiendo heridos en una casa adaptada para esos menesteres en Godoy Cruz, había defecionado por propia voluntad, suministrando muy buena información. Aportó precisiones sobre elementos de los cuales no se tenía noticia hasta el presente, afirmó con decisión.

- ¿Dónde lo tiene?

- Está en la casa del hermano, es el hijo de Correa Laguzzi. La familia logró que dé este paso, yo los conozco son gente de bien. Este pibe les sacó canas verdes. Les prometí que lo ayudaría a irse a otro país si él contaba todo lo que sabía, creo que dio datos muy interesantes. Parece no estar al tanto de nada más.

- ¿Acaso no sabe usted que fue muerto el hijo de un general por haber pertenecido a Montoneros?

- Sí, mi coronel, sucedió en Tucumán, pero ese murió con el fusil en la mano en combate con nuestros hombres, este desertó y se sinceró. Creo que jamás se enfrentó con nuestras fuerzas.

- Vea Benítez, no sé quien es peor. ¿Cómo piensa que este chiflado se

puede ir sin que lo detecten?

- Con su venia.

- Es usted muy amigo de sus padres ¿Verdad?

- Así es mi coronel.

- ¿Cómo planea hacerlo?

- Mañana mismo o pasado a más tardar, personalmente lo llevo al Plumerillo y lo embarco hacia un destino lejano.

- Hágalo.

- Gracias.

De vuelta en su oficina Benítez consultó los vuelos posibles para el día siguiente. Encontró uno a Lima, no podía correr el riesgo de una escala en Santiago de Chile, los agentes de Pinochet podían descubrirlo. Esperaría unas pocas horas en el aeropuerto Jorge Chávez, como pasajero en tránsito, y seguiría viaje a París.

- Juan, tengo todo arreglado se va mañana a París vía Lima. Tenés que conseguir el dinero lo más rápido posible.

- ¿Cuánto?

- Por lo menos dos mil dólares. Me llamás en cuanto los tengas, pagás y tenemos los pasajes.

Incómodo, Juan debió recurrir a algún pariente y amigos para llegar a la suma requerida, más lo que tendría que darle a su hijo para pasar los primeros tiempos en Francia. Su disponibilidad de efectivo no alcanzaba.

A media tarde llamó a Benítez.

- Ya lo tengo.

- ¿Dónde estás?

- En el consultorio.

- En media hora paso a buscarlo.

La secretaria le entregó el sobre y poco después estaba de vuelta con los pasajes en su poder. Debió aguardar a que Juan se desocupara.

- Perdoname que te hice esperar.

- No te hagas problemas que ya tenés bastante. El avión sale a las nueve de la mañana, paso por lo de Enrique a las seis y media, lo llevo personalmente hasta el pie de la escalera del avión. Ah, me olvidaba que necesito una foto de él de frente. Te espero más tarde en la jefatura con la mejor que tengas.

- Nunca voy a poder agradecerte como lo merecés, esto que estás

haciendo por mi hijo.

- Ya me pagaste con buena comida, mejores tragos y tu amistad.

Llamó a Magdalena de inmediato.

- Buscá una foto de Juancito, la que mejor vaya para un pasaporte y me la traés al consultorio. Hay que apurarse.

A pesar del aturdimiento que le ocasionaba la situación, logró ubicar una que podría servir y no tenía demasiada antigüedad. Tomó un taxi y la llevó al consultorio. Sin perder un minuto, utilizando el pretexto de una urgencia imprevista, Juan abandonó a sus pacientes y le alcanzó la foto a su amigo que lo esperaba en su despacho de la jefatura.

- Ahora decile que se afeite el bigote y achique las patillas. Dijo este al mirar la imagen en la reproducción que le acababan de entregar.

Esa noche, ansiedad y tristeza emanaban de la reunión de despedida. Magdalena se ocupó de llevarle ropa de abrigo pues llegaría a Europa en pleno invierno. Dudaron, pero prefirieron seguir manteniendo a Isabel alejada del frenético trajín en que se encontraban sumergidos, impregnado de angustia; ella podía estar vigilada por otros agentes o por los ex-compañeros de Juancito. Él experimentaba un alivio sólo parcial porque, a pesar de la garantía de la intervención personal del jefe policial, sabía que únicamente podría considerarse a salvo cuando estuviese bien lejos. El volver a su fisonomía habitual renovó el temor. El comisario, que fue puntual, lo transportó en su propio automóvil, iban solos. En el trayecto le entregó un pasaporte confeccionado de apuro por alguna dependencia dedicada a falsificar documentos. Con la presencia de Benítez los trámites fueron rápidos y superó sin inconvenientes los aceitados controles de migraciones. Llegada la hora de partida se despidieron con un apretón de manos al pie de la escalerilla del avión. Inmenso fue su alivio cuando el aparato tomó altura y lo encaminó a un destino seguro.

Una prolija investigación que consistió en el interrogatorio de los vecinos, el seguimiento de los tenues rastros que habían dejado, más las huellas digitales que se hallaban por todos lados, permitió confirmar la identificación de los dos compañeros que habían compartido la casa de la calle Piedras. Lograron detenerlos. La mujer se quebró en la tortura y aportó algunos nombres más. Todos pasaron a integrar la triste y fantasmal caravana de los desaparecidos. Igual suerte les deparó el destino a los miembros de la comisión de vecinos de la villa que reclamaban por su

párroco y los maestros de los niños. Luego el silencio, aceptando la sugerencia publicitada por los sátrapas, pareció cubrir todos estos infortunios. No resultaba saludable protestar. El obispado de Mendoza sumó su indiferencia, a pesar de los reclamos de algún grupo de fieles.

CAPÍTULO IV

EN EUROPA REINA LA PAZ

Se sintió totalmente a salvo cuando el avión remontó los cielos del Perú rumbo al noreste. Seguridad no era precisamente sinónimo de tranquilidad, enfrentaba un porvenir que era toda una incógnita, pero se sosegó considerando que terminaría recurriendo a alguna de las amistades de su padre. Este, en los congresos a los que había asistido, trabó relación con especialistas de diversos países, algunos de ellos europeos. Después de la cena durmió largas horas, amanecía cuando despertó para dirigirse al baño, lavarse la cara y conseguir a continuación que la azafata le sirviera un café. Luego se relajó y repasó los vertiginosos sucesos de ese pasado que acababa de dejar en América. La meditación le sirvió para enviar un nada despreciable número de recuerdos de situaciones y personas a un archivo que solo por excepción consultaría de ahí en más. Poco a poco se dejó llevar con intensidad por una nueva emoción, la de sentirse como un recién nacido con otra vida por delante, sin lastre alguno.

Carecía de cualquier referencia respecto a la ciudad que lo recibió una fría mañana. Usando el inglés que había estudiado sin mucho entusiasmo, tanto en el colegio primario como en el secundario, consiguió en la oficina de turismo del aeropuerto un mapa de París. Después pidió ayuda a una empleada, esta le recomendó buscar alojamiento en la *rive gauche*, más precisamente en el barrio Latino que estaba bien ubicado, allí podría encontrar hoteles de precios accesibles. Contaba con el dinero que su padre le había podido dar que no era demasiado, cambió algunos dólares en el mismo aeropuerto. Su equipaje era mínimo, una pequeña valija de mano con ropa de invierno. Tomó el subte hasta la estación Saint Michel para encontrarse, una vez en la superficie, con una zona de edificios antiguos. Deambuló algunas horas hasta que se decidió por un viejo hotel en el mismo boulevard Saint Michel. Lo recibió una mujer mayor que solo hablaba francés y evidenciaba un mal carácter. No obstante, funcionó el idioma de las señas, adicionado con una buena dosis de paciencia y las medias palabras, pues logró alquilar una habitación con baño compar-

tido en el segundo piso. No bien se acomodó fue a buscar un teléfono y, a poco de andar, encontró uno público para comprobar, frustrado, que requería muchas monedas. Consiguió cambio tomando un café y pidiéndole, dificultosamente, el vuelto en monedas al mozo. Despertó a sus padres, era la mañana en Mendoza. Los pobres, que todavía se estaban recuperando de las tensiones vividas, se alegraron al saber que había arribado sin inconvenientes. Juan le exhortó a que volviera a llamar en dos días, tenía pensado consultar con el Profesor Brissard de Lyon, con quien había tenido trato en varias ocasiones. También le pidió que se comunicara con Isabel que había quedado sorprendida e impresionada con el relato de su súbita aparición y posterior huida. Le comentó lo afligida y apenada que estaba por no haber podido verlo. Juancito le explicó, apresuradamente, que lo intentaría a pesar de lo caras que eran las llamadas y aprovechó para ponerlo al tanto; con lo que disponía apenas si lograría vivir una semana o diez días, ajustando el cinturón. El padre se despidió prometiendo enviarle dinero lo más pronto posible, ya vería la forma más práctica de hacerlo, él le pasó su dirección en París. Colgó y consultó el mapa apoyándolo en el teléfono, señaló en él la ubicación de su alojamiento, luego los puntos conocidos de la ciudad. Pasó el resto del día caminando. Regresó durante la tarde y llamó a Isabel desde el mismo teléfono que había utilizado a la mañana. Era el mediodía en Mendoza y la encontró.

- Hola Isabel, cariño, te extraño mucho.

- Todavía no salgo de la sorpresa por todo lo que pasó.

- Estoy bien, debemos ser breves, es oneroso hablar con Sudamérica y tengo poca plata.

- No gastes, dame tu dirección y te escribo. Te quiero mucho Juancito y te necesito. Hablaré con mis padres, a lo mejor puedo ir a estar con vos.

- Bueno, me alojo en el Hotel *L'Harmonie* Boulevard Saint Michel 39.

- Esperá un minuto que anoto ¿qué número dijiste?

- Treinta y nueve.

- Te mando un beso muy grande.

- Adiós mi amor.

- Chau.

Se acostó aliviado, el sentirse ileso y la fatiga acumulada le permitieron dormir plácidamente. Despertó notablemente relajado, por lo que decidió

dedicar esos días a asumir el papel del turista curioso que descubre una bella ciudad. Caminó con deleite; lo necesitaba después de haber estado tanto tiempo encerrado en una casa pequeña. Apreciaba su nueva libertad y la vida sin temores, aunque fuera en tierras lejanas. Descubrió los pequeños restaurantes cercanos a Las Halles y terminó eligiendo uno de ellos, el más concurrido, para darse el gusto de tomar una típica sopa de cebollas. Completó su novedosa dieta con unas exquisitas castañas que ofrecían vendedoras ambulantes. Tan complacido estaba, que comenzó a tentarse con las prostitutas que se ofrecían desde el atardecer en ciertas zonas, pero terminó resignando su pretensión, en parte porque las veía poco atractivas a sus ojos y en buena medida por las dificultades del idioma y su escaso presupuesto.

Cuando volvió a llamar se enteró que el Profesor Brissard lo esperaba en Lyon para una entrevista y que su padre había girado a su nombre una suma que le permitiría manejarse con más desenvoltura. Consultó el mapa y encontró que una de las terminales ferroviarias importantes, cruzando el Sena, llevaba el nombre de la ciudad a la que se debía dirigir. Se encaminó hacia ella y reservó pasaje para el día siguiente a la mañana. Viajó contemplando un paisaje que en partes estaba nevado. En unas horas arribó a su destino. Ubicó el hospital y guiado por los letreros llegó al servicio de gastroenterología. El Profesor, que resultó ser un señor alto, afable y ceremonioso que hablaba inglés, lo recibió con una sonrisa.

- Me ha dicho su padre que usted debió abandonar precipitadamente su país.

- Sí, la situación es muy seria allí.

- Estoy enterado ¿Tiene planes?

- Los tenía y era especializarme.

- ¿Tuvo alguna práctica?

- No, planeaba comenzar el próximo año. Era mi intención durante el actual adiestrarme en la atención de urgencias.

- Eso le será muy útil durante toda su carrera. Aquí tenemos una residencia a la que se accede previa selección y examen. Dada su condición de refugiado político podría hablar con el consejo universitario. Creo que accederán a que se incorpore a mi servicio para su formación. ¿Tiene nociones de nuestro idioma?

- No.

- Tendría que tomar clases lo antes posible, le puedo recomendar un instituto aquí cerca, no le será difícil el aprendizaje puesto que hay cierta semejanza con el español.

- Desde ya le agradezco su interés.

- No es nada. Conozco a su padre desde hace años y en la situación en la que usted se encuentra, no puedo menos que intentar ayudarlo.

Juancito mostraba ante el profesor sus mejores modales. Viéndolo en esos momentos, nadie hubiera dudado de su extrema seriedad y hasta de cierto grado de timidez. Esa fue la primera impresión de su benefactor, quien no dudó en facilitarle las direcciones de una pensión cercana, donde se alojaban otros residentes, y de la academia de idiomas. Le agradó mucho el hospedaje, ubicado en un antiguo edificio de cuatro plantas, exponente de la típica arquitectura francesa de provincias. Era un amplio piso donde se encontraba la residencia de la dueña, una señora amable, sosegada y prolija, que ocupaba un pequeño departamento que compartía con su hija y no se hallaba presente cuándo Juancito llegó. El lugar se completaba con un espacioso comedor y diez habitaciones con baño que alojaban a dos huéspedes cada una. Lo recibió una mujer que sólo comprendió el nombre del profesor que le había sugerido dirigirse allí. Ella se enteró de la nacionalidad del recién llegado al ver el pasaporte. Compartiría el cuarto con alguien de su edad, procedente de una antigua colonia africana, el que lo saludó apurado, disculpándose, pues debía dirigirse con premura al hospital de la Universidad. Sintió cierta incomodidad y extrañeza ante la perspectiva de tener que convivir con un hombre de color pero, dadas las circunstancias, decidió aceptar la molestia, no tenía opción, debía instalarse allí. Acomodó sus escasas pertenencias en el placar y echó un vistazo al baño. Sintió alivio al presentir que pasaría un buen tiempo entre esas paredes que le ofrecían refugio. Después salió en dirección al instituto donde tomaría sus clases de francés. El día era frío pero exhibía un cielo celeste sin nubes a la vista, le agradaron las calles con sus viejas casas y no tuvo dificultades en ubicar el sitio. En cuanto se presentó, una solícita secretaria llamó al profesor de español, un perseguido político que hacía muchos años había huido de la España franquista.

- Me recomendó este lugar el Profesor Brissard, si tengo suerte me incorporaré a su servicio.

- ¿Cómo no te has preparado antes de viajar, en vuestro país debe haber muchos lugares para estudiar francés?

- Me tuve que ir precipitadamente.

- ¿Has huido de los militares, eres un perseguido político?

- Sí.

- Bueno hombre, tenemos edades diferentes pero historias parecidas, yo encontré aquí cobijo y me he quedado, mi mujer y mis hijos son franceses. No tendrás grandes inconvenientes lingüísticos viviendo en Lyon, obligado a comunicarte con la gente lograrás alternar más rápido de lo que piensas. Te recomendaré a una profesora estupenda que no está en este momento, si vuelves a las 18 horas la ubicarás en el aula 3 del primer piso, se llama Claire, ahora vamos a arreglar con Gertrude los detalles de tu inscripción, yo te auxilio.

Pasó el resto del día caminando, ávido por conocer el lugar donde viviría un tiempo impredecible. Si bien le gustaron el antiguo barrio de Saint Jean y ciertos rincones, no lo entusiasmaba residir en una ciudad que sin ser pequeña, carecía a sus ojos de las atracciones que podría ofrecer una gran capital. Encontró en el centro una oficina de la empresa telefónica y llamó a su casa. Habló con Magdalena a la que informó de su dirección y teléfono, su madre empleó palabras tranquilizadoras para comunicarle que, para ella, todo estaba en orden en Mendoza. Pasadas las 18 retornó a la academia y se dirigió al aula 3. En cuanto vio a Claire, quedó impactado mucho antes de poder apreciar cualquier conocimiento del idioma o cualidad docente- “Es un portento de hembra” -pensó al encontrarse con una rubia despampanante, quizá algo mayor que él. Como sucede con ciertas mujeres de belleza intimidante, ella aparentaba ignorar el estremecimiento que su persona producía en los varones, con toda naturalidad lo recibió cordialmente empleando con soltura su lengua. Él intentó, sin éxito, expresarse en inglés. Sonriente lo estaba invitando, evitando todo preámbulo, a comenzar ya mismo su entrenamiento diciéndole: hablaremos sólo en francés. Como aún no habían llegado los alumnos de la siguiente clase, lo hizo pasar al aula y escribió en el pizarrón la pregunta: ¿Por qué quiere usted estudiar? Comprender lo redactado le resultó fácil y, pícaro, respondió de la misma manera en castellano. Ella rió exhibiendo un rostro radiante, volvió al pizarrón y lo instó, ayudándose con mímica, a concurrir todos los días tres horas por la mañana y otras dos por la tarde.

Desde ese momento, el reto de aprender francés para poder desempeñarse en el hospital, tendría para él, el condimento adicional de la conquista de su hermosa profesora.

De regreso en su habitación, esperando la cena, sentado en una de las dos sillas que se encontraban en los extremos de la pequeña mesa, pensaba alternativamente en la hermosura de Claire y en la extraña hora a la que debería acostumbrarse a comer. Son como las gallinas, fue su conclusión. Habitado a dormir solo en aquel cuarto, Henry irrumpió intempestivamente, interrumpiendo sus cavilaciones. Se presentó y extendió su mano con gesto cordial. Juancito sólo había entendido el nombre, su rostro inexpresivo confundió en principio al interlocutor que momentáneamente calló, pero en cuanto Juancito se dirigió a él en inglés, le respondió afablemente.

- Bienvenido a este refugio, soy Henry Bathily y estoy haciendo la residencia en pediatría en el hospital de la universidad.

- Me llamo Juan, si tengo suerte vamos a ser compañeros.

- ¿De dónde eres Juan?

- Soy argentino y me dicen Juancito.

- Soy de Dakar en Senegal ¿Eres de Buenos Aires?

- No, nací y viví en una capital de provincia que se llama Mendoza.

- ¿En las pampas llenas de vacas?

- No, en una zona de montañas, junto a la cordillera de Los Andes, una zona donde abundan los viñedos y olivares, además de hermosas mujeres.

Entonces algún día iré a visitarte ¿Conocías Europa?

- No, el único país al que viajé con anterioridad es Chile, cercano y vecino a mi provincia.

- ¿Porqué elegiste hacer el posgrado aquí ignorando el idioma?

- Por cuestiones políticas me vi obligado a dejar mi tierra de un día para el otro.

- Cierto, tienen una dictadura militar ¿Tuviste que escapar?

- Sí.

- ¿De qué te acusan?

- De no estar de acuerdo.

- Estarás con el Profesor Brissard que es una buena persona, aunque es conservador hasta la médula te va a ayudar.

- Conoce a mi padre que también asiste a congresos de la especialidad.

- Cuenta conmigo y ahora vamos a cenar.
- ¿Porqué tan temprano?
- Costumbre europea, ¿En Argentina comen más tarde?
- Sí.

- Mi país es tan pobre que es un milagro comer, por eso los horarios son lo de menos, replicó sonriente. Para ser franco, mi familia goza de una posición bastante buena, gracias a Dios, por eso pude estudiar y aquí estoy. En casa cenábamos más tarde, pero para mí la novedad fue ver todo el tiempo gente blanca, el frío, la nieve, el que algunos disimulen que les disgusta mi color aunque a muchas chicas no parece afectarlas tanto.

- Somos todos homo sapiens. Se dice de ustedes que tienen ciertos atributos que los hace especialmente atractivos para las damas.

La salida le provocó a Henry una franca risotada. “Simpático el negrito” -pensó Juancito no del todo convencido de la certeza de un comentario que pretendía ser jocoso. Después se dirigieron al comedor. No todos los huéspedes eran estudiantes, pero el bullicioso ambiente estaba impregnado de voces juveniles.

Henry lo guió hasta su mesa, compartida con otros médicos que buscaban especializarse, Guillaume y Sabine. Lo presentó aclarando que era un exiliado argentino que había huido precipitadamente y recién estaba comenzando a estudiar francés. Como todos hablaban inglés lo acribillaron a preguntas

- ¿Porqué te perseguían?

Miró a Sabine que lo interrogaba y dudó unos segundos, pero se dejó llevar por su impulso más genuino.

- Tenemos una dictadura feroz y está prohibida cualquier oposición, yo me había integrado a un grupo que los enfrentaba.

- ¿Fuiste “guerrillero”? -Ahora era Guillaume el que le hablaba, sorprendido, con gesto de admiración y usando el castizo sustantivo al que confería un extraño acento que mezclaba resabios del inglés y el francés.

- Sí.

Adrede dejó caer la lacónica respuesta, descontando que pronto su fama correría de boca en boca. Gozaba de antemano con el alto sitio en que imaginaba lo colocarían esos cómodos europeos.

- ¿Tuviste que combatir?

- Tuve entrenamiento pero nunca usé un arma. Asistía a los heridos de

nuestro bando.

- ¿Porqué no te quedaste si debías de ser útil?
- Descubrieron el lugar, nos atacaron y tuvimos que huir.
- ¿Qué fue de tus compañeros?
- Creo que los mataron a todos.
- ¿Cómo te salvaste?
- Tuve suerte.

Era la única mesa donde nadie comía, los tres, estupefactos, miraban asombrados a Juancito. Por último se decidieron y fueron a buscar sus bandejas que ya tenían servidos los dos platos y el postre. Había sido sólo un apremiante intervalo, en cuanto regresaron, mientras masticaban, el pasado de Juancito volvió a ser el único tema de conversación. El presunto héroe se esforzaba por simular naturalidad, incluso modestia, mientras narraba espeluznantes episodios que imaginaba velozmente, en un supremo esfuerzo por hipertrofiar su imagen. Como suele suceder con personas procedentes de países que atraviesan conflictos conocidos, cuya idiosincrasia no se logra aprehender totalmente, en ese momento nadie dudó de la veracidad de los detalles de esa apasionante historia.

Los siguientes días marcaron para Juancito el comienzo de vertiginosas horas dedicadas al estudio. Cinco de conversación, el aprendizaje de nuevas palabras, de giros idiomáticos, de las locuciones de uso corriente y el manejo de los verbos. Claire escribía en el pizarrón, al mismo tiempo que repetía los vocablos o se esforzaba en explicar detalles a su atento alumno que debía dedicar buena parte de lo que restaba del día a hacer los deberes, recluso en su habitación. La atracción que la profesora ejercía sobre él, lo había convertido en un alumno aplicado, cuyos esfuerzos eran evidentes. Dos semanas después les pidió a Henry y a sus compañeros de mesa durante la cena, utilizar sólo el francés para comunicarse.

Le avisaron que había tenido una llamada desde Argentina cuando regresaba de la academia. Calculó que por la hora su padre se hallaría en el consultorio, se dirigió a la oficina de la empresa telefónica y desde allí lo llamó.

- Hola, habla Juancito.
- Un momento que le aviso al doctor.
- Hola.
- Papá, ¿Cómo están todos?

- ¿Cómo te va a vos que es lo importante?

- Bien, sin problemas, estudio francés casi todo el día. Ya le dije a mamá que Brissard tardará algunas semanas en tener una respuesta.

- Te mandé unos dólares que podés retirar con tu pasaporte en la sucursal del Banco *Société Générale*.

- Gracias viejo, hasta ahora me arreglé pero no tenía para aguantar mucho más.

- Bueno hijo que tengas suerte y portate bien.

- Un beso papá.

- Chau.

Cuando colgó cayó en la cuenta de que no había preguntado por Isabel. De todos modos la sentía lejana, como tantas otras cosas de su pasado. Al día siguiente se hizo con el efectivo y abandonó, por unas pocas horas, la rutina del estudio para buscar una prostituta y desahogar con ella sus necesidades. Las pretensiones de un acercamiento a Claire, facilitado ahora por el incipiente uso del idioma, chocaban con la hermética actitud de ella que parecía no ver en él, otra cosa que a un alumno. El único resultado que aparentemente ambicionaba, era guiar a Juancito hasta lograr un adecuado desempeño idiomático. En una extraña amalgama emanaban de ella seguridad, encantos infinitos y una firmeza sin aparentes fisuras. Sin contar con el menor fundamento para sostener semejante hipótesis, la frustración de su alumno lo llevó a imaginarla lesbiana, o a extender una supuesta negación del sexo a las mujeres francesas en general. Una noche Henry le avisó, antes de cenar, que no dormiría en el cuarto. Poco después se enteró que su compañero tenía una pareja que, para colmo, era blanca. Sin admitirlo mascó el freno desbordando irritación, tanta que le costó conciliar el sueño. En poco más de una semana recibió el diploma y los documentos que acreditaban su incipiente formación de posgrado en el servicio de emergencias.

Habían transcurrido unos meses desde su arribo a Lyon cuando el Profesor Brissard comprobó, telefónicamente, los adelantos de Juancito, con el que ya podía mantener una conversación en su lengua.

- Por lo que escucho no ha perdido usted el tiempo.

- Estudio todos los días y me ayuda mucho el trato con mis compañeros en la pensión.

- Tengo buenas noticias, para comenzar será admitido en el servicio

de una manera informal y en septiembre podrá iniciar su residencia. La universidad aceptó efectuar una excepción, considerando las circunstancias poco usuales en que usted se encuentra.

- Muchas gracias, seguiré perfeccionando mi conversación y sobre todo la escritura que me resulta más difícil, tienen ustedes una gramática particularmente compleja.

- No se queje -dijo en tono de broma- en mi juventud intenté estudiar español y tropecé con la misma piedra que usted ahora.

- El estar aquí es una gran ventaja, en mi tierra hubiera sido más trabajoso.

- Sin dudas, espero su llamada para cuando se considere en condiciones de iniciar su concurrencia al servicio.

- Le agradezco todo lo que hace.

- Hasta la vista.

Como a falta de pan, buenas son las tortas, sus conversaciones de sobremesa con Sabine, quien aparentemente no tenía pareja, se fueron prolongando y poco a poco incursionaron en el terreno de lo personal. Ella había nacido cerca de Lyon en *Newville-sur-Saône*, donde aún vivían sus abuelos maternos, pero sus padres estaban ahora en París. Parecía algo ingenua y no demostraba mucho carácter, el tipo de personalidad ideal para Juancito. No lo amilanó la cultura que parecía poseer, él contaba con los laureles de heroico sobreviviente de la prestigiosa guerrilla sudamericana, por lo que se lanzó a una ofensiva en todos los frentes para lograr su objetivo, conducirla a la cama. Sabine dio muestras de aceptar sus pretensiones una tarde cuando paseaban por las cercanías del teatro romano, en la colina Fourvière. Al separarse quedaron en encontrarse al día siguiente por la mañana pues ella cubriría una guardia toda la noche. Dejaría de lado el natural cansancio y aprovecharía las largas horas sin obligaciones que seguían a las nocturnas transcurridas en el hospital. Asegurándose que nadie la viese, se deslizó hasta el cuarto de Juancito que no la esperaba. Golpeó suavemente la puerta. En cuanto él abrió entró rápidamente y lo besó en la boca. La presunta frialdad de las mujeres francesas había quedado del otro lado, en el pasillo.

Las llamadas de Juancito a Isabel de poco frecuentes, pasaron a ser esporádicas, en ese período en que él padecía por tener que contestar las amorosas cartas de ella. Le costó a su prometida tomar conciencia de que

la relación había caído en una mera rutina, los mensajes desde Lyon reflejaban, cada vez con mayor claridad, demasiada formalidad sin la menor pizca de emoción. Sólo vagamente él mencionaba la posibilidad del reencontro con que ella había soñado. Juancito tenía ahora un presente enfocado en Sabine y su disposición entusiasta para el sexo sin inhibiciones. Esto le permitía moderar, a duras penas, su obsesión por Claire, distrayéndolo un poco de su continua búsqueda de una estrategia para atraparla. El permanente acecho a la espera de alguna insinuación proveniente de la hermosa profesora sólo le deparaba frustración.

El paso de las semanas le permitió ir adquiriendo soltura en la conversación, destreza que se mostró como un arma de doble filo. Sus interlocutores comenzaron a percibir inconsistencias y contradicciones en sus soberbios relatos y, peor aún, en su conducta. No obstante tan alto en su estima lo habían situado que, de momento, ahuyentaron cualquier objeción que cruzara sus pensamientos. Hasta que poco después, el modo fanfarrón que Juancito, con aire triunfal, utilizó para ponerlo al tanto sobre el uso que hacían con Sabine de la habitación durante sus ausencias, colmó el vaso de Henry.

- Esto arde muchas mañanas en las que vos trabajás y también alguna noche, cuando estás de guardia.

Lejos de la admiración que esperaba se topó con un reproche.

- Creo que deberías ser un poco más reservado.

- ¿Vos no tenés tu amiguita por ahí?

- Sentí que debía avisarte, lo hice para que mi ausencia no te preocupe.

Era una falta de cortesía no informarte.

Buscó la traducción en el diccionario porque no había entendido el significado de "*courtoisie*" cuando la encontró pensó -"¿Quién se habrá creído que es el negro este?" -siguió usando el libro en busca de alguna palabra cuya pronunciación desconocía y le contestó molesto.

- Del mismo modo podría decirse que te puse al tanto para que no te inquiete mi soledad.

- Está bien pero los detalles son innecesarios.

- No necesito lecciones de buenos modales.

- Perdóname, pero quiero pedirte un favor. Que cuides un poco el orden de tus cosas en la habitación, dejás todo desparramado en cualquier lugar, te propongo que cuidemos los dos ese detalle.

- Te parecés a mi madre.

- Que por lo visto no tuvo mucho éxito.

Quedaron enfrascados en sus lecturas, Henry recostado en su cama, Juancito aparentando tener toda su atención absorbida por un texto especialmente complicado que le había dictado Claire, cuando, en realidad, estaba lamiendo la herida infligida a su orgullo y su prestigio. La tensión generada por este episodio fue percibida por Sabine. No era para menos, en forma abrupta Henry dejó de interesarse por el novelesco pasado de Juancito, evidentemente prefería cualquier otro tema en las conversaciones durante la cena. Por este motivo, las prolongadas sobremesas se fueron convirtiendo en una trivial y breve charla, un simple saludo circunstancial o prácticamente no tenían lugar, pues Henry se retiraba en cuanto terminaban de comer. Guillaume, el más interesado en la problemática política y que había sido desde la aparición de Juancito el que más fascinado se mostró por el inesperado hallazgo de un personaje del que podía obtener información de primera mano sobre la cruel realidad de Latinoamérica, paulatinamente pareció ir perdiendo las primeras ilusiones.

- Si parecían tener tanto apoyo popular y fuerza, ¿Por qué fueron derrotados? ¿Leíste los consejos de Mao sobre la guerra de guerrillas?

No pudo pensar y contestó improvisando.

- Una cosa es China y otra Argentina.

- En Argelia triunfó la revolución y era un enfrentamiento urbano.

- No nos derrotaron, es sólo un repliegue.

- ¿Dónde siguen fuertes, en que sitio?

- No te lo puedo decir.

- Los jefes más conocidos se han exiliado ¿Piensan seguir combatiendo aquí en Europa?

- Eso es ofensivo.

- Las noticias que llegan llevan a esa conclusión.

- Es fácil opinar desde tan lejos y sin conocer aquella realidad.

- Puede ser, hasta la vista.

Juancito farfulló un saludo sin poder ocultar que estaba contrariado. Sabine, atenta, no perdió palabra pero no intervino en la conversación hasta que Guillaume se retiró.

- ¿Pasó algo entre vos y Henry? Lo noto reticente de un tiempo a esta parte.

- Nada ha ocurrido entre nosotros, quizá tenga algún problema en el hospital o con su amiga.

- ¿Porqué no quiere hablar con vos, cuándo siempre estuvo tan pendiente de las cosas que contabas de tu pasado?

- Cuando estamos solos charlamos como siempre.

Insatisfecha no insistió, ella también sentía nacer un todavía oscuro fastidio. El trato cotidiano con Juancito, a medida que este podía expresarse con más destreza, le iba revelando una faceta arrogante y hasta cierto punto, desfachatada.

Tres semanas después, previa conversación con el profesor y en un todo de acuerdo con lo convenido, Juancito se presentó en el Servicio.

Las clases de francés tuvieron que cambiar de horario, serían ahora a última hora de la tarde, sólo tres veces por semana y con menores exigencias. Luego de las presentaciones formales y de pasar revista a los enfermos internados, acompañado por todo el equipo, el Profesor Brissard lo invitó a pasar a su despacho. Pocos minutos después ingresó uno de los que había conocido, se trataba, evidentemente, de una persona que tenía cierta jerarquía en el servicio. Él había opinado sobre los casos presentados y lo hacía con gran solidez. Brissard le informó que se trataba del profesional que sería su instructor en esa etapa inicial. El Dr. Jacques Rouvière aparentaba tener unos cincuenta años y pronto sabría Juancito de su obsesión por el estudio y el trabajo. Las condiciones que puntillosamente le comunicó, poco agrado le causaron; para comenzar debería acompañarlo el día entero desde las 8 de la mañana hasta las 5 de la tarde. El Dr. Rouvière, que parecía habitar un universo constituido por las enfermedades, sus causas, sus mecanismos, su diagnóstico exacto y su correcto tratamiento, se revelaría indiferente a otras cuestiones. Sólo después de varias semanas y como al pasar, mencionó la condición de refugiado de su pupilo, de un modo tan superficial que este no atinó a agregar nada; por lo tanto siguieron analizando un artículo de una revista médica referido a una enfermedad poco común. Como desde un principio Juancito comprendió que sería inútil pretender competir con este caballero en lo concerniente a erudición, instintivamente y sin proponérselo, se convirtió en un atento oyente del caudal de conocimientos que fluían de su boca. Con mucha cautela y midiendo las palabras, a lo sumo agregaba algo a lo escuchado, tratando siempre de insinuar algún ingrediente lisonjero. “Después de todo -

pensaba divertido -no vine aquí a coger con Sabine, me conviene aprender todo lo que pueda y este tipo quiere que lo escuchen, le gusta enseñar, no jode, entonces, a darle bola”

Cuando la primavera llegaba a su fin el argentino era ya un personaje conocido en el hospital y ahora se desempeñaba con soltura. Le asignaron una guardia nocturna semanal, y el Dr. Rouvière tuvo un gesto de confianza al encomendarle la confección de historias clínicas y el posterior seguimiento de determinados pacientes. Debía esforzarse por obtener un relato clínico completo y pulir exhaustivamente los detalles del examen de cada caso; luego volcar con prolijidad los datos obtenidos, tratando de cometer el menor número de errores ortográficos. Además necesitaba consultar en la biblioteca del hospital, o de la universidad, los artículos actualizados referidos al enfermo en cuestión. Cumplidos estos trámites, solicitaba los estudios complementarios. Todo esto en un tiempo escaso, pues el Dr. Rouvière leía las carpetas al día siguiente si eran nuevas, o comprobaba los adelantos en el seguimiento de los internados casi continuamente, generalmente en su presencia, mostrando particular interés por discutir los pormenores. Muy a su pesar, constreñido a este régimen estricto, Juancito dedicaba buena parte de la jornada a ese trabajo que le proporcionaba una oportunidad única en ganar conocimientos. Parecía totalmente absorbido por las exigencias a que estaba sometido y no mostraba mayor interés por recibir noticias de su patria. Casi no leía periódicos, por lo que la mayor fuente de novedades provenientes de su tierra, eran las cartas de la familia. No hizo esfuerzo alguno para contactar a los grupos de exiliados que habían logrado establecer instituciones más o menos formales que buscaban testimoniar sobre el drama que se vivía en la Argentina.

Llegó el verano. Los fines de semana con buen tiempo hacían con Sabine cortas excursiones en bicicleta por el verde paisaje. Ella se esforzaba señalándole los sitios más pintorescos, los viñedos y los hermosos pueblos en los valles, donde podían comer a un precio razonable y degustar el delicioso *beaujolais* regional.

Era imposible no percibir que él pugnaba por mostrar entusiasmo por la belleza y la naturaleza, cuando su interés pasaba más por la comida, que por cierto era deliciosa, y por el vino. Eran para ella cada vez más evidentes los indicios que la inclinaban a pensar que a Juancito lo atraía la relación, más por comodidad que por un sentimiento genuino. Dado que el dinero

que le giraba su padre era más que suficiente para sus necesidades, decidió usar el excedente para comprar un automóvil. Consultó al Dr. Rouvière y este le indicó una agencia que regenteaba un paciente suyo. Luego le pidió a Sabine que lo acompañe para ayudarlo en la elección. Dentro de los recomendados por el vendedor escogieron un Renault 12 rojo que entusiasmó a Sabine.

El trabajo había disminuido y el Dr. Rouvière viajó a Grecia para tomar tres semanas de vacaciones; a su regreso Juancito pudo disponer de dos para las suyas. Sabine le propuso pasar primero por Neuville donde se efectuaría una reunión en la antigua casa familiar, ella quería presentarlo a sus parientes. Luego podrían seguir viaje e instalarse en un campamento costero. Hallarse en compañía de Juancito en su pueblo natal, en contacto con sus seres queridos, provocó en ella el efecto de un ingrato baño de realismo. Ese medio le permitió apreciar crudamente la personalidad de su pareja. Harta pero conteniendo el fastidio, la madre fue la única que deslizó su opinión con extrema suavidad.

- Tu amigo parece un poco vanidoso.

- Ha pasado por momentos terribles, mamá. No puedo ser muy exigente con él.

- No lo mires como a un niño, es bien grandecito ya.

- Me puedo manejar sola.

- Sí, fue solo un comentario.

Prefirió, por el momento, dejar las cosas como estaban, necesitaba hablar con él, pero una vez que estuviesen solos. No pudo dejar de reconocer que el imán que más la retenía a su lado, era el buen sexo que sabían disfrutar. Sintió un gran alivio cuándo partieron rumbo a la costa. Ella había elegido un retirado campamento cercano a Montpellier, una pequeña playa tranquila con una magnífica vista del Mediterráneo, allí instalaron su carpa y los demás enseres. Dada la educación de la familia de Sabine, nadie había dejado trascender desagrado alguno ante ciertas intervenciones poco felices de Juancito en las conversaciones. A lo sumo optaron por desviar la charla hacia temas mundanos, superficiales.

- Gente macanuda tu familia.

- Me alegro que te hayan gustado.

- Sí, lo pasé muy bien. Además tu abuela es una cocinera maravillosa.

- Me molestó que usaras las experiencias que tuviste en Argentina, en

la guerrilla, para ubicarte en el papel de un héroe del lejano oeste. ¿No murieron muchos de tus amigos, no está pasando tu país por una experiencia terrible,... triste, no quedó tu familia allí? Parece que nada ni nadie te preocupa.

- Ustedes desde aquí magnifican las cosas, no entienden-contestó contrariado.

- ¿Son mentiras lo que publica la prensa? Entonces ¿Por qué escapaste para salvarte?

- Tratemos de pasar bien los días que nos quedan.

Los envolvió el silencio mientras contemplaban el precioso paisaje. Sabine se percató con claridad de que él sólo vivía una suerte de presente continuo, un tiempo en el que no cabían los reproches, ni la menor posibilidad de juzgar sus actos. Mientras ella, incómoda, cavilaba respecto a un prematuro regreso a Lyon, él meditaba: “No sé porque tiene que ponerse a joder si lo podemos pasar bomba, esta mina tiene demasiadas vueltas”. Ella giró y lo miró intensamente, pero con el rostro inexpresivo. Juancito reaccionó acariciando su terso cutis, luego se levantó y comenzó a armar la mesa con sus sillas adosadas, colgó el farol a gas de una rama y dispuso la alacena portátil a la sombra del árbol; en ese instante ella no dudó en quedarse, después tomaría una decisión. A partir de allí, sus relaciones fueron demasiado correctas para una pareja que está disfrutando de una breve temporada en soledad. Se repartían las tareas y la preparación de las comidas, nadaban juntos en las azules y transparentes aguas y disfrutaban del sexo. Algunas noches cenaban en un simpático restaurant de un pueblo cercano. Sus conversaciones, que se redujeron a lo indispensable o lo trivial, no tuvieron otro talante durante el regreso.

Cuando quedó sola en su habitación de la pensión, Sabine lloró quedamente su pena, al mismo tiempo que el sentimiento que experimentaba Juancito era el de una molesta contrariedad, -“Coger, coge como los dioses, pero me tiene las pelotas llenas” - fue su íntima síntesis. Al día siguiente cenaron en compañía de Guillaume pues Henry gozaba de su tiempo libre. La animada mesa otrora dicharachera, parecía padecer un clima de lánguida tensión. Guillaume los había recibido como siempre pero, en cuanto intentó conocer los detalles de lo que presumía una maravillosa temporada en la hermosa costa, le respondieron sin mucho entusiasmo, con desabridas palabras que describían episodios poco graciosos, casi

insustanciales. No insistió y en cuanto hubo acabado con el menú saludó y se retiró. Con él y por un buen rato, pareció haberse ido la conversación.

- Creo que deberíamos dejar de vernos por un tiempo -dijo Sabine rompiendo el mutismo que los había invadido.

- Mientras vivamos aquí estamos forzados a hacerlo.

- Me refiero a nuestra relación -explicó Sabine, fastidiada por la innecesaria aclaración.

- Sí, creo que cumplimos un ciclo. De todos modos no estuvo mal.

- A mí me duele, no es un juego de niños.

- No hay más remedio -agregó Juancito, algo cortante.

Se levantó, le besó la mejilla y se fue caminando, decidido.

Ella, dolida, comprendió que había tomado una inevitable y lúcida resolución.

Setiembre le daría una grata sorpresa, el próximo ingreso al servicio de un nuevo residente, Alberto Liberman, otro argentino forzado al exilio. En cuanto se enteró, Henry se apresuró a presentarlos, deseoso por observar la reacción de Juancito ante la aparición de un compatriota que podía ser su competencia en el Olimpo de los héroes sudamericanos. Sin embargo, no pudo lograr su objetivo que era desenmascarar alguna contradicción flagrante en su compañero de habitación, porque una vez cumplidas las formalidades, sólo se comunicaron para saber el sitio en que se desempeñaría el recién llegado. Luego Juancito le agradeció a Henry su comedimiento, se apartaron y continuaron la conversación en castellano.

- ¿De dónde sos?

- De Mendoza.

- El acento me debe delatar, soy un perverso porteño.

- ¿Qué te trajo aquí?

- Militaba en la tendencia, la cosa se ponía cada vez peor. Una mañana fueron a buscarme a mi casa, un vecino al que alguna vez asistí por un problema intestinal, se dio cuenta de lo que pasaba y sin perder tiempo trató de ubicarme, llamó a la guardia del hospital. Por pura casualidad yo mismo atendí el teléfono. Sin tiempo para pensar nada, abandoné inmediatamente el servicio y busqué refugio en casa de amigos. Al día siguiente me llevaron a Entre Ríos donde ellos tienen parientes, de allí fuimos a Corrientes, tuvimos mucha suerte, no nos detuvo ningún retén

en el camino. Después de dar vueltas durante dos días, conseguí que un pescador me cruce al Brasil. Con el dinero que me dieron tomé un micro que me llevó a Curitiba, después otro hasta San Pablo. La inseguridad y el miedo me llevaron a elegir un consulado al voleo, terminé en el de Francia. Tuve suerte, me dieron asilo sin muchas vueltas. Y aquí estoy. ¿Lo tuyo es diferente?

- ¿No jodieron a tu familia?

- Como te dije, empezaron por entrar violentamente a mi casa con las armas en la mano, insultando y a los gritos, mis viejos se llevaron un susto de órdago. Pero lo peor vino después, como yo no llegaba los apretaron con amenazas, alguna cachetada y unos pocos golpes, hasta que se vieron forzados a decirles donde estaba. Entonces cuatro de ellos fueron a buscarme al hospital. El no encontrarme los enfureció, avisaron a los que se habían quedado y estos entraron a pegarle otra vez a mi papá, delante de mi vieja aterrorizada. Cuando se convencieron de que ellos no sabían adonde podía haber escapado, se llevaron a mi viejo y lo tuvieron detenido algo así como un mes y medio. Lo siguieron maltratando con interrogatorios a cualquier hora. En algún momento le hicieron creer que me habían capturado, o le decían que también iban a llevarse a su mujer. Menos mal que no sufrió torturas más violentas. Después lo blanquearon, eso le trajo algún alivio, lo visitó un abogado. De todos modos, las secuelas del mal momento no se las quita nadie, desde la semana pasada está libre. Para consolarse los tipos nos robaron el televisor y unos pesos que había en casa.

- ¿Sos gastroenterólogo?

- Me estaba formando en el Hospital, cursaba el segundo año del posgrado. Cuando tenga los papeles me prometieron facilidades para hacer la residencia aquí, esto parece un refugio de argentinos errabundos ¿Y con vos que pasó?

- No exageres sólo somos dos. Estaba con los Montos, me escapé por un pelo.

- ¿Cómo fue la cosa?

- Prefiero no contarlo, enterré el pasado.

- ¿Dónde vivís?

- En una pensión cerca de aquí.

- ¿Qué tal es?

- Un sitio aceptable, se come decentemente y aloja a muchos residentes de este hospital.

- ¿Podríamos vivir en la misma habitación?

- No sé si será posible, hasta ahora mi compañero es el morocho africano que nos presentó.

- Menos mal que sos de izquierda.

- Era una broma nomás.

- ¿Tenés contacto con alguna agrupación de exiliados?

- No lo intenté. Me han comentado que se ha formado una en París pero, como te dije, prefiero hacer mi carrera aquí y adaptarme todo lo que pueda, lo pasado pisado.

- Pero aquello es dramático ¿No dejaste amigos, tu familia..?

- A mi familia nada desagradable le pasó, salvo mi ausencia que habrá alegrado a alguno.

- ¿No pensás volver algún día?

- Puede ser, mejor ver el lado práctico de las cosas ¿Hablás francés?

- Precariamente, me defiendo con lo poco que aprendí en el secundario. Estudié inglés por mi cuenta. ¿Qué tal el Jefe?

- Como lo conoce a mi viejo me trató muy bien, es un caballero.

- Le conté toda la historia, lo noté frío pero se comprometió a ayudarme.

- Si tengo ocasión de hablarle lo hago, viviendo aquí aprendés rápido el idioma.

- Gracias por el aliento.

- Dedicué muchas semanas sólo a estudiar francés, no sabía una palabra. Tengo una profesora muy buena, en todo sentido.

- ¿Qué me querés decir?

- Que es una potranca increíble.

- No jodas.

- Es verdad.

- No te queda otra que presentármela, también necesito estudiar la lengua aborigen.

- Siempre que te comportes como un señorito educado.

- No tengas duda alguna.

- Salgo a las seis, hoy tengo clase, podemos ir juntos.

- Macanudo, te paso a buscar. Durante algunas semanas tendré que

entregarme sólo a eso.

- Comparándote conmigo, largás con ventaja. Nos vemos.

- Chau.

Imbuido de los reflejos paranoicos que arrastraba como consecuencia de las experiencias vividas, Alberto no pudo reprimir la sospecha de que Juancito era, en realidad, un extraviado agente del gobierno argentino. Lo influyó su pretendida indiferencia ante una tragedia que, al parecer, lo tuvo como activo protagonista y su aparente satisfacción por la cómoda y segura vida que estaba llevando en Francia. No pudo evitar cierto desagrado.

No teniendo alternativa, puntualmente pasó a buscarlo por el sector, luego, juntos caminaron unas pocas cuadras hasta su destino.

- Es una ciudad hermosa y el hospital es de muy buen nivel.

- Preferiría estar en París, esto es un poco aburrido.

- Tenemos que estar agradecidos, no sólo nos dan refugio; nos salvan de pasarla muy mal y nos permiten seguir nuestra formación. ¿Qué haríamos sino, lavar platos en algún boliche de tercera?

- A mí me ayuda mi familia.

- La mía es de clase media, me bancaron mientras estudié pero ahora las cosas se complicaron mucho, papá estuvo todo este tiempo sin trabajar, lo podían haber despedido. Labura en un banco, menos mal que lo necesitan y va a seguir en su puesto. Deben estar sacrificándose para mandarme unos mangos hasta que cobre algo en el hospital.

- Tanto trastorno por un hijo revoltoso.

- Lo pasamos muy mal, no es para tomarlo en joda.

- Claire te va a ayudar a olvidar las penas.

- Y de paso me enseña francés.

Siguieron en silencio, uno abstraído en insondables pensamientos y el otro maravillándose de estar deambulando, con entera libertad, por una ciudad europea. Claire se sorprendió al ver llegar a Juancito hablando castellano con un desconocido.

- ¡Los argentinos nos están invadiendo!

- Te presento a Alberto que también es otro exiliado, conoce sólo rudimentos del francés.

- Entonces con él será más fácil arreglar los horarios.

Fue un trámite breve, se pusieron rápidamente de acuerdo para los

primeros tiempos de clases intensivas. Escribiendo la agenda en el pizarrón, Claire se aseguró la exacta comprensión de sus palabras. Alberto copió lo pertinente y también anotó la dirección de la pensión, donde esperaría a Juancito. Aprovechó la hora y media que tenía libre para seguir conociendo la ciudad, sobre todo el área cercana al hospital, mientras señalaba en un mapa la ubicación de los sitios importantes para él.

Parado en la puerta del edificio vio llegar a Juancito con su andar veloz, decidido y algo desgarbado. Subieron juntos las escaleras.

- Esta mina me tiene loco.

- ¿No enseña bien?

- No te hagas el boludo, estoy recaliente con ella.

- A lo mejor tiene novio.

- Nunca supe un carajo de su vida, parece que lo único que de mi persona le interesa, es que aprenda bien la gramática y la maldita pronunciación.

Llegaron a la pensión, era casi la hora de cenar. Juancito averiguó la posibilidad de encontrar un lugar para su compatriota.

- Tenés suerte, queda un solo sitio libre. Vas a estar con un francés.

- ¿Es también del hospital?

- No, es un tipo que está temporariamente aquí organizando la instalación de la sucursal de un supermercado. Por ahora te alojás allí, después vemos si podemos estar juntos, para lograrlo habrá que convencer a mi compañero.

- ¿Qué ventaja tiene tu habitación?

- Creo que ninguna. Conseguí que puedas cenar conmigo, mañana podés dejar el hotel.

La llegada de Alberto le sirvió a Juancito de perfecto pretexto para cambiar de mesa durante las cenas. Se sentía relegado por los comensales que solían conversar poco sobre el trabajo y mucho acerca de las novedades literarias o políticas, o respecto a una reciente exposición de pinturas que había exhibido el museo local, temas que lo condenaban a una exclusión de hecho. No podía dejar de percibir que sus pobres comentarios casi no eran tenidos en cuenta, mas, lejos de atribuir la contrariedad a lo poco versado que era en estos asuntos, imputaba el inconveniente a una presunta animadversión hacia su persona. Fueron a buscar las bandejas y se acomodaron en una mesa pequeña que generalmente no estaba ocupa-

da.

- Parece que se come bastante bien.

- Ya te dije, no es un restaurante de lujo pero la cocinera se defiende.

- Veo que no abunda la carne, esto es un cambio de menú.

- Te acostumbrás.

- Extraño Buenos Aires, me molesta no poder volver, vaya a saber por cuánto tiempo, ¿Dejaste una novia allí?

- Sí, pero con la distancia la relación se enfrió. No la echo de menos, hasta tuve aquí una mina más o menos estable durante un tiempo. ¿Y vos?

- Prácticamente estaba solo, anduvimos con una compañera pero la cosa se pudrió. Ella se cansó de una militancia que cada día se volvía más peligrosa y quiso que yo también deje, eso nos fue alejando, últimamente no nos veíamos.

- Si necesitás, cerca de la estación se consiguen putitas.

- No, aunque tuviera plata no lo haría.

- Qué raro que tu viejo no tenga guita, la mayoría de los judíos están bien acomodados. Hay algunos bodegueros en Mendoza que la levantan con pala.

- Eso es un prejuicio, hay de todo. Mi papá trabajó de bancario toda su vida, teníamos un pasar aceptable hasta que pasó lo que sabés. Además no tenés porqué discriminar.

- No era mi intención, fue sólo un comentario. Tuve un rusito amigo en la facultad.

- ¿En qué colegio estudiaste?

- En uno jesuita de Mendoza.

- ¿Sos religioso?

- Para nada, me cago en los curas. ¿Y vos?

- No me enseñaron nada de religión, mis viejos fueron militantes socialistas.

- Pero tenés rebanada la banana.

- Más exacto sería decir pelada.

- Eso.

- Pero sirve igual.

- ¿No les crece más grande, como las ramas a los árboles?

- ¿Querés ver?

- No gracias, me puede dar impresión.

“Podía haberme tocado algo mejor, pero esto es lo que hay” -pensaba Alberto regresando al modesto hotel.

Al día siguiente se mudó a la pensión y por la tarde concurrió a la primera clase de idioma. Era inteligente y perseverante, se sumergió con ahínco en el estudio al que dedicaría muchas horas. También él se sintió deslumbrado por la belleza de Claire que, fiel a su costumbre, lo abrumó con su dedicación. Poco a poco fue ganando soltura en el modo de expresarse, al mismo tiempo que Claire percibía en este otro argentino, ciertas peculiaridades que despertaban su curiosidad. Las conversaciones fueron excediendo los límites impuestos por el mero aprendizaje de nuevos vocablos, la pronunciación o la correcta confección de las frases. A diferencia de lo ocurrido con Juancito, casi sin proponérselo, ella internaba el diálogo en temas personales. Con toda naturalidad comenzó a tutearlo - ¿Te sentís muy solo aquí, extrañas mucho?

- Sí, pero no puedo hacerme fantasías, creo que la dictadura va para largo.

- Dejaste a tu familia.

- Dejé todo lo que era mi vida.

- Lo que leo en los diarios sobre Argentina, lo relaciono con lo que me contaron mis padres de la ocupación nazi.

- Sí, puede asemejarse en muchos sentidos pero, los fascistas nacionales son de cuarta, aquí los tuvieron de primera.

- ¿Cómo podés hablar así de algo tan dramático?

- Perdóname, te pido disculpas, comprendé que en estas circunstancias se nos puede escapar algo de... nosotros lo llamamos “humor negro”.

- Y nosotros.....alumno Alberto repita: *humour noir* -dijo sonriendo.

- ¿Tu familia sufrió mucho durante la guerra?

- Como todos, la pasaron muy mal, mis padres eran muy jóvenes. Perdí dos tíos. Miró el reloj y agregó, como si estuviese acosada de un repentino apuro.

- Bueno se terminó la clase de hoy.

- No sé si disponés de tiempo, seguiría charlando con vos en un café.

- No es bueno mezclar las cosas.

- Juro hablar sólo en francés señora profesora.

Le dirigió una mirada que parecía cargada de seriedad, para decirle a continuación- Acepto, alumno indisciplinado.

- Yo tomé la iniciativa, ahora, como conoedora del terreno y teniendo en cuenta mi ignorancia sobre los secretos de esta ciudad, te pido que elijas el lugar.

Caminando junto a ella, por primera vez en semanas Alberto se sintió transportado al goce, teñido de cierta alegría al percibir la libertad; al extraño placer de sentir que no estaba escapando de nada. Olvidó el vértigo del cambio constante, de las expectativas inciertas, del porvenir inasible. Claire, dejándose llevar por un inesperado entusiasmo, le iba señalando edificios importantes y le comentaba el rico pasado de la ciudad, anterior a los tiempos romanos.

Ascendieron por una calle empinada, él estaba fascinado admirando los hermosos barrios viejos, luego, bajando hacia el río toparon con la Catedral de Saint-Jean.

Sin vacilar Claire se encaminó hacia el templo y se persignó al entrar.

- Esta es una de nuestras mejores joyas.

- Estoy impresionado, nunca vi nada igual. ¿De qué siglo es?

- Se empezó a construir en el XII y se terminó en el XV.

- Te voy a mostrar el reloj astronómico que es único.

- Me gustaría saber más sobre la historia de este sitio, en la oficina de turismo me dieron un... y sacó el folleto de su bolsillo.

- "*Bulletin*", te voy a prestar un libro que es bastante completo. ¿Tenés un diccionario?

- Sí, modesto... por ahora me sirve -Con gesto actoral- Pero ¡Qué ingrato soy, si tengo el privilegio de gozar del mejor diccionario, el que colma mis aspiraciones, mi incomparable profesora!

Rieron.

- Ya vendrás solo, es un buen lugar para calmarse, para encontrar sosiego.

- ¡Qué parecidos son nuestros idiomas, aunque no conozco algunas palabras las termino entendiendo!

- ¡Bravo por el argentino!

Al salir ella se persignó nuevamente.

- ¿No sos religioso?

- Para nada, soy agnóstico. Además mi familia es judía.

- Estoy llena de dudas pero me eduqué en un colegio confesional, vengo de un hogar muy tradicional y tengo incorporadas ciertas cosas.

- Como verdades... reveladas. ¿Lo dije bien?

- Sí, muy bien. Debo irme ¿Sabés como volver a la pensión?

- Creo que sí, si no te molesta te acompaño. Puedo hacerlo, los compromisos del día los completé a conciencia.

Algo vacilante, Claire aceptó.

- Bueno, si querés caminar. No es cerca.

- Con tal de hacerlo con vos, vagaría toda la noche.

Ella le señaló la dirección y marcharon callados, como obligados al mutismo.

Tomaron primero Lafayette y luego la calle Bougeaud. Ella se detuvo en la esquina.

- Aquí vivo. Gracias, ahora estás mucho más lejos -insistió- ¿No te vas a perder?

- En tu compañía solo puedo encontrarme, te debo un café -Claire sonrió.

Le dio un beso en la mejilla que ella respondió de igual modo. La vio alejarse hacia una antigua casa distante unos treinta metros de la esquina, lo saludó con la mano desde la puerta.

Tratando de volver, Alberto tuvo que preguntar a algún transeúnte para orientarse. Estaba extraviado en una ciudad desconocida, cuyas calles jamás había soñado pisar, y embriagado por los restos del aroma que había dejado, flotando en su entorno, el fantasma de Claire. Los días se acortaron y el frío comenzó a sentirse. Con el hospital trabajando a pleno, Juancito se sentía atrapado por un creciente desencanto. Las largas y extenuantes jornadas sin más premio que la conformidad del Dr. Rouvière, de ningún modo eran para él un destino apetecible. Padecía la presentación de cada caso como un esfuerzo injusto, a lo que debemos agregar la soberana saturación que lo embargaba por tener que redactar las minuciosas y detalladas historias clínicas. Extrañaba las jornadas de excitación y nervios, las asambleas multitudinarias que le permitían expresar palabras seguras, potentes, convincentes. Para colmo, el fin de la relación con Sabine era un vacío difícil de llenar. Los fugaces romances con alguna enfermera o instrumentista de cirugía, de ningún modo podían compensar su necesidad de pavonearse con una codiciable compañía femenina. Por momentos asomaba en su mente cierto arrepentimiento por haber impulsado la ruptura con Isabel, pero se las ingeniaba para aventar ese atisbo de respon-

sabilidad.

Eran muy distintos, pero las afinidades provenientes de la tierra lejana, el idioma, ciertos códigos compartidos y el ostracismo forzoso, permitieron que las tertulias vespertinas durante la cena cimentaran la relación.

- Parece que el franchute termina el laburo, si no te molesta ahora podríamos estar juntos.

- ¿Roncás, sos de buenas costumbres, te bañás seguido? -respondió Alberto.

- No te pongas fastidioso, nunca nadie me comentó que ronco.

- Entonces no hay problema, corro el riesgo de que me toque algún europeo poco entusiasmado con el agua y el jabón.

- Mañana hablo con la dueña -aseguró Juancito.

La convivencia los ligaría por mucho tiempo en una leal amistad, aunque restringida a campos bien delimitados. Alberto preservaría su intimidad y sus inquietudes intelectuales o científicas, mientras Juancito se esforzaría por mantener fuera del trato mutuo todo aquello que pudiese herir la sensibilidad, o provocar la indignación de su amigo. Ante terceros y por mucho tiempo, Alberto jamás deslizarían crítica alguna referida al compatriota, a lo sumo, si se trataba de sucesos francamente vergonzosos, imposibles de disimular, aparentaría indiferencia. Como vemos, en el terreno de la mutua relación, un pacto tácito jamás explicitado cubriría las fechorías de Juancito.

Las clases de conversación se internaron en tópicos novedosos, terrenos hasta entonces desconocidos, los que parecían servirle de pretexto a Claire para entender mejor a Alberto y su patria lejana. Así se fueron sumando sutiles indagaciones respecto a detalles personales de la vida de este que eran replicadas con preguntas similares. Pero una nada despreciable asimetría caracterizaba a este juego, Claire era reacia a relatar detalles atinentes a su privacidad o de aceptar la continuación del diálogo en un sitio diferente al aula. La franqueza de él no se hizo esperar.

- Me siento muy bien con vos, me gustás. ¿No te interesa mi compañía?

- Todo lo contrario, me encantan estas charlas informales.

- ¿Entonces tenés pareja, estás comprometida con alguien?

- No, ... no, de ninguna manera...

- ¡Tan feo no soy!

- ¡No se trata de eso, sos una buena persona!

- Estimada profesora, no la entiendo, no admitiré excusas, vayamos a tomar un café, debo honrar mi deuda.

Era inocultable su deseo. Se miraron, él expresando profunda ternura, ella como queriendo decir algo que no terminaba de enunciar.

Hasta que se decidió - Sí, vamos.

Escogieron un box. Pidieron sendos cafés acompañados por un croissant, mientras se sumergían en una interminable conversación, con entusiasmo, con mucha inteligencia, con inocultable placer. Hablaron de sus gustos, de sus posiciones políticas, de las películas o libros que habían dejado huellas en sus memorias, de alguna impactante representación teatral. De este modo pasaron las horas, se hacía tarde, ante la inminencia de la despedida Alberto la retuvo.

- Antes de salir contarme ¿Con quién vivís?

- Con mi familia.

- Nunca mencionás a nadie ¿Quiénes son esos misteriosos personajes?

-Mi madre y mi abuela.

- ¿Perdiste a tu papá?

- Sí, estuvo mucho tiempo enfermo. Padecía una extraña dolencia cardíaca, murió hace tres años. Mi mamá es muy especial, mejor sería no tenerla en cuenta.

- ¿En qué sentido?

- Desconfía de los extraños. Vive en su mundo que para ella es su familia, es decir mi abuela y yo, le disgusta cualquier persona que se me acerque, sobre todo si es varón.

Pícaro -¿Eso explica que haya encontrado sola a semejante portento de belleza?

Sería -No me gusta discutir este tema.

Ella se puso de pie, el diálogo continuó mientras se dirigían a la casa de la calle Bougeaud.

- Ahora entiendo, esta es la razón por la cual no conozco el misterioso número de tu teléfono, que debe existir, pero me lo negaste.

Claire se había detenido y bajó la vista.

Él continuó hablando -Parece una historia de otra época, de hace un siglo o más antigua aún.

La atrajo suavemente y le besó los labios. Ella, que aparentaba ser la

seguridad hecha persona, por un instante pareció deshacerse en sus manos, luego, delicadamente, alejó su cabeza.

- Es muy tarde -dijo.

Reapareció en su rostro la imagen decidida y firme, surgió nuevamente la inflexible profesora, la conversación locuaz se extinguió y recorrieron en silencio el resto del camino.

- Te dejo en el santuario. No se tu apellido, por lo tanto el nombre que distingue a la casa.

- No me gustan las burlas, mi apellido es Rouault.

A punto de no dejarla terminar la frase, la abrazó apasionadamente y volvió a besarla.

- Te quiero mucho Claire.

- Yo también.

Ágilmente se desprendió, caminó hasta la puerta apurando la marcha y lo saludó desde el umbral.

En octubre recibió la esperada llamada del Profesor Brissard.

- Me acusan de ser un refugio de argentinos, a pesar de las objeciones logré que lo acepten en el servicio. ¿Tiene los papeles?

- Sí.

- Bien. Llévelos a la oficina de graduados de la universidad e inicie los trámites para regularizar su situación. Tendrá las mismas posibilidades que su compatriota, comenzará la próxima semana a concurrir bajo la supervisión del Dr. Guérin.

- Muchas gracias profesor.

- Espero que todo esto sea útil, cuento con el mayor de sus esfuerzos con el fin de beneficiarlo a usted y al hospital.

Excitado, llamó a Buenos Aires, la madre se emocionó al saber de la buena nueva y lo tranquilizó en lo referente a la situación allí imperante; no había novedades, su padre estaba trabajando normalmente en el banco. Entusiasmado, se dirigió a la biblioteca del hospital que se hallaba en las cercanías, para acomodarse en un sitio apartado con un diccionario bilingüe, revistas médicas y libros de la especialidad. Dedicó horas a repasar el léxico específico en francés, hasta que llegó el tiempo de la lección de idioma. No veía el momento de compartir la buena nueva con Claire.

Su estado de ánimo se adivinaba, no hacían falta palabras.

- Se te ve muy contento.

- No es para menos, me aceptaron en el hospital y desde la próxima semana comienzo a trabajar bajo la supervisión del Dr. Guérin, un asistente de Brissard.

- ¿Lo conocés?

- Juancito lo ha tratado, cree que no voy a tener problemas con él. Es uno de los que acompañan al Profesor en los controles de los enfermos internados, no lo ubico exactamente.

- Bueno, te felicito y deseo que de aquí en más el camino esté libre de obstáculos.

- Esto para mí es como volver a nacer, pienso trabajar... como un hombre muy bajito -inseguro- En español se dice: enano.

- En francés “*nain*”. ¿Porqué un enano?

- Así decimos en Argentina cuando uno está dispuesto a hacer el máximo esfuerzo.

- Me resulta cómico, aprenda alumno, “*travailler comme un boeuf*”.

- ¿Qué será un *boeuf*?

Imposibilitada de explicarlo de otro modo, Claire dibujó el perfil de un vacuno en el pizarrón.

- ¿Una vaca?

- No su marido.

- ¡Qué tonto soy, si en castellano también se usa trabajar como un buey!

- Profesora, usted me trastorna.

Rieron de buena gana hasta que Alberto le habló mirándola fijamente.

- Ahora tendré un sueldo. Quiero celebrar con vos la buena nueva, te invito a cenar.

- ¿Esta noche?

- Esta misma noche.

- Me tomás por sorpresa. Después de la clase te llamo a la pensión.

- La impaciencia por conocer la respuesta, ya me está trastornando.

- Ahora vamos rápido a estudiar, no podemos perder más tiempo, corro el riesgo de pasar vergüenza por el defectuoso desempeño de mi alumno.

Con vehemencia expresó Juancito la misma idea, celebrar esa noche la buena nueva de la definitiva inserción de su amigo en Lyon.

- Después de cenar vamos juntos a tomar algo, las cosas se están dando.

- Depende.

- ¿De qué?

- De que alguien muy interesante acepte mi compañía y alegre la ocasión.

Con la voz apagada -Una mina macho, no me contaste nada- Exaltado- ¡Cómo te hacés el boludo! ¿Quién, cómo, dónde?

- Secreto, esas cosas no se andan bocinando. Se habla del pecado pero sin mencionar al pecador.

- Pensar que te tenía por tímido, corto. Mirá vos, resultaste un galgo silencioso.

- Si hoy se me dan bien las cosas, dejamos lo nuestro para mañana.

- De acuerdo, no me voy a enojar, no es mi intención escupirte el asado.

Cuando ya estaban por cenar y Alberto había comenzado a procesar la resignación que sustituía al entusiasmo que hasta el momento lo embargaba, la hija de la dueña golpeó la puerta del cuarto para anunciar que alguien lo esperaba en el teléfono. Acudió presuroso y regresó en pocos minutos sin poder disimular su euforia.

- Se te dio la cosa, un sí y no hizo falta más. Tu jeta me dice que te sacaste la lotería.

- Elemental Watson.

Por sugerencia de Claire que había hablado en voz baja y algo precipitada, se encontraron en el bar al que habían concurrido antes. Él llegó primero, luego apareció ella irradiando serenidad, era inocultable que estaba más arreglada que de costumbre. Alberto, que evitó mencionar cualquier tema o interrogante que pudiese acarrear el menor asomo conflictivo, se dejó llevar por el buen humor y ella pareció insertarse en ese clima con gusto.

- Estoy en tus manos ¿Dónde vamos?

- En *La Croix Rouge* hay un sitio pequeño atendido por una familia, vas a comenzar a apreciar la famosa cocina regional. No es caro.

- ¿Es mejor que la comida de la pensión?

- ¿Qué tienen en la Argentina para competir con lo nuestro?

- La mejor carne del mundo, el locro, los tamales, el dulce de leche, las empanadas.

- ¿Dulce de leche, locro, tamales, empanadas?

- Algún día los vas a probar.
- Ahora cerrá los ojos que te llevo.
- Prefiero tenerlos bien abiertos, esta noche estás más linda que nunca.

Alberto se sintió transportado a un sueño maravilloso, Claire lo guió hasta el antiguo barrio medieval, a orillas del Saona. El lugar que era silencioso, tibio y acogedor, exhibía mesitas cubiertas de manteles a cuadros. Se acomodaron en un rincón, tenían hambre. Ella, atenta y experta anfitriona pidió el primer plato y el vino. Comenzaron por engullir la *cervelle de canut* regada por un delicioso vino *beaujolais*, una introducción que facilitó la conversación, la cual, lentamente, fue cobrando animación. Discurrieron por muy personales recuerdos. Sin darse cuenta habían acabado con la botella, de cuyo fin el entusiasmo de Alberto era el principal responsable. Para el siguiente plato, la tradicional sopa de cebollas, pidieron sendos vasos de *syrah*.

- ¿No estamos gastando demasiado?
- ¡Qué importa, me siento feliz!
- Yo también.
- Quisiera ir a un lugar donde podamos estar solos.

Ella lo miró fijamente y quedó un rato observándolo sin responder, hasta que se decidió -Del otro lado del río hay un hotel medianamente decente.

Caminaron abrazados, un conserje somnoliento los recibió y Alberto sintió alivio porque el empleado, sólo con sus datos, se dio por satisfecho.

Apenas entraron a la habitación y luego de besarse con pasión ella quedó de pie, mirándolo, parecía confusa.

- ¿Es tu primera vez?
- No, pero me perturba.
- Olvidemos todo, hagamos de cuenta que nada más existe en el universo.
- No seas iluso.
- Permítame profesora.

Con extrema dulzura y delicadeza comenzó a quitarle la ropa hasta que la desnudó.

- Lo único que queda por sacar es el reloj en tu muñeca.
- No lo desprendas.
- ¿Por qué? -preguntó, mientras ella ponía el antebrazo lejos de su

alcance.

- Olvídate, no tiene importancia.

Jamás se despojaría del reloj, incluso en noches compartidas.

- Si en este momento entra alguien y me mata, muero feliz pero ridículo.

- ¿Por qué?

- Estoy totalmente vestido, tengo puesto hasta el sobretodo.

Se quitó la ropa sin dejar de mirarla fijamente mientras sonreía.

Se tumbaron con lentitud sin deshacer la cama. Ella se entregó deseosa y al parecer apurada pues en cuanto se sintió penetrada comenzó a murmurar su nombre primero y gritarlo luego. Emanando de su boca los sucesivos Albertos expresados con vehemencia, experimentó un intenso orgasmo. Sobrecogido aún por la inusitada velocidad de su goce, quiso él postergar un poco el suyo, prolongar ese memorable momento. Se acostó a su lado pero Claire no parecía dispuesta a darle sosiego. Todo indicaba que pretendía una penetración permanente para volver a excitarse. La miró incorporarse y gratamente sorprendido la observó arrobado, mientras con un gesto de decisión se colocaba a horcajadas sobre él para gozar otro vehemente éxtasis. Después de que ella culminara con éxito su cuarto intento, él cedió a su propio impulso, no pudo retener más su deseo y finalizó así, entre quejidos de satisfacción, la fragorosa fiesta. “Esta es la mina que soñé toda mi vida, no puedo creerlo, es absolutamente mía ¡Qué modo extraño de encontrar el premio que buscaba!”-pensaba él a continuación, deslumbrado, dormitando y sintiendo el tibio cuerpo a su lado, hasta que ella se movió y miró el bendito reloj.

- Se ha hecho muy tarde, tengo que volver.

- Si por mí fuera, no te dejo ir nunca más.

- Las cosas no son tan fáciles.

Se dio vuelta y la miró fijamente.

- No somos adolescentes, alguna experiencia tenemos, yo estoy pasando un exilio que ahora, vaya paradoja, agradezco, porque me permitió conocerte. No siempre la vida otorga este tipo de oportunidades.

- Serénate, seamos realistas, no es verdad que estamos solos en un desierto.

Se levantó y comenzó a vestirse. Él la imitó.

- ¿Vamos?

- Sí.

La acompañó hasta su casa, una fina llovizna comenzó a caer, las calles estaban desiertas.

- ¿Me das el número de tu teléfono?

- Para mi mamá sería un gran disgusto, no quiero que llames aquí, ¿Tenés un papel?

La placidez del rostro de ella mutó, se agrió. Él hurgó en sus bolsillos.

- Encontré algo.

- Tomá la lapicera, te dicto mis horarios en el instituto, me podés encontrar todos los días.

Mientras tomaba nota, Alberto seguía protestando, tratando de expresar su incomprensión.

- ¡Pórtese bien doctor, no me mortifique!

Le dio un beso y en unos segundos desapareció tras la puerta.

Intrigado, Juancito lo esperaba despierto.

- ¿La función fue completa, verdad macho?

- Gracias a Dios.

- Te veo muy entusiasmado, a las mujeres hay que tenerlas cortitas.

- Es un asunto de dos, corrección pibe, hay que respetarse.

- Y cuidarse. ¿La conoceré algún día, es foránea como nosotros o juega de local, de donde carajo la sacaste?

Pensando velozmente - Es más francesa que la baguette, la encaré caminando por ahí para preguntarle la dirección de un museo y me contestó, pero no se fue... seguimos charlando y le propuse cenar, entonces me llevó a un boliche típico de la zona.

- No lo puedo creer, si hablás francés como Tarzán; te felicito, me voy a dormir, ya es muy tarde, el maniático de Rouvière llega tempranísimo al hospital.

- No te quejés que te enseña todo lo que sabe, no es para nada mezquino.

- Esta vida me tiene bastante fastidiado, me está aburriendo.

- ¿No tenés con quien salir? Te dejó mal lo de Sabine.

- Para nada, si es para coger el hospital tiene un buen surtido.

- Como dice el tango, muchas minas pero ninguna mujer.

- Mirá, puede que sea mejor así, lo que necesito es acción.

- Tenías que haber seguido la carrera militar, ahora comprendo por

qué te metiste con los Montos, no naciste para atender enfermos.

- Pero soy médico, lo que me hace falta es encararlo de otro modo.

- Hasta mañana.

- Chau.

El siguiente lunes Alberto, guiado por su ansiedad, llegó antes de la hora convenida, deseoso por incorporarse al servicio de gastroenterología. El Dr. Guérin, un individuo de mediana edad, no muy alto pero fornido, era una persona afable y comunicativa que llegó poco después. Lo saludó en cuanto lo divisó esperando junto a la puerta de su despacho.

- ¿Alberto Liberman?

-Sí.

Siguió a Guerin que con un gesto lo invitó a pasar.

- Lo he visto las últimas semanas en alguna de las revistas de sala. Me ha dicho Brissard que usted había iniciado la formación en la especialidad ¿Durante cuánto tiempo?

- Un año y medio. Tenía tres camas a mi cargo y atendía el consultorio dos veces por semana -.....él titubeó al no saber la traducción con exactitud, pero el otro que comprendió su dificultad, lo ayudó.

- Consultorio externo.

Expresando complacencia - Sí, gracias.

- Para comenzar y conocernos mejor, le voy a encomendar leer tres historias de pacientes internados, hace usted un resumen de cada una y un breve comentario del caso, luego nos reunimos y las discutimos. De ese modo tendré una idea cabal de su nivel. Antes iremos a ver a la enfermera del piso y lo presentaré.

Mientras recorrían un largo pasillo, Alberto, emocionado, atinó a agradecer nuevamente.

- Muchas gracias.

- Está comenzando su período de prueba, si es usted competente aprovecharemos sus servicios. ¿Cómo se siente en nuestra ciudad, le costará habituarse?

- Ahora este es mi refugio, estoy bien aquí disfrutando de la libertad y de que nadie me persiga. Mientras, aprendo el idioma y las costumbres.

- ¿Por qué tuvo que escapar de su país?

- Formaba parte de la Tendencia Revolucionaria, una fracción juvenil de la izquierda del peronismo.

- ¡El peronismo! Jamás nadie me pudo dar una explicación comprensible de ese partido tan peculiar y único. ¿Había tomado usted las armas?

- No, era sólo un militante político.

- Por las noticias que se filtran, es evidente que la dictadura en el poder es sanguinaria, violenta y no tolera las disidencias.

- Sí, ha desaparecido mucha gente.

- ¿Desaparecido?

- Al que buscan lo secuestran en el lugar donde lo pueden ubicar, su casa, el trabajo, un sitio de reuniones, o la calle. Después nada se sabe.

- ¿Y la justicia?

- Forma parte del sistema, es raro, excepcional, el juez que responde a los pedidos de habeas corpus. Además han capturado jurisperitos que se atrevieron a presentar alguna demanda respecto al paradero de una persona, en muchos casos los detuvieron sacándolos en forma violenta de sus estudios y terminaron corriendo la misma suerte que sus defendidos.

- Es un salvajismo criminal, han convertido al ejército en una banda de gánsteres.

- Así es, hasta roban cuándo actúan en un domicilio particular.

- En Europa no deberíamos permanecer indiferentes. Aquí cierta prensa narra estas cosas con desdén, consideran inmadura a su sociedad. Olvidan o se hacen los distraídos, dado que hace sólo treinta años sufrimos una catástrofe mucho peor. Por no hablar de la guerra de Argelia. Cuente conmigo, entiendo su situación, pero le pido que trabaje duro.

Quedó encantado con el Dr. Guérin, parecía ser el arquetipo del maestro que hubiese elegido, profesionalmente capaz y al mismo tiempo sensible, comprensivo y con preocupaciones intelectuales diversas. Era evidente que se trataba de una persona liberal o de izquierda. Alentado por las circunstancias cumplió con creces el pedido de su supervisor.

Pronto quedaron claras las diferencias entre los dos argentinos del servicio. Alberto se interesaba por cada enfermo que debía asistir, en sus relatos clínicos era frecuente encontrar detalles relativos a la situación afectiva y económica de la persona a su cuidado. El Dr. Guérin fue depositando una confianza cada vez mayor en su nuevo asistente, el que demostraba a las claras un sincero entusiasmo por el estudio. Era frecuente verlo a toda hora en la biblioteca del hospital. En diciembre Alberto vio la nieve por primera vez en su vida, cuando se lo comentó a Juancito, este, exhibiendo

su natural envanecimiento, se burló arrogante de la alegría que el descubrimiento producía en su amigo.

- ¡Van a creer que somos unos indios que nunca vimos nada!

- En Buenos Aires no nieva, es la primera vez que me cae encima y la puedo tocar, sólo la conocía por las películas o en fotos.

- Es raro en la ciudad de Mendoza, pero viajando unos pocos kilómetros podés disfrutarla todos los años.

- ¿No tenés ganas de trabajar?

- ¿En qué? Ya bastante tengo con el pesado de Rouvière.

- Hay un enfermo con una patología rara, es alérgico, tuvo asma y ahora se internó por una hemorragia intestinal. Puede tener un extraño síndrome descrito por dos tipos del Mount Sinai Hospital de Nueva York en 1951. Hay pocos casos en la bibliografía que pude consultar, si le digo a Guérin creo que nos da permiso para hacer un trabajo.

- No sé, dame tiempo.

- Vamos, anímate, así salimos de la rutina y nos lucimos con nuestro primer artículo.

Por respuesta recibió, en primer lugar, un gesto indefinido de disgusto, pero cuando se vieron unas horas después, Juancito pareció cobrar aliento y terminó aceptando involucrarse. Estaba claro que el mayor gasto de energías y dedicación quedaba a cargo de Alberto.

Juan y Magdalena llegarían a fin de mes pues habían decidido pasar las fiestas con su hijo, motivo por el que este se ausentaría del hospital por dos semanas.

- Cuídame el bulín. Si te manejas con prudencia, podés traer a tu amiguita aquí.

- Tendría que pensarlo, estoy gastando mucho en hotel y la plata no me sobra.

- Después de las diez esto es un páramo.

- A esa hora ella ya tiene que volver a su casa.

- ¿Es una carmelita descalza o te estás cogiendo a una menor?

- No precisamente.

A medida que pasaba el tiempo, Alberto, que se iba entregando cada vez más a su relación con Claire, no podía concebir proyecto alguno que no la incluyera.

- Siento como si siempre te hubiera conocido.

- Estás un poco trastornado.
- No sé qué haría si lo nuestro no siguiera.
- Yo también estoy muy contenta, te quiero mucho.
- Juancito viaja a París a recibir a sus padres, podríamos usar la habitación alguna noche, sería mucho mejor que el hotel.
- No puedo quedarme toda la noche.
- Le avisás a tu madre...

Repentinamente sería -No puedo, se va a disgustar y después la que carga las consecuencias soy yo.

- Pero ya estás crecidita como para decidir por tu cuenta -respondió Alberto con inocultable ironía.

- No insistas.
- Entonces no nos quedamos toda la noche pero si un rato.
- El resultado puede ser el mismo, vuelvo a mi casa ¿Me acompañás?
- Siempre lo hago, ¿A qué viene tanto apuro?
- Creo que lo mejor es que regrese, fue la resuelta respuesta no desprovista de aspereza.

En el trayecto, las interminables confidencias habían sido reemplazadas por el silencio de dos personas contrariadas que caminaban absortas, cada una encerrada en sus pensamientos. Casi todos los argumentos posibles habían sido reiteradamente usados por Alberto, el que si bien tomaba conciencia del muro contra el que se estrellaban y del daño que a la larga esta situación podía producirle, percibía claramente que sus sentimientos no le permitirían alejarse de Claire. Con mucha angustia y cierta confusión, lentamente, había ido asumiendo que ella formaba parte de un ridículo o quizás perverso fortín infranqueable. La despedida se tiñó del aroma neutro del protocolo formal.

- Nos vemos -dijo Alberto.
- Que duermas bien, fue la respuesta.

El dejarla fue para él sumirse en tal grado de desazón que, durante el trayecto hasta la pensión, sintió que sus pensamientos habían sido sustituidos por un extraño, confuso vacío.

Al Dr. Guérin le pareció excelente la idea de su flamante asistente, no sólo lo animó a buscar minuciosamente toda la bibliografía existente sobre el tema, también consiguió personalmente el visto bueno de su colega Rouvière, el que consintió que Juancito destinara parte de su tiempo al

plan. Expondrían los resultados en un futuro ateneo. Tenían tiempo, se aproximaba el fin de año y la reunión se haría en la segunda quincena de febrero.

Pronto quedaron claras las diferencias, Alberto juntó en pocos días todos los datos disponibles para comenzar a configurar los pasos a seguir, ambicionaba preparar con esmero la presentación del caso, resaltando en un primer resumen los detalles conocidos de la extraña dolencia. Cuando regresara Juancito, lo comisionaría para confeccionar sinopsis de lo que él había hallado en diversas fuentes; libros y revistas de la especialidad. Apuró al laboratorio para conocer lo antes posible los resultados de los análisis y pasó horas mirando con el patólogo los preparados en el microscopio.

Las clases de francés continuaban y muy naturalmente acompañaba a Claire a su casa, habían recobrado el diálogo vivaz. En una ocasión posterior la invitó a tomar un café, ella aceptó gustosa y la conversación se prolongó como en los primeros tiempos que ahora parecían lejanos. La semana siguiente, mientras caminaban, ella le preguntó de improviso con quién pasaría las fiestas.

- No tengo ningún plan, Juancito regresa el dos de enero. Los que tienen familia en el país se están yendo, pocos vamos a quedar en la pensión.

- Me da mucha tristeza tu soledad en esos días... seguramente te llamarán tus padres.

- Lo veo difícil, los teléfonos en la Argentina tienen problemas que empeoran en esas semanas, creo que no va a ser posible que se puedan comunicar.

- ¿Y vos?

- Estaré con mi madre y mi abuela.

- ¿Nadie más, ningún otro familiar?

- Viven lejos y las relaciones nunca fueron demasiado cordiales -quedó pensativa por un instante -prepará una botella de champán, te visitaré en tu habitación el jueves, si estás de acuerdo podremos hacer una celebración íntima y anticipada.

- ¡Qué sorpresa! ¿A qué se debe un cambio tan repentino e inesperado?

No obtuvo respuesta. Quedaron mudos por un rato, luego se animaron retomando las palabras que inagotables brotaban en sus encuentros.

Regresando, Alberto sintió que la vida había recuperado un ingrediente imprescindible y ella percibía, un poco confusamente y a regañadientes, el retorno de su lucha con una ilusión. En realidad Claire no sabía qué hacer con esa pequeña luz que emergía de la relación y de un modo tenue la iluminaba. El jueves, una hora después de que los escasos huéspedes terminaran su cena, Claire, convenientemente asesorada sobre los pasos a seguir encontró sin dificultades la habitación. Parecía inquieta, quiso brindar y así lo hicieron, sentados a la mesa levantaron sus copas.

- Porque nos encuentren siempre juntos los años por venir -dijo él, aludiendo a un futuro que vehementemente ansiaba.

- Porque tengas muchas felicidades, te lo merecés -fue la elusiva respuesta.

Alberto se puso de pie, se acercó y suavemente la levantó para comenzar a desabrochar los botones de su blusa mientras le besaba el cuello. Ella lo imitó, ayudándolo a desprender su camisa. Ya en la cama, Alberto, aguardando la entusiasta seguidilla de orgasmos, el goce explosivo e incontenible, no comprendía su imprevista rigidez.

- ¿Qué te pasa?

- No puedo, hacé lo tuyo.

Contrariado se apartó de aquel magnífico cuerpo, se sentó y la contempló. Vio otra vez la aspereza en el conocido rostro, la expresión inflexible de una mirada que escrutaba el techo.

- Estás intranquila.

- No estoy haciendo lo correcto.

- ¿Gozar es incorrecto?

- Engañar, mentir.

- Cuando uno se complace sin hacer mal a nadie, cuando se siente la diversión, la satisfacción, no hay perjudicados, sólo beneficiados.

- No es el caso, no podemos crear una burbuja.

- ¡Esto es la vida no una pompa de jabón! No entiendo el sitio donde te criaste. ¿Un espacio cerrado de donde han sido extirpadas las buenas experiencias?

Mientras escuchaba sus palabras se sentó en la cama, aparentemente desolada en su desnudez, tomándose a continuación las rodillas con las manos y ocultando el rostro. Pero no lloraba.

- Mi abuela ha sido inflexible con mi madre que volvió loco a mi papá

con sus berrinches.

- ¿Era un sometido?

- No, se trezaban como fieras. Él, mientras pudo, siempre tuvo amantes.

- ¿Difícil tener sexo con ella?

- Vivir con mamá siempre fue complicado pero él no nos abandonó. Su existencia ya cerca del final fue penosa... nunca dejé de pensar que fue por mí que permaneció en casa.

- Y quedaste enjaulada en la prisión. Es posible que él, en su momento, perdió la oportunidad de darte un soberano ejemplo, por más doloroso que pudiese haber sido para vos en una etapa temprana de tu vida. Me parece que, como cualquiera que no haya conocido otra cosa, te negás a abandonar la cárcel, temés a lo que se oculta más allá de sus paredes. A pesar de las rejas, allí disponés de tu cama, la mesa con la comida, el abrigo... y el sometimiento.

- Él tampoco era fácil, pero... me quiso mucho y me llenó de cariño.

- Mi querida Claire, tenés que hacer tu propia Revolución Francesa, ir a un país lejano, la Argentina por ejemplo... quizás encontrar al hombre de tu vida. Eso, simplemente vivir y liberarte.

No respondió ni esgrimió argumento alguno, sus labios dibujaron una tenue, enigmática sonrisa. Quedaron un buen rato en silencio, luego se vistieron para caminar por las desiertas y nevadas calles.

La llegada de Juancito con sus padres alteró la rutina. Durante su prevista estadía de tres días se hospedaron en un lujoso hotel céntrico donde también reservaron una habitación para su hijo. La primera visita fue al hospital donde fueron recibidos por el Profesor Brissard, al que no terminaban de agradecer todo lo que había hecho por Juancito. Como presente le obsequiaron una caja de un excelente vino mendocino y una fina lapicera adquirida en una joyería de París. Superados los protocolos, Juancito tomó la función de cicerone conduciéndolos por las distintas dependencias del servicio, cuando encontraron a Alberto, se los presentó.

- Él es el amigo con el que convivo en la pensión.

- La cercanía de un compatriota estando tan lejos es una bendición, Juancito nos contó que vos también tuviste que escapar.

- Sí, somos tantos que en París hay una sociedad de exiliados argentinos que tratan de luchar contra la dictadura, que se conozca la tragedia.

- No hay que exagerar.

- ¿Exagerar señora? Han matado a miles, su hijo y yo escapamos por milagro.

- Pero ahora vivimos tranquilos.

Conteniendo su indignación -Amordazados querrá decir.

Juancito se vio obligado a terciar -Mamá, las cosas pueden verse de otra manera desde aquí.

- Porque no hay censura -añadió Alberto.

- Magdalena, alguna razón tienen los chicos, mejor dejemos la política. Él está trabajando, Juancito nos guiará por la ciudad, sólo tenemos dos días y medio. Alberto, lo invitamos a cenar, lo esperaremos en el hotel, a menos que esté de guardia.

- Esta noche no tengo obligaciones, muchas gracias. Paso por el hotel a las 8.30.

- Encantados, nos vemos luego.

Favorecidos por el cambio de las monedas a Juan y Magdalena todo les parecía barato en Europa, podían gastar sin hacerse demasiados problemas. La dictadura que conducía la economía hacia un abismo, permitía así que ciertas franjas de la población gozaran como nunca de sus viajes al exterior, mientras el país se empobrecía.

- ¿Cómo se llama tu amigo?

- Alberto.

- El apellido.

- Liberman.

- Debe ser judío.

- Sí, lo es.

- Esos siempre fueron medio comunistas, no dejes que te llene la cabeza-le aconsejó Magdalena a su hijo.

- Se la llenó solito, Magdalena, no necesitó ayuda ¿O te olvidás porqué está aquí?

- Para que no le pase otra vez.

- Creo que me curé mamá.

Con la tranquilidad de haber visto a su hijo, compartido con él un estupendo paseo por París, comprobadas las condiciones en que vivía y desarrollaba su formación en Lyon; los Correa Laguzzi, prosiguiendo su viaje de placer, partieron en tren a Marsella y la Costa Azul. Seguirían

luego a Italia y España.

Juancito volvió a la pensión.

- ¿Aprovechaste la habitación para disfrutar con tu amiga de alguna fiestita sin tener que pagar el hotel?

- Sí, sobre todo porque esto estaba casi vacío.

-¡Ahorraste rusito! ¿Me la vas a presentar?

- Más adelante.

- ¿Cómo se llama?

- Marie.

- No jodas.

- No me apures. Tenés que ponerte las pilas, encontré trabajos sobre el Síndrome de Churg-Strauss, como el tema es un poco confuso hay que hacer resúmenes claros, después entre los dos trataremos de redactar un texto propio.

- Sos una fiera, te conozco, me vas a perseguir, estoy entre la espada y la pared -decidido- ¡Vamos a humillar a estos franchutes!

- Mejor dormí, así mañana arrancás con todo, no es fácil volver después de tanta joda.

- Antes tomemos unos mates, mis viejos me dejaron varios kilos de yerba, voy a la cocina y traigo la pava.

El ritual de la infusión compartida los sumió en una melancolía que casi prescindió de las palabras.

La prolija y completa presentación de esta casi desconocida enfermedad, seguida por la detallada descripción del caso que debían resolver en el servicio, motivó un extenso e interesante debate, al que asistieron casi todos los que se desempeñaban en el sector clínico del hospital. Al finalizar la reunión, el Profesor Brissard felicitó públicamente a los dos jóvenes argentinos por su trabajo, reservando los más cálidos elogios para Alberto.

La compleja relación con Claire era su otro polo de preocupaciones, intuía vagamente que jamás lograría separarla del siniestro ambiente de su familia, donde él no tenía cabida, pero, al mismo tiempo, se reconocía incapaz de imaginar un porvenir del que ella no formara parte. Estos problemas no parecían ser obstáculo para que, limitada al encapsulado ámbito de sus renovados encuentros, la apasionada relación que los unía no fuese afianzando unos cimientos de incierta consistencia.

Una fría noche, caminando apretujados sobre la escarcha que crujía

bajo sus pies en una calle desierta, se toparon con un solitario viandante. Debido a la oscuridad y los abrigos que lo envolvían, sólo lo reconocieron cuando estaban a punto de cruzarse con él, era Juancito. Forzado fue el saludo:

- Hola.

- ¿Van tan juntitos para mantenerse calentitos?

- ¿Qué hacés por aquí a esta hora? -le preguntó Alberto, no repuesto de la sorpresa.

- Rouvière no tuvo mejor idea que llevarme a su casa para entregarme un trabajo que debo leer. Hay un café que cierra más tarde, los invito a tomar algo.

- Gracias, estamos yendo a mi casa -se apresuró a responder Claire, sin poder ocultar su turbación.

- Espero haya otra ocasión, nos vemos.

- *Au revoir.*

La ceñida pareja y el caminante, retomaron el rumbo que los conducía a sus opuestos destinos.

- Algún día tenía que suceder.

- Qué distintos que son.

- Sin embargo nos llevamos bien, ¿Los franceses son todos iguales?

- Somos la mejor comunidad...

- En materia de quesos querrás decir.

- ¿Sólo en eso?

- Vos para mí no sos francesa, no tenés nacionalidad, sos Claire y te amo.

Ella aumentó la presión de su mano sobre el brazo de él.

Como era de prever, Juancito lo esperó tratando de disimular, a duras penas, las emociones que el casual encuentro le habían despertado: una mezcla de indignación, furia, celos y sobre todo, envidia.

- ¡Hijo de mil putas, por eso la tenías escondida!

- No la escondí, no tengo porqué hacerlo. Después de todo sólo es nuestra profesora de francés.

- ¿Entonces?

- Es un asunto mío y de ella, que es muy reservada en sus cosas.

- ¿Qué problema había en blanquear la situación, somos amigos, era natural que yo me entere, ella no te presentó a nadie?

- No.

- ¿Tiene familia aquí?

- Sí.

- ¿Nunca entraste en la casa?

- No.

- Siempre me olió a bicho raro, extraño.

- No sigas, salgo con ella y la quiero. No necesito escuchar más comentarios.

- Yo no te oculto las cosas, sabés con que enfermeras me encamé. Te conté lo de Sophie la instrumentista de ortopedia.

- Esos eran solo filos.

- ¿Serías capaz de casarte?

- Nunca quise más a una mina.

Pocas semanas después, cediendo a la insistencia de Juancito, su padre le giró el dinero suficiente para cambiar de auto.

- ¿Me acompañás a elegir? En el centro hay varias agencias que venden usados.

- Hoy no puedo, me encuentro con Claire, mañana puede ser.

Al día siguiente recorrieron comercios.

- La guita me alcanza, me gustaría un Renault 12 azul con uno o dos años de uso.

- De ese color no había. ¿Por qué no le preguntás a la gente del servicio? Te pueden orientar.

- Tenés razón, aquí somos medio pajueranos, no se pierde nada averiguando.

Un compañero del servicio le ofreció su propio Renault 12 rojo, al que pensaba cambiar por un modelo nuevo y Juancito lo compró.

- Parece que estoy condenado a no cambiar el color del auto.

- No te quejés, es casi nuevo, después de todo te movés en vehículos que están de acuerdo con tu ideología.

- Hubiera preferido uno azul.

Los días eran ya más largos, el clima se templaba. Juancito estrenó su nuevo juguete invitando a Claire y Alberto a pasear por las inmediaciones de la ciudad el sábado por la mañana. Lo intrigaba Claire que tan esquiva se había mostrado ante sus antiguos avances, deseaba palpar de cerca el tipo de relación que se había establecido entre ella y su compatriota. Era

un hermoso día soleado, iniciaron un recorrido por los barrios periféricos primero, y por los hermosos pueblitos suburbanos luego. Claire oficiaba de guía y les hacía notar los detalles interesantes del paisaje. Al mediodía llegaron al *Lac d'Annecy* y ella propuso almorzar en una pintoresca aldea cercana. Juancito, al observar la conducta formal de la pareja en el primer tramo del paseo, encontró motivos para envanecerse respecto a la infalibilidad de sus vaticinios. Él pensaba con íntima satisfacción: “Como supuse, esta perra sólo muestra buena educación y el boludo se la banca”. Sin embargo, el viaje de regreso le deparó presenciar francas demostraciones de pasión que le provocaron malestar, las sufrió como una afrenta. Dado que la melancolía era un sentimiento desconocido para él, su mente herida trabajó febrilmente, imaginando un plan que le permitiera evitar en el futuro ser el tercero, ese que a lo sumo oficiaba de chofer.

Retornados a Lyon tomaron juntos un café antes de despedirse. Muy a su pesar Juancito regresó a la pensión y la pareja caminó un rato por la ciudad, para dirigirse luego al hotel.

- No me equivoqué, es un poco rústico tu amigo.
- Tiene sus cosas...
- No me agrada.

Alberto llegó después de la cena. Consiguió algo de comida en la cocina, donde el personal estaba terminando de ordenar los enseres antes de retirarse.

Juancito lo recibió con un sarcasmo cuando lo vio entrar al cuarto portando un plato -Te tiraron un mendrugo.

- Casi no tengo hambre quedé satisfecho con el almuerzo.
- El postre que morfaste a la hora de la merienda te dejó llenito.
- No sigas.
- Mañana no tengo un carajo que hacer ¿Damos otra vuelta?
- Me voy a quedar a leer y a escribir una carta a los viejos.
- ¿Les contaste que tenés novia?
- Sinceramente no, la situación es muy rara. Creo que para Claire soy una anomalía, algo fuera de programa, como si tuviera dos vidas difíciles de juntar.
- ¿Crees que es incapaz de decidirse?
- Sí.
- Sin embargo tiene su carácter.

- Pero no se anima a enfrentar a la madre. Está tratando constantemente de apaciguar a una vieja implacable.

- Mirá, si no lo hace es porque ella forma parte de ese puto sistema.

- Desde que te conozco es la primera vez que decís algo razonable.

- Miralo al porteño canchero, piola. Vas a sufrir.

- Ya me está pasando.

- Abrite hermano.

- La quiero de verdad.

- Yo no me dejo manejar por las mujeres.

- ¿Nunca estuviste enamorado, no tenías una novia en Mendoza?

- Sí, pero sin dejarme enganchar como para perder la cabeza que es lo que te pasa a vos. Fue una buena relación, se bancó mi militancia y algunas cositas más. Funcionábamos en la cama. Cuándo me tuve que ir di el asunto por terminado.

- ¿No la extrañás?

- A veces pienso en ella pero tranquilo, no me desespero. La oferta femenina es infinita. Decime, ¿Sabés manejar?

- Sí, aprendí con mi viejo.

- ¿Tenés aquí el registro?

- El argentino.

- Sirve. Avisame si querés usar el Renault para una escapada con la flaca.

- Primero salimos a practicar, quisiera tomarle un poco la mano.

- Ningún problema.

Los días fueron acarreado aires tibios del sur. Las últimas nieves abandonaron el paisaje.

La fama de Don Juan algo grosero y veleidoso, al parecer influía en los vanos intentos de Juancito por lograr una relación medianamente estable. Fue durante una visita a la sala de pediatría cuando conoció a Justine que, o ignoraba los poco favorables antecedentes del buen mozo latinoamericano que comenzó a cortejarla, o no los tuvo en cuenta. Ella, contando con la beca que había ganado en un concurso y la suma que sus padres le giraban mensualmente, alquilaba un pequeño departamento en las inmediaciones del hospital. Sumamente hacendosa y prolija, tenía modesta, pero prolijamente arreglado su diminuto universo.

Si vamos al caso, podemos decir que el cuyano, cansado de las putas

y las conquistas fáciles, repitió una maniobra que, como sabemos, venía perfeccionando con esmero y éxito creciente. Cuidando hasta el detalle su táctica que le demandaba no poca energía, ocultó prolijamente todo gesto que pudiera no agradar a su presa. De este modo, Justine creyó haber encontrado una buena compañía, y él un destino temporario para sus horas solitarias. A fines de abril la primavera había terminado de transformar el paisaje.

Desde que Juancito había comenzado a alternar el departamento de Justine con la habitación de la pensión, Alberto y Claire, instalados allí a sus anchas, vivieron los mejores momentos de su precaria intimidad. Ella parecía complacida con la novedad de su imagen junto a la cama del amado con el que se había habituado a gozar, cuando sus circunstancias se lo permitían, esas pocas y furtivas horas. Dada la coyuntura, trataban de estar solos el tiempo disponible, incluso en breves viajes a pequeñas poblaciones de las inmediaciones, generalmente los sábados. Aclarando previamente que preferían el aislamiento, en ciertas oportunidades utilizaban el auto que Juancito le cedía a su amigo. En la primera ocasión en que contaron con el vehículo, ella se presentó portando una escoba, una palita, un balde en cuyo interior se encontraba un trapo de limpieza y un ramo de flores.

- ¿Qué traés, disfrutaré de la compañía de una bruja?

- Guárdate los chistes para otro momento, si no te molesta quiero pasar por el cementerio donde está la tumba de mi padre.

Sorprendido -Perdóname, ni por asomo se me podía ocurrir.

Secamente -Te indico el camino.

A partir de esa oportunidad, varias de las excursiones sabatinas a la campiña y lugares de las inmediaciones, comenzaron con la visita al camposanto. Claire barría meticulosamente las inmediaciones del sepulcro, limpiaba prolijamente la lápida y dejaba un ramo en el florero. La primera vez la escena le pareció tierna, reflejo del amor y la tristeza por la pérdida del ser querido, incluso trató de ayudarla en la tarea. La reiteración del suceso y la actitud de ella, mezcla de fervor y desconsuelo, lo llevaron a pensar que estaba presenciando una nueva manifestación de un extraño vínculo familiar. Comprendía su congoja, el dolor que debe causar la ausencia del padre, mas no podía dejar de relacionar la intensidad y la reiteración con que exteriorizaba el duelo, con su incapacidad para

tomar distancia de su malvada madre. ¿Qué culpas, seguramente fantasiosas, posiblemente inoculadas durante la infancia, le impedían apartarse del espíritu de esa casa contaminada con tan infaustos y crueles aires?

Volviendo hacia el automóvil -¿Siempre venís a atender la tumba de tu papá?

- Cuando puedo.

- Mis padres suelen ir, muy de vez en cuando, a visitar las de mis abuelos. Alguna vez los acompañé, pero cuando me encuentro allí no le veo sentido. Me siento incómodo y termino preguntándome: ¿Qué vine a hacer aquí?

- Visitar a tus abuelos

- Lo que queda de ellos. Llegado el momento, voy a pedir que cremen mi cadáver y esparzan las cenizas, con suerte sólo dejamos recuerdos.

Después de una de esas escapadas, Alberto se extrañó por la carencia de noticias, ella no lo llamó el domingo a la pensión como habían convenido. La falta de novedades se extendió al lunes por lo que muy preocupado, pidió permiso al Dr. Guérin y a media mañana se dirigió al instituto. La secretaria le indicó el aula donde Claire daba clases a un grupo de alumnos de secundaria. Al llegar golpeó la puerta y esperó, mas como nadie acudía la abrió apenas lo suficiente como para observar el interior. En cuanto lo vio, ella salió al pasillo y volvió a cerrar, un moretón mal disimulado con maquillaje se distinguía claramente en su ojo izquierdo, cubierto a medias por un párpado hinchado, además usaba un pañuelo en el cuello.

- ¿Qué te pasó?

- No me gusta interrumpir y dejar a los niños solos.

- Vine porque no me llamaste como habíamos quedado.

- Tuve un inconveniente inesperado.

- No entiendo.

- Mi mamá te vio el sábado cuando te ibas, no debe haber sido la primera vez. En esta oportunidad se puso furiosa.

- ¿Te pegó?

- Lo estás viendo -dijo mirando el piso.

- Es una locura, es perverso.

- Terminó a las tres, ahora no puedo seguir hablando.

- A esa hora te paso a buscar.

Volvió al hospital preso de una congoja inhabitual en él, producto de

una indignación que rebasaba su natural cordura. Si inusitado había sido el pedido de permiso para ausentarse durante una mañana saturada de trabajo, mucho más extraño podía ser verlo irse a media tarde, cuando lo aguardaban tareas pendientes. El supervisor, habiéndose percatado de que algo fuera de lo común le sucedía a Alberto, no objetó en modo alguno la excepcional dispensa que su pupilo solicitaba. Prudente, no buscó precisiones, se limitó a tranquilizarlo con un ademán cómplice. Y pocas palabras -No se preocupe, nos haremos cargo de sus pacientes.

- Gracias, mañana le explico.

- Lo escucharé si usted lo cree conveniente, percibo que algo inusual lo desvela.

- Así es, gracias nuevamente.

- Que tenga suerte.

Fueron al bar de siempre. Pidieron el habitual café y quedaron mirándose en silencio.

- Se pone así cada vez que cree que salgo con una persona, esta vez tuvo la prueba fehaciente.

- ¿Te das cuenta de lo anormal de la situación? No puedo entender cómo alguien tan energético, inteligente y sensato en otros aspectos, se deja acorralar de esta manera. Pensándolo bien podrías ir a la policía y hacer una denuncia.

- ¿Cómo se te ocurre?

- Porque tengo miedo de que pasen cosas peores.

Con cuidado él descubrió su cuello y pudo observar una mancha rosada y alguna escoriación.

- Me arreglo para manejarla.

- ¿No te das cuenta que no tiene sentido?

- ¿Qué?

- Que te sometas a un maltrato constante que llega a la agresión física. Que sigas viviendo con ellas, aceptando condiciones que te privan de perspectivas, de ilusiones, de soñar un futuro. Que trates de ocultar las huellas del ultraje.

- Nunca me perdonaría causarle un daño, un disgusto. Sé cómo conducir las situaciones cuando mi madre se desata.

- ¡No tenés un ojo medio cerrado, estás totalmente ciega... cautiva!

Él la miraba fijamente. Claire al principio sostuvo el desafío pero

terminó bajando la vista, observando el vacío pocillo de café. Era la primera vez que Alberto percibía en ella un indicio de vacilación, de miedo, de turbación. Era evidente que titubeaba respecto a este vital asunto.

Callaron. Ahora él, que sentía compasión, pidió la cuenta y salieron. Necesitaban aspirar el aire renovado y tibio del exterior. La tomó del hombro y caminaron en silencio, ninguna palabra tenía ya cabida.

La natural timidez de Justine encontraba refugio en el carácter campechano de Juancito. Lejos de amedrentarla, la atraía la desfachatez que él exhibía en la intimidad, se dejaba transportar por la arrolladora embestida de sus apremiantes propuestas, sin prestar atención al hecho evidente de que sólo contemplaban sus propias necesidades. Siendo una muchacha culta, amante de la lectura y una médica responsable en formación, de hecho no exigía tales cualidades a su pareja. Sin cuestionarse la situación, pasaba sola las horas que dedicaba a leer en la biblioteca. Cuando lo hacía en su departamento y Juancito la acompañaba, él se entretenía escuchando música, leyendo historietas, o mirando cómodos e intrascendentes pasatiempos en el televisor que los padres de ella le habían obsequiado. Justine no dejaba pasar los noticieros vespertinos y algunos programas políticos a los que él, si estaba presente, prestaba mínima atención, la necesaria por obligación y cortesía. Habiéndose familiarizado con el ambiente y haciendo gala del diestro manejo de sus semejantes que constantemente perfeccionaba, paulatinamente consiguió Juancito ubicarse en una posición que le demandaba el menor esfuerzo posible en su trabajo. Lo logró sin menoscabar demasiado su lugar en el servicio. Contaba para ello con la relación entre su padre y el Profesor Brissard, además de los conocimientos, la voluntad y la buena disposición de Alberto, el que llegado el caso siempre estaba listo para darle una mano.

Las malas noticias llegaban cada vez con mayor frecuencia de la Argentina.

- ¡¿Van a participar del mundial de fútbol los mejores equipos, como si fuera lo más natural?! No sé porqué me extraño, en una ocasión fueron a las olimpiadas en la Alemania de Hitler, y también en aquellos tiempos, a otra copa en la Italia fascista en 1934.

- Hay jugadores holandeses que amenazan con no participar.

- ¿Dónde lo leíste?

- En *L'Équipe*.

- Claro, lo único que lees son historietas y deportes.
- La política me tiene podrido.
- Querés vivir en una nube.
- Te juego lo que quieras a que terminan yendo como si tal cosa y, llegado el caso, hasta le dan la mano a Videla ¿Quién está más desorientado?

- Puede llegar a ocurrir pero hay que molestarlos, que no se la lleven de arriba. El lunes próximo viene gente de París que lucha contra la dictadura, quieren difundir lo que están haciendo los milicos. Los argentinos que vivimos aquí nos juntaremos con ellos en el aula tres de la universidad. ¿Cuento con vos?

- No es muy divertido pero voy a ir.
- Exactamente no sé a quién esperamos, me han dicho que en el grupo hay escritores conocidos.

- ¿No habrán infiltrado a algún soplón?

- ¿Tenés miedo de que te fichen?

- Deben saber de memoria quién es cada uno de nosotros. Por lo que dicen los diarios, la radio y a veces la televisión, parece que conseguimos joder bastante, aquí por lo menos. Antes que me llames la atención, te aclaro que tengo bien presente que lo importante es lo que pasa allá. Ahora me interesan otras cosas, el día que podamos volver, ni mamado me enredo otra vez en estas peleas, ya tuve mi cuota.

- ¿Querés hacerte el boludo, olvidarte de lo que está pasando, de la gente que mataron?

Apaciguándolo -Ya te dije que voy a acompañarte.

- A vos que te gusta figurar, tráela a Justine.

- ¿Claire, la complicada, vendrá?

- Creo que sí.

Alrededor de cien personas se dieron cita en el anfiteatro un anochecer de fines de primavera. Los visitantes, dos jóvenes y una persona de mediana edad, ocuparon el estrado. Explicaron que su misión era pedir a los asistentes la difusión de la situación Argentina en la prensa y los radios locales. Para ello traían informes redactados por conocidos escritores y carteles para pegar en las calles céntricas. Como había franceses solidarios, estos pidieron a los argentinos presentes que se identifiquen y cuenten brevemente su historia. A medida que se sucedían los relatos, bastan-

te formales al principio, el ambiente se cargó de tensión. Afloraron las emociones, alguien nombró en voz alta a compañeros caídos, otro recordó a su familia, una mujer salvada de milagro a su esposo asesinado delante de sus hijos. Era una exaltada y penosa catarsis, muchas lágrimas brotaron de ojos enrojecidos, alguna declaración se quebró. Casi al final Juancito habló para mencionar con firmeza marcial: el padre Carlos, Marta Castelucci, Jorge Salvatierra, Matilde y Pedro. Luego de un breve silencio alguien comenzó a aplaudir, los demás lo imitaron con entusiasmo contenido al principio y muy exaltado después. Se escuchó vivir a la patria. Espontáneamente comenzaron a susurrar el himno que terminó coreado en voz alta por todos los argentinos.

Claire insistió en volver sola pero Juancito la acercó hasta la esquina de su casa, allí se despidieron y él regresó. A la mayoría le costaba separarse, por lo que decidieron comer algo juntos en una fonda cercana a la estación del ferrocarril. Los de París regresaban esa misma noche. Muchos franceses, la mayoría estudiantes universitarios, los acompañaron. Se contaron anécdotas. Incentivado por el vino, uno de los participantes intentó entonar una canción folclórica. A la hora de la partida, intercambiaron direcciones y teléfonos.

- Me pongo en el lugar de ustedes, el exilio es muy duro -dijo Justine.

- Muchos de nuestros padres o abuelos inmigraron a la Argentina porque los corrió la pobreza sin esperanzas aquí, en Europa. Algunos, tiempo después volvieron, pero la mayoría se arraigó en el país que los había recibido -respondió Alberto.

- Los que regresaron se encontraron, apenas transcurridas algunas décadas, envueltos en la vorágine de una nueva y espantosa guerra, son las locuras del hombre -agregó Justine.

- Vaya a saber por cuánto tiempo nos va a ser imposible pisar el suelo de nuestro país, cuan larga será la temporada que nos espera lejos de nuestros afectos, de la ciudad de cada uno, de la familia, de los amigos -reflexionó Alberto.

- Tomemos algo en mi casa, sería muy triste que se vayan así -ofreció Justine.

- Por más que mañana tengamos que levantarnos temprano, acepto mi amor -asintió Juancito.

- Sí, es lo mejor -agradeció Alberto.

Alicaídos, los argentinos se acomodaron en el pequeño living, mientras Justine se dirigía prestamente a la cocina de la que regresó trayendo grandes vasos de aperitivo.

- ¿Les gusta el *Dubonnet*? -preguntó, al tiempo que sacaba de un armario la botella con su rojo contenido.

- No lo conozco -dijo Alberto- pero tiene linda pinta.

- Probalo que es muy bueno, nos viene de perillas para entonarnos.

Ella sirvió los tragos y levantó su vaso.

- Brindemos para que la libertad vuelva a la Argentina.

- Gracias -respondieron casi al unísono los sudamericanos.

- ¡¡Es riquísimo!! -añadió Alberto.

Viéndolos algo reconfortados, Justine derivó con habilidad la conversación hacia temas banales, peripecias intrascendentes referidas a la vida cotidiana en el hospital. Luego emprendieron el regreso a la pensión.

- Cuídala, es una buena compañera.

- Sí, estoy bien con ella -fue la escueta respuesta de Juancito.

- Pero no te veo muy entusiasmado. Nunca me hablás de las minas que tuviste, sólo mencionaste a tu novia ¿No te dejaron nada? -dijo Alberto en tono de reproche.

- ¡Otra vez con la misma cantinela romántica! Parece que no querés entender, mientras la cosa funciona todo está bien, si aparecen problemas mejor dar vuelta la hoja. Desde afuera, lo tuyo con Claire sí que se ve peliagudo, sinceramente, creo que te buscaste algo demasiado complicado. Me pongo en tu lugar, es una belleza y tiene un lomo espectacular, no es fácil dejar algo así.

- ¡Es una persona! ¿Seguís sin comprender que la quiero? Cuando estamos solos nos llevamos muy bien. Nunca tuve mejor compañía, es como si siempre hubiera formado parte de mi vida, como si fuera de mi familia.

- ¿Por puta casualidad, sos capaz de imaginar que alguna vez se va a alejar de esas viejas?

- Difícil.

- Entonces estás jodido hermano.

A pesar de lo avanzado de la hora, tanto se angustió Alberto luego de esta conversación que no lograba dormir. Pasó un largo rato mirando el techo, iluminado por una tenue luz que penetraba por la ventana. Vueltas y más vueltas le daba al asunto, al que no podía encontrarle una salida

razonable. El sueño llegó una vez que se tranquilizó gracias a que, impulsado por sus sentimientos, resolvió hacerle un obsequio a Claire.

Como de costumbre llegó temprano al hospital, el Dr. Guérin lo estaba esperando.

- Buen día Alberto.

- Buen día, es una mañana maravillosa.

- Lástima que nos esperan largas horas de trabajo.

- No voy a almorzar en el hospital y puede ser que me demore un poco más de lo habitual. Tengo que comprar algo en el centro, si voy cuando salimos muchos negocios ya han cerrado.

- ¿Mejoraron las cosas? El otro día se lo veía bastante alterado.

- Sí.

- Me alegro. Perdone el atrevimiento, ¿es un asunto de polleras?

- Sí, voy a elegir un regalo para ella.

- Enhorabuena. Vayamos a lo nuestro, en este momento tenemos dos enfermos internados con la Enfermedad de Crohn; hemos visto muchos casos en los últimos diez años, me gustaría que haga usted una revisión de todos ellos. Así podemos presentar nuestra propia casuística, y evaluar los resultados de los tratamientos que hemos usado.

- Es una enfermedad que se da con frecuencia en judíos.

- Sí, algunos de nuestros enfermos lo son -jocosamente- a lo mejor se topa con algún pariente lejano.

- Lo dudo, ¿Puedo encarar esto con Correa Laguzzi?

- Ningún problema, siempre que compartan el esfuerzo.

- Pierda cuidado.

Alberto, resignando la comida, presuroso se dirigió en busca de una tienda. Sabía que debería invertir una suma que lo obligaría a pasar quince días de absoluta austeridad, pero la satisfacción que sentía anticipadamente, superaba cualquier contrariedad. Más complicada de lo previsto le resultó la elección, en el tercer comercio que visitó, la vendedora insistió con una camisa azul provista de vivos brillantes y plateados, decidió entonces observar un rato y detenidamente la prenda, hasta que se convenció y la compró. Esa tarde llegó a la puerta de la academia con tiempo de sobra para esperarla. Estaba ansioso, pero nada le dijo cuando se saludaron, era evidente que ella había visto la elegante bolsa. Enfilaron sus pasos hacia el café.

- Esta noche comienza el mundial de fútbol, en el primer partido participa la Argentina, será muy tarde. Iré a la casa de Justine para verlo con Juancito.

- Después de tanto discurso sobre hacerle el juego a la dictadura ¿No se enteraron que Johan Cruyff, uno de los mejores de Holanda, se negó a participar?

- No puedo con los sentimientos.

- Entonces miralo sin culpas y, si Argentina gana, gritá los goles. Martirizándote sólo conseguís que los que te obligaron a huir saquen provecho.

Se sentaron a la acostumbrada mesa de siempre y él puso el primoroso embalaje sobre ella. Eran los únicos parroquianos, sin darles tiempo el mozo se acercó y preguntó.

- ¿Café, como de costumbre?

- ¿Qué te parece si hoy tomamos cerveza?

- ¿Por qué?

- Así podemos brindar.

- Bueno.

- Dos vasos de "*bière a la pression*".

- ¿Qué es esto?

- Un regalo.

- ¿Para mí?

- ¿Para quién va a ser?

Visiblemente conmovida, con gran cuidado extrajo el envoltorio y abrió el paquete.

- ¡Que hermosa camisa!

- ¿De verdad te gusta?

- Es preciosa.

No ocultó la emoción, la alegría que la embargaba. Se puso de pie y lo besó en la mejilla. El mozo trajo las cervezas.

- ¿Qué te parece si te la probás en la pensión? Juancito no va a estar.

- Bueno, ¡Salud!

- ¡Salud!

Poco después, saciados y exhaustos, estaban sentados en la estrecha cama de la habitación en penumbra.

- Hay algo que me inquieta.

- ¿Qué?

- ¿Estudiaste el profesorado de idiomas después del colegio secundario?

- Sí.

- ¿Por qué no intentaste seguir una carrera más importante? Inteligencia y capacidad te sobran.

- En casa necesitábamos más ingresos, la enfermedad de papá casi nos deja en la ruina.

- Creo ver en esa respuesta otro sometimiento a tu entorno familiar. No estaría mal que te lo replantees.

No tuvo respuesta.

Después de verla entrar a su casa desde una distancia prudencial, Alberto regresó. Poseído por una extraña felicidad se tiró en la cama para dormirse inmediatamente. Despertó sobresaltado poco después, tenía hambre y se dirigió a la cocina con pocas esperanzas, sin embargo tuvo suerte, la ayudante de la cocinera que se había retrasado, le sirvió un menú improvisado y un café. Llevó la comida a su habitación en una bandeja y comió mirando el retrato de Claire. Entrada la noche, abandonó la pensión con sigilo para no perturbar a los otros huéspedes y caminó por las desiertas calles hasta la casa de Justine.

- Llegás en el momento justo. El estadio revienta de gente, hay un entusiasmo delirante, tiran papelitos desde las tribunas. Están por entrar los equipos a la cancha. Podés darte el gusto de verlo a Videla... la puta madre -fue el comentario de Juancito.

- ¿Por qué no hablan en francés? Ya que no podré dormir, por lo menos déjenme participar -los interpeló Justine, irónicamente.

- Tenés razón, perdonanos. Sucede que lo que estamos viendo nos revuelve el alma, yo, personalmente, estoy muy emocionado y confundido -dijo Alberto.

- Viste, por el futbol la gente se olvida hasta de los muertos -agregó Juancito.

- ¡Esos son los húngaros!

- Ahí vienen los nuestros.

- No se enojen pero me resulta difícil ponerme en el lugar de ustedes, cualquier opción que elijan no los dejará conforme; los comprenderé si terminan viendo el partido más excitados de lo que ya están ¿Por qué se van a privar de esa emoción? -reflexionó Justine.

- Por un momento dudé si venir o quedarme durmiendo, pero uno lleva la camiseta puesta -aseveró Alberto.

Con los dos planteles formados se escucharon los himnos. La música del argentino enmudeció a los tres, aún a Justine que lo infirió, pues algún compás recordaba de lo entonado en la universidad, mientras observaba ahora la actitud tiesa de sus acompañantes. Alberto dejó escapar una lágrima. Ella se apenó al verlos tan conmovidos y trató de relajarlos sirviendo café con coñac. Tuvo éxito, al rato lucían transportados a una esfera irreal y gritaron los goles argentinos saltando abrazados frente al televisor. Por dos horas olvidaron las desventuras, inmersos en una puerilidad donde imperaba una felicidad ilusoria, quizás irresponsable.

- Bueno los felicito ganaron el primer partido.

- Gracias.

- Me vuelvo ya mismo quiero dormir algunas horas, Justine sos un amor.

- Será un mes movido, dentro de cuatro días juegan con nosotros así que les voy a pedir moderación. Yo, por mi parte, prometo tenerla.

Alberto se despidió de sus amigos en un clima festivo que se fue diluyendo mientras apuraba el paso. Convertido en un pensativo transeúnte solitario, de pronto se propuso no reflexionar más, en llegar y volver a dormir. Lo logró.

Como era de esperar, el Dr. Rouvière ignoró el mundial de fútbol. Juancito que descontaba la actitud, sólo pudo tratar con él lo atinente a la tarea, reservando los comentarios para después; el tema, lleno de matices y aristas problemáticas, surgió en las charlas con enfermeras y facultativos. Además, un enfermo a su cargo lo felicitó, acuciado, quizás, por el afán de pretender conquistar la simpatía del médico que lo asistía. Guérin, que de ningún modo pensaba obviar el asunto, recibió a Alberto con una sonrisa.

- ¿Vio el partido anoche?

- Sí.

- Intuyo que no pudo dejar de festejar.

- Lo vimos con Correa Laguzzi y por un momento nos olvidamos de la realidad.

- El fútbol está un poco para eso, para escapar a los agobios cotidianos, no obstante es un juego vistoso. El tema es el uso que se le da. ¿Alguna vez oyó hablar del episodio de las trincheras durante la primera guerra

mundial?

- Creo que no, no sé de qué se trata -reconoció Alberto

- Cansados de permanecer años en esas excavaciones enfrentando a los alemanes, un grupo de ingleses consiguió una pelota y comenzó a jugar. El enemigo los veía a lo lejos y no faltó un oficial que sintió la tentación de sumarse a la diversión. Envío a un soldado enarbolando la bandera blanca, para desafiarlos a jugar formalmente un partido. El reto fue aceptado y los jugadores elegidos. Súbitamente, esos hombres que hasta hacía un rato sólo pensaban en matarse, evadieron su presunto deber y cambiaron el disparo certero y mortal por el afán de hacer un gol. Finalizado el encuentro terminaron todos confraternizando. Se la hizo corta, cuando los altos mandos se enteraron del incidente, ordenaron juzgar a los contendientes por traición, en procesos sumarios. Según la costumbre militar los terminaron fusilando sus propios camaradas.

- En ese caso el fútbol sirvió para demostrar la estupidez de la guerra -afirmó Alberto.

- De manera tajante y violenta se restableció el orden, retornó la ceguera de creer luchar por la patria, la bandera y los demás fetiches. No se olvide Alberto, un pacifista puede ser considerado peor que un enemigo.

- Lo nuestro es distinto. Gritamos los goles al mismo tiempo que las bestias que nos gobiernan.

- Sin poder evitar sentir que le están haciendo un favor a esos desalmados, es ese un equívoco peligroso.

- Quizá usted tenga razón, es difícil permanecer indiferentes -reflexionó Alberto.

- Entonces celebre sin cuestionarse, no se compare con asesinos, usted simplemente no puede dejar de querer a su tierra.

Alberto nunca pudo olvidar aquella conversación. Guérin, quien era formalmente su jefe, desde ese momento quedó incorporado a su universo más íntimo.

Dos días después, pretendiendo no herir los sentimientos de Justine, se mostraron moderados luego del triunfo ante Francia, actitud quizás innecesaria pues a ella poco le importaba el deporte. Tanto en el hospital como en la pensión, los argentinos no pudieron eludir sarcásticas y afiladas alusiones.

- Hablan de pura envidia -comentó Juancito

- Mejor nos dedicamos a laburar, el festejo después de los partidos y nada más.

- A mí me gusta ganar sin darle tantas vueltas al asunto. ¿Qué pasa con la profesora, se terminó la joda?, todos estos días o nos encontramos en el departamento de Justine, o cenás temprano en la pensión.

- Prefiere volver a su casa.

- Parezco un loro, repito siempre lo mismo, esta mina tiene demasiadas vueltas.

- Son cosas mías.

No pudo verla durante varias semanas, ni festejar con ella la conquista de la copa mundial. Ante sus requerimientos respondía con ambigüedades que pretendían tranquilizarlo, parecía ajena a la necesidad de un encuentro, o de dar una explicación por tan súbito retraimiento. Para Claire, aparentemente, las cosas seguían su cauce natural. A todo esto, el trabajo había disminuido y en el hospital comenzó el período de vacaciones del personal.

- Con Justine nos vamos a Bordeaux, hace mucho que no ve a sus padres y a su hermano. Después visitaremos el país vasco y pasaremos a España.

- Vas a tener que comportarte como un señor. Las casas de tus parejas pueden ser nefastas, empezó a practicar buenos modales y un vocabulario correcto.

- Caradura, Claire no viaja con vos a ningún lado y ni hablar de presentarte a su noble madre ¿Cómo serán, entonces, tus vacaciones?

- Estoy muy corto de plata.

- No me vengas con pretextos.

- Francamente prefiero no pensar en eso.

- Porque te tiene mal, pero no te lo podés sacar de la cabeza.

- Puede ser.

Justine y Juancito partieron. Al día siguiente el Dr. Guérin viajó a Grecia dejando a Alberto un volumen inusual de trabajo que terminó siendo un paliativo. El tener únicamente diálogos laborales durante la jornada y estar solo en el cuarto durante las noches, fue para él una bendición. Dadas las circunstancias, se podría decir que disfrutó de la soledad, pues su fastidio lo llevó a dejar de llamar a Claire al instituto. Pasaron demasiados días hasta que alguien le avisó en el hospital que preguntaban

por él, por lo que se dirigió al teléfono. Al escuchar la voz, trató de disimular su excitación y alegría.

- Hola, ¿Cómo estás?

- Bien.

- Hoy salgo a las cinco ¿Nos encontramos en el café?

Fugazmente, pensó explicarle que estaba dejando muy tarde el hospital porque reemplazaba a profesionales de vacaciones, pero no lo hizo. Repasó rápidamente las posibilidades, armó mentalmente un esquema y respondió.

- Estoy con mucho trabajo, llegaré a las seis.

- No hay problema nos vemos a esa hora.

Nervioso, caminó rápidamente en el caluroso atardecer, desde el exterior le pareció un sueño verla sentada esperándolo. Se besaron en los labios.

- Te vuelvo a preguntar, ¿cómo estás?

- Te podría responder que muy ocupado, acalorado o sediento, pero evidentemente sería un pretexto.....Nos conocemos lo suficiente, percibimos los estados de ánimo del otro. Francamente, como tantas otras cosas tuyas nunca entendí la imposición de este distanciamiento que me aflige.

- ¿Qué?

- Para mí nuestra relación lo contiene todo. ¿Vos también me echaste de menos?

- Sí, y mucho. Por eso pensé que quizás lo mejor es que seamos simplemente amigos, dos buenos amigos.

- Con el corazón en la mano, no puedo imaginar a nuestra relación reducida a ese estatus. Sería esquivar mis verdaderos sentimientos. Una farsa insostenible. Estás proponiendo la “jibarización” de nuestro vínculo.

- ¿Qué es eso?

- Se me ocurrió de repente, la palabra no existe ¿Oíste hablar de los indios jíbaros, los que reducían cabezas?

- Sí.

- Siento, metafóricamente hablando, que pretendés algo así. Si experimentás lo mismo que yo ¿Qué sentido tiene ponerles freno a tus deseos, conformarte con satisfacer sólo una mísera porción de ellos? ¿Eso te hará más feliz, o será la fuente de tu desdicha? Si tanto nos queremos ¿Nos será posible mantener durante un largo tiempo esa forzada restricción? Sería

una burda imitación de los jíbaros.

Bajó la cabeza, -en algún sentido, lo escuchado le había causado una rara mezcla de tensión y gracia- insinuó una leve sonrisa, luego lo miró a los ojos.

- ¿Vamos?

- ¿Adónde? Preguntó él, mientras llamaba al mozo.

Ella no contestó, en cuanto Alberto pagó, lo tomó firmemente del brazo y salieron en dirección a la pensión.

Después de saciar el reprimido deseo, permanecieron en la cama para continuar conversando con liviandad, con toques sutiles, riendo de a ratos por las ocurrencias que les brotaban como por encanto.

Luego él la acompañó hasta la esquina de la calle Bugeaud. Alberto regresó rumiando sus sempiternas preocupaciones mientras desandaba el camino: “estoy en un brete, no puedo hacer nada, salvo esperar la dudosa ayuda del paso del tiempo. Que ella se hastíe de la situación. La verdadera burbuja que tanto la espanta es esa maldita familia que la tiene cautiva, el clima insano que siempre rodeó su intimidad, no nuestra relación. Lo de hoy fue un hálito de aire fresco, una pobre brisa. En cuanto me descuide cierra la ventana otra vez, porque a la puerta jamás le quitó la cerradura. Creo que nunca voy a ganar la pulseada”.

Días después, una enfermera lo buscó en el cuarto de residentes.

- Una persona pregunta por usted, Dr. Liberman.

- Ya voy.

- Es la mujer que tiene un suéter negro liviano.

Pensando que se trataba del familiar de un internado, se dirigió a la recepción. Una señora alta, delgada, con vestimenta un poco pasada de moda, evidentemente excesiva para esa época del año, lo esperaba. Su actitud denotaba tensión.

- Mucho gusto señora ¿En qué puedo ayudarla, de qué se trata?

- ¿Es posible hablar en un sitio más privado?

- Como no, sígame.

Entraron al despacho de Guérin y se sentaron a ambos lados del escritorio.

- ¿De qué enfermo se trata?

- Quiero hablar con usted de un asunto diferente, no relacionado con su profesión.

- ¿Entonces?

- Soy la madre de Claire y quería aclarar algunos detalles. Quizá un malentendido.

- La escucho -atinó a decir, totalmente sorprendido pero exteriorizando serenidad.

- Perdone mi atrevimiento, creo necesario hablar francamente con usted para advertirle que mi hija está un poco perturbada, no tengo dudas al respecto -el discurso, a medida que transcurría, comenzó a revelar cierta vehemencia, a duras penas contenida- Los desvaríos que la afectan, han influido en la extraña conducta que manifiesta en ciertos períodos; de un tiempo a esta parte, por ejemplo. Eso me ha movido a alertar a un extranjero desconocido que, ahora compruebo, es muy joven. Quizás su belleza no le permite constatar la seriedad de la alteración que padece. Su comportamiento puede tornarse peligroso por momentos. Siento que es mi deber explicarle que la relación que ha entablado con ella sólo le puede procurar disgustos... angustias. Claire no es dueña de sus actos.

Haciendo un gran esfuerzo, Alberto respondió a tan contundente discurso, utilizando las palabras más mesuradas que encontró, tratando de mostrarse calmo, flemático.

- Nada de lo que me dice he podido percibir; por el contrario, creo que se trata de una excelente persona, sensible, inteligente, honesta, culta.

La señora pareció arrebatarse.

- ¡Ese monstruo lo está engañando, lo único hermoso que tiene es el exterior y, claro, usted sólo ve eso!

- De ningún modo puedo aceptar sus erróneas palabras. Además, yo la aprecio en su integridad.

- ¿Es usted católico?

- No señora, en realidad soy agnóstico. Mi familia es judía pero no practicamos la religión.

- ¡Es lo que nos faltaba!

- Le pido un mínimo de respeto.

- No es necesario. Recuerde mi advertencia y aléjese a tiempo de ella, nunca terminará de agradecer mis palabras.

Impávida, distante, se puso de pie. A pesar de los años se la veía elegante, le tendió su mano mirándolo a los ojos.

- Gracias por su tiempo.

Se retiró cerrando suavemente la puerta, mientras Alberto se desplomaba en el sillón de Guérin. La salida de la confusión inicial dio paso en él a una profunda rabia por no haber encontrado la forma, el tiempo y los términos adecuados para responder a tanta trastornada soberbia. “Está llena de odio y locura -pensó- cree que quiero a Claire sólo por el físico, para coger. De ser ese el caso no me haría tantos problemas -para luego cuestionarse- ¿Por qué no soy como Juancito? ¿Tiene Claire dos personalidades; conmigo en ciertos momentos es muy dulce, abierta expresando sentimientos y en otros se recluye en un inflexible distanciamiento? Cómo será en ese infierno en el que vive, presiento que sometida, reprimida, tal como es en realidad... pero, qué sería la realidad en esta coyuntura?”

En un estante distinguió una petaca, la destapó y olió el contenido, era coñac. Tomó un trago. “Es mi mejor hallazgo en esta puta mañana” -pensó.

Extremando las precauciones, comportándose como un gentilhombre hasta llegar a la afectación y refugiándose en generalidades cuando se veía obligado a opinar sobre un determinado tema, esta vez Juancito pudo sortear el difícil examen que representaba una familia. De haber existido un observador atento y persistente, con su curiosidad exclusivamente dirigida a la conducta de nuestro personaje, podría aquel, muchos años después, haber comprobado que aquella visita a la casa de los padres de Justine, operó a la manera de entrenamiento intensivo de Juancito en el manejo de grupos humanos.

En la vida cotidiana, por alguna extraña razón ella estaba complacida con su compañía, cuando en ciertas ocasiones el vaso se llenaba y alguna actitud u opinión de Juancito sobrepasaba el límite, ella, sumamente suave y delicada en la forma, expresaba su disconformidad. Esta actitud permitía que lo que podía haber sido el germen de un conflicto, quedara reducido a un aparente intercambio de opiniones. Justine parecía diseñada a su medida. Enmarcada en estos parámetros la relación fluía sin sobresaltos, ninguno de los dos invadía o pretendía cambiar las actividades del otro. Superada la prueba con los padres de Justine, el resto del viaje fue en extremo placentero para ambos. Conocieron las regiones vascongadas, visitaron Toulouse y se detuvieron brevemente en Pau, para luego cruzar los Pirineos y disfrutar de ciudades y playas en Donostia, Pamplona y por último Bilbao. El idioma le permitió a Juancito vanagloriarse de

sus dotes de conductor y guía. Gracias a oportunas indicaciones de los lugareños pudieron comer a sus anchas, a un precio razonable para sus limitadas economías y, de igual modo, encontrar alojamientos aceptables. Los acompañó un tiempo espléndido que les permitió dedicar los últimos días a descansar y retozar en las playas cercanas a San Sebastián. Siguiendo convenientes sugerencias, obtenidas como resultado de la energía puesta por Juancito en su indagación a los habitantes del lugar, accedieron a degustar el exquisito pudín de cabarrocas, manjar supremo, exquisitez magna de la cocina vasca, y otras delicias. El viaje en soledad, una prueba de fuego para tantas parejas, les permitió en este caso, ajustar y apuntalar los particulares lazos que habían logrado establecer. Relajados y contentos, en un retorno sin incidentes pernoctaron una noche en la casa familiar de Bordeaux y al día siguiente estaban de regreso en Lyon.

Llevando todavía a cuestas la carga extra de la tormentosa entrevista con la señora Roualt, el preocupado Alberto se dirigió al atardecer al café de sus encuentros, Claire lo esperaba.

- Se te ve cansado ¿Tuviste mucho trabajo hoy?
- El de siempre, pero con un incidente novedoso.
- ¿Qué pasó?
- Tu madre vino al hospital para hablar conmigo.

Contra lo que él esperaba, no pareció demasiado sorprendida por la noticia.

- ¿Qué te dijo?
- Me advirtió que estás bastante loca y sos un monstruo. Deduzco que quiso ayudarme.

Dos miradas silenciosas cruzaron sobre la mesita del bar. Ella no trasuntaba desconcierto ni emoción, simplemente parecía observarlo.

- ¿No pensás hablar del tema?
- No vale la pena.

- Parece que el único asombrado, quizá desubicado, soy yo. Conociéndote a vos y sabiendo de tu carácter, ahora que la traté y tuve el raro placer de escucharla, entiendo con absoluta claridad.

- ¿Qué?

- Que te moldeó desde la infancia, te preparó para la sumisión total a fin de que no tuvieras ni el más recóndito impulso por liberarte del verdadero engendro, que es ella. Debo reconocer que algo falló, no logró

el ciento por ciento de su objetivo.....si lo hubiera conseguido no estaría yo sentado aquí, hablándote. Tratando inútilmente de rescatarte del laberinto.

- Vivamos lo nuestro Alberto, dejemos el resto afuera sin pretender modificarlo.

- ¡Acomodemos este gran amor al pequeño escenario, ese que ha sido bautizado con el llamativo nombre de: la burbuja!

Atrapado en la maraña, imposibilitado de contemplar su dilema desde cierta distancia, obturada cualquier posibilidad de escuchar la opinión de algún observador imparcial, guiado sólo por su genuino cariño, consintió que la relación siguiera por el mismo sendero. No realizó elección consciente alguna después de este diálogo y trató de pensar lo menos posible en la problemática de su vínculo con Claire.

Como era habitual, el otoño dinamizó el trabajo en el hospital. Muy a su pesar, Juancito debía aportar datos esenciales. La presentación que harían a finales de octubre, lo obligaba a resumir todas las historias clínicas de pacientes portadores de la enfermedad de Crohn que habían sido asistidos y controlados por el servicio. Luego de consultar los libros de texto más prestigiosos, Alberto revisó toda la bibliografía sobre el tema, dispersa en trabajos publicados por revistas de la especialidad y de clínica médica. Cuando terminó con lo suyo, analizó la contribución de Juancito, logrando estructurar un relato pormenorizado y actualizado sobre los conocimientos acerca de la enigmática dolencia y su tratamiento; como colofón se mencionaba la experiencia acumulada en ese hospital. Varias semanas después presentó a Guérin la carpeta con el texto definitivo y los algoritmos de diagnóstico, diagnóstico diferencial y tratamiento, elaborados por él mismo. No recibió objeciones y pudo leer el trabajo en el anfiteatro acompañado por Juancito, luego tuvo a su cargo contestar las múltiples preguntas de los asistentes y hasta alguna que le hizo el mismo Brissard.

El esfuerzo no había sido en vano, después de pocas semanas llegaron agradables sorpresas para Alberto. Ampliaban las camas bajo su responsabilidad en la sala de internación, además tendría una nueva tarea, le asignaban la función de instructor de alumnos de grado de la carrera de medicina. Para sorpresa de muchos, lejos de sentirse disminuido frente al éxito de su amigo, Juancito se enganchó al triunfo de este, asumiendo la buena noticia como un gran paso dado por el equipo y poniendo

esmero en esquivar de un modo elegante toda posible comparación. Eran circunstancias novedosas, sin poder percibirlo con claridad en toda su dimensión, adivinaba que el futuro guardaba para él un camino diferente en un contexto distinto y que de ningún modo competiría con Alberto, que a la larga se complementarían. Con noviembre llegaron los primeros fríos y, adaptándose a los restringidos horarios de Claire, las dos parejas comenzaron a verse con más frecuencia, compartiendo algunas cenas y también salidas al cine. El sector femenino que quiso ver “Interiores” de Woody Allen, recién estrenada, fue complacido sin objeciones. Finalizada la función, decidieron ir a tomar un café al departamento de Justine.

- Me gustó mucho, es raro que un americano aborde esta temática. Parece cine europeo -dijo Claire

- Ojo, americanos somos también nosotros -aclaró Juancito.

- Sudacas -agregó Alberto con cáustica e irónica amargura.

- Nuestra generación recién está empezando a tener experiencia. La vida es muy complicada, con frecuencia encierra peligros -razonó Claire.

- De cualquier modo no hay forma de estar fuera del juego. Hay que asumir los riesgos. Este tema se puede comparar con la posición del que, para esquivar una definición, se proclama apolítico, sin advertir que por el solo hecho de tomar esa postura está señalando una definida posición política -dijo Alberto.

- Hay que tener los ojos bien abiertos -afirmó Justine.

- No es necesario complicarse, los problemas vienen solos y cuando menos lo imaginás. Nos hubiéramos divertido más con Superman. Te entretenes un rato viendo volar a ese cara de ángel, ganan los buenos, hay kriptonita de sobra y todos contentos -fue el comentario de Juancito.

- Kriptonita no tengo pero les puedo ofrecer Dubonnet.

- Muy buena idea -festejó Alberto.

Tomaron café y se entonaron con el aperitivo. Claire y Alberto se fueron enseguida. Caminando, la mano de él sobre el hombro, apurando el paso en la fría noche, Alberto lograba que ella se sintiera cálidamente protegida, serena.

El ascenso traía consigo una notable mejora en el salario. Sin dudarlo y obsesionado por halagar a su amada, decidió buscar con tiempo el regalo de navidad. Sin tener una idea clara sobre la mejor elección, una de las escasas noches en que compartió la cena con Juancito trajo el tema

a colación.

- Le quiero hacer un regalo importante.

- Que no sea ropa.

- Adivinaste -confirmó Alberto.

- Una joya.

- Estuve viendo en algún comercio pero no me da el cuero.

- Estás con suerte porque atiende a un gallego que se dedica al ramo pero no tiene un local para vender sus productos, es algo así como un orfebre mayorista. En la historia clínica están la dirección y el teléfono, podemos ir juntos a verlo, yo jamás le hice un regalo valioso a Justine; así matamos dos pájaros de un tiro.

- Pájaras bruto, si fuéramos todos masculinos no nos podríamos reproducir, no entends ni la más básica de las biología.

Al día siguiente concertaron una cita con el señor Suárez, al que visitaron a últimas horas de la tarde. Los atendió en el ruinoso local de un barrio periférico donde tenía su taller y un pequeño depósito.

- Necesitamos orientación, quiero hacer un regalo importante, pero mi presupuesto es acotado -explicó Alberto.

- El mío puede ser un poco mejor pero no mucho.

Juancito decidió, sin demasiadas vueltas, adquirir un bonito y sencillo anillo, mientras Alberto luchaba entre los deseos y sus reales posibilidades.

- Estas ofertas son buenas pero creo que no puedo comprar nada.

- Como se trata de una persona que se desempeña en el hospital, le ofrezco la oportunidad de pagar en tres cuotas mensuales, creo que esto puede satisfacer su necesidad -dijo el español, para sacar a continuación de un estante una pequeña cajita con dos pendientes -son perlas Majórica engarzadas en plata, una especialidad de mi país, créame que es una oferta única, no va a encontrar nada igual por este precio y no me digan gallego que soy asturiano.

- En argentina llamamos gallegos a todos los españoles.

No sólo podía afrontar el gasto distribuido en tres pagos, la compra colmó sus ilusiones de halagar y sorprender a Claire.

Invitados por los padres de Justine, ella y Juancito viajarían a Bordeaux para pasar allí las fiestas, cuando se lo comentó a Alberto, un medio día en el comedor del hospital, advirtió el poco habitual abatimiento de su, en ese momento, ensimismado amigo.

- Tenés una cara de culo que espanta ¿No podés cambiar de actitud o inventar algo para convencerla? Presiónala, no podés quedarte otra noche de año nuevo solo como una ostra.

- Ella lo sabe mejor que nadie, estoy cansado de hablar del asunto. Vos, que no sos precisamente Freud, se da cuenta, sobran las palabras...

- Cuando salgamos vamos a un café, algo se nos tiene que ocurrir.

- No, te lo agradezco. Si querés nos encontramos a charlar un rato pero de este asunto ni una palabra.

- No voy a insistir.

Durante un tiempo, la ausencia de noticias de la Argentina fue notable en los diarios franceses. Sin embargo, desde hacía pocas semanas aparecían informes que daban cuenta de una creciente tensión con Chile por una disputa de soberanía sobre tres islotes ubicados en el estrecho de Magallanes, en el extremo sur.

- ¿Esto es serio o una estratagema para distraer a los giles? -le preguntó Juancito una mañana.

- Los dos gobiernos son tan bestiales e irresponsables que podría suceder cualquier cosa, algunos cadáveres más no les van a pesar en la conciencia. Los dos tenemos familia y amigos, un primo mío está haciendo el servicio militar -respondió Alberto.

- Yo no pasé por el ejército, mi viejo movilizó a sus conocidos ¿Vos hiciste la colimba?

- Me favoreció el sorteo, me salvé por número bajo -contestó Alberto.

- No nos calentemos, por suerte estamos bien lejos.

- Tus sentimientos son conmovedores. Ya que te entrenaron los montos podrías ofrecerte.

- No te pongas fastidioso.

Una semana después estaban acostados en la penumbra de la habitación de la pensión y fue Claire quien trajo el tema candente.

- Vas a pasar otra navidad en soledad.

- Mucho no me molesta, ya me ofrecí para hacer esa noche la guardia en el hospital, así libero a alguien que tiene con quien festejar. Brindaré con las demás personas a las que les toca trabajar ese día. Para mí no es una tradición familiar.

- Pero el año nuevo sí.

- Por supuesto -dijo él, extrañado por el cariz de la pregunta.

Cambió ella de posición y lo miró esgrimiendo su mejor sonrisa. Alberto la observó esperando alguna aclaración, con la mente en blanco.

- Puedo llamar a una antigua compañera del colegio que vive en Estrasburgo y me ha invitado reiteradamente, pero a quien nunca visité. Podríamos viajar después de la Nochebuena, si lo decidimos estoy dispuesta a enfrentar el inevitable choque con mi madre, nunca pasé esas fechas fuera de casa. Esta vez me pondré firme, lo voy a lograr. El marido de mi amiga es un tipo excelente y la ciudad de una belleza deslumbrante. ¿Venís?

- ¡Aunque tenga que ir a pie!

A partir de ese momento Alberto, transformado por una transparente alegría, sólo aguardó el viaje. La tregua maravillosa con la que soñaba. Poco después, los sucesos del distante terruño contribuían a su serenidad.

- ¿Te enteraste?

- Sí, va a mediar el Papa que puso como condición que retiren las tropas.

Dice el diario que solo faltaban unas pocas horas para que se arme la batahola.

- Viajemos, tomar distancia nos viene muy bien -aseveró un Juancito inusualmente serio- júrame que no vas a tratar de enterarte de nada, que vas a disfrutar con la leona que tenés, sin pensar en otra cosa.

- Prometo intentarlo.

Por cierto, inmovilizados en Lyon los problemas fueron olvidados, dejados atrás mediante un viaje en tren a través de los campos cubiertos por las primeras nevadas. La casa donde vivían Mélanie y Jean-Louis se encontraba a pocas cuadras de la estación, exteriormente parecía un edificio medieval pero el interior, amplio y confortable, estaba totalmente renovado. Los anfitriones de ningún modo pensaban dejarlos ir a un hotel, les habían destinado una habitación apartada que habitualmente era usada como escritorio.

- ¿No los vamos a incomodar?

- Nos ofenderíamos si no se alojan en nuestra casa ¿No les gusta?

- Es una maravilla ¿Qué antigüedad tiene el edificio?

- Nos han dicho que novecientos años, acomoden sus cosas y los llevamos a conocer el centro.

Las maravillas de Estrasburgo, ciudad que conserva aún su antiquísi-

mo centro, erigido alrededor de una impactante y monumental catedral, sus cercanos cursos de agua que discurren por el aledaño sector de *Petite France*, el cordial trato con sus huéspedes y la intimidad cotidiana, dispusieron el escenario para que viviesen una experiencia inédita. La bonanza se podía leer en sus caras, Mélanie y Jean-Louis, testigos de la embriaguez dichosa que emanaban, asumieron el papel de perfectos cómplices. Empapados de exultante felicidad, festejaron el nuevo año en una ciudad cubierta de nieve y serena beatitud. Luego del brindis, llegado el momento de los regalos, Claire no pudo ocultar su sorpresa cuando recibió los pendientes. Recobrada, manifestó su alegría al prorrumper con exclamaciones vehementes, visiblemente conmovida, al tiempo que llenaba de besos a un atónito Alberto.

Efectuado el trasbordo en Dijon, recorrieron el último tramo del regreso como únicos ocupantes de un compartimento. A medida que transcurrían las horas, la animada conversación fue decayendo hasta llegar al mutismo, callados miraban el paisaje, luego ella optó por leer. Un buen número de kilómetros fueron dejados atrás hasta que Alberto habló.

- Creo que tenés que presentarme en tu casa. No me entusiasma la idea, ya tuve una buena muestra de lo que puedo esperar, pero, considerando nuestros sentimientos, lo veo inevitable. Me tragaré el sapo.

- ¿Sapo dijiste, que tiene que ver?

- Es la traducción literal de un dicho muy usado en Argentina. Se emplea cuando indefectiblemente tenés que enfrentar algo desagradable, sin demasiadas posibilidades de eludirlo o salir airoso... ¿Qué estás pensando?

- En muchas cosas que nada tienen que ver con sapos. Aquí nos tragamos culebras.

- El francés parece más sabio que el castellano, sin ir más lejos la palabra *crapaud* recuerda al croar.

- ¡Doctor no divague, las que croan son las ranas, los sapos comunes son mudos!

- ¿Y la sapa?

- Ellos no tienen el don de emitir sonidos, ambos se buscan y disfrutan en silencio.

- Tenemos que encontrar el modo más sereno de encausar lo nuestro. Como desgraciadamente somos humanos, lo que hagamos deberá estar

mediado por palabras -insistió Alberto, sin poder disimular cierta urgencia.

- No veo por ahora la posibilidad de cambiar las cosas, te necesito y te quiero. Me estás exigiendo un salto descomunal. Ellas jamás te aceptarán, con tal de no rendirse, pueden recurrir a las tácticas y los procedimientos más desalmados-fue la respuesta.

- Entonces lo único que queda es vivir juntos. Podemos hacerlo ahora mismo -redobló la apuesta un entusiasta Alberto.

- Dame tiempo.

Llegaron, les costaba separarse, entonces, a pesar del frío y la distancia, resolvieron caminar en el neblinoso atardecer. Cuando ella le pidió despedirse una cuadra más lejos de su casa que la esquina habitual, él sintió en todo su cuerpo el significado de aquel ruego que encarnaba en toda su dimensión, el regreso brutal a una realidad que tanto daño le hacía.

Juancito lo esperaba en la habitación.

- Hola ¿Cómo te fue?

- Muy bien.

- ¿Y a vos?

- Bárbaro, es una gran familia. Imagínate, el viejo alquiló habitaciones en un hotel para alojar a los primos que vuelven todos los años a festejar en su ciudad. Ellos son los únicos de su generación que viven allí y se ocupan de todos los detalles. ¿Qué tal los amigos de Claire?... ¿Esos no te ladraron?

- Todo lo contrario, nos recibieron con los brazos abiertos, gente cordial y agradable, me sentí como en mi casa.

- Tengo una noticia, no sé si te va a gustar.

- ¿Qué pasa?

- Me voy a vivir con Justine.

- ¡Sinceramente me alegro mucho!

- Vas a tener que bancarte a un extraño.

- Últimamente estabas más con ella que aquí, era un gasto inútil. Pidamos un vino en la cena para brindar, el día que te mudes te ayudo.

Alberto necesitaba confiar a alguien la tremenda angustia que lo atormentaba, la experiencia vivida en Estrasburgo no había hecho más que exacerbar su ansiedad. Si bien Juancito estaba al tanto de sus sinsabores y había opinado al respecto, sabía de sus limitaciones y de que no era la persona adecuada. Fue casi inevitable que terminara abordando el tema

con el Dr. Guérin; su amable y prudente jefe le había dispensado siempre un trato cordial. Sólo en una oportunidad le había visto perder los estribos y debía reconocer que tuvo motivos más que suficientes para expresar su profunda cólera. En aquella ocasión, el desatino de una ayudante que, por temor a ser reprendida, no le avisó que involuntariamente había contaminado una sonda que él debía usar, casi lo lleva a provocar un desastre. Otro asistente fue el que dio la alarma a tiempo. En primer lugar, el Dr. Guérin ordenó la salida inmediata del quirófano de la irresponsable. Finalizada la intervención, decidió sancionarla y pedir su traslado a un sector donde las tareas entrañaban un compromiso menor.

Unos días después Alberto se decidió, fue durante un almuerzo que compartieron en el comedor del hospital, cuando le confió a su jefe las penas de su alma, yendo al grano sin tomar respiro. Un muy sentido y necesario desahogo.

- Aunque parezca extraño, existen todavía muchas familias aquí, en el interior, que viven aferradas a hábitos y usos del pasado. Gente muy conservadora en cuanto a las costumbres, habitualmente apegada a la religión. Hijo, -era la primera vez que usaba esta palabra para dirigirse a él- le ha tocado un caso extremo, terreno apto para un abordaje psicológico. Esta chica vive dos existencias opuestas que la atraen o la tienen cautiva. Si la incompatibilidad es, para ella tan extrema como parece, su amada deberá elegir.

- Le aseguro que no exagero, los hechos son tal cual se los conté.

- No tengo duda alguna, lo conozco a usted muy bien. Están metidos en una ratonera y no saben cómo liberarse. Ella no es tan fuerte como creo que la percibe, evidentemente no puede abandonar ese orden en el que nació y del que jamás se desprendió, está muy marcada por él. No ha conocido otra cosa en su vida, debe tener pánico a la desestructuración y, ahora, vacila. Usted personifica a la manzana que la serpiente le ofrece a Adán. Si ella no se anima a comer el fruto prohibido, intuyo que las circunstancias lo llevarán, en algún momento, a que sea usted, con mucho dolor, el que decida.

Se produjo un breve silencio.

- No sabe cuánto le agradezco sus palabras. Me ha hecho muy bien escucharlo.

- Me siento honrado por su confianza. Cuente conmigo para lo que

necesite, - con resignación-ahora vamos a seguir con lo nuestro.

En enero Alberto recibió una carta de sus padres, el tío Armando lo visitaría en un mes.

- Viene mi tío, el único hermano de mi vieja. Estará una noche aquí. Se ve que le va bien, tiene un negocio de ropa.

- Parece que ahora, allá, las tiendas están llenas de artículos importados.

- Vamos a tener noticias frescas. De cualquier modo no hay espacio para las ilusiones, los milicos siguen firmes.

- Estoy ansioso por escuchar lo que nos pueda contar -dijo Juancito.

Era difícil de entender el primer comentario de Armando luego de los efusivos saludos al pie del vagón. Teniendo en cuenta la realidad que momentáneamente había dejado atrás, sorprendió a quienes lo aguardaban que se refiriese a lo barato que le resultaban las cosas en Francia.

- Esta noche cenamos donde vos dispongas. Pasemos juntos las pocas horas que estoy aquí, te extrañamos mucho, es un milagro verte bien. Nos tranquiliza saber que estás trabajando y haciendo tu carrera. Te traje algunas cositas; lo que tu mamá cree que aquí no se consigue, yerba y dulce de leche.

- ¿Están todos bien?

- Sí, gracias a Dios no tenemos novedades y eso ya es una gran cosa.

- ¿Hay esperanzas de algún cambio?

- Mirá, que yo sepa nadie habla ni protesta. La consigna es: “el silencio es salud”, y, por las dudas, nos recomiendan no olvidar que “los argentinos somos derechos y humanos”. Casi todos conocemos a alguien del que no se tienen noticias, pero preguntar puede ser muy insalubre, además, no tenés dónde averiguar nada. El control es rígido, los periodistas apenas se animan a especular sobre las posiciones de algún general díscolo o un almirante simpático y ambicioso... han reducido a eso los comentarios políticos... Alguno que se las da de filósofo, como mucho especula sobre el sexo de los ángeles, nada. Para terminar de delinear el panorama, el único que insinúa algo en la televisión es Tato Bores, tiene una habilidad muy especial. Como emplea la ironía de una manera muy indirecta, lo pasan por alto.

- O las bestias de la censura no lo entienden. En París hay una agrupación de exiliados, me contacté con ellos porque estuvieron aquí en tiempos

del mundial. Uno me escribió diciéndome que hay un grupo de mujeres que protestan en la Plaza de Mayo.

- Algo de eso escuché. Dicen que son madres que piden por sus hijos. Si es así, tienen más bolas que los hombres.

- ¿Por qué viajaste solo?

- Le insistí a tu tía, pero no se le notaba el menor entusiasmo. Además le tiene fobia a los aviones.

Fueron hasta el hotel, Arnando dejó sus cosas en la habitación y luego caminaron las calles del casco histórico. Durante el almuerzo, Alberto dejó por un momento a su tío y habló con Claire.

- ¿Cómo la estás pasando?

- Muy bien, como a mí la ciudad me fue presentada por una nativa muy hermosa, ahora puedo cumplir el papel de cicerone ¿Cenás con nosotros? El tío puede pagar un buen restaurante.

- Aprovecharé este encuentro para estar con él, sin el inconveniente de atender a una persona que no comprende el español.

- Me gustaría que te conozca.

- Ya habrá tiempo.

- Bueno, mañana nos vemos.

Cortó y llamó a Juancito al hospital.

- Estás invitado a cenar.

- La mudanza me tiene a mal traer, tengo que acomodar demasiadas cosas en el departamento. Paso por el hotel a saludar y después los dejo solos.

Por primera vez, Alberto comió en un restaurant que aseguraba la calidad de su chef con una constelación de estrellas. Los platos eran exquisitos y el vino excelente.

- Extraño mucho, me duele no poder ver a los viejos.

- Viven tranquilos, lo importante es que no los hayan molestado más. Nada podemos hacer salvo tener paciencia. De cualquier modo a ellos los alienta el saber que te ubicaste aquí en Francia y que eso puede ser muy importante en el futuro. En otras circunstancias tu formación en este país, que imagino es de primera, hubiera sido difícil o imposible. Estás progresando en un hospital de prestigio, no tenés más remedio que esperar.

Al día siguiente lo despidió en la estación. Partía rumbo a Marsella otro argentino absolutamente preocupado por el periplo turístico que

lo mantendría asombrado y entretenido, siempre cerca de las riberas del mediterráneo y su clima amigable.

El trajín de la mudanza de Juancito, y la suya a la única habitación para un solo huésped, obtenida gracias a su excelente relación con la dueña de la pensión, aliviaron su nostalgia. Este lugar de privilegio que antaño había sido un depósito de ropa y enseres de limpieza, había sido recientemente reciclado y se encontraba en el extremo de un largo corredor. Gozaría ahora de una añorada y tranquila privacidad.

Pasan los meses, Juancito y Justine conviven sin grandes contratiempos en el pequeño departamento gracias a una aceptable adaptación, a tal punto que por mucho tiempo él olvida su vieja costumbre de recurrir a los servicios de alguna puta. En la otra pareja, cada vez afloran con más facilidad ciertas actitudes agresivas de ella, las que habitualmente sólo reciben como respuesta el alejamiento circunspecto o un señalamiento mesurado de Alberto.

Poco después Guérin le comunica a Alberto su ascenso a la jefatura de uno de los sectores en que se dividía el servicio. Contaría con la colaboración de cinco colegas. Sin perder tiempo, solicitó y obtuvo uno de esos puestos para Juancito. Ahora podría alquilar un departamento o comprar un vehículo.

Por esos tiempos, algo parecía estar cambiando en Argentina.

- ¿Te enteraste? -preguntó Alberto sin poder disimular su emoción.

- Ya sabés que casi no leo los diarios.

- A pesar de que quieren aparentar una normalidad que sólo existe en sus mentes llenas de mierda, esta vez los milicos no pudieron eludir el bulto.

- ¿Qué me querés decir?

- Tuvieron que recibir a los miembros de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

- ¿Y?

- Entrevistaron a miles de corajudos que se atrevieron a formar una larguísima cola en una calle del centro de Buenos Aires. Por fin alguien escuchó a tanta gente desesperada por saber algo de sus familiares desaparecidos. Y hay más.

- ¿Qué?

- Aprovecharon la presencia de esta delegación internacional e hicie-

ron una manifestación en la Plaza de Mayo. Después, entregaron en la casa de gobierno un petitorio con veintisiete mil firmas. ¿Qué te parece?

- Que colgaron ese papel en el baño.
- Amargo.
- Realista.

Otra buena nueva sorprende a Alberto pocos meses después. En vista de la idoneidad demostrada en su tarea de ayudante en la cátedra de Clínica Médica y el empeño y la claridad puestos al servicio de su función de instructor, es nuevamente ascendido. En el otoño alquila un pequeño departamento en una bonita zona residencial, no lejos del hospital. Unas semanas después, adquiere un automóvil.

Los argentinos comparten frecuentemente el almuerzo en el hospital o disfrutan de un café o una cerveza al final de la jornada. Los tiempos de la forzosa vida austera han quedado atrás gracias a la consolidación de sus carreras profesionales, lo que robustece su inserción en la realidad de la ciudad que los acoge. Una o dos veces en el mes van con sus parejas al cine, disfrutan almorzando con ellas o, cuando el clima lo permite, se unen para realizar una excursión a algún pueblo cercano. Claire y Justine no forjan una amistad, el trato entre ellas es siempre amable, formal, pero sin acceder a la intimidad. En diciembre, pocas semanas antes de año nuevo, Alberto recibió una inesperada invitación.

- Justine me preguntó si ustedes no querrían viajar con nosotros a Bordeaux, los padres de ella estarían encantados de recibirlos.

- Sería bueno de verdad, se lo comento a Claire.

Sus encuentros gozaban ahora de un ámbito más sereno, atrás habían quedado las tretas destinadas a ocultar, o por lo menos disimular, sus citas furtivas en la pensión.

- Tenemos una invitación para las fiestas. Podríamos volver a hacer lo del año pasado, esta vez en Bordeaux con la familia de Justine.

Convencida -No voy a dejar solas otra vez a mi madre y mi abuela, no puedo.

- ¡Hasta cuando seguiremos tropezando con la misma piedra!

- ¡Lo que pasa es que sos egoísta, sólo pensás en tu comodidad!

- ¿Mi comodidad o nuestra relación? -respondió Alberto, conteniendo su irritación.

- ¡No sos capaz de ponerte en el lugar del otro!

- Es en buena medida lo que vengo haciendo, no es fácil. Quiero dejar de ser un elemento adicional y pasar a integrar de una buena vez el núcleo principal de tus intereses, de tu vida -le dijo él con aparente parsimonia.

- Me voy, no tiene sentido seguir hablando de esta forma.

Él sostuvo en silencio su dura mirada. Ella tomó con gesto nervioso su abrigo y su cartera, cerrando la puerta con brusquedad. Sus pasos se apagaron en el pasillo.

Al día siguiente la pregunta de Juancito fue puro formulismo, la expresión seria de Alberto lo decía todo.

- ¿Qué pasó?

- Parece que dejar a las viejas solas es el peor de los pecados. No puede, no quiere, no tiene el coraje necesario, o no le da el mate...

- Hacé como el año pasado, quedate en navidad que alguno te lo va a agradecer y te esperamos el treinta y uno.

- Creo que no tengo ánimo para celebraciones.

- No te comportes como un pelotudo, venite en tren que después volvemos juntos, te va a hacer bien. La gente es macanuda y vas a encontrar algunas primas que valen la pena.

- No jodas.

Como era de esperar Claire y Alberto no se comunicaron durante semanas y él, ante la perspectiva sombría de una noche de año nuevo en soledad, el treinta viajó a Bordeaux. Pareció una decisión apropiada, a poco de llegar pudo comprobar que la familia de Justine se ajustaba a la descripción de Juancito. Después, el bullicio y el alcohol parecieron alejarlo de sus penas.

Durante el regreso y las semanas que siguieron, apiadados por la tristeza inocultable de su amigo, Justine y Juancito se esforzaron, cada uno por su lado o al unísono, de mitigar su evidente y amarga aflicción. Alberto, que tan a menudo prefería el aislamiento del estudio o la lectura, comenzó a aceptar de buena gana las invitaciones, hasta que terminó convirtiéndose en un comensal casi diario en la mesa del modesto living de sus compañeros, o en la de algún ocasional restaurante. En primavera viajó a París por tres días para asistir a una reunión de exiliados. Escuchó allí noticias que no eran alentadoras, transmitidas tanto por personalidades de la cultura, como por simples militantes como él. El despotismo parecía tener mucho camino por delante.

Gozar de uno de los pocos días soleados de París lo llevó a entusiasmarse ante la vista del bello paisaje urbano. En un momento dado, no pudiendo evitar aunar la inspiración transmitida por los aires típicos de la ciudad con su dolor debido a la lejanía, perdió el control y se dejó llevar por un impulso que súbitamente lo acometió. Compró una tarjeta postal y escribió al dorso un mensaje por demás sugestivo que sustancialmente decía: “mi cerebro me pide que no la envíe pero mi corazón me incita a proceder, te extraño”. Buscó una oficina del correo y la remitió a la academia de idiomas de Lyon.

La llamada que recibió en cuanto regresó, señaló el inicio de lo que no era más que una recaída. Evidentemente no lograban desvincularse. Una vez más aceptaron los límites; retomaron la vida de amantes formales y volvieron a gozar el uno del otro, evitando, con sorprendente eficacia, las discusiones.

En agosto Alberto recibe una llamada desde París. Es uno de los integrantes de la agrupación de exiliados que, con voz excitada, le transmite la novedad. Por primera vez aparecieron solicitadas en los diarios argentinos reclamando se den a conocer las listas de los ausentes, además, le dice que han firmado ciento setenta y cinco personalidades de la ciencia, el trabajo, la cultura y el deporte. Cuelga el auricular y se dirige presuroso al encuentro de Juancito.

- Salió una solicitada pidiendo por los desaparecidos.

- ¡Que novedad, ya leí varias!

- En los diarios argentinos, boludo.

- ¿Clarín, La Nación, La Razón? No puede ser.

- Parece que esta vez es verdad, viene de una fuente seria. Puso el gancho gente importante, incluso Borges.

Con acento lúgubre -Mejor no hacerse ilusiones.

Entusiasmado -Es el principio.

- Es raro que a estos tipos se les haya escapado algo así, de cualquier manera saben tener todo bien controlado. Van a volver a apretar las clavijas.

- Para mí es una esperanza, no gran cosa, pero da ánimo.

- Paciencia hermano, de poder hacerlo volvería ya mismo. Me tienen cansado estos franchutes con su adicción al laburo. A vos parece que no te pasa lo mismo, que estás encantado con las exigencias del hospital.

- ¿Somos médicos, verdad? ¿Para qué estudiaste, para quejarte de la profesión?

- El día que podamos volver, voy a tener el gusto de mostrarte adonde se puede llegar. Por ejemplo, conseguí que el laboratorio *Compact* nos pague un viaje con la estadía incluida, supuestamente para conocer la planta fabril que garantiza la calidad de sus productos.

- Vas a disfrutar de tus vacaciones en Londres, y después vendrá el tiempo de recetar solamente el antiácido de esa marca.

- Que yo sepa no es ningún delito.

Se había habituado a no tener planes para el verano, pero como otras veces, Claire lo sorprendió tomando la iniciativa; le propuso viajar para conocer España, más precisamente sus costas mediterráneas.

- Ni falta hace que te lo diga, tu sugerencia me asombra, ¿Cómo pensás encarar la tormenta que la noticia puede desencadenar en tu casa?

- Les hago creer que nuevamente voy a visitar a Mélanie y Jean Louis. Hablé con ella y la puse al tanto, podemos hacer coincidir nuestra ausencia con una fecha en que ellos se encuentren en Estrasburgo. En principio mi amiga no estuvo muy de acuerdo, ya comprobaste lo formal que es, sin embargo la convencí. A él tampoco le gustaba el asunto, pero terminaron aceptando el papel de presuntos cómplices, si es que a mi mamá se le ocurre llamar.

- Si eso sucede, les va a crecer la nariz como a Pinocho.

- No son de madera.

Algo excitado -Todo lo contrario, son humanos de carne y hueso, gente buena con un gran corazón. Les debe extrañar que, a esta edad, tengas que recurrir un engaño para ocultar tus actos ¿Pero qué pasaría si no acepto la propuesta? Alguna vez puedo ser yo el que tenga algún inconveniente.

- ¿Cuál?

- Tendría que pensarlo.

- Eso no es jugar limpio.

Quedó pensativo, se lo veía serio

- ¡Dame un beso!

- ¡Con mucho gusto princesa, estoy descubriendo que, llegado el caso, no la perturba usar artimañas dignas de una bruja! Con cautela me manejaré, jamás la contradiría, las de su condición, montadas en un palo de escoba son un peligro.

Con este espíritu se lanzaron hacia el sur, al bendito Mediterráneo. Recorrieron las costas calurosas y soleadas del Levante Español hasta Alicante. Otra vez parecían olvidados en el norte los problemas y las incoherencias, a tal punto que se les antojaban lejanos. Bebieron sin objeciones del vaso de la felicidad, que parecía querer arrogarse las dotes de la eternidad. No parecían meros momentos los gozados, aparentaban haber atrapado a la misma vida; esa que todos sabemos finita.

Londres con sus verdes entornos, su clima apenas templado pero agradable, tenía la oferta ajustada a los intereses tanto de Justine como de Juancito. Él saboreó la satisfacción de ser recibido por un ejecutivo de menor cuantía, el inglés se mostró gentil y solícito mientras recorrían una planta de empaque situada en un barrio periférico. Luego llegó la presentación del gerente a cargo de los productos del área de gastroenterología de la empresa y las referencias a su par en Francia. Se sintió importante, halagado. Mientras recorría el lugar rememoró sus primeros pinitos en la lejana Mendoza y cobró alas en él su antiguo entusiasmo por ese terreno poderoso de los laboratorios farmacéuticos, a cuya sombra se movía una parte del empuje de la medicina moderna. “Ahí está la mosca”-pensó para sus adentros mientras era conducido de vuelta a su hotel. Logró disimular el aburrimiento que le provocaban los museos, pero fue gentil con su compañera. A instancias de Justine hicieron una excursión a *Stratford-upon-Avon y Oxford*. El paseo por la campiña esmeralda le resultó a Juancito mucho más sugestivo que la opresiva arquitectura de las galerías.

En cuanto se enteró de su regreso, el Profesor Brissard citó a Alberto a su despacho para ofrecerle iniciar formalmente la carrera docente en la Universidad.

- Encontramos en usted las cualidades requeridas. Tendrá más trabajo, se verá obligado a superar exámenes periódicos y se le exigirá la presentación de monografías anuales sobre temas a consensuar con el comité de docencia. Me permito aconsejarle que no desperdicie la oportunidad, este nombramiento será acompañado por su definitiva admisión como personal estable del hospital.

- Qué sorpresa, nunca imaginé pasar del estatus de simple colaborador en la formación de los alumnos. Desde ya que para mí es un honor, sólo le pido un poco de tiempo para pensarlo, le contesto la próxima semana.

- El lunes a más tardar.

En cuanto se enteró Juancito, lo conminó a aceptar la oferta. Percibió inmediatamente que tal circunstancia le brindaría otra oportunidad única de seguir prosperando al amparo de su amigo. Su vaticinio resultó certero. En su condición de adscripto a la cátedra, Alberto logró en pocos meses la incorporación de su compatriota. Él también integraría el plantel estable pero, sobre todo se desempeñaría en tareas asistenciales, todos conocían su total desinterés por la docencia y las obligaciones que ella acarrea.

En diciembre trasciende que los diarios argentinos han publicado otra solicitada, firmada esta vez por 12.600 personalidades descollantes en diversas actividades del país. Nuevamente utilizan este medio para exigir información sobre los desaparecidos y han agregado ahora el pedido de libertad de los presos por razones políticas. Alberto invitó a Juancito a acompañarlo a su casa, se había enterado de la noticia de labios de Guérin quien la había leído en *Le Monde*. Por el camino compró un ejemplar en un quiosco.

- Te dije que la publicación de agosto demostraba que estos hijos de puta ya no controlan todo como antes.

- Al paso que vamos dejarán el poder dentro de un siglo.

- Parecés un pájaro de mal agüero.

- Sigo siendo realista.

- Es difícil catalogarte. Primero fuiste monto y hasta jugaste a la guerra. Te escapaste por un pelito, ahora vivís lejos, sin correr riesgo alguno y gozando de la guita que te mandan.

- ¿Por casa como andamos?

- ¡Sabés que si estoy mejor es porque me rompo el ojete, laburo, estudio y por suerte, me lo reconocen! ¡Mi tío solo me trajo dulce de leche y yerba, nunca aprendí a manejar un arma, ni me interesa!

Claire se sorprendió al llegar. No eran habituales las discusiones acaloradas entre ellos.

- ¿Qué les pasa?

- Tu amado Alberto es poco objetivo, cree que en Argentina están por derribar al gobierno militar.

- No entiendo.

- Lee la noticia en el diario y da tu opinión.

Le llevó pocos minutos recorrer las líneas del artículo.

- ¿Es la segunda vez que aparece un pedido así en diarios importantes?

- Sí, las dos este año.

- ¿Desde que gobiernan los militares no había sucedido?

- No en más de cuatro años. Salvo el artículo de una compositora y escritora que se atrevió a expresar, con mucho cuidado pero claramente, una protesta disimulada a la que le puso un título irónico, “El país jardín de infantes”-explicó Alberto.

- ¿No sufrió las consecuencias?

- Hasta donde sabemos aquí, no.

- Parecen tener más coraje las mujeres. Bueno... son señales.

- Todo es relativo, en el mismo artículo dejó bien en claro su agradecimiento a las fuerzas armadas por la tranquilidad con que ahora se vive allí-volvió a intervenir Alberto.

- A pesar de la contradicción, permite abrigar esperanzas. El vaso no está lleno, ni mucho menos, pero ahora tiene algo. No podemos saber qué puede pasar, por lo visto el desarrollo será lento mientras no aparezca algún factor imprevisto. No discutan, tomemos un poco de coñac.

- ¿Le das la razón a Juancito?

- No mi amor, creo haber sido clara, además no soy una experta en el tema. Tu ilusión es legítima, sos una víctima y es difícil que seas razonable.

- Puede ser.

Ese año Alberto se vio eximido de prestar servicios las noches de Navidad y año nuevo, era uno de los beneficios que le acarrea su nueva posición. El privilegio no alcanzaba a su compatriota que debía permanecer en la ciudad a partir del treinta, a disposición del hospital.

Sin los anteriores avatares, Alberto buscó el visto bueno de Juancito para planificar pasar las navidades en paz en Bordeaux, con la agradable familia de Justine; sabía que lo recibirían con cordialidad.

Esta vez el grupo se reuniría el 31 en el departamento de Alberto a esperar las doce campanadas que despedirían el año; Claire los acompañaría pero se retiraría dos horas antes.

- Brindemos ahora, ya deben estar festejando en Moscú o en un ignoto sitio más allá de los Urales. Después de todo, en un lugar antes o en otro después, el momento exacto es una mera convención -propuso Justine.

- Por nuestra unión y que se cumplan los deseos -alzó su copa Alberto. Brindaron y luego la acompañó.

Las novedades que llegaban de Argentina daban cuenta de un progre-

sivo deterioro de la situación económica, al tiempo que comenzaban a trascender síntomas de malestar civil. Finalizaba el mes de marzo cuando se enteran de la novedad, el tirano había sido reemplazado.

- ¿Escuchaste la radio?

- No, estuve en la revista de sala toda la tarde -respondió Alberto.

- Lo rajaron a Videla.

- ¿Hubo elecciones?

- Sí, se juntaron cuatro de uniforme, tan perversos como él y le dieron una patada en el culo. Nuestra democracia no va con vueltas, es contundente.

- Vos me cargabas cuando te decía que la cosa no estaba bien. ¿A quién pusieron?

- A un tal Roberto Viola, se corre la bola de que es más dócil.

- ¿Cómo te enteraste?

- Llamé a París.

- ¿No era que no te calentabas más con la política?

- Algún día pienso volver.

- No pueden controlar la inflación, en la última carta mi viejo me dice que la gente compra dólares -acotó Alberto.

-Sin embargo los que aparecen por aquí encuentran todo barato, tan mal no deben estar.

- Esos que pasean son una minoría.

Transcurren apenas unos días cuando, desde París, le informan a Alberto respecto a la inestabilidad que se percibe en la Argentina.

- Empezó mal el Viola este, devaluaron el peso un treinta por ciento.

- Van a viajar menos, se acabó la joda.

La intranquilidad cada vez peor disimulada, se podía deducir claramente por el contenido de las cartas que con creciente frecuencia hablaban, desembozadamente, del deterioro económico. A través de ellas se podía inferir un incipiente pero creciente malestar político, aunque solo tangencialmente mencionaban la tragedia oculta que había sembrado de cadáveres el país. Llama la atención que en abril se vuelve a publicar la misma solicitada que había aparecido en diciembre. Pocos meses después llega la noticia de la formación de una Junta Multipartidaria civil de la que participan las principales agrupaciones políticas.

- Esto con Videla no pasaba-fue la inmediata deducción de Alberto.

- Si se animan a dar la cara es porque les aflojaron el torniquete.
- Están perdiendo el dominio -dijo un esperanzado Alberto.
- No exageres. Si se cansan, les pegan cuatro gritos: de frente marchen, y los tenés a todos estos figurones debajo de la alfombra otra vez.
- Ustedes volverán a tratarme de ingenuo pero veo que los tiempos se acortan.

- Ojalá -replicó Juancito, irónico.

Las novedades procederían, de ahora en más, de una patria lejana, a la que sentían cada vez más remota. En julio trasciende la liberación de la ex-presidenta María Estela Martínez de Perón, la que se exilia en España.

- La soltaron a Isabelita, ahora la tenemos a un paso, en Madrid.

- Esa turra se vino a juntar con la guita.

- Y con Lopicito.

- Si le queda una neurona en buen estado no va a querer saber nada de él.

- ¿Se la cogía?

- ¡Qué importa!

En septiembre la muerte del líder político Ricardo Balbín, da lugar a la primera manifestación pública que clama por la vuelta a la democracia.

- La gente se animó a salir a la calle, más que un velorio fue una demostración-comentó Alberto sin poder disimular su contenida exaltación.

- Refrescá la memoria, olvidaste que este “gran dirigente” le dijo a un periodista español “Creo que no hay desaparecidos, pienso que están muertos aunque no he visto el certificado de defunción de ninguno”. ¿Presumía de adivino, utilizaba una suerte de humorismo hermético? En último caso no era tema para chistes. Hermano no te ofendas, sólo te pido un mínimo de objetividad.

A poco de comenzado diciembre llega la noticia de un nuevo relevo en el mando supremo de un gobierno que se pretendía reorganizador, garante de la estabilidad.

- ¿Este quién es?

- Tiene pinta. Los yanquis lo definen como: “el general majestuoso”. Palabras que traducidas al sudaca básico, dejan en claro que es más de lo mismo.

- Las cosas se les están poniendo feas. Cambian a un petiso medio fulero por este que parece un senador romano.

- Estarán probando pasar de la leña a la seducción.
- Yo diría que muestran su creciente debilidad y confusión.

El hábito que parecía instalado para los festejos de fin de año, sufrió modificaciones. Alberto decidió permanecer en la soledad de su departamento durante la Nochebuena. Juancito y Justine repetirían lo que parecía una firme rutina, volverían a viajar a Bordeaux. Él regresaría solo el 29 porque, también en esta ocasión, debía cumplir sus obligaciones en Lyon.

- ¿No te molesta el aislamiento cuando todos están festejando en compañía?

- Un poco si mi amor pero no te preocupes, disfrutaré leyendo unos cuentos de Cortázar que me han dicho que son fantásticos, nada de medicina esta noche.

Para la cena preparé una comida especial y un buen vino. Brindaré pensando en vos.

- Yo también ¿Por qué no quisiste ir con ellos a Bordeaux?
- Estoy cansado del acoso de algunas primas de Justine.
- ¿Te crees un galán de cine?
- Al lado tuyo parezco un cuco.
- Portate bien.
- Desgraciadamente, no sé hacer otra cosa.

Después de años de silencio, los asalariados movilizados por la Confederación General del Trabajo comenzaban a expresar su descontento, reuniendo cada vez más gente. Ahora, en el pueblo parece prevalecer la indignación antes que el miedo. Una enorme multitud se congrega en agosto frente al templo de San Cayetano, el patrono del trabajo.

En el mes de marzo se suceden cinco manifestaciones contra el gobierno militar, culminando con una gran concentración que responde al llamado de la Junta Multipartidaria y la CGT bajo el lema: "Paz, pan y trabajo". Esta acción es duramente reprimida y deja el saldo de numerosos heridos y un muerto.

- La gente se anima a protestar, no lo podés negar.
 - Me ganaste, están pasando cosas que antes no sucedían -concedió Juancito.

- ¿Qué van a inventar los milicos para frenar las protestas? Los viejos me escriben que la situación económica está cada vez peor -informó Alberto.

- Los diarios publicaron la foto del muerto, es algo novedoso. No

encontraron la forma de esconderlo.

- Dicen que Galtieri es un alcohólico -comentó Alberto.

- No me extraña.

- ¿Los otros miembros de la Junta Militar también viven en pedo?

- No que yo sepa. De todos modos hace rato que se manejan como unos jodidos borrachos -respondió Juancito.

El viernes dos de abril, poco después del mediodía, el Dr. Guérin solicita que Alberto se dirija a su despacho. No bien este aparece, le comunica, evidentemente perturbado:

- La radio está informando de novedades que llegan de la Argentina.

Extrañado, no podía comprender qué acontecimiento ocurrido en su país, podía motivar a Guérin a convocarlo. Confundido, hasta imaginó alguna noticia luctuosa atinente a su familia.

- ¿Qué ocurre ahora?

- Han invadido las islas Malvinas. Es un asunto muy serio ¿Qué sabe usted de esas islas lejanas, perdidas en un rincón del mapa?

- Lo que me enseñaron en el colegio. Eran parte del Virreinato del Río de la Plata. Después de la independencia integraron nuestro territorio y tuvieron autoridades nacionales, hasta que a mediados del siglo XIX los ingleses se apropiaron de ellas. Mi país las reclama desde hace muchos años, hubo varias negociaciones que nunca llevaron a nada positivo. Jamás dejamos de sentir el asunto como un despojo, en los últimos tiempos ha intervenido la ONU.

- Es lo que les faltaba, un conflicto internacional.

- Estoy sorprendido, lo primero que se me ocurre es que lo han hecho para distraer la atención de la gente.

- Y aglutinarla tras una causa nacional, pero juegan con fuego -afirmó Guérin.

- Nunca dudamos de que eran un conjunto de asesinos y ladrones que trataban de ocultar sus fechorías, ahora queda clara su irresponsabilidad.

Encontró a Juancito junto a la cama de un enfermo, escribiendo en una historia clínica.

- Invadimos las Malvinas.

- ¿Qué?

- Me lo acaba de decir Guérin -dirigiéndose al enfermo en francés agregó, “discúlpenos señor, tenemos una emergencia, el Dr. Correa regre-

sa enseguida” -vamos a la enfermería que tienen una radio, son casi las cuatro, escuchemos las noticias.

El informativo que confirmó el desembarco y la toma de las islas, daba cuenta de una baja en el bando invasor.

- ¿Qué harán los ingleses?

- Negociar, no van a meterse en una guerra a miles de kilómetros. Los milicos seguro que esperan sacar algún prestigio de esto, las cosas estaban saliendo de control -reflexionó Alberto.

- ¿Y si se mandan?

- ¡Creés en la posibilidad de un enfrentamiento armado! Me parece una pelotudez y una locura.

- Bien visto, eso sería posible únicamente si le conviene a la Thatcher. Voy a llamar a mi casa -dijo resuelto Juancito.

- Más de uno se va a dejar llevar por un súbito ataque de patriotismo.

Aprovecharon el descanso del medio día para dirigirse a una oficina telefónica, Juancito tuvo suerte, encontró a su padre.

- Hola viejo ¿Qué está pasando?

- Hijo es un día histórico, las Malvinas son nuestras otra vez.

- ¿Vos crees que los ingleses se la comen sin chistar?

- Todo sucedió tan repentinamente que es imposible saber la reacción que tendrán. Lo cierto es que la gente está muy contenta.

- ¿Olvidaron quiénes son estos tipos?

- Ahora hay que mantenerse unidos, no es tiempo de discordias.

- Chau papá, un abrazo y un beso a mami.

Colgó y no pudo ocultar su perplejidad.

- ¿Qué te dijo?

- Que están todos muy contentos. Se cumple tu presagio.

Alberto, consternado, no pudo articular más palabras, volvieron cabizbajos al hospital. Terminada la jornada se reunieron en el departamento de Alberto.

- Esto es peor que el mundial de fútbol, puede morir gente. Pobres los colimbas, son pibes de apenas dieciocho años -comentó preocupado el dueño de casa.

- ¿Por quién hinchamos?

- No seas hijo de puta.

- Lo digo en serio, si a los milicos les sale bien esta parada, se quedan

por tanto tiempo que ni viejos y jubilados podremos volver.

- Esto recién empieza, es una jugada maldita, nada está claro.

- ¿Esperás a Claire?

- Sí, va a llegar en cualquier momento.

- Convidame con un coñac y me voy.

- No tenemos por qué brindar.

- Es para animarme a soñar que después de esto aflojan, declaran una amnistía y nos beneficiamos.

- Además de perverso, parecés un poco despistado -Dijo Alberto, sin ocultar su enojo.

- Salud.

Al día siguiente se conoce la Resolución de las Naciones Unidas que ordena la retirada de las fuerzas armadas argentinas de las islas.

- No te dije, esto les da pie para negociar-fue el comentario de Juancito.

- Los tipos están envalentonados, más ahora que algunos trastornados los miran con mejores ojos.

Dos días después el gobierno argentino, lejos de acatar el dictamen de la entidad internacional, refuerza sus posiciones en las islas. Comienzan los aprestos de las fuerzas navales del Reino Unido.

- Era previsible, los yanquis están tratando de mediar-señaló Juancito.

- ¿Mediar? A uno de los bandos van a apoyar.

- Al curda le guiñaron un ojo nuestros hermanos del norte.

- Yo no me fiaría.

Llega Justine y aporta una novedad desconcertante.

- Estoy segura que ustedes no saben el origen del nombre de las islas.

- En castellano o en inglés.

- En español.

- No veo que se relacione con nada conocido.

- Alguna vez se establecieron allí franceses de Saint-Malo que se dedicaban a la pesca, por eso ustedes las llaman Malvinas. Para nosotros fueron las "*Iles Malouines*".

- Lo que nos faltaba, ahora se van a meter los franceses y nosotros terminamos en gayola.

- Lo importante es que se pueda poner en marcha una negociación, todos aquí viven esta posible guerra como una lejana y absurda parodia-

sostuvo Justine.

Las novedades se suceden vertiginosas, el secretario de estado de Estados Unidos trata de encontrar el camino para una transacción que evite un enfrentamiento armado, pero choca con la posición inflexible de ambos bandos.

Poco después, la Comunidad Económica Europea decide un embargo al comercio con Argentina y la OTAN exige la retirada de sus tropas de las islas. Un mes después no existen dudas respecto a la decisión británica de recurrir a la fuerza. El 2 de mayo es torpedeado por un submarino nuclear, lejos de la zona del conflicto, el crucero argentino General Belgrano y mueren 323 tripulantes.

Claire y Justine interpelan a sus perplejas parejas, como si estuviera en las manos de ellos poder cambiar el curso del drama.

- ¿Qué esperan para echar a esos irresponsables que los gobiernan, creen por casualidad que van a ganar una guerra contra los ingleses apoyados por la OTAN?

- La gente no va a reaccionar en medio del conflicto, han donado bienes y joyas para las tropas, no es momento para manifestar disidencias-pretende esclarecer Juancito.

- De nada les va a servir cualquier intento de resistir, la disparidad de fuerzas es enorme-insiste Claire.

- Por lo que dicen nuestras familias, la inmensa mayoría vive el conflicto mirando televisión, como un programa más. No olvides que la censura de noticias es más estricta que nunca. Parece que a muchos les preocupa más el mundial de fútbol -comenta Alberto, evidentemente entristecido.

- No lo puedo creer, no es un juego de niños, los ingleses tienen misiles con cabezas atómicas, si les va mal las pueden usar -porfía Justine con un argumento que parece concluyente.

- Los yanquis no los dejarán llegar a ese extremo-se consuela Juancito.

- No me hables de los yanquis, todo indica que ahora, esos sinvergüenzas los apoyan... Mientras nosotros especulamos como si fuera una partida de naipes, unos pobres chicos se la están jugando en el fin helado del mundo. ¡Es el momento en que los canallas que los mandan deberían mostrar capacidad, conocimientos y coraje! -comenta Alberto visiblemente enardecido.

- No te hagas ilusiones, son los mismos torpes de siempre, sólo pode-

mos esperar engaño y corrupción. Un desastre -adhiera Juancito.

Un mes y medio después, la rendición de las fuerzas argentinas pone fin a una conflagración que duró setenta y dos días. La humillación, producto de la incapacidad y las mentiras, más cerca de un millar de muertes, la mayoría argentinas, sellan el destino del gobierno militar.

Unos meses después Guérin manifiesta, a la luz de las noticias que llegan de Argentina, curiosidad por las futuras decisiones de Alberto.

- Si vuelve la democracia podrá usted regresar.

- Sí, ahora no tengo dudas, tendremos democracia.

- ¿Qué piensa de su carrera en este hospital?

- Es un poco prematuro tomar alguna decisión en este momento, cuando no haya peligro haré un viaje, añoro mi país, quiero ver a mis padres, a la gente querida.

- Lo entiendo.

- No sé con qué me voy a encontrar, pasaron años, hechos muy traumáticos.

- Aquí se habla de miles de víctimas. Esas mujeres que desfilan por la Plaza de Mayo con pañuelos blancos son noticia en la televisión, e insisten en saber, ahora con más ahínco que nunca, sobre el paradero de sus parientes desaparecidos.

- Creo que debo manejarme con prudencia, no va a ser fácil desmantelar el aparato del terror que funcionó sin obstáculos durante tanto tiempo-reflexiona Alberto.

Juancito estaba exultante, la breve guerra le había deparado una novedad imprevista. Durante el conflicto Rouvière había abandonado anquilosados hábitos y comentaba casi a diario las novedades sobre Argentina, al tiempo que le preguntaba respecto a la suerte de su familia.

- Este tipo no comprende que en Mendoza nadie disparó tan siquiera un cohete. Que la vida sigue su curso como si las acciones hubieran transcurrido en otro continente -supo comentarle en esos momentos a Alberto.

- De lejos las cosas se ven peores -fue la lógica respuesta- ¿No seremos una nación insensata?

- Por lo que me comenta Justine, aquí, la mayoría de estos que se ven tan civilizados y patriotas, se bancaron a los nazis sin arrugar la nariz.

- ¿Y la famosa resistencia?

- Dice que fue una minoría.

- Claire perdió a dos tíos.
- ¿No será ese el origen de la rareza de su familia?
- No seas guacho.
- Discúlpame, los que se juegan me parecen unos pobres tipos poco realistas -afirmó Juancito convencido.

- Mirá quién habla.
- Lo mío fue una pendejada.
- Es hora de que madures.

La conmoción y curiosidad de Rouvière persistían.

- Volverán a tener libertades, nadie lo va a molestar, no seguirá siendo un perseguido. Podrá usted resolver si continúa con nosotros o retorna.

- Nada voy a decidir hasta que tengamos un nuevo gobierno.

- ¿Piensa que los peronistas van a ganar?

- Nunca perdieron una elección.

- ¿No es eso peligroso?

- No tengo una idea clara, el peronismo es algo tan particular que no sabría explicárselo.

- Aquí siempre lo vimos como un partido con inclinaciones fascistas.

- Tiene elementos de cualquier orientación, desde la extrema derecha hasta la izquierda más fanática.

- Usted estaba con estos últimos ¿Verdad?

- Sí, imprudencias juveniles.

En septiembre la Universidad llamó a concurso para el cargo de Jefe de Trabajos Prácticos en Clínica Médica y Alberto ocupó el primer lugar entre los postulantes.

- Vos no volvés más a las pampas.

- Trabajando podés lograr lo que quieras en cualquier parte. Si me prometés que te vas a ocupar como corresponde, te propongo como ayudante.

- Gracias, no me gusta la idea de enseñar a novatos.

- Como quieras.

- Extraño como loco.

- Yo también pero por ahora es peligroso moverse, el año que viene hay elecciones.

Con el cambio instalado en el horizonte cercano, que se sumaba a la tribulación y los trágicos recuerdos, la espera de los argentinos en el exilio

trocaba a nuevo tormento.

- Va a ser difícil encarar la vuelta sin tener miedo -reflexionó Juancito.

- Si gana el peronismo todo va a ser gradual. Los radicales los acusan de haber pactado con los milicos.

- ¡No me hablés de los radicales, siempre fueron flojos a la hora de poner cojones! -contestó Juancito.

- Claro, ahora me querés vender que los peronistas tienen agallas. Los maestros en el arreglo perpetuo. ¿Olvidaste lo que son tantos sindicalistas, lo que fue Isabel... López Rega?! -retrucó Alberto.

- Hay de todo.

- Las manzanas podridas contaminan al resto -señaló Alberto.

- ¡No discutan de ese modo, volverán a tener libertad que es lo importante! -los retó Claire con cierto enojo, en buena medida porque empleaban un extraño argot que mezclaba el castellano con el francés.

- Tenés razón mi amor, el árbol nos impide ver el bosque.

- Persistirán las madres clamando por sus hijos, los demás poco a poco olvidarán -dijo Justine.

- No creo que mi memoria flaquee y termine desdibujando la lección de estos años de plomo -insistió Alberto.

- Ustedes fueron víctimas directas, me refería a los que quedaron en Argentina, siguiendo con sus vidas como si tal cosa -aclaró Justine.

- Borrón y cuenta nueva, eso es realismo -acotó Juancito.

- No hay que hacerse ilusiones, deberán permanecer vigilantes. Cuentan que aquí, inmediatamente después de la liberación, muchos colaboracionistas se transformaron en resistentes de un día para el otro -dijo Claire.

- ¿Podrán ustedes votar desde aquí? -preguntó Justine.

- No.

- Hasta ahora no teníamos opción, este era, por suerte, nuestro lugar. Dentro de poco tendremos que elegir. No va a ser fácil decidirse. Por momentos pienso que quedamos a mitad de camino, que estamos perdidos, sin ancla, condenados a ir a la deriva -reflexionó Alberto.

- No seas tonto -dijo Claire, tratando de quebrar el clima solemne-si quedan a mitad de camino se ahogan en el Atlántico.

- De cualquier modo siempre extrañaremos -respondió Alberto.

- Sí, pero pueden atesorar el lado positivo de las experiencias que vivieron.

Ajeno a las humanas necesidades el tiempo fluía.

La realidad presionaba a Juancito y Alberto a asumir, cada uno con su particular estilo, cada vez mayores compromisos en el cotidiano devenir. El contexto, sutilmente, parecía pretender atarlos con firmeza a la nación que los había refugiado. Alberto con las puertas abiertas hacia un envidiable porvenir y Juancito, prosperando a su sombra; con otros horizontes acariciando sus sueños. El treinta de octubre, un domingo nublado y bastante frío, pasearon los cuatro en el auto de Alberto. Durante la mañana consiguieron evadir el tema que consumía a los argentinos. Pasado el mediodía, ya instalados en el típico restaurant familiar de un pueblo de las inmediaciones conocido por su buena comida, la lejana realidad capturó la atención del pequeño grupo. Durante la sobremesa Alberto salió hacia una oficina telefónica y habló brevemente con sus padres.

- ¿Qué cuentan?

- Por ahora todo parece normal, mis viejos ya votaron.

- ¿Por Alfonsín? -quiso saber Claire.

- No hace falta preguntar, seguro que sí.

- Después de escucharlos discutir durante semanas y a pesar de que no entiendo bien qué representa el peronismo, yo votaría a los radicales. Necesitan algo diferente ahora -afirmó Justine.

- Ustedes son europeas. Para nuestra realidad creo que sería mejor Luder. Los peronistas son más decididos, tienen coraje y eso es lo que hace falta en estos momentos-opinó Juancito con aires de suficiencia.

- ¿No te alcanza con ese impresentable de Iglesias quemando un cajón con los colores radicales, no lo viste por televisión el otro día?

- Vi al otro recitando el preámbulo de la Constitución, parecía una imitación barata de un vendedor de espejismos, no me convence. El pueblo es peronista.

- A pesar de lo que dicen las encuestas el resultado es imprevisible. Lo peor sería que la diferencia fuese pequeña -reflexionó Alberto.

Al atardecer, con un tiempo desapacible que presagiaba lluvia estaban de regreso en el departamento. Entraron en calor tomando café con coñac.

- Vamos a tener datos concretos recién después de la medianoche, ya le avisé a Guérin que mañana llego un poco más tarde. Me dijo que no me haga problema alguno, se va a ocupar de los alumnos hasta que yo aparezca.

- El seco de Rouvière ni se dio por enterado, no me preguntó nada y ningún comentario le hice. ¿Para qué arriesgar? Sólo habría logrado una inexpresiva mirada vacuna.

Cenaron temprano, no sólo por la costumbre local, sino para dar lugar a que Claire compartiera con ellos la mesa. Luego Alberto la acercó hasta las inmediaciones de su casa.

- No voy a dormir hasta tarde quiero saber el resultado, compartirlo con vos. Te llamo a las dos de la madrugada.

- ¿Vas a cenar otra vez? -preguntó Alberto sin reprimir el tono irónico.

- Sólo pienso acompañarlas ¡Puedo estar inapetente!

- ¿Está eso permitido?

- Te quiero mucho.

- ¿Qué es más importante para mí, que me llames a una hora insólita o el resultado en mi país?

- Farsante.

Amuchados y somnolientos, sin haber perdido un solo noticioso de la televisión y jugueteando con el dial en busca de diferentes radios, incluso alguna de España, pudieron darse por satisfechos. No cabía la menor duda acerca del inesperado resultado, un holgado triunfo de Alfonsín.

- Bueno este cambio es muy importante, nos podemos ilusionar con algo nuevo, mucho mejor -los ojos de Alberto brillaban.

- ¡Hasta la negrada lo votó! -fue el comentario incrédulo y sarcástico de Juancito.

- Felicítame amargo.

- ¿Vos personalmente qué ganaste?

- Ganamos todos boludo.

- El tiempo dirá.

Hacía rato que Justine dormitaba en un sillón, también ella debía concurrir temprano al hospital. La discusión en voz alta la despertó.

- ¿Qué pasó?

- Ganaron los radicales.

Sonó el teléfono, era Claire cuyo cuchicheo Alberto apenas percibía.

- Es un resultado mejor al que imaginabas. Que sea para bien.

- Gracias, nos vemos mañana a la tarde.

- Te mando un beso.

- Otro.

Tarde en la noche del diez de diciembre, Juancito y Alberto pudieron ver las imágenes que transmitía la televisión francesa sobre la asunción del nuevo presidente de la Argentina.

- ¿Cuánto va a durar este en el sillón?

- ¡Terminá con el pesimismo!

- ¡Es que se lo ve tan pobrecito!

- ¡Quién te dice que la democracia no vino para quedarse!

- La experiencia hermano. Pasado mañana los militares lo están apretando como siempre y termina aflojando como buen radical. Esto lo vimos varias veces, en cuanto les soltás un bocadito, los de uniforme quieren toda la presa y a marcar el paso.

- Nunca hubo un drama parecido al de estos años, eso deja su huella. No seas pájaro de mal agüero, dale una chance.

Las medidas del nuevo presidente civil no se hicieron esperar. En pocos días dispuso la anulación de la amnistía con que los militares habían querido asegurar la impunidad de sus atroces actos. A renglón seguido decretó el juzgamiento por la justicia civil de las juntas militares que habían gobernado los últimos siete años y también de los jefes guerrilleros. Además creó una comisión de notables que investigaría con total libertad las violaciones a los derechos humanos.

- ¿Qué me decís? Ni yo esperaba esto.

- Le voy a pedir a mi viejo que me pague un viaje, quiero estar ahí, palpar sobre el terreno como pinta la cosa -dijo Juancito entusiasmado.

- Si no te meten en cana o te secuestran, para la época de las vacaciones yo también me largo, vas a ser el canario que me señale la presencia de gas venenoso. No puedo ni pensarlo, me sacude el alma... Parece un sueño.

CAPÍTULO V

CABALGANDO ENTRE DOS MUNDOS

Magdalena organizó un almuerzo familiar el domingo siguiente a los comicios, feliz y excitada por la perspectiva de un próximo reencuentro con el hijo al que sus desatinos, y la época, habían confinado al exilio durante años.

- Quisiera tenerlo ya aquí, en casa.

- En principio es sólo una corta visita. No está mal en Francia, no te olvides que tiene una novia allí.

- En tus manos está conseguir que vuelva a tener oportunidades en nuestra provincia.

- Depende de lo que él decida.

- ¿Habrás sentado cabeza? Nos costó calmarnos después de aquellos días cuando milagrosamente, lograste que lo ayudaran a irse. Después, Silvia tuvo que recurrir a un psicólogo, nos acompañaba el miedo, cada tanto nos parecía que alguien rondaba la casa. Con el tiempo y la llegada de Gabriela el asunto pasó a ser sólo un mal recuerdo -comentó Enrique.

- Antes de casarnos le conté a Gustavo el drama que ustedes vivieron en su departamento. ¿Papá, qué se hizo de tu amigo Benítez? -acotó Julia.

- Ahora es subjefe de la policía provincial.

- Había visto a Juancito alguna vez en el club, y me enteré de lo sucedido porque su huida fue el chisme más popular de la época. Nunca hablé personalmente con él -aclaró Gustavo.

- ¿Si regresa vendrá con la francesa con la que vive, cómo es que se llama?

- Justine, es médica también. Cuando lo visitamos todavía no salía con ella. Si consigue arreglar sus asuntos, en los primeros días de marzo estará aquí-respondió estremecida Magdalena.

Considerando que no eran unas meras vacaciones, sino el regreso de un exiliado a su patria, los responsables del servicio no pusieron obstáculos a las componendas a las que recurrió Juancito para disponer de las dos primeras semanas de marzo.

- Te envidio, me emociona mucho que vuelvas. Me resulta difícil creer que se haya acabado el pánico, hermano -fueron las emocionadas palabras de Alberto ante el inminente viaje.

- Vos vas en julio -lo consoló Juancito.

- Te cuidaremos a Justine, pórtate bien. Nos vamos, los dejaremos solos.

- Buena suerte Juancito -le deseó Claire al tiempo que lo besaba en la mejilla.

Los amigos se estrecharon en un fuerte abrazo. Alberto lagrimeaba, tomó del hombro a Claire y se fueron caminando por el andén.

- No te imaginás cómo te voy a extrañar. Manéjate con sensatez, no te dejes engatusar por alguna mendocina, me han dicho que son hermosas.

- Perdí cuidado.

- Te quiero mucho.

- Yo también. Son sólo quince días.

Estaba viviendo el regreso con una llamativa tibieza. En el tren que lo conducía a París, el deseo de reintegrarse definitivamente a su país, idea que nunca dejó de acariciar, lo asaltó con renovados ímpetus. Percibía claramente que no le costaría demasiado reacomodarse en algún hospital de su ciudad. Descontaba que una vez tomada la decisión, volvería a disponer de los privilegios que sus padres le proporcionarían. Al abordar el avión le obsequiaron un ejemplar de *La Nación* del día anterior. "Ya estoy en casa" -pensó. Se le iluminó el rostro y sus labios dibujaron una tenue sonrisa.

Tomó dos vasos de vino con la cena, lo que le permitió dormir durante horas, hasta que lo despertaron con el desayuno. Después, recibió con total naturalidad el anuncio del inminente aterrizaje en Ezeiza. Una vez que completó los trámites de ingreso a Argentina, abordó un taxi que lo trasladó al Aeroparque y allí esperó unas dos horas la partida hacia su destino final.

Arribó a su ciudad una límpida y calurosa tarde. Tal como había sucedido en Lyon, durante el encuentro con su familia en el aeropuerto parecía el más frío de los participantes.

- Imagino que estarás cansado después de un viaje tan largo-fue el comentario de su padre cuando pudieron charlar algo más tranquilos; ya superados los momentos de las efusividades familiares.

- Es lógico papá. Pero si de algo me sirvieron tantas horas en soledad, es para haberme convencido, sin ninguna duda, de que quiero volver. Estoy ansioso por empezar a moverme.

- Sabés bien que oportunidades no te van a faltar. ¿No te convendría quedarte allí un tiempo más? Estás en un servicio de primera, muchos te envidian.

- Vos te abriste camino aquí y mal no te fue.

- Es verdad, pero además estás viviendo con una mujer que ni siquiera conoce nuestro país ¿Le planteaste la posibilidad de venir a vivir a Mendoza?

- No todavía, no sé qué voy a resolver respecto a nuestra relación.

- ¿La querés?

- Nos llevamos bien.

- ¿Tenés alguna foto de ella?

- Varias en la valija, después las vemos. ¿Qué pasa con Isabel?

- Nos visitaba con frecuencia cuando te fuiste, te extrañó. Hablaba de viajar a Francia, pero nos contaba, con evidente tristeza, que vos no la alentabas. Después poco a poco se fue alejando, vive ahora en Buenos Aires, le va bien, me han dicho que se va a casar.

La reunión familiar fue breve, primero Julia le presentó a Gustavo y conoció a su sobrina Gabriela, después, durante cerca de una hora, lo ametrallaron con todo tipo de preguntas respecto a su vida, sus proyectos y la relación con Justine. Por último, respetando su presunto cansancio se retiraron temprano.

La madre lo acompañó hasta su cuarto, al que había conservado intacto.

- Gracias mamá, es un sueño estar en casa otra vez.

- Que duermas bien hijo.

Al día siguiente se levantó tarde. Clotilde lo recibió en la cocina.

- Necesitaba verte Juancito, tu ausencia me dolía. Sin embargo, me animaba pensando que de una buena te habías salvado.

- Estoy de vuelta decidido a vivir aquí.

- Ya me lo dijo doña Magdalena. No sabés lo contenta que estoy.

- ¿Me servís el desayuno?

- Tu padre te está esperando en su escritorio, no ha concurrido hoy al hospital.

- Bueno, lo tomo ahí.

Se dirigió al encuentro.

- Buen día viejo.

- ¿Descansaste bien?

- Perfecto, en mi cama, no lo puedo creer.

- Estuve pensando que no se vería con buenos ojos que te incorpores a mi servicio en el hospital. Se crearían tensiones con la gente que me acompaña desde hace años.

- ¿Entonces?

- La sala de pediatría tiene un solo integrante medianamente especializado en tu materia, es un hombre ya mayor, Arturo Lagomarsino. Él, más temprano que tarde se va a jubilar. Además, están construyendo un nuevo hospital de niños, será el más importante de Cuyo y, para cuando lo terminen, vas a ser el único especialista en la región.

- No conozco a esta persona, además no soy pediatra.

- Pero sos joven, no es tarde para especializarte, vas a hacer carrera sin dificultades. Salvo Arturo, aquí casi no tenemos a quien recurrir, podés llegar a convertirte en el primer jefe de un servicio.

- Jamás lo hubiera pensado...

- Nadie te apura.

- Ahora me voy a dar una vuelta, me parece mentira que pueda caminar por las calles, tomar una cerveza, buscar a algún amigo del colegio; hacer lo que se me antoja sin sentir miedo.

- Date el gusto, no quería ir al hospital sin antes conversar con vos ¿Te acerco?

- Gracias papá prefiero ir a pie. Además, antes de salir voy a hacer alguna llamada para ver a quien puedo ubicar.

Buscó en su vieja agenda y con aprensión discó los números. La mayoría de sus antiguos amigos ya no vivían con sus padres, no obstante, consiguió los nuevos teléfonos de alguno de ellos o el de sus trabajos. Localizó a varios y quedaron en encontrarse por la tarde en una conocida confitería del centro. Titubeó antes de intentar comunicarse con los padres de Jorge.

El sitio que funcionaba como puesto sanitario, donde pasó tantos días encerrado, no tenía teléfono. En las agitadas horas en la casa de Julia que precedieron a la precipitada huida, no había preguntado por la suerte de Marta y Jorge. En aquellos álgidos momentos empleó todas sus energías

en salvarse. Ya instalado en Lyon no pudo evitar, por más que lo intentase, pensar en ellos y otros compañeros; eso lo llevó, muy a pesar suyo, a pedir información a sus padres. En aquellos tiempos, los intentos para averiguar el paradero de un individuo debían hacerse empleando extrema cautela; Juan lo hizo, recurrió para ello a diversas personas que supuso conocían a los Salvatierra. Terminó enterándose de que habían sido detenidos o secuestrados en sus lugares de trabajo, ambos términos se confundían como si fuesen sinónimos. Puso al tanto a su hijo de esta novedad y le pidió que no mencionara más el tema en sus cartas. Cuando se encontraron en París, Juancito volvió a preguntar, pero no había nada nuevo, su padre, por prudencia, no había llamado a Pedro a su trabajo.

Después de un rato se decidió y marcó el número que figuraba en su agenda. Lo atendió una mujer que le informó que esa familia hacía años que no vivía allí, le sugirió averiguar en la redacción de un diario. Consultó la guía telefónica y llamó al periódico. Tuvo éxito, la telefonista pasó la comunicación.

- ¿Es usted el señor Pedro Salvatierra?

- Sí, ¿Quién habla?

- Juan Correa Laguzzi

Después de un breve silencio, percibió que el tono de la voz se había opacado bruscamente.

- ¡Juancito!, me parece mentira oírte, ¿Volviste?

- Por pocos días, quiero hablar con usted.

- Por supuesto, debemos hacerlo, vení a la redacción, como ves ahora estoy en *El Nuevo Cuyo* ¿Recordás la dirección? Es en la peatonal Buenos Aires al 200.

- ¿Puedo ir ahora?

- Sí, te espero.

Cortó la comunicación y se dispuso a salir. Un vago temor lo inquietaba. ¿Cuántos sabían que él, apurado por el comisario Benítez, había señalado a compañeros? ¿Estaba al tanto de esa delación la gente de Mendoza, Salvatierra en particular?

Acompañado por una extraña mezcla de ansiedad y aprensión caminó desde la casa de sus padres hasta el centro de la ciudad. En el trayecto fue ganando confianza. El paisaje se le antojaba extraño, como cubierto de una rara pátina, sin embargo, recordaba la sucesión de calles, reconocía

edificios.

Al preguntar por Pedro se enteró de que dirigía la redacción. Lo hicieron pasar a lo que sin dudas era la antesala del despacho. Pedro se presentó de inmediato, él, que apenas había alcanzado a sentarse se puso de pie. El padre de Jorge, visiblemente avejentado, no pudo contener la emoción.

- ¡Juancito!

Lo abrazó. Por un momento quedaron parados mirándose, luego a una indicación de Pedro tomaron asiento en dos sillones enfrentados.

- Perdóname, verte me reaviva la herida que, como podés imaginar, nunca terminó de cicatrizar. Tu imagen de tipo maduro me lastima el alma. En estos tiempos Jorge podría estar ocupando mi puesto.

- Concretamente, ¿Qué se sabe de ellos?

El hombre sonó su nariz.

- Nada, ni de ellos ni de Carlos, el cura de la villa. Marta estaba embarazada.

Un infrecuente velo de amargura cubrió el rostro de Juancito. Su dura mirada contrastaba con los ojos cubiertos de lágrimas de Pedro. Por un rato no atinaron a pronunciar palabra.

- ¿Cómo puede ser que nadie sepa nada?

- No tengas duda alguna, hicimos todo lo posible, revolvimos cielo y tierra. Hubo y sigue habiendo demasiados cómplices o indiferentes, gente que mira para otro lado. Con el director del diario vimos al obispo, suponíamos que debía estar afectado por el escándalo de la desaparición de uno de sus sacerdotes. Nos dejó peor, casi sin consuelo, sus respuestas fueron un atroz catálogo de cinismo.

- Se mudaron.

- Sí, no soportábamos ver la casita del fondo vacía. Ahora vivimos en un departamento en el centro.

- Me gustaría poder hacer algo.

- Después de tantos años nosotros perdimos las esperanzas, pero queremos encontrar a nuestro nieto. Si es que nació. En Buenos Aires hay una organización de abuelas, ahora con la democracia quizá la búsqueda sea más efectiva. Irene viaja con frecuencia, se ha contactado con ellas y con las madres que todos los jueves dan vueltas en la Plaza de Mayo.

- Regreso a Francia en pocos días. En cuanto arregle mis asuntos allí, pienso volver definitivamente. Voy a pasar por su casa una de estas tardes,

quiero ver a Irene personalmente.

- Te doy la dirección.

Salió del edificio consternado. Hacía calor, caminó hasta la esquina y entró en un conocido bar para sentarse en una mesa junto al ventanal, pidió una cerveza y poco a poco recobró el ánimo. Anduvo sin rumbo fijo el resto del día y almorzó frugalmente en un restaurant céntrico. En realidad, quería estar solo, tenía la sensación de redescubrir su ciudad. Cuando llegó la hora prevista para la cita con sus viejos compañeros se había recobrado totalmente del mal trago. Durante los efusivos saludos estos no percibieron en él alteración alguna, la reunión transcurrió sin contratiempos y en un clima tranquilo, agradable. Con diligencia su padre entrevistó al director del Hospital Emilio Civit, el que le dio los datos para que Juancito contacte al Jefe de la Sala de Clínica Pediátrica. Dos días después concurrió al nosocomio donde fue muy bien recibido, todos parecían encantados con la posibilidad de incorporar a un experto formado en el exterior; el Dr. Lagomarsino se entusiasmó con la idea de tener un sucesor.

- Hijo, lo importante es tu decisión, el resto será simple formalidad burocrática.

- Gracias papá, los días que me quedan los voy a dedicar a pasear, encontrarme con algún conocido y descansar.

Estaba contento, nadie había mencionado su turbulento pasado. Los días que restaban los dedicó a entrevistar a colegas con los que compartiría el trabajo en un futuro no muy lejano, una forma de ultimar los detalles que facilitarían su inserción en el hospital.

Las largas horas del regreso le permitieron diagramar sus próximos pasos. Seguiría en Lyon hasta julio, a fin de completar otro año de servicios.

En el andén de la estación lo esperaba Justine, ansiosa por recibirlo. Detrás de la cariñosa reacción al divisarla, junto al beso y el abrazo que marcaron el reencuentro, no se advertía en Juancito demasiado entusiasmo.

- ¿Cómo te fue, cómo encontraste a tu país después de todo lo que pasó?

- Al llegar me parecía mentira, no pude dejar de sentir una rara sensación de inseguridad que duró poco.

- ¿Tu familia?

- Todos bien gracias, conocí a mi sobrina y mi cuñado.

- ¿Pensás volver definitivamente?

- Sí, Justine, mi lugar está allí.

- ¿Y el mío cuál es?

- Tenés que terminar tu residencia. Quiero vivir con vos allá, nos puede ir muy bien.

- Jamás pensé en dejar Francia, salvo para un viaje de turismo. ¿Cómo será Argentina? Sobre todo, después de semejante desastre ¿Cuándo pensás trasladarte?

- En julio, agosto a más tardar.

Ella no pudo evitar la exteriorización su evidente sorpresa, y molestia-
¡Tan pronto! ¿No podés esperar un año más y nos vamos juntos?

- Una vez tomada la decisión no veo motivo para retrasar mi partida. Tendré que especializarme en pediatría.

- ¿Por qué?

- Es el puesto que me ofrecieron.

- ¡Una verdadera sorpresa!

- ¿Tenés miedo a la competencia?

- Con esta noticia me sobran las preocupaciones, que llegemos a tener la misma especialidad es lo de menos. Vayamos a casa, podés descansar hasta que vuelva del hospital con Alberto.

Evidentemente despreocupado, durmió unas cuantas horas, lo despertaron cuando la noche había caído sobre Lyon.

- Aquí traigo a un argentino desesperado.

- ¡Que haces pibe! Parece que no tuviste problemas.

- Me vuelvo. Ahora voy a poder llevar adelante mis planes, nadie me habló del pasado.

- ¿Eso es bueno o malo?

- A mí me tranquilizó.

- ¿No es un poco apresurado?

- Las cosas cambiaron, creo que no es mucho lo que arriesgo. Me están esperando con un puesto en la sala de pediatría; voy a tener que hacer la especialidad, después corro con la ventaja de no tener competencia. Estaban buscando un reemplazo para el único médico de niños al que consultaban por los problemas gastroenterológicos complejos, un señor

mayor a punto de jubilarse.

- Podemos arreglar para viajar juntos en julio.

Pocos días después habían logrado finalizar los trámites que les permitirían conciliar los deseos con las obligaciones, partirían en la primera semana de agosto.

Extremando las precauciones y recurriendo a sus conocidas dotes, Juancito, que había elaborado su plan hasta el mínimo detalle, consiguió aplacar las angustiantes incertidumbres que asolaban a Justine. Él le aseguraba un porvenir compartido, prometedor y seguro. Vaticinaba su instalación en Mendoza, no preveía inconveniente alguno, sus padres lo ayudarían. Luego ella viajaría para conocer la ciudad y el país. Se harían tiempo para una escapada, de ese modo vería con sus propios ojos alguno de los hermosos sitios turísticos de Argentina y gozarían de unas cortas vacaciones. Eso podría ser para las fiestas de fin de año, confiaba en que ella convencería a sus superiores y lograría prolongar el feriado. Seis meses después, una vez completada la formación de Justine, se casarían en Francia para afincarse definitivamente en Mendoza.

- No le va a ser fácil a Justine, creo que nunca previó moverse de Lyon -opinó Alberto.

- Se va a adaptar, irá a un país acostumbrado a recibir inmigrantes, donde hasta la constitución les da la bienvenida. En mi familia la van a recibir con los brazos abiertos.

- ¿Y el idioma?

- En la academia donde trabaja Claire hay gente que enseña castellano.

- De vos lo que aprendió son malas palabras -porfió Alberto.

- No te hagas el santo, que más de una vez escuché a Claire echarse alguna puteada.

- Pura casualidad, se me escapó el insulto por una calentura y ella me preguntó qué quería decir. Le resultó simpático.

- Ahora a moverse. Tengo que preparar el examen para que me den por válido el tiempo que pasé aquí. ¿Tenés idea de cómo es?

- Eligen casos reales de la sala, los tenés que presentar con la mayor prolijidad posible, después te hacen preguntas sobre la patología padecida por el paciente. Nunca dejan de lado los temas importantes de la especialidad. Presencié alguno, te aconsejo estudiar, el clima es amable pero no te regalan nada, son justos.

Por unos minutos quedó callado.

- No me acostumbro a la idea de que te vayas. El destino nos unió aquí, somos casi como una familia.

- Y lo vamos a seguir siendo. Tengo el palpito de que también vas a volver y, aunque vivas en Buenos Aires, con el tiempo la especialidad nos va a juntar otra vez.

- Puede ser.

La tensión de Justine se hacía más evidente a medida que pasaban las semanas. No obstante, colaboró con él, lo atendió para facilitarle el estudio, aceptó salir poco los días en que no trabajaban, e incluso leyeron juntos ciertos temas como modo de contribuir a su esfuerzo. Poco antes de la prueba y oficiando de juez espurio, Alberto aportó al empeño de su amigo, señalándole algunos puntos flojos en sus conocimientos. El examen que se prolongó durante toda una mañana, tuvo como resultado que Juancito aprobase con lo justo, la nota mínima necesaria para superar un bochornoso fracaso.

Para él lo importante fue haberlo logrado y tener ese certificado que usaría en Mendoza como carta de presentación. Sin perder tiempo organizó un festejo para esa tarde, lo harían en el bar que tantas citas de Claire y Alberto había presenciado. Allí se lo vio excitado, eufórico, totalmente ajeno a la melancolía de sus amigos. Estos padecían un doble sufrimiento, por su definitiva partida y por la inocultable pena de Justine, superada por una congoja que no podía disimular.

Separadas por unos metros, las dos parejas protagonizaron una nueva despedida en el andén de la estación.

- Un cariño muy grande a tus padres, aunque sólo los conozco por tus relatos. Tengo de ellos la imagen de dos buenas personas. Cuídate y disfrutá del regreso, volvés a la libertad -fueron las emocionadas palabras de Claire.

- Mentiría si te digo que no tengo miedo. Cuando vea al primer policía argentino, no voy a dejar de sentir que me está observando.

- Sólo será al principio, después la realidad se va a imponer.

- Claire, nunca quise a nadie como te quiero a vos. Te llevo conmigo, no importa donde esté, siempre te voy a tener a mi lado...

- Deseo que tengas un buen viaje y lo disfrutes. Te quiero mucho.

Un poco más allá tenía lugar el cruel adiós.

- No estés triste, es el comienzo de una nueva vida.

- Desde ahora me pongo en campaña, debo conseguir vacaciones extendidas para la época de las fiestas.

- Mientras tanto me dedico a instalarme allí y preparar el terreno.

- ¡Cuánto te quiero, Juancito!

- ¡No sabés cómo te voy a extrañar!

El tren partió, quedaron solas.

- Se está rompiendo nuestro grupo. Aparte de mi vínculo con Juancito, él y Alberto eran parte de la vida en el hospital.

- Alberto se va en los mejores momentos de nuestra relación, pero vuelve, quizá nos haga bien esta separación temporaria.

- Nunca entendí porqué no te brindaste más, es un tipo formidable que te ama entrañablemente. Podés sentirte molesta por lo que te voy a decir, no quisiera inmiscuirme en tu vida -vaciló levemente- el caso es que nunca entendí la disociación que mantenés entre él y tu familia. Esa imposición de que no te llame a tu casa, la rotunda negativa a que él vaya ahí a buscarte. A lo mejor todas estas novedades te ayudan a actuar de otra manera, los plazos para las definiciones en nuestras vidas, se están acortando.

- Hasta ahora logramos que cada ámbito ocupara su lugar.

- No sé qué utilidad puede tener eso, Alberto te adora.

Algo apresurada -Bueno, nos seguimos viendo.

Con indisimulada ironía.

- ¿Qué te parece si nos mantenemos comunicadas, me podés dar tu teléfono?

Fingiendo naturalidad -Sí, anotá.

Justine escribió los números en una libretita.

- Nos hablamos.

- En cuanto tengamos novedades.

Mientras el tren rodaba hacia París en un mediodía caluroso, Alberto sentía haber perdido el patrón que regía sus sensaciones.

- Vuelvo a un territorio remoto, desdibujado.

- En unos días se te pasa.

- ¿Qué será de mis compañeros de militancia?

- Vas a tener que dejar de lado algunas cosas del pasado; pensá que en

un lugar o el otro te espera una nueva vida y vos vas a ser el que decida donde seguirá tu historia.

- No me ofendas, luché por un mundo mejor. Te lo digo sin aspavientos, jamás voy a olvidar a mis compañeros, nuestra causa fue noble, buscábamos justicia.

- No sueñes, los verdaderos dueños de casi todo, siguen firmes al mando. Siempre se las ingenian, las saben todas.

Abordaron el avión y con la ayuda de la azafata pudieron acomodarse sus pertenencias en el portaequipajes. Liberado, Alberto se desplomó en su butaca.

- No lo puedo creer.

- Con la cena nos tomamos un buen vinito mendocino, te va a ayudar a dormir un rato. Si no te alcanza, en el saco tengo una petaca con coñac.

Sin mayores preocupaciones pesando sobre su alma, el que se entregó al sueño en cuanto retiraron la bandeja de la cena, fue Juancito. Su compañero apenas si logró dormitar de a ratos.

Cuando encararon la cola para pasar el control de migraciones, se lo veía a Alberto enhiesto y tenso, sólo se aflojó al salir al hall del aeropuerto, cuando divisó a sus padres entre el gentío.

Los abrazos, los besos y las lágrimas, fueron prolongados y hondamente sentidos. El hijo y sus progenitores estuvieron así un rato, hasta que Alberto reaccionó cuando se percató, confundido por la situación, el alboroto y el desorden, que no había presentado a Juancito.

- Perdón, estoy un poco perdido. Me olvidé de Juan Correa Laguzzi, el compañero de aventuras en Lyon, él vuelve definitivamente.

- ¿Viajás a Mendoza?-preguntó David.

- Sí.

- ¿Cuándo?

Miró su reloj.

- Dentro de tres horas.

- Te acercamos al aeroparque.

- ¿No les queda a trasmano?

- Somos de Palermo, el desvío es corto. De todos modos, en este momento es tanta nuestra alegría que te llevaríamos, aunque viviésemos lejos. No es poca cosa haber sido el único compatriota que Alberto tuvo cerca.

Dejaron a Juancito en el Aeroparque donde los amigos se separaron.

- Nos escribimos macho, después de lo que vivimos vamos a estar asociados para siempre.

- Gracias por todo Juan.

Se abrazaron conmovidos, después Alberto subió al auto que inmediatamente partió.

- No termino de llegar y me tengo que despedir de un amigo con el que pasé todos estos años.

- Tranquilízate, no seas tan exigente. Es un momento muy especial, tenés que darte tiempo.

- Todo me parece raro, irreal. La gente se comporta como si aquí no hubiese pasado nada.

Al acercarse al barrio comenzó a reconocer edificios, cierta esquina, algún bar.

Miraba los detalles conmovido por sentirlos al mismo tiempo familiares y extraños. El recuerdo que guardaba, no terminaba de encajar con el escenario que estaba viendo. Cuando entró en el hall del edificio esa impresión se acentuó más aun, ya en el departamento le pareció que todo había encogido ¿La nostalgia lo estaba engañando?

- Tenés acento.

- ¿Qué decís mamá?

- Que hablás con esa erre rara.

- No me doy cuenta.

- A tu amigo le pasa lo mismo.

- Estoy en casa, me parece mentira -dijo con los ojos brillantes.

Dejó la valija en su cama, entró en el pequeño comedor diario y se sentó en una silla junto a la mesa. Sus padres lo miraban intranquilos.

- ¿Tenés soda mamá?

- Sí, como siempre.

- Tengo sed y aunque parezca una boludez, hace años que nadie me sirve un vaso de soda de sifón.

Hicieron silencio mientras él bebía.

- ¿Luis sigue viviendo al lado?

- Sí.

- Es el primero al que quiero saludar, estoy vivo gracias a él.

- Siempre pregunta por vos, le avisamos que llegabas hoy.

- ¿El portero es nuevo?

- Don Julio se jubiló, ahora viene este muchacho que vive en la otra cuadra, la portería está vacía.

Luis no estaba en su casa, seguramente se encontraba en el quiosco distante dos cuadras, donde paraba el colectivo.

- Voy a verlo.

- ¿Te acordás donde está el puesto de diarios?

- Sí papá.

- ¿Te acompañamos?

- Si no les molesta prefiero ir solo para encontrarme con él, después camino un poco por el barrio, no voy a tardar mucho.

Al acercarse lo divisó detrás del mostrador, ojeando una revista, le pareció mayor que en su recuerdo. El otro, que levantó la vista cuando se paró enfrentándolo, comenzó a sonreír en cuanto lo reconoció e inmediatamente, sin disimular el apuro, salió a la vereda para fundirse con Alberto en un abrazo que tuvo tanto de vigor como de silencio. Se miraron.

- Me salvaste la vida.

Sin ocultar la emoción- No sabía en qué andabas, pero sí lo que leías. Cuando paró el Falcón, se bajaron esos monos y tocaron el timbre de tu casa, no tuve la menor duda. En ese momento salía, Rosa me estaba atendiendo el boliche. Como me habías dejado el número del hospital aquella vez que te consulté por el dolor en la panza, volví a entrar y llamé.

- Te debo una grosa. La casualidad quiso que atendiera yo.

- Hubiera dado lo mismo, les llevó tiempo salir a buscarte. Unos pocos minutos de demora no cambiaban nada, igual te rajabas... Dios así lo quiso.

- Después de tantas muertes ¿Quién entiende los mensajes divinos?

- Tenés razón ¿Cómo te sentís? ¡Pasó tanto tiempo!

- Raro y emocionado.

- ¿Te quedás muchos días?

- Dos semanas.

- Si podés, me gustaría charlar con vos cuando cierre el quiosco ¿Qué te parece a eso de la una y media? Vamos al boliche de la otra cuadra y nos tomamos un café.

- Seguro, ahora voy a dar una vuelta.

- Chau.

A medida que caminaba se fue serenando. Al llegar a la Avenida Córdoba quiso sentarse en un bar a tomar algo, pero cayó en la cuenta de que no tenía dinero local. Le resultó divertido “¿Me aceptarán dólares para pagar un café?”-pensó.

Lentamente, regresando a su casa, fue percibiendo que el encantamiento inicial comenzaba a ceder, la realidad cobraba fuerza resurgiendo del pasado. Nebulosas imágenes recuperaban nitidez, se recubrían de un renovado relieve y volvía a encajar el lugar borrosamente evocado, con el entorno que sus ojos contemplaban. Durante su exilio había mantenido contacto con algunos compañeros del grupo de militancia, escribiendo a sus domicilios si es que todavía vivían allí; en la mayoría de los casos fueron familiares los que le informaron de las nuevas direcciones. Ahora, sin demora quería reencontrarse con ellos. Volviendo sobre sus pasos se dirigió al bar donde compartió una afectuosa, y por momentos triste, charla con Luis, evocando hechos del pasado reciente.

- ¡Cómo tardaste! Ya nos estábamos preocupando.

- Después que él cerró el quisco, fuimos con Luis a tomar un café. La conversación fue larga. No tenía forma de avisarles, ahora quiero usar el teléfono para ver si encuentro a algún amigo.

Le contestó uno que había vuelto de su exilio en Méjico el que, una vez repuesto de la sorpresa, aceptó visitarlo esa misma noche.

Habló luego con un antiguo colega del hospital.

- ¡Alberto! ¿Volviste?

- Por un par de semanas. ¿Cómo están las cosas en el Udaondo?

- Igual que siempre. Vení y charlamos.

- Voy mañana.

- Te espero, me vas a dar una gran alegría.

Fue una velada extenuante, al cansancio del viaje se le sumaban capas de sobresaltos ante la aparición de parientes, algún vecino y el camarada de la militancia.

Nadie quería dejar de darle la bienvenida y expresarle la satisfacción de reencontrarlo. Después de medianoche se desmoronó en su cama, extenuado. Dormitando volvió a Lyon, a esa ciudad tan diferente. Su ensoñación se deslizó utilizando el francés... qué lejos quedaba todo aquello. Claire, su belleza cobijando conflictos eternamente pendientes, su amor por ella. ¡Cómo la extrañaba! pensó, ...mientras el sueño cobraba profun-

didad y lo vencía: “Ese amor es un espejismo... ¿Quién está libre de ellos?”

Recobrado, sintió un profundo placer mientras su madre le servía el desayuno.

- Vieja ¿Que colectivo tomaba para ir al hospital?

- Caminabas hasta Plaza Italia, ahí para el treinta y siete -con un dejo de ironía- ¡Que yo me olvide las cosas es normal, pero que te pase a vos!

- Son años mamá.

- Contame algo de la chica con la que salís ¿Vive con vos?

- Ya te dije, se llama Claire y vive con su familia. Nació en Lyon y allí pasó toda su vida.

- ¿Tenés una foto de ella? Ayer no quise pedírtela porque esto era una romería.

Fue al dormitorio y volvió con un pequeño álbum.

- Pícaro, lo tenías escondido ¡Qué linda que es! Con semejante belleza vos no vas a volver-alzando la voz -David, cuando termines de afeitarte, vení a admirar la hermosa nuera que vas a tener.

El padre fue enfático -Tu madre no miente, Alberto, tu pareja es como uno imagina a una francesa de pura cepa. Escuché que vas al hospital, salgo en media hora. Podemos ir juntos hasta Plaza Italia, yo tomo el subte y vos el colectivo.

- Bueno papá.

Visto desde la calle, el hospital se veía igual que el día en que huyó de la guardia para salvar su vida. Le chocó la desprolijidad del interior, la vetustez del mobiliario, la falta de mantenimiento del edificio, el desaseo general. Una enfermera lo detuvo en la puerta de ingreso al sector.

- ¿Qué busca señor?

- Al Dr. Edgardo Peralta.

- ¿Es por un enfermo?

- Soy médico, quedamos en vernos hoy aquí.

- Pase doctor, está en las habitaciones del fondo.

- Gracias.

Lo vio leyendo un informe, era la historia clínica de un hombre demacrado que yacía en la cama. Esperó a que termine y entró al cuarto.

- Hola Edgardo.

- ¡Alberto! -Se abrazaron en silencio- Llegaste justo cuando terminé de ver a mis pacientes. Vamos a la cantina, todos los días como algo liviano a

esta hora. Pidieron sándwiches y una gaseosa.

- Me enteré por tus viejos que estabas en Francia. Esperé un poco para llamar y lo hice desde un teléfono público, al principio me daba miedo; después que te fuiste desaparecieron varios que se desempeñaban en el hospital. Estábamos aterrorizados. Aunque no hubiésemos tenido participación alguna en actividades políticas, la sensación de persecución era constante. La democracia por fin volvió, pero la gente se sigue cuidando, todavía nadie se siente totalmente seguro.

- Vi caras nuevas.

- No te extrañes si alguno de tus viejos compañeros finge no reconocerlo...

- Poco a poco se van a soltar.

- Va a llevar mucho tiempo. ¿Qué planes tenés?

- Vine por quince días a reencontrarme con mis afectos y mi ciudad.

- ¿Estás bien en Lyon?

- Me dieron más de lo que me hubiera animado a pedir. Tengo un cargo estable en el equipo del hospital y gané el concurso de Jefe de Trabajos Prácticos en la Cátedra de Clínica Médica, una condición que me abre el camino para la carrera docente. Me pagan un buen sueldo. Al principio viví en una pensión donde se alojan residentes, ahora alquilé un departamento y tengo un auto.

- ¿Y el nivel del hospital?

- Excelente.

- ¿Francesita?

- No hay problema, abundan.

- Tenés que estar mamado para volver.

- Este es mi país, ahora puedo elegir.

- ¿Qué apuro tenés?

Hacia una hora que hablaban animadamente, cuando Edgardo miró el reloj.

- Tengo que volver a la sala.

- ¿Puedo hablar con el director?

- Creo que sí, ahora no hay problemas. En los tiempos tenebrosos tuvimos un coronel que era urólogo, actualmente el puesto lo ocupa Rocatagliata.

- ¿Diego, el gordo?

- Sí, primero estuvo interino, después ganó el concurso. Vamos a hablar con la secretaria.

El director estaba en una reunión. Edgardo lo dejó esperando. Después de un rato lo hicieron pasar. La conversación fue amable y el funcionario, que lo recordaba, le informó que teniendo en cuenta el motivo de su abrupta deserción, llegado el caso estudiarían su reincorporación al servicio. Luego buscó nuevamente a Edgardo y juntos se dirigieron a la puerta principal, en el trayecto, aliviado, comprobó que la mayoría de los viejos conocidos lo saludaba sin empacho alguno.

- Gracias, te veo antes de viajar.

- Nos hablamos.

Había pasado el mediodía. Después de asesorarse con los integrantes de una cola, tomó el colectivo indicado que lo dejó en Maipú y Corrientes. Allí se encontraba el edificio de la telefónica. Pidió una cabina y después de esperar un rato lo comunicaron.

- Hola soy Alberto Liberman, quiero hablar con Claire.

Alguien que corre a avisar, Claire que acude presurosa al teléfono.

- Hola Alberto ¿Cómo te han ido las cosas?

- ¿Mi amor cómo sabías que era yo?

- No tengo tantos galanes, mejor dicho, tengo sólo uno.

- Todo bien por aquí, sin sobresaltos.

- ¿Tus padres?

- En la gloria por el regreso del hijo y, por si eso fuera poco, después de ver tus fotos, dicen que jamás soñaron con tener una nuera tan linda.

- Te extraño.

- Me hacés falta...necesito más clases de francés.

- Sólo tenés que venir.

- Estaré aquí sólo unos pocos días. Mientras tanto disfruto de mi familia, mis amigos, el barrio; de poder vagar sin miedo por las calles.

- Mi amor te comprendo, estoy con vos, te merecías este regalo. Aprovechá el momento, yo te espero y te mando un beso.

- Otro.

Olvidó las dificultades, la breve conversación lo había transportado otra vez al paraíso. Motorizado por el entusiasmo que la distancia que los separaba exacerbaba a cada paso, volvió a la casa de sus padres para tomar dinero. Luego viajó en colectivo hasta la Avenida Santa Fe para comprarle

regalos a Claire.

A medida que fueron transcurriendo los días en la ciudad que lo había visto nacer, sus dudas se esfumaban, perdían fuerza. No tenía claro cuándo ni en qué circunstancias, pero regresaría. Ese era el sitio que lo definía, con el que se sentía absolutamente consustanciado.

Las largas horas de vuelo eran campo propicio para las meditaciones obsesivas, cavilaciones que una y mil veces lo llevaban a idéntica conclusión “Tengo el camino alfombrado en Francia, podré vivir allí tranquilo junto a Claire, ¡si ella se decide nos espera un porvenir sin sobresaltos! Pero mi corazón siempre estará en Buenos Aires; esto no se resuelve especulando respecto a lo que me pueda deparar un futuro profesional o económico”.

El tiempo que necesitó el Dr. Lagomarsino para comenzar a sentir aprensión, respecto a los intereses y los verdaderos conocimientos de quien estaba destinado a sucederlo, no fue excesivo. Desde el inicio de su actuación en el hospital, Juancito se preocupó más por establecer relaciones con las autoridades y los representantes de los laboratorios, que por la atención de los pequeños. Para evacuar las consultas que le hacían llegar, generalmente referidas a casos complicados, fue elaborando sobre la marcha un ingenioso modus operandi; este consistía en tomar conocimiento, puntillosamente, de las dudas de los que habían solicitado su intervención, infiriendo así sus razonamientos. Luego comentaba el asunto con los pediatras más experimentados, o su propio padre en alguna ocasión. Raramente buscaba artículos en la bibliografía. Por último, estampaba en la historia clínica un informe que no era más que la sinopsis de las mejores opiniones que había podido reunir. Poco le preocupaba la mediocre imagen que de sus dictámenes pudieran tener los demás.

Siguiendo la táctica de desgaste empleada con Isabel unos años antes, las comunicaciones con Justine se fueron espaciando. A medida que transcurrían los días, pasó de una llamada telefónica semanal, a breves cartas saturadas de lugares comunes. Ocultó prolijamente que tenía un nuevo domicilio independiente, un departamento que su padre adquirió a su nombre en un tranquilo barrio de la ciudad. Para la señora Magdalena seguía siendo el hijito travieso y desprolijo.

- ¿Mamá tengo correo de Francia?
- Sí, como todas las semanas ¿Le diste tu nueva dirección?
- No lo hice para no complicarla.

- ¿Cómo la vas a confundir?, debe ser una chica despierta, es una profesional.

- Sí, pero nunca estuvo aquí y no habla castellano.

- No entiendo.

- Igual paso casi todos los días. No te hagas problemas.

A pesar de sus manejos, en octubre no le quedó otra alternativa que emplear toda su creatividad para disuadirla. Alegó estar pasando un mal momento, inventó un falso conflicto con su padre y otra serie de dificultades, para dar así lugar a un pedido de postergación del viaje. Desesperada, Justine buscó a Alberto en el hospital.

- No va a ser bueno tratar este tema aquí y a las apuradas, Claire va a estar esperándome porque sale más temprano de la academia. Después vamos juntos a mi casa. ¿No te molesta que ella participe en la conversación?

- Para nada.

En el corto trayecto hasta el departamento de Alberto, se ocuparon de nimiedades relativas al trabajo. Nada concreto sabían sus amigos, sólo había comentado con ellos, muy superficialmente, acerca de los preparativos y de su entusiasmo por conocer Argentina. Los tres se sentaron alrededor de la mesa y Alberto sirvió gaseosas. Entonces la afligida Justine habló:

- Me pide que difiera el viaje.

- ¿Por qué? -preguntó Claire.

- Dice tener problemas, especialmente con el padre. No le va bien, quiere estar solo.

- En ese caso qué mejor que tu compañía. Nunca me pareció una persona propensa al desaliento, todo lo contrario. ¿Vos Alberto qué pensás?

- Me escribió una carta, pero no menciona en ella nada íntimo, sólo cuestiones generales de su nueva vida, el trabajo, la familia.

- ¿Nada más?

- No Justin. A lo mejor te conviene abrir un paréntesis.

- Yo lo quiero, lo extraño...

El previsible llanto cortó sus palabras.

- No te precipites en sacar conclusiones, una situación así necesita un poco de tiempo para clarificarse. Quédate a cenar con nosotros.

Asintió con un gesto. Trataron de evitar el tema esa noche, pero la figura del cuyano no podía soslayarse, había sido durante años parte de la

vida cotidiana del grupo y la pareja estable de Justine.

De lo poco que conversaron respecto a Juancito durante las siguientes semanas, mansamente y sin que en ese momento ella lo percibiese en su exacta dimensión, podía deducirse que él comenzaba a ser un recuerdo en la vida de Justine, la que con gran dificultad trataba de digerir la inmutabilidad de esa pérdida.

La espera que Alberto se había impuesto respecto a sus planes, tuvo un final inesperado en noviembre, cuando el Dr. Guérin lo llamó a su despacho.

- ¿Qué piensa de futuro?

- Sinceramente creo que volveré a la Argentina.

- No le pregunté antes porque pensé que, dadas las circunstancias, no le es nada fácil tomar una decisión definitiva.

- Francia me ofrece un porvenir más cómodo y con mejores perspectivas, pero siento que jamás olvidaré a mi tierra que siempre la extrañaré. Me unen a ella afectos intransferibles.

Evocando sin poder evitar el gesto de desilusión -Un poeta austríaco, Rainer María Rilke, dijo que la patria es la infancia.

- Una gran verdad en pocas palabras, se trata de un sitio inmodificable.

- Hay algo más que eventualmente podría retenerlo aquí...

- Mi relación con Claire transcurre ahora por un período asombrosamente tranquilo, pero confinado a las condiciones que ella estableció férreamente desde el principio. Hace rato que admití que esta modalidad es insostenible en el largo plazo, no puedo ilusionarme con un porvenir compartido.

- Personalmente lo aprecio de todo corazón y me agradaría que se afinke definitivamente entre nosotros. Por otro lado, es Brissard el que ha pensado elevarlo en la jerarquía, lo que supone nuevas responsabilidades, pero antes necesita saber si cuenta con su continuidad en el hospital.

- La suerte quiso que usted fuera mi superior, en realidad lo siento como a un amigo mayor al que, por lo visto, se le pueden confiar problemas personales. Brissard también me ayudó en los momentos más difíciles. Debo ser franco, desearía completar otro año más aquí.

- En ese caso contamos con usted hasta el próximo verano.

- Me parece lo más razonable.

Al mediodía llamó a Claire a la academia.

- ¿Qué pasa?

- En vez de encontrarnos en el departamento quisiera verte en el café.

- Bueno, a las seis estoy allí.

Llegaron casi al mismo tiempo y tuvieron suerte, la mesita habitual estaba vacía. A Claire se la veía relajada.

- ¿Por qué aquí?

- Este ha sido nuestro lugar desde que te conocí. Me pareció adecuado para hablar de nuestra relación -el rostro de ella comenzó a reflejar tensión. El motivo es que hoy Guérin me pidió una definición sobre mi permanencia en el servicio, si decido quedarme, me ascienden nuevamente.

Enojada y sorprendida -No necesito preguntarte, te vas.

- Sí, vuelvo a Buenos Aires y quiero que viajes conmigo.

Le dirigió una mirada inclemente.

- Sabés que es imposible.

Él, que se mostraba decidido a no abandonar el tono afable, luego de unos minutos en los que imperó el silencio, comentó con un dejo de causticidad.

- No creo posible que llegemos a viejos sin definir nuestra relación.

- ¡No admito chantajes! -respondió visiblemente perturbada.

- No es una extorsión, se trata de una declaración de amor. ¿Qué proponés?

- Me voy, creo que es lo mejor.

- Te acompaño.

- Gracias, conozco el camino.

Calculando que en Mendoza serían las primeras horas del día, Justine tomó la decisión que venía postergando, llamó a la casa de los Correa Laguzzi. Clotilde creyó comprender el nombre de Juancito y trató de explicarle que no vivía más allí, pero no logró hacerse entender. Frustrada buscó a Alberto.

- Te pido disculpas si estás ocupado. Necesito que me hagas un favor, llamé a la casa de Juancito y no puedo lograr que le pasen la comunicación.

- Espérame cinco minutos.

Demoró un tiempo algo mayor al estipulado, luego habló con Clotilde y anotó un número que esta le indicó.

Justine no podía ocultar su ansiedad -¿No está, tan temprano van al

hospital en Argentina?

- No vive más en la casa de sus padres.
- No me dijo nada de una mudanza.
- Tengo su nuevo número.
- ¿No te molesta si lo llamo desde aquí?
- Podés hacerlo, siempre que sea una conversación breve.

Estaban usando el despacho de Guérin. Presintiendo noticias desagradables, Alberto decidió esperarla en las cercanías.

- Hola.

Ella se emocionó al escucharlo. - ¡Juancito!

- Hola Justine.

- ¿Cómo estás?

- Bien, un poco sorprendido.

- ¿No vivís más con tus padres?

- No.

- Nunca me comentaste nada de tu cambio de domicilio, yo te seguía escribiendo a la misma dirección...

- Perdóname Justine, estaba saliendo para el hospital.

- ¿No podés seguir hablando?

Fríamente -No en este momento, me esperan, te mando un beso.

Cuando salió, Alberto no necesitó preguntarle nada. Ella lloraba quedamente.

- Vamos a tomar un café.

Callados caminaron, hicieron el pedido en el mostrador del comedor y buscaron una mesita.

- Creo que tenés que dejar pasar un tiempo, Juancito no es fácil.

- Me veo como una estúpida.

- Sos una buena persona.

- Lo que construimos se está desmoronando.

No hablaron durante un buen rato, hasta que él no pudo evitar referirse a sus propios problemas, mientras ella lo miraba con los ojos congestionados por las recientes lágrimas.

- Las cosas se precipitan, Brissard me tiene en cuenta en sus planes para el futuro y eso terminó por decidirme, yo también vuelvo a la Argentina.

- ¿Y Claire?

- Conocés la situación. Discutimos...

- ¡Otra vez!

- Sabés que la amo, y que mi sueño desde hace mucho tiempo, es que compartamos la vida. Estoy dispuesto a casarme con ella, aquí o allá. Esta dilación sin futuro tiene que definirse.

El drama ajeno había logrado apartarla de su propia desdicha.

- Nunca la entendí. Esa cerrazón, el negarse a tratar el tema de su familia, ni que fueran una casa real ¿Por qué no manda todo eso a la mierda? ¡Dios le da pan al que no tiene dientes!

- Viajaré el próximo verano, decisión que me duele mucho, me angustia. Las circunstancias están determinando el fin del dilema.

- Te comprendo.

- Y yo a vos.

Después de la llamada de Justine, Juancito dejó de escribirle. La última noticia que ella tuvo fue una tarjeta de navidad que dejó un tiempo en una repisa, para terminar, arrojándola, poco después, al tacho de la basura.

Alberto encontró a Claire en su living, esperándolo sentada en un silloncito. Hacía más de un mes que no tenían noticias el uno del otro. Él optó por besarla en la mejilla.

- Bonita sorpresa.

- ¿Cómo estás?

- Bien ahora, hace mucho frío afuera.

- ¿Me invitás a comer?

- Improvisemos con lo que tengo.

- Te ayudo.

Muy a su pesar, Alberto no logró disimular su agrado por el simple hecho de volver a verla y pareció olvidar que era la reiteración de un doloroso rito inconsistente. Gozaron placenteramente de la comida y del aceptable *beaujolais*. Evidentemente, el juego al que ella lo invitaba consistía en ignorar la última, amarga discusión y sobre todo, sus motivos. Ante esta tácita incitación, él se sentía totalmente desarmado, no podía intentar defensa alguna. La sobremesa fue un festival para los sentidos y la diversión, ella lo prolongó a tal punto que él se vio obligado a esforzarse para contener, a duras penas, su clímax hasta el demorado final.

- Me siento bellamente destruido, cogiendo sos una fiera.

- Estoy extenuada.

- Tener que salir ahora es un castigo.

- Si no te molesta me quedo.

- ¿Cómo?

- Me quedo a dormir con vos, con la condición de que no me sometás a un interrogatorio.

- Esto es un milagro.

- ¿Existen?

- Parece. La semana pasada salí bastante angustiado del hospital y seguí el consejo que me diste la primera vez que caminamos, cuando me guiaste por la ciudad. Fui hasta la Catedral de Saint-Jean y me quedé un rato relajándome, sentado en un banco, admirando esa maravilla, reposando en el silencio que allí reinaba... me hizo muy bien.

- ¿No querrás bautizarte?

- Lo aceptaría únicamente si de nuestra misa de esponsales se tratara.

La respuesta fue un beso. Durmieron plácidamente. Jamás supo Alberto el pretexto que había usado Claire para poder acompañarlo esa noche, el hecho concreto es que el acontecimiento no se repitió. Incapaz de escapar del círculo vicioso en que ella y sus circunstancias lo encerraban, pocos días después arregló una visita al taller del señor Suarez. Como su situación era, en esta ocasión, mucho más desahogada, pudo comprar un hermoso y original anillo de oro con piedras engarzadas. Cuando se lo entregó dos días después en el bar, se repitió el rito usual, el desborde de las muestras evidentes de íntima alegría y agradecimiento que, por otra parte, él esperaba. Por último, lo miró a los ojos, se levantó un poco de su silla y lo besó. Poco después, durante la última semana de noviembre realizaron un viaje que les permitió disfrutar nuevamente la hospitalidad de Mélanie y Jean Louis en Estrasburgo.

Juancito volvió a tener una agitada vida social. El exclusivo club al que concurrían los Correa Laguzzi organizó una fastuosa fiesta de fin de año. Pasada la medianoche, superados los brindis, extinguidos los fuegos de artificio, en el momento en que dejaba el grupo familiar dispuesto a proseguir la celebración en la casa de un amigo del colegio, distinguió a una hermosa morocha desconocida que parecía estar sola. Todavía con el vaso de champán en su mano, ni lardo ni perezoso, se acercó a ella sonriendo.

- Salud.

- Hola, salud. Que tengas un buen año.

- Mejor no podía empezar -dijo mientras apuraba un trago.

- Apenas pasaron unos minutos.
- Los suficientes para encontrarte, Juan me llamo.
- Alicia.
- No creo haberte visto antes.
- Soy de San Luis, estoy aquí con mis tíos.

La vida había dispuesto que Juancito topara con Alicia Travolta, una joven arquitecta, integrante de una familia de la alta burguesía puntana. Sus acaudalados parientes eran los dueños de una empresa dedicada a la construcción de obras públicas, muy conocida en todo Cuyo. El impulso para estudiar esa carrera se había originado más en el deseo de su padre, que en la existencia de una genuina vocación. Alicia era bastante bella y discreta.

- ¿Querés bailar?
- Sí, vamos.

Danzando conocieron sus apellidos y profesiones, poco después aprovechando un intervalo en la música tomaron otra copa de champán.

- ¿Qué te parece si nos vamos? La noche está hermosa.
- Le aviso a mi tío.
- Te espero junto a la salida.

En aquellos tiempos en que Juancito daba alas a su propósito de olvidar el pasado, pretendiendo una tranquilizante amnesia, vivía en un presente rebotante de promesas y buenos momentos. Pero, al mismo tiempo, innumerables familias de víctimas de la dictadura que no cejaban en sus demandas, exigiendo noticias sobre la suerte de sus parientes, sufrieron un duro golpe a manos del gobierno democrático que, atosigado por continuos planteos de las fuerzas armadas, cedió siguiendo el compás de una siniestra jugarreta política. Dejando de lado previas posiciones, insta al congreso la aprobación de dos leyes que prácticamente, congelan la posibilidad de juzgar a los que participaron activamente en los horrendos crímenes de la dictadura. Los padres de Marta y Jorge comentan la novedad, que es una piedra más interpuesta en el camino de sus menguadas esperanzas.

- ¡No tienen vergüenza! Creen que con barrer la basura debajo de la alfombra nadie se va a dar cuenta del engaño.
- Aunque se hagan los sordos nunca vamos a dejar de reclamar.
- Eso es lo que quieren, que nos dejemos de joder; así, los que algo

saben callarán para siempre. Son tan perversos que no entienden que se trata de hijos, de hermanos, tal vez de nietos.

Ellos sostienen su ilusión en el relato de antiguos prisioneros que sobrevivieron y de una enfermera del hospital militar local. Cerrada la vía legal, Irene se desplaza con frecuencia a Buenos Aires donde participa de las ininterrumpidas marchas de las madres y mantiene viva su relación con la organización de las abuelas. Un viaje adquiere especial significado para ella y para miles de parientes de víctimas. En la capital comparte la celebración por la restitución a su familia de origen de la primera nieta rescatada. Una tenue luz parece iluminar el insondable fondo de un túnel que amenazaba extenderse hasta el infinito.

Toda especulación suena superflua. Hablar del destino evoca la cursilería más ramplona, pero no podemos eludir el contexto que nos dice, sin pedir disculpas, que parecían hechos el uno para el otro. Pronto encontraremos al mendocino fatigando los 250 kilómetros que lo separaban de la casa de los Travolta. Después Alicia vivirá un corto tiempo en Mendoza, supervisando la construcción de un colegio a cargo de la empresa de su padre. A todo esto, las familias se conocerán, congeniarán y aprobarán la decisión de sus hijos de casarse el próximo invierno.

Nadie tuvo el mal gusto de recordar los oscuros antecedentes de Juanito y, por lo tanto, su mala fama.

Cerca del mediodía un sorprendido Alberto escuchó la convocatoria de la enfermera del piso, Correa Laguzzi lo llamaba desde Argentina.

- ¿Cómo van las cosas Alberto?

- Bien, ya te escribí que vuelvo. Si no aparecen inconvenientes de último momento será en agosto; no te molestaste en contestar.

- Te voy a dar una noticia que te caes de culo.

- Te arrepentiste y volvés.

- No, me caso.

- ¿Contra quién?

- Se llama Alicia.

- ¡No te puedo creer!

- Me gustaría verte ese día, es en julio, el 22.

- ¡Qué lástima! Por pocas semanas me pierdo la fiesta.

- No sabés como lo lamento, te quería avisar con tiempo.

- Te agradezco hermano, les deseo lo mejor. Tratala bien, debe ser una

buen persona.

- Un abrazo.

- Estoy con vos.

“¿Quién será la pobre víctima, -pensó Alberto mientras volvía por el pasillo- Justine todavía no se repuso del disgusto, trabaja y estudia más que nunca, no termina de resignarse y este ya se está casando con otra?”.

La despedida de soltero consistió en una juerga de viejos amigos. Después de algunas horas y ya visiblemente borrachos, agregaron al alcohol la infaltable presencia de algunas rameritas contratadas para coronar la diversión. Orondo, haciendo gala de un provocador desparpajo, el novio demostró a la vista de todos que estaba en excelentes condiciones para desempeñar su papel en la noche de bodas.

El día del casamiento Magdalena entregó a su hijo, regresado por unas semanas a la casa de sus padres mientras terminaban de arreglar el nuevo departamento, el telegrama de Alberto. Aunando esfuerzos, las familias habían financiado el cambio de vivienda, la joven pareja viviría en un amplio semipiso mucho mejor ubicado. No llamó la atención que, de sus compañeros del hospital, sólo aceptara concurrir a la ceremonia el Dr. Arturo Lagomarsino, obligado por su antigua relación con el padre de Juancito. La fiesta tuvo los ingredientes esperados: una prolongada misa de esponsales en una iglesia ricamente decorada, seguida por una recepción en los salones del club. Los contrayentes lucían espléndidos y el buen humor imperante les auguraba un futuro promisorio. Por las obligaciones de ambos, la luna de miel debió limitarse a una semana en el sur de Chile.

A todo esto, el joven Dr. Correa Laguzzi, con poca trayectoria profesional en Mendoza, fue admitido como miembro titular de la Sociedad de Gastroenterología local. Era el primer peldaño, porque él aspiraba a ocupar un puesto en la comisión directiva de la entidad. Para ello debería cumplir con lo que el reglamento exigía; la presentación de un trabajo científico. A su juego lo habían llamado, sin perder tiempo reunió a un grupo de concurrentes recién ingresados al servicio de pediatría del hospital. Gente bisoña, ávida por trabajar, que encaró con entusiasmo la ímproba tarea que les encomendó; verificar los casos, durante los últimos diez años, de úlcera gastroduodenal en niños y adolescentes de la región. Esta sorprendida cohorte se vio compelida a elaborar una revisión de la bibliografía sobre el tema basándose en textos clásicos de pediatría y acre-

ditadas revistas de la especialidad que se podían consultar en la universidad. Con los datos reunidos de esta manera, dedicó él algunas semanas a la redacción del escrito que fue incluido, para su lectura, en un ateneo. La concurrencia premió con nutridos aplausos su exposición, luego contestó con bastante solidez alguna pregunta acerca de la rigurosidad de la encuesta, dejando una aceptable impresión en los oyentes, congratulados por el empeño puesto en el rastreo de los datos. Cumplimentado el requisito, ese mismo invierno se incorporó como vocal en la dirección de la sociedad. El siguiente paso, en cuanto las circunstancias lo permitieran, sería escalar posiciones en el entramado local para lograr un sitio en el nacional con sede en Buenos Aires. Los primeros intentos no fueron auspiciosos. Sus pobres pergaminos científicos, su lamentable desempeño en el hospital y su falta total de interés en la docencia, amén de su aspereza en el trato, generaron resistencias. Enfrentando a sus ambiciones, se ubicó desde un primer momento el Dr. Aníbal Iglesias, a la sazón Profesor Titular de la Universidad Católica de Cuyo, individuo que ocupaba el sitio de referente moral, además de científico, entre los profesionales de la región. A pesar de esta piedra en su camino, dando razón al dicho popular: “persevera y triunfarás”, logró el año siguiente, apalancado por su padre y un grupo de amigos de éste, ser designado representante cuyano. Debería viajar una vez por mes a Buenos Aires.

El carácter altisonante y casi marcial de sus primeras intervenciones en las reuniones que comenzaron en marzo en la capital, produjeron, en la mayoría de los integrantes, una pésima impresión. Era difícil tomar con seriedad sus bravatas huecas, muchas veces carentes de sentido, destinadas más que nada a hacerse oír a cualquier costo. No obstante, suscitó cierta simpatía en un pequeño grupo de participantes jóvenes. Eran dos representantes de la Ciudad de Buenos Aires y un delegado de Tucumán. Esto determinó que, al cabo de pocos meses, el pequeño círculo le reconociera cualidades de caudillo. Después de las reuniones, a medida que se disgregaba el núcleo de las figuras más respetadas, casi todas bastante mayores que ellos, se reunían en una salita adyacente para relajarse allí entre bebidas, sándwiches y chistes groseros. Válvula de escape que les resultaba útil para espantar el tedio del reciente cónclave.

El embarazo de Alicia se manifestó en septiembre.

Una noche, antes de dormir, ella le pidió a Juancito que apagara el

televisor.

- ¿Qué pasa?

- Tengo un atraso.

- Alguna vez nos descuidamos.

- Mejor hubiera sido planearlo. Soy la responsable de la obra del colegio que recién va a estar listo para marzo del año que viene.

- Los primeros meses podés seguir ocupándote, tu viejo va a tener tiempo de buscar un reemplazante.

Acongojada -Es mi primer edificio importante.

- Se trata de nuestro primer hijo.

Acurrucándose junto a él.

- ¿Por qué no fuimos precavidos?

- No jodas.

- ¿No me das un besito?

Satisfecho el pedido, él dio media vuelta y se durmió.

Mientras caminaba, conversando en un pasillo del hospital, súbitamente el Dr. Juan Correa se desplomó. Prestamente trataron de reanimarlo mientras lo trasladaban. La alarmante novedad fue comunicada de inmediato a Juancito que arribó pocos minutos después al servicio de cardiología, donde trataban de auxiliar a su papá. Escoltado por un colega que le pidió que se mantuviera a distancia, impávido presencié las desesperadas e inútiles maniobras que se llevaban a cabo para revivir el cuerpo exánime. Después, evidenciando serenidad, Juancito se impuso la misión de evitar que se realizara la autopsia. Logrado ese cometido, acompañado ahora por un Enrique sumamente acongojado y no repuesto aún del inesperado golpe, serio y decidido, aceleró los trámites burocráticos pertinentes.

Al día siguiente, en el cementerio, se ocupó de saludar ceremoniosamente a todos los concurrentes al sepelio. Eran evidentes su tristeza, su agobio, tenía los ojos enrojecidos, pero nadie lo vio llorar. De vuelta en su casa, se sentó en un sillón del living.

- ¿Querés tomar algo?

- Tengo frío, tráeme un té.

Alicia se dirigió a la cocina y él quedó pensativo hasta que ella volvió.

- Gracias.

- Te vendría bien descansar un rato ¿No querés acostarte?

- Va a ser necesario poner orden en las cosas del viejo.
- No te atormentes con eso ahora, ya tendrán tiempo.
- No va a ser fácil.

Palabras razonables porque, después de un período de calma, tal como está escrito, sobrevendría la tempestad.

Una bella tarde de junio, una vez que hubo completado los trámites relativos a la adquisición de su pasaje y el envío, por vía marítima, de ciertas pertenencias que quería conservar como recuerdo de esos años, Alberto se sentó en una mesa de un café céntrico. Una vez acomodado y mientras saboreaba una copita de *Dubbonet*, pensaba: “Nunca voy a poder olvidar lo que viví aquí, acabo de quemar los barcos... hacer esto no me resulta nada fácil, pero no puedo echarme atrás. Tengo que guiarme por mis sentimientos y, después de darle tantas vueltas al asunto, también por mis razonamientos. Debo jugarme, aunque se me parta el alma. Ella parece tomarlo como un jueguito más, se la ve muy segura ¿Creerá que este terrible intríngulis se solucionará gracias a algún ardid mágico o un milagro?”

Se despidieron la segunda semana de agosto en un departamento que conservaba sólo los impersonales muebles del primer día. Claire había decidido faltar a la academia.

- Es nuestra última tarde.

Muy seria -No voy a ir mañana a la estación. Nos separamos hoy, no quiero verte partir.

Emocionado -Por favor, no repitamos lo mil veces dicho...sin embargo no puedo contenerme... Claire...no me imagino no verte nunca más.

Con ironía -¿Por qué tan drástica tiene que ser la cosa?

Ella, que parecía resuelta, lo miró fijo a los ojos.

- Dame un beso.

- La prolongada unión de los labios fue ardiente y vigorosa.

Alberto lagrimeaba.

- Te deseo lo mejor-dijo Claire.

- Sabés de sobra que para mí... lo mejor sos vos-respondió él inmóvil.

Ella se dio vuelta, tomó la cartera y salió sin prisa. Mientras caminaba por la calle, no podía recordar cuándo había sido que lloró tanto.

CAPÍTULO VI

EUROPA ES UN RECUERDO, AMÉRICA LA RENOVADA ESPERANZA

Diez días después llamaba a Juancito.

- ¿Desde dónde me hablás?

- Estoy en la casita de mis viejos.

- ¿Solo?

- Sí, ¿cómo están tus cosas?

- Todo bien. Aunque por momentos extraño lo que dejé en Lyon. Me gustaría verte.

- Recién llego, sé compasivo, tengo que ubicarme. Pero... ¡Si vos viajás para las reuniones de la Sociedad! No deja de ser raro, podemos encontrarnos en Buenos Aires.

- Falté a dos, pero la próxima voy.

Poco tiempo después, Alberto volvió al hospital. En vista de sus antecedentes y recomendado por Edgardo, pronto fue admitido en el grupo clínico de un sanatorio relativamente importante, lo que le permitió contar con un moderado ingreso. Dado que el nosocomio brindaba formación a alumnos de grado, una vez aclimatado a ese ambiente nuevo, inició las formalidades para incorporarse a la carrera docente en la Universidad.

Cuando recibió la carta, la sola visión del sobre y la letra lo conmovieron. Entre referencias banales leyó conmovido: “te extraño mucho, siguiendo tus consejos me inscribí en la Carrera de Lenguas, si todo va bien, seré una profesora universitaria de francés y, como tenía que cursar otro idioma, elegí el español.

- “¿Por qué decidió estudiar castellano, cómo debo tomar eso?”-pensó inmediatamente.

Su respuesta, que la puso al tanto de sus proyectos, pero conservando cierta distancia, trató de ocultar el esfuerzo puesto en responder imitando el mismo lenguaje amistoso que ella había empleado. Iniciaron de ese modo una inaudita, casi etérea, relación por correspondencia. Las extensas cartas cruzarían el océano con regularidad, informando al otro respecto a la vida que llevaba el remitente, con bastante detalle. Sin embargo, obviaban lo concerniente al intrincado tema de la intimidad.

Una primaveral mañana de octubre Alberto esperó a Juancito en el aeroparque. Al verse quedaron estáticos por un instante, cuando pudieron reaccionar se abrazaron conmovidos.

- Lamento lo de tu viejo.

- Siempre había dicho que su ambición era morir de golpe, sin tiempo para darse cuenta, se cumplieron sus deseos.

- Sí -le apretó con firmeza un brazo- ahora vos vas a ser padre, no te veo en el papel.

- Ojalá sea varón -respondió, dejando entrever una ligera mezcla de esperanza y precaución, ante una posible contrariedad.

- Dejate de joder con la misoginia ¡Un nuevo Juan Correa, u otra Julia como, si no recuerdo mal, se llama tu hermana! ¿Cómo ves ahora a Lyon... a Justine?

- Estoy en otra, tengo una familia. Me parece que aquello sucedió hace mil años. ¿Vos extrañas a Claire?

Con nostálgica firmeza -Sabés la respuesta.

Reprendiéndolo -Te gusta sufrir, debe ser un defecto de los judíos.

- ¿No será que tengo sentimientos?

- No jodas. ¿Me acompañás al hotel? Es en el centro, en la calle Esmeralda, dejo las cosas y después charlamos un rato mientras comemos.

Almorzaron en un restaurant cercano, concurrido por gente que se desempeñaba en esa zona comercial de la ciudad.

- ¿Cómo fue que se te dio por la atención de niños?

- Un consejo de mi papá era la mejor manera de insertarme. Gastroenterólogos de adultos hay demasiados.

- Tenés que hacer el curso de la sociedad de pediatría.

- Tendría, pero me embola. Ya le voy a encontrar la vuelta, si logré estar en la comisión que dirige a nuestra especialidad, también voy a conseguir que acepten mi desempeño en el área que se dedica a los chicos.

- Me vas ganando, y por lejos, yo ahora aspiro a ser un miembro común y silvestre.

- Tomate tu tiempo.

- No tengo más remedio.

- ¿Alguna minita?

- Por ahora juego en el equipo de los solteros ermitaños.

- Capaz que la tenés escondida.

- ¿Con que motivo?
- En Lyon lo hiciste.
- Eran otras circunstancias.
- Ya te habrán comentado que nuestra economía parece estar dejando atrás el quilombo. Llegás en buen momento.
- Ojalá.
- Sin embargo, tengo mis dudas. Demasiados tratando de mover el piso: el Ubaldini ese con los sindicatos, los que manejan las finanzas, los milicos -comentó Juancito.
- Es raro encontrarse con estos billetes nuevos con pocos ceros.
- ¿Cuánto durará el Austral? -Preguntó Juancito.
- Dale una chance.

El regreso a Mendoza le deparó ingratas novedades. En su ausencia Alicia había sufrido una pérdida que la obligaría, por un tiempo y para proteger el embarazo, a permanecer en reposo absoluto. Por otra parte, participó de una demorada reunión en la casa de Magdalena, debían comenzar a tratar el sensible tema de la sucesión. Todos sabían que la viuda pensaba dejar los trámites en manos de un abogado amigo, el Dr. Cáceres. Julia y Enrique habían aceptado la propuesta de su madre. Ambos veían bien no entrar a discutir detalles hasta que éste, debidamente informado de los bienes que habían pertenecido al difunto, no se expidiera acerca de los derechos correspondientes a cada heredero. Juancito evitó opinar. Tiempo después la familia fue nuevamente convocada. Una vez reunidos alrededor de la mesa y luego de escuchar a sus parientes que, en principio aceptaban la propuesta que el letrado había entregado a Magdalena, Juancito decidió no silenciar por más tiempo sus pretensiones. Habló aclarando que no dudaba de la idoneidad de Cáceres, pero que él discrepaba sobre un detalle omitido por el letrado. El escrito que les había entregado no mencionaba la colección de armas antiguas que su padre había heredado de su abuelo y adornaban el amplio living donde estaban reunidos. Esta intempestiva e inesperada exposición, rompió el, hasta entonces, tranquilo clima de la reunión.

- ¿No te parece que lo mejor es que queden aquí en casa? -dijo Enrique, visiblemente molesto.
- Siempre me gustaron, me encantaría tenerlas.
- Lo mismo podría decir yo, o Julia.

Juancito pretendiendo mostrarse razonable -Creo que estamos aquí para analizar la propuesta.

- Esas son reliquias familiares ¡Queríamos ahorrarle malos momentos a mamá, sin disputas inútiles!

Enrique, colérico, se levantó y se fue, a pesar de los ruegos de su madre. Algunas lágrimas asomaron tras los párpados de Julia. Lo que pretendía ser una apacible velada, finalizó con un fiasco mayúsculo. Juancito, pretendiendo estar ofendido por las palabras y la actitud de su hermano, también se retiró dando muestras de gran contrariedad.

- Con ustedes no se puede hablar -dijo mientras salía.

Colérico caminó un rato por el centro hasta que tomó una decisión. Para aliviar las tensiones, constreñido como estaba a una abstinencia marital sin atenuantes, recurrió complacido a los servicios de una llamativa meretriz, renovando de ese modo el inventario de sus viejas conocidas.

La consensuada mediación que el Dr. Cáceres intentó, fracasó ante la obstinación de un inflexible Juancito. En vista de ello, la afligida y avergonzada Magdalena le encargó a éste el inicio de los trámites sin más dilaciones. La respuesta de su hijo menor, fue designar a otro jurisconsulto para defender sus ultrajados intereses.

Alicia, recluida en su casa, sólo escuchaba la versión de su marido que, visiblemente alterado la ponía al tanto, sin aportar datos precisos. En esa fábula su madre aparecía embaucada por enredos elaborados para perjudicarlo. Ella tardó algunos días en animarse a preguntarle pormenores concretos de la inesperada disputa, pero no tuvo éxito, El, visiblemente molesto, se negó a ponerla al tanto del meollo de las desavenencias.

Por esos días, la abrupta interrupción de las frecuentes visitas de su suegra, fueron clara evidencia de la gravedad del conflicto familiar. Poco después, la señora Magdalena volvió a la rutina anterior, exclusivamente en horario matutino, momento en que tenía la certeza de que su hijo no se hallaba presente. Resultaba evidente que la señora de Correa eludía referirse al controvertido tema, hasta que Alicia decidió encararlo sin vueltas.

- Juancito me contó que discutieron con Enrique y Julia por la sucesión.

- Tu marido siempre fue el más pícaro de los tres, en este asunto creo que se le ha ido la mano -fue la respuesta, emitida con evidente turbación.

- ¿Por qué pelean?

- ¿No te lo ha dicho?

- Lo único que comenta es que sus hermanos lo quieren engañar.

La suegra se mostró muy contrariada y guardó silencio. Alicia insistió.

- Magdalena, quiero saber de qué se trata, Juancito está trastornado, creo que tengo derecho.

- No sé qué bicho lo ha picado. Quizás pequé de ilusa... después de la desgracia yo, que pensaba que el tema se resolvería con tranquilidad, en armonía, propuse una reunión para ponernos de acuerdo con las formas. Veía en Cáceres a la persona ideal para encargarse de lo que creía eran meras formalidades. De improviso, apresurada -Juancito, de una manera desmedida, pretende quedarse con bienes que su padre atesoraba, recuerdos familiares... y nos ha entablado juicio.

- ¡No puedo creerlo!

- A vos no te hace nada bien mezclarte en este asunto. Tenés que cuidarte.

- Gracias, pero me aflige mucho.

Llegada la conversación a este punto, Magdalena se mostró firme en negarse a proporcionarle más detalles que, de todos modos no hacían falta. Alicia ahora entendía por qué pasaron a ser esporádicas las cotidianas llamadas de sus cuñados las que, de improviso, lucían extrañamente impregnadas de un lenguaje neutro, casi protocolar. Lo encaró sin vueltas durante la cena.

- No puedo creer que le estés haciendo un juicio a tu madre.

- ¿Quién te lo contó? -respondió visiblemente molesto, casi furioso.

- Ella.

Dejó de comer y fijó su penetrante mirada en la impávida Alicia.

- Ya te dije que mis hermanos la tienen engatusada. Además, no quiero meterte en este tema.

- Soy tu esposa.

- Prefiero no hablar más del asunto.

Como la familia de Alicia había convenido trasladarse a Mendoza para celebrar las fiestas, ella no tuvo otra alternativa que explicar la situación; pasarían la Navidad en su casa sin la presencia de los familiares de su marido. Sólo Magdalena apareció fugazmente la tarde del 24, para saludar.

Por esos días Alberto, acompañado de sus padres y algunos amigos, disfrutó serenamente la llegada de un nuevo año, esta vez en pleno verano,

en jornadas de un calor insoportable. “¿Vivimos al revés o este es el lado derecho del clima?” -pensó, rememorando con nostalgia a Claire y las calles nevadas.

En mayo Mendoza recibió a un nuevo Juan Correa, Travolta esta vez. Durante una fugaz visita en la mañana siguiente al nacimiento, Magdalena, Enrique y Julia se las ingeniaron para congratular a Alicia y echar un vistazo a su nieto y sobrino.

Alicia lo anotició esa noche.

- Hoy estuvieron tu mamá y tus hermanos.

- Bueno, es natural que hayan querido conocer a Juan.

- Me siento muy incómoda, me gustaría que participen de nuestra alegría.

- Nadie se los impide.

- ¿No podés hacer algo para suavizar un poco las cosas?

- Eso les toca a ellos que iniciaron el problema. No nos amarguemos con este tema, pasado mañana te llevo a casa a empezar otra vida.

Alicia se dio por vencida, había aprendido que en ciertas cuestiones era imposible modificar la postura de un marido que no atendía razones. No era la primera vez que, al tratar de plantear una opinión discrepante, terminaba dejándose llevar por la intimidación que la invadía frente a su imperturbable intransigencia.

Moviéndose con astucia y contando con un incipiente apoyo del laboratorio nacional que representaba a ciertos productos de *Compact*, Juancito vivía su vocalía por Cuyo como un bien adquirido a perpetuidad. Algunos miembros de la entidad nacional, esperaban sus encendidas intervenciones como una manera de matizar los temas específicos, les caía bien el intervalo destinado a gozar de alguna de las grotescas diatribas que ellos tomaban como un pasatiempo divertido. Otros hubieran preferido no sufrirlas, las consideraban un espectáculo inadecuado para ese ámbito, pero optaban por la discreción para, en cuanto podían, reencauzar las deliberaciones. El Dr. Aníbal Iglesias parecía especialmente afectado por el comportamiento de su coterráneo. Si bien era por naturaleza reservado, no pudo evitar dejar en claro su desagrado cuando, luego de una reunión, fue invitado por Miguel Shapira, un porteño que se desempeñaba como secretario, a tomar un café.

- Este paisano tuyo es desagradable.

- Es una vergüenza.
- ¿Por qué no eligen a otro?
- Vos sabés que el padre fue el maestro de casi todos nosotros.
- El viejo, pobre, era bravo, pero este parece el mono del circo.
- Y tiene ambiciones de trepar muy alto.
- ¿Qué tal en el hospital?
- Hace lo mismo que en todas partes, se dedica mucho más a la intriga y el armado de pequeñas confabulaciones que a la tarea. Pone toda su energía, que no es poca, en chanchullos de opereta. Lo podés encontrar en cualquier lugar menos en la sala, junto a la cama de un chico enfermo.
- Y aquí lo tenemos que sufrir.

Iglesias denotando esperanzas -Hasta que un futuro presidente se anime a dejar en claro que preferiría a otra persona en ese puesto.

- Si eso ocurre, sacará a relucir el viejo problema de la capital subestimando al interior, vos bien sabés que es una cuestión sensible.

- En este caso no lo veo tan así, en Cuyo son muy pocos los que lo miran con simpatía.

- Tienen que limpiar el campo a tiempo. Cuando la negligencia permite que la maleza se apodere del terreno, el posterior esfuerzo para eliminarla puede llegar a ser tremendo y lo que es peor, infructuoso.

Aníbal Iglesias no contestó, quedó pensativo. Después se distrajeron con otros asuntos.

Alberto logró ingresar, teniendo en cuenta sus antecedentes y su actual desempeño, a la carrera docente en la Universidad. Como ayudante comenzó a instruir a una comisión de alumnos de pregrado, mientras se destacaba en su dedicación en la tarea asistencial. Por ese motivo la dirección le asignó el dictado de ciertos temas, en clases que reunían a la totalidad de los estudiantes que cursaban en esa cátedra.

Por el momento, la situación económica lo obligaba a vivir con sus padres, no planeaba alquilar una vivienda, prefería ahorrar todo lo posible para adquirir, con ese dinero más los ahorros que había traído de Francia, un pequeño departamento. Como vemos, llevaba una vida por demás austera. Canalizaba sus necesidades libidinosas hacia el áspero campo de sus lecturas de trabajos científicos y cada tanto, cuando necesitaba relajarse, volvía a su vieja afición por la literatura. No concurría con frecuencia al cine o el teatro en una ciudad que, despertando de una larga dictadura,

ofrecía gran variedad de espectáculos. Como era muy querido por sus antiguas relaciones, muy de cuando en cuando aceptaba una invitación para cenar o salir en compañía. Salvo sus padres y su amigo de la militancia, Esteban Tagliaferro, nadie supo de la existencia de Claire, lo que dio motivo a que más de uno pensara con malicia, en esos tiempos donde todavía imperaban férreos prejuicios, respecto a sus inclinaciones sexuales. Parecidas fantasías se fueron generando en el hospital, sobre todo cuando a su condición de solitario, se sumaban la indiferencia total, o salidas ingeniosas, como respuesta a insinuaciones que, de tanto en tanto, le hacían llegar compañeras de trabajo.

Una mañana se encontraba explicándole con calma a una paciente temerosa, la necesidad de someterse a una cirugía.

- Lo que usted tiene no es nada grave, señora. Pero hay que solucionar su problema del divertículo en el intestino que se ha infectado. Dejarlo evolucionar sin intervenir es peligroso.

- Y si esperamos un poco más, ¿no me voy a sanar con los antibióticos?

- Emilia, eso ya lo hicimos y sólo logramos detener el avance de la infección, aliviarla, pero no curarla.

- Hoy llega mi hija que vive en Rosario, hablemos con ella mañana.

- De acuerdo.

Al día siguiente trataron los tres el tema, la señora Emilia, más segura al sentirse familiarmente amparada, comenzaba a ceder en su negativa.

- No quería saber nada con la operación, ahora está dudando, pronto va a aceptar que es la única solución.

- Sería bueno que, en algún momento, me informes más sobre qué le van a hacer.

- Bueno, al mediodía podemos encontrarnos en el comedor, ahora tengo que seguir con otros enfermos. Queda a la derecha del pasillo de entrada.

- Sí, vi los carteles cuando llegué.

- Hasta luego.

Normalmente conversaba con los familiares junto a la cama del paciente o en la enfermería, esta vez cierta excitación lo había llevado a cambiar de modalidad.

La encontró esperándolo sentada a una mesa.

- ¿Es peligroso lo de mi mamá?

- No, es un problema benigno que puede complicarse. Se le ha formado un absceso por fuera del intestino porque ha tenido una pequeña perforación. Generalmente, con la cirugía se soluciona.

- ¿Qué pasa si no se opera?

- La infección persistirá y corre el peligro de que origine alteraciones en órganos vecinos o se propague y tenga peritonitis.

- ¿Entonces no hay otra opción?

- Si fuera mi madre no dudaría en aconsejarle la operación.

Susana pareció vacilar, pero se repuso y le respondió firmemente.

- Tengo que confiar en vos -el asintió sin pronunciar palabra.

En eso llegó la moza.

- Tenemos un menú fijo.

- Prefiero un triple con una gaseosa.

- Te acompaño. Dos triples de... ¿crudo?

- Sí, crudo.

- Dos de crudo y dos *Seven Up*.

- ¿Te vas a quedar unos días?

- Pedí toda la semana en el trabajo ¿Cuándo la pueden operar?

- En un caso así, que no es urgente, la espera puede ser variable. En cuanto terminemos de comer voy a cirugía y apuro los trámites.

- No sabés cómo te lo agradezco.

- ¿A qué te dedicás?

- Diseño gráfico en una agencia.

- ¿Qué tal Rosario?

- Bien, hace cinco años que me fui. Ya me acostumbré, es una ciudad con buena onda.

Era la primera mujer que lo atraía desde hacía más de un año. Presionando consiguió quirófano para dos días después.

- La operan pasado mañana.

- Gracias. ¿Cuánto le va a llevar recuperarse?

- Si todo sale bien el próximo lunes está en su casa.

- Voy a intentar que me den algunos días más de licencia, con suerte me lo descuentan de las vacaciones.

No fue habitual el interés de Alberto por la evolución postoperatoria de la señora Emilia. El lunes siguiente ella estaba en su casa y Susana había aceptado cenar, dos días después, con el médico que se había ocupado de

la salud de su madre. Después de tanto tiempo Alberto sentía brotar de su cuerpo la necesidad, sofocada sin piedad, de tal modo que, puntual, tocó el timbre del departamento y tuvo que esperar casi media hora en la calle.

Fue inevitable que comparara a Susana con Claire; el haberle dado la mano y un beso en la mejilla, bastaron para aturdirlo con la diferencia en la textura de las respectivas pieles y los aromas que de sus cuerpos se desprendían. “Es estúpido, no existe un doble, lo único que consigo es joderme”-pensó.

- Perdóname, me atrasé.

- No te hagas problema.

- ¿Siempre sos puntual?

- Sí, viví unos años en Francia, allí tienen el culto de la exactitud.

- Nosotros somos un desastre.

Un viejo edificio que en otros tiempos había sido corralón, albergaba ahora a un coqueto restaurante.

- Que lindo.

- Me lo recomendó un amigo que lo descubrió por la cercanía con el hospital.

- ¿Es la primera vez que venís?

- Sí.

- ¿Estás solo en la vida, digo?

- Sí, ¿Y vos?

- Igual desde hace un tiempo.

Salieron cerca de la medianoche, él le propuso caminar un rato, lo hicieron por una solitaria Avenida Entre Ríos. La llevaba de la cintura. Comenzó a llover cuando no habían hecho más que unas pocas cuadras y estaban sumergidos en un silencio que contrastaba con la animada cena.

- Tomemos un taxi.

- Bueno.

- ¿Vamos a un telo?

- Sí.

Se volvieron a ver una vez más el sábado siguiente con un programa similar, satisfacer primero el estómago y luego el apremio sexual. Con su mamá en franca recuperación ella regresó a su casa.

Alberto comprendió con claridad que la necesidad biológica y emocional de relacionarse con una mujer, habían impulsado en él esa aventura.

El trato y la misma Susana eran agradables, pero no había encontrado en ella nada especial o perturbador, otras podían ocupar ese lugar. Tan clara percepción motivó que dejase extinguir el vínculo, sin pena ni gloria, y, al parecer, ella decidió otro tanto.

Haciendo gala de una rapidez poco habitual en la burocracia legal, el juez a cargo de la conflictiva sucesión, decidió llamar a las partes a una audiencia de conciliación en la segunda semana de octubre. A estas alturas la resolución del conflicto parecía extremadamente difícil, Juancito planteaba nuevas exigencias en los momentos en que las anteriores controversias se encaminaban a un arreglo pactado. Reunidos en el amplio despacho, los contrariados integrantes de la familia Correa escucharon la exhortación de su señoría que los conminaba a llegar a un acuerdo, era evidente que él quería ahorrarse tiempo y trabajo. Los dos bloques se separaron; Magdalena, Enrique y Julia con su representante quedaron en dicho lugar y Juancito con el suyo pasaron a otra dependencia. Durante unas dos horas los que representaban a los litigantes recorrieron, infatigables, el pasillo en uno u otro sentido llevando propuestas, pero, perseverando lograron un compromiso. Con premura el magistrado hizo redactar el acta que fue firmada en su presencia por los cuatro interesados y los dos abogados. Hubo concesiones. Juancito quedó con las armas y alguna que otra menudencia, pero pagó el precio de darle la estocada final a la relación habitualmente tensa con sus hermanos.

Una vez en posesión de los nuevos bienes Juancito compró una casa más amplia, elegante y con una mejor ubicación. Lo primero que dispuso en ella fue la exposición, en el living, de los bélicos trofeos conseguidos a tan alto costo. Liberado de estas tensiones, se dispuso a disputar con renovada energía el cargo de vicepresidente de la sociedad regional de su especialidad. No ahorró lisonjas para convencer a los más reacios y prodigó aprietes a las almas que se mostraban débiles. Palpitaba el éxito, las elecciones serían en marzo, pero antes de fin de año ya se sentía seguro, su nombre figuraría en el segundo lugar de la lista. Sin perder tiempo dedicó las semanas previas al verano que se avecinaba y acarrearía fatalmente una interrupción de las actividades, a contactar a los representantes de los laboratorios, por el momento sólo los nacionales. Fue en ese período cuando sorprendió a los que lo conocían, había decidido perfeccionar su manejo del inglés americano en la academia más prestigiosa de Mendoza.

Alicia desconfiaba de su súbito afán lingüístico

- Si lo estudiaste años en el colegio y te manejas bastante bien con él ¿Por qué se te dio ahora por el inglés?

- Los curas me enseñaron el idioma tal como se habla en su país de origen, ahora necesito hablar con las palabras que usan en Estados Unidos y aprender sus giros idiomáticos.

- ¿Tanta es la diferencia?

- Pasa como con el castellano, el de España es distinto al nuestro. Me estoy preparando para ir a los congresos de la Academia en yanquilandia.

- ¿Cuándo pensás viajar?

- Todos los años, ahí se cocinan los cargos.

- ¿No tenés bastante con el hospital, el consultorio que te dejó tu papá y los viajes a las reuniones en Buenos Aires?

- Ya estoy harto del consultorio, la Asociación Argentina es sólo un peldaño lo bueno viene después.

- Me parece que tenés pajaritos en la cabeza.

- Todo lo contrario, soy muy realista, el tiempo me va a dar la razón.

- ¿Y tu formación en pediatría?

- Creo que no hace falta, me voy a arreglar sin pasar por ese bodrio.

- Sin embargo, te dieron el puesto en el hospital esperando que lo hagas.

- Porque tienen mente de burócratas, piensan solo en los papeles.

- Vos sabrás.

- Lo tengo bien clarito.

El año terminó para Alberto con una buena nueva, la Facultad de Medicina aceptaba los títulos obtenidos en Francia. Como no tenía inconvenientes en la carrera docente y ya formaba alumnos en el hospital, sus perspectivas académicas eran promisorias. Una de las pocas personas que veía con cierta regularidad era Esteban. Un sábado de diciembre, sentados a la mesa de una confitería, desmenuzaban sus sinsabores por las debilidades que advertían en el gobierno frente a la amenaza militar.

- Los radicales siempre fueron flojos a la hora de poner bolas.

- Mejor tomemos una cerveza y hablemos de otra cosa.

- ¿Dónde vas de vacaciones?

- No tengo nada planeado, no me gusta viajar solo.

- Mis viejos tienen una casa en la costa, en Gesell, voy la segunda semana de enero, el sitio es grande, te invito.

- ¿No vas con tu novia?

- ¡Y eso qué!

- Los voy a joder.

- No seas boludo, te convidó de buena onda, lo vamos a pasar bien. La casa tiene una entrada independiente que da a una habitación con baño que está separada, en el fondo del terreno. Antes la arrendábamos, pero este año no queremos tener problemas con inquilinos.

Denotando cierta perplejidad -Gracias Esteban, es una sorpresa, lo pienso.

- Salud.

“Dos veranos trabajando, dos años y medio sin vacaciones, desde que volví no salí de Buenos Aires. La costa, meterme otra vez en el agua, aunque esté tan fría como siempre, un amigo que me ofrece buena compañía. ¡Basta de sufrir!” -fue la frase con la que Alberto remató su decisión.

La realidad resultó tal como se la habían pintado: una casa a apenas ciento cincuenta metros de la playa y una cordial Patricia que, influida por las anécdotas que le había relatado su pareja, lo recibió como a un conocido de toda la vida. El sitio le ofrecía un albergue reducido pero confortable y, tal como lo había adelantado Esteban, dotado de privacidad.

Los primeros días fueron de playa, la lectura de un libro y rondas de mate; después de mucho tiempo se sentía relajado.

- Estoy durmiendo como un cochino -fue el comentario de Alberto una luminosa mañana.

- Llegó la hora de que hagamos un asado.

- Dale, yo compro la carne.

- Sos el invitado.

- Lo hago con gusto, me hacés un favor porque me muero de ganas de retribuirles con algo. No sólo me alojan, me tratan a cuerpo de rey.

- Vendrán algunos amigos, no es justo que te deje solo para levantar el muerto.

- No hay problema ¿Cuántos son?

- Dos compañeros de Patricia en el banco donde trabaja y una contadora que entre trámites y papeles terminó siendo amiga de ellos.

- ¡Dos bancarios y una contadora! ¿No son un plomo?

- Para nada, ya vas a ver.

Cumpliendo con el rito, volvieron de la playa y tomaron unos mates

adicionales mientras encendían el fuego. Lentamente el atardecer se fue extinguiendo para dar lugar a una espléndida noche bajo el cielo austral. Los amigos llegaron trayendo el vino. Alberto comprendió de inmediato que Dolores y José, además de trabajar juntos, eran pareja, y que la atractiva Leonor estaba sola. Sin embargo, pronto se sintió molesto, porque lo invadió la sensación de que sus amigos habían tramado la reunión para provocar su encuentro con Leonor. Jamás había imaginado la necesidad de una mediación para conocer a una mujer, o peor aún, que se lo impusieran. Poco le duró el desasosiego, la hermosura de Leonor se fue imponiendo a su inicial recelo y una animada conversación siguió a las formalidades de la presentación. Un rato después la comida y el tinto habían repetido el milagro acostumbrado, la reunión en torno de la mesa desechaba formalidades. Mientras, Alberto apreciaba la serenidad atildada de Leonor. “No lo puedo creer -pensó sorprendido- esta mina me mueve el amperímetro” Antes de despedirse el grupo quedó en compartir la playa en esa zona, algo alejada del ajetreado centro.

Al día siguiente se reunieron a media mañana, Esteban se adelantó a recibir a los amigos caminando en la arena que comenzaba a calentarse, el sol mostraba sus mejores galas en ese espléndido día.

- Esta zona es más tranquila, cerca del hotel hay demasiada gente-dijo Dolores sonriendo.

- Además tenemos la casa a un paso -Le contestó Esteban.

A poco de instalarse bajo las sombrillas, Esteban y Patricia iniciaron su rutinario recorrido por la costa, caminando cerca de la orilla. Dolores y José, incorregibles, hablaban sobre cuestiones relativas al trabajo, sin dejar el reparo de la sombra. Leonor y Alberto se entendieron con un movimiento de cabeza para alejarse rumbo al sur.

- Te voy a ser sincero, tengo una duda ¿Somos víctimas de una confabulación, quieren que nos enganchemos?

- Creo que no necesito esa clase de favores.

- De ser así a mí me molestaría.

- Es ridículo que nos sintamos presionados.

Él se detuvo, miró sus negros ojos y extendió la diestra.

Burlón -Hola ¿No te conozco de otro lado?

Riendo -Me llamo Leonor, a lo mejor nos vimos antes pero no recuerdo donde-respondió con un simpático mohín mientras estrechaban sus manos.

- Yo soy Alberto.

- Ya que el destino hizo que nos encontremos no nos quedemos aquí, varados en la arena.

- Está bien ¿Vamos?

Recorrieron un tramo en silencio contemplando el horizonte marino, luego mientras comentaban intrascendencias, Alberto sentía claramente que lo invadía una sensación de sereno relajamiento. En parecidas circunstancias, al admirar simplemente a una mujer, no había podido dejar de padecer la percepción de estar traicionando a Claire. Al contrario, esta vez sentía fluir, con creciente energía, la atracción que le producía esa compañía femenina. Así, de improviso, en un instante, apenas en un paseo por la playa, lo invadió el cosquilleo de la urgencia por poseerla.

- ¿Viviste en Francia?

- Sí, allí fui a parar porque tuve que escaparme.

- ¿Eras Monto o del ERP...?

- Nada de eso, militaba en la JP.

- ¿Cómo te fue?

- Tuve suerte, trabajé en un hospital en Lyon.

Con discreción -¿Tenés pareja?

- No, ¿Vos?

- Tampoco ¿Somos feos o malos?

Por favor- Sos preciosa, el resto, cualidades o defectos que podés esconder, los tengo que descubrir. Me caes muy bien. ¿Vamos a tomar algo al barcito?

- Sí.

Hablaron durante horas en la fresca penumbra de esa típica construcción playera con techo de paja. En un momento él se encontró contándole su amor por Claire y el tremendo desengaño originado en los problemas que lo obligaron a dejarla. Se vio incluso compelido a narrarle su actual vínculo epistolar con ella -confesión que le provocó una súbita consternación.

Con serenidad -No podés terminar de separarte.

Recapitando -Sí, así es, creo que no me hace bien.

No contestó, quedó pensativa mirando el mar.

Amablemente -No sé nada de vos.

- Estuve saliendo con Agustín durante un año, probamos vivir juntos, pero no funcionó. Aunque a todo eso lo sienta lejano, quedan secuelas que me han vuelto cautelosa, quizás demasiado.

Ahora los dos parecían contemplar, en silencio, el vacío. Hacía rato que el lugar se había ido poblando de comensales que saboreaban las comidas rápidas que allí ofrecían. De pronto, el aroma que se percibía los incitó.

- ¿Comemos algo? -sugirió Alberto.

- ¿No les avisamos?

- Creo que no cometeríamos ninguna transgresión, estamos bien así, a menos que vos quieras volver a la sombrilla.

Con convicción -Me convenciste, sigamos los dos solos.

- ¿Mientras; masticamos milanesas, papas fritas y ensalada con dos cervezas?

- Dale y terminamos con un helado.

Tomando el camino de regreso cuando ya atardecía, se los veía sosegados.

Alberto dijo en voz muy baja -Que me perdonen Esteban y el resto, quiero invitarte a cenar.

Con calma- Estaba pensando lo mismo.

Los demás hacía rato que descansaban bajo las sombrillas.

Esteban los recibió irónico -¿Qué les pasó, ya estábamos por pedirle ayuda al bañero?

- Nos fuimos lejos y comimos por ahí.

- Llegaron justo para el mate.

José despertando de una breve siesta -¿Quieren jugar un truco? Traje los naipes.

Patricia -Sí, sorteemos los equipos. ¿Jugamos de a dos o de a tres?

José ya despabilado -De a tres que es más divertido.

Esteban se levantó para calentar el agua y preparar el mate, Alberto lo siguió.

- Queremos salir solos esta noche.

- No te hagas problemas, contá con nosotros, pero por favor, armá la mesa para estar más cómodos -respondió destilando complicidad.

Leonor que se había sentado al lado de José, lo puso al tanto de sus planes.

- ¡Nos abandonás! Desgraciada -fingiéndolo pensar- Te vamos a perdonar.

Durante la cena, Alberto percibía cada vez con más claridad que detrás de una fachada montada para proteger a una Leonor que parecía tímida,

cauta y hasta recelosa por momentos, se ocultaba una personalidad fuerte. Borrosa conciencia tuvo en aquel instante, del decisivo atractivo que sobre él ejercerían esas prometedoras características; lo que sintió con claridad, era la necesidad de conocer cada detalle anatómico de aquella criatura que le encantaba y lo arrebatava.

Evidenciando cansancio -Es hora de volver.

- ¿Adónde?

- Hoy acompáñame al hotel.

- No era mi intención.

Con toda naturalidad -Lo sé.

- Vamos.

- Se besaron unos metros antes de la puerta de entrada.

- Hasta mañana.

- Voy a soñar con un angelito.

- Chau.

- ¿No habrás mancillado anoche el honor de mi casa? -fueron las palabras con que lo saludó Esteban en la cocina -Por las dudas, te aviso que nosotros nos dormimos temprano.

Sin ocultar la resignación -Quédate tranquilo.

- Te gusta.

- Mucho.

- Era hora de que dejes el duelo por la francesa.

- Creo percibir, sueño, con que ésta llegue a ser una relación totalmente diferente.

- Creo que no te equivocás. Por lo que me dice Patricia es muy buena piba. ¿Hoy cenan con nosotros?

- Creo que sí, no nos podemos rajar todas las noches.

- Entonces, hagamos unos pollitos a la parrilla, vamos a estar sólo los cuatro, Dolores y José van a visitar a unos amigos en Valeria.

El almuerzo en la playa fue frugal. Volvieron ya de noche a la casa. Luego, como indica la tradición, los varones asaron los pollos y las mujeres prepararon ensaladas en la cocina. Después de cenar Alberto y Leonor salieron a caminar, el cielo se había encapotado y soplaba un viento molesto.

- Me parece que mañana llueve.

Leonor irónica -Por fin, de lo único que no hablamos hasta ahora es del tiempo.

- Desapacible -agregó Alberto, proponiendo con palabras que pretendían sonar ingenuas- ¿Nos cobijamos en algún lugar silencioso y calentito?

- Los hoteles por hora son horribles, con espejos hasta en el techo y esas ridículas luces rosadas y mortecinas -respondió ella.

- Vamos a mi habitación entonces, nos deslizamos como sombras por el pasillo, no hacemos el menor ruido y nadie se entera.

- ¿Seguro?

- Estoy en condiciones de garantizarlo, firmo lo que quieras.

Lo miró a los ojos y lo besó con pasión. Volvieron tarde, sigilosos y esperanzados en que Esteban y Patricia no advertirían el tardío regreso de dos y no uno. Esa noche ambos cerraron un denso, cargado capítulo en el libro de la vida y comenzaron otro, totalmente diferente.

Llovía cuando despertaron ya entrada la mañana.

- Buen día doctor.

- Hola mi amor ¿Traigo el desayuno aquí?

- No me gusta la publicidad.

- Me visto y echo un vistazo.

Le bastó salir para comprobar que no estaba el auto de Esteban, todo indicaba que habían ido de compras.

- Tenemos suerte, salieron.

- Vamos al bar de la otra cuadra antes de que vuelvan.

- Refrescó, ponete mi campera liviana.

- ¿Y vos?

- Tengo una impermeable, amarilla, no demasiado elegante, esas que usan los pescadores.

Salieron con apuro.

- Nos vemos ridículos, yo embolsada en tu abrigo que me va grande y vos con ese que hace que parezcas un canario.

Encontraron semivacío el lugar

- ¿Qué te parece café con leche y churros?

- Fantástico.

Alberto debía regresar. El hecho dio lugar a una despedida que él vivió de una manera completamente diferente a sus anteriores experiencias. Ella, que se quedaba unos pocos días más, lo acompañó a la terminal.

- Me muero por subir y viajar con vos.

- Disfrutá, cargá la batería para el resto del año.

- Te voy a extrañar.
- Cuídate que por aquí andan tiburones sueltos.
- Llámame en cuanto llegues a Buenos Aires.

Durante el viaje Claire se entrometió en sus sueños. Despertó súbitamente angustiado, agitado, mientras el micro se deslizaba por la llanura en la negra noche. Después, desvelado, se puso a analizar la nueva situación: “No puedo seguir atado a un imposible. Aquello fue algo muy fuerte, ahora se me presenta como una quimera escurridiza que no termino de alcanzar; parece que durmiendo puedo seguir, inerte, en sus manos. Peor aún, tengo que reconocer que ansío ese fantasma encantadoramente complicado, sigo tan caliente con ella como siempre. Tengo que luchar por no engañarme, está clara la artimaña, de aquello sólo recuerdo lo bueno. Leonor parece la cara opuesta de la moneda, nos conectamos de una manera diferente, no se anda con vueltas, me sentí bien con ella apenas nos conocimos, hablamos durante horas...lo seguiría haciendo.” Volvió a dormirse profundamente. Despertó cuando el ómnibus llegaba a destino.

Sin oposición, la lista que incluía a Juancito se impuso en Cuyo. Pronto quedó claro que el presidente, un digno sanjuanino con una carrera hospitalaria impecable, pero con ambiciones que no iban más allá de un correcto desempeño en su ámbito, no ofrecería resistencia alguna a los descomunales anhelos de su vicepresidente que no tuvo problema alguno en seguir representando a la zona a nivel nacional. Sus frecuentes viajes a Buenos Aires, junto a su nueva ubicación en el panorama regional, le permitieron consolidar útiles relaciones. Por esos tiempos, el trato confanzudo con el ascendente Dr. Correa Laguzzi, comienza a ser especialmente valorado por la capa de ejecutivos medios a cargo de la promoción de productos específicos; para ellos Juancito se había convertido en una interesante conexión. Para los gerentes de Quetiro y Listo, pujantes empresas que competían con ventaja con sus rivales extranjeras, era un placer sentirse compinches de un galeno de gestos campechanos, amante del buen vino y los chistes groseros. Algún otro, como el encargado de relaciones profesionales de Supersel, empresa líder en ciertas líneas de novedosos fármacos utilizados para patologías gástricas, se veía obligado a disimular su tirria ocultándola detrás de una forzada cortesía. Las mieles del éxito no se hicieron esperar, los recientes contactos pusieron a su disposición pasajes para los viajes a las reuniones, el hospedaje en un hotel de categoría en la capital y sumas

de dinero en efectivo que cubrían con holgura los gastos de esos días. Con toda naturalidad iba comprobando que los puestos de cierta jerarquía, despejan el camino hacia instancias superiores, pocos colegas se avenían con gusto a sus ambiciones, pero casi todos por desidia o comodidad ocultaban la molestia. Promediando el año comenzó la campaña para lograr un puesto más relevante en Buenos Aires, sentía que el de simple vocal ya le iba quedando chico. A esas alturas quedaba claro que el próximo presidente sería el Dr. Miguel Shapira, quien no había demostrado demasiada simpatía por su persona. Juancito lo percibía demasiado hermético y serio, eso determinó que buscara la oportunidad y, en cuanto tuvo ocasión de verlo a solas, lo encaró frontalmente, para recibir una respuesta que eludía todo compromiso, su ambivalencia lo desconcertó.

- Miguel ¿Me tenés en cuenta?

- Todavía no decidí a quienes elegiré para que me acompañen, de todos modos, falta mucho, lo que me interesa es el consenso y lleva tiempo hablar con los representantes de cada filial.

- ¿Cuándo creés que estará cocinada la cosa?

- No hay apuro, seguramente será a fines de año.

De regreso, aunque trató de disimular su disgusto, no pudo evitar que Alicia percibiera su malhumor

- ¿Pasó algo? Desde que volviste de Buenos Aires estás raro, casi no jugás con Juancito.

- Nada, lo mismo de siempre. Discusiones sobre el próximo congreso, la cuota social, las finanzas.

No pudo evitar que emanara cierto fastidio de la respuesta.

- Te noto alejado, preocupado.

- A lo mejor estás extrañando el trabajo, ya es hora de que tu viejo te ponga a cargo de alguna obra-malhumorado-a mí no me pasa nada, son ideas tuyas.

La temporada de frialdad y distanciamiento de los conyugues se prolongaba, mientras la relación se iba reduciendo, gradualmente, al mínimo trato formal.

Sin que nada pudiese anticiparlo, luego de varias noches de sueño intranquilo, en la madrugada de un tedioso sábado gris, despertó a Alicia con caricias inesperadas. El súbito ardor de su marido después del largo período de indiferencia, la sorprendió poco motivada, sin embargo,

amedrentada, consintió sus deseos.

- Esperá que no estoy preparada.

- No hace falta.

- ¿Te parece?

- ¿No te vino la semana pasada?

- Sí.

- Entonces no hay problema -afirmó él con suficiencia.

Alicia no gozó la noche en que concibieron a Daniela, antes bien, se prestó mecánicamente al súbito desenfreno de Juancito que no la privó de un trato innecesariamente brusco.

Dada la hora, Alberto, que arribó muy temprano, después de terminar de acomodar sus cosas, dormitó un buen rato, no quería importunar a los veraneantes.

Cuando se decidió a llamar, fue Leonor la que acudió a contestar-Hola ¿Te desperté?

- Estaba llegando a la cocina cuando sonó el teléfono. Lo presentía, me alegre escucharte. ¿Qué tal el viaje?

- Todo bien. En un rato salgo para el hospital. ¿Despabilé a los dueños de casa?

- Me parece que no.

Socarrón- De ahora en más cargarán con la culpa de nuestro encuentro.

- Sí.

- Llámame a casa a la noche, la ciudad es un horno.

- Hasta luego.

Él la esperó en la terminal y la acompañó hasta el taxi.

- ¿Estás cansada?

- Para nada, dormí casi todo el trayecto.

- Te extrañé

- Yo también. Te invito a venir a mi casa para cenar ¿Podés?

- No tengo nada previsto y si lo tendría lo anulo. ¿A qué hora voy?

- Creo recordar que te liberás del hospital a eso de las cinco. ¿Las siete te parece bien?

Algo pícaro- Es un horario europeo ¿Llevo algo?

- Despreocúpate, tengo tiempo de sobra para las compras.

- Colaboro con el vino.

La cena remedaba los momentos vividos en la costa.

- ¿Cómo encontraste tus cosas?

- Llamé a la oficina y me pusieron al tanto de los problemas que me esperan, ahora se toma vacaciones mi jefe y tengo que prepararme para días con más trabajo.

- Pero es verano ¿No les baja el laburo?

- Casi todos los años este mes afloja, pero me informaron que un cliente importante está con una inspección de impositiva y llama histérico a cada rato. Como sucede en estos casos, el tipo se siente perseguido. Además, tenemos que empezar a pedir a la gente que nos vaya adelantando los informes, ganancias vence en abril.

- ¿Ese que tiene la inspección es muy tramposo?

- Como todos los comerciantes.

- ¿Puede ir en cana?

- No, a menos que el fraude sea muy grosero, esas cosas se arreglan.

Después evocaron su encuentro, lo buena que había sido esa brevísima vida en común, la casualidad que les había permitido conocerse y ergo, ese mismo día compartieron la cama. A las pocas semanas prendas de Alberto ya ocupaban parte del placar. En mayo vivían juntos.

Hasta ese momento él no se había cuestionado el trato epistolar con Claire que se mantenía en los mismos términos desde su regreso a la Argentina; podría decirse que lo vivía como un hábito grato e indispensable. Siguiendo un impulso no premeditado, sin darse tiempo a cuestionarlo o interpretarlo, una mañana pasó por la casa paterna y se llevó las cartas que allí se recibían. Las guardaba en un cajón de su antigua mesita de luz. Por la noche, después de cenar, se las entregó a Leonor.

- Quiero que leas esto.

- ¿De quién son?

- De Claire.

- La francesa... ¡Cuántas! Por lo visto se escriben muy seguido.

- Sí, una o dos veces por mes.

- Era muy fuerte la cosa.

- Como te lo conté.

- Me parece que es algo muy íntimo, no corresponde que yo lo conozca de esta manera o... quizás de ninguna.

- Quiero que lo nuestro crezca sin secretos.

- Lo que querés es terminar de olvidarla... no entiendo cómo puede

ayudarte el que yo lea sus cartas.

Preocupada, Leonor tomó la pila, la colocó en la mesa y se sentó a repasar el primer texto, mientras él la observaba. Examinó los contenidos durante poco menos de media hora y, lejos de haber concluido, levantó la vista.

- Tengo dificultades, no comprendo todo, pero creo percibir lo esencial. No quiero seguir, lo siento como una violación de intimidades ajenas. Es desagradable. De lo que me enteré, me resulta extraño que la vida sea sólo el trabajo, el estudio y te mando un beso. ¿No tuviste otra mujer en estos dos años?

- Algo muy pasajero, nada trascendental.

Quedó pensativo. Ella aguardó.

- En estos momentos quiero preservar lo nuestro porque lo siento muy importante. Sé que es inexplicable lo que decidí hoy por la mañana, esa súbita necesidad de mostrarte las cartas.

- En todo el sentido de la palabra.

- Lo miró a los ojos y le alcanzó íntegro el montón de papeles.

- Yo te quiero mucho Alberto. Parece que precisás tener claras las cosas y te cuesta; tengo la impresión que sentís que ha llegado el momento de tomar al toro por las astas.

- Por ahí anda la cuestión.

- Gracias por la sinceridad, pero es asunto tuyo.

Al día siguiente despachó la carta que rompía una prolongada rutina, en ella le comunicaba a Claire la existencia de Leonor. De sus palabras se infería claramente la importancia que el nuevo vínculo había tomado para él. Quince días después, su madre le entregó el sobre con la respuesta. Lo abrió apartándose de ella, pero sin abandonar el living, a medida que leía se intensificaba la tremenda sacudida que el contenido le estaba provocando. Claire lo invitaba a volver a Lyon e iniciar una vida en común, del texto se podía deducir desesperación. Hablaba de lo que habían perdido por su flaqueza, se lamentaba por sus absurdos miedos e incluso insinuaba la posibilidad de viajar a Buenos Aires, para terminar con una frase que a él se le antojaba increíble: "Fuiste la mejor parte de mi vida, no quiero perderte".

Miró a la madre que lo observaba, visiblemente preocupada.

- ¿Qué te dice?

- No lo tomes a mal mamá, no quiero hacer comentarios.

- Estás viviendo con esta chica Leonor...
- No pienses mal, ella sabe lo de estas cartas.
- Sos vos el que tiene que pensar bien en lo que está haciendo.
- Si mamá, quédate tranquila.

Tratando de disimular su malestar se despidió de ella.

En la calle buscó un teléfono público y llamó a Esteban.

- Quiero hablar con vos.
- ¿Qué pasa?
- Después te cuento.
- Salgo a las cinco, nos vemos en el Tortoni.
- Gracias.

Llegó antes, pidió un cortado y esperó.

La demanda de atención del trabajo había contribuido a disminuir un desasosiego que ahora retornaba.

Antes de sentarse, Esteban percibió su disgusto -¡Qué cara tenés! ¿Pasó algo grave?

- Según como se mire. Necesitaba hablar con un amigo.
- Soy todo orejas.
- Fuimos compañeros de militancia política más que de intimididades.
- Sin embargo, el trajín de esos años nos dejaba tiempo para los rebusques con las compañeras. Los dos los tuvimos, nada novedoso.
- El tiempo que pasé en Lyon viví con gran intensidad el romance con la francesa, no fue algo intrascendente, me volví loco por ella.
- ¿Y? Algo me comentaste.
- Era una mina muy complicada que no se jugaba por nuestra relación. Lo pasábamos muy bien pero nunca aceptó un compromiso total. Tenía una familia muy especial, vivía con su mamá y la abuela materna. De hecho, la casa aparentaba ser un gineceo vedado a la masculinidad, nunca estuve allí. El porvenir de nuestra relación parecía destinado a la prolongación indefinida de esa situación, hasta que me fui.
- ¿Le pediste que viniera con vos?
- Sí, te aclaro que creo que no hubiera vuelto si lo nuestro hubiese sido normal.

Alberto dejó de mirarlo, su vista, perdida, enfocaba el infinito, hasta que murmuró.

- Fue el amor de mi vida...

- Mirá flaco, qué te parece si antes de seguir nos tomamos unas cervezas.

- Dale.

- Esperá que llamo al mozo -mientras encargaba la bebida observaba preocupado a Alberto que había agachado la cabeza- ¿Qué pasa ahora?

- En los dos años que llevo aquí no dejamos de comunicarnos por carta. Una cálida amistad.

- A miles de kilómetros.

- Ahora decidí enterarla de mi relación con Leonor, quise ser sincero, franco. No se trata de un futo, la quiero, vivimos juntos.

- ¿Entonces?

- Se produjo un terremoto. Quiere que vuelva para unirnos, está desesperada. En otro párrafo me da a entender que podría venir a Buenos Aires.

Distendido y preocupado a la vez -¿Sos todo un éxito, las mujeres se matan por vos!

Reflexionando profundamente entristecido -Años esperando inútilmente esto que ahora me propone. A propósito o no, yo provoqué esta reacción. No es un acto inocente el que la haya enterado de mi nuevo amor, de lo que me une a Leonor.

Comprensivo- Por donde se lo mire tu actitud es honesta, me parece bien. Es evidente que no la podés olvidar. Que le hayas perdonado tantas volteretas me dice que la seguiste queriendo a pesar de que nunca te aceptó con claridad, que te dejó ir como si tal cosa. Creo que te pusiste entre la espada y la pared, vas a tener que elegir. ¿Leonor sabe algo de este enredo?

- Todo, le di a leer la correspondencia que recibí.

Totalmente sorprendido- ¿Y?

- Me dijo que es asunto mío.

- Tiene razón... no es fácil encontrar a una mina tan equilibrada. ¿Qué pensás hacer?

- Necesitaba hablar de esto hermano. Está claro que soy yo el que tiene que decidir, pero no me venía mal escuchar a un tercero imparcial.

- A primera vista estás metido en un lindo despirole. ¿Qué puedo decir si no la conozco? Según vos la describís es una mujer muy linda, pero, de todos modos, no es eso lo que te tiene mal, pienso que debe ser una persona muy interesante. Aunque cueste creerlo, el mejor cuerpo te puede empalagar una vez que se ha convertido en parte de la rutina. A Leonor sí la conozco, es una hembra que se las trae y muy, pero muy buena gente,

ella te puede ofrecer paz sin vueltas. Estas cosas vistas desde afuera son un misterio, nunca se terminan de entender del todo. Lo único que me atrevo a señalarte es lo obvio, se trata de una decisión que va a afectar tu vida por mucho tiempo -con seriedad- y también a darte un consejo.

- ¿Cuál?

- Por ahora no le muestres a Leonor la última carta de Claire.

- No pensaba hacerlo.

Quedaron un rato en silencio, el tradicional bar que a esa hora habitualmente solía estar abarrotado de parroquianos, mostraba sitios vacíos.

- Nadie tiene un mango, ni para un cafecito.

- Los precios suben todos los días, manejamos cifras delirantes, mil australes ya no son nada. Llamemos al mozo que, si nos demoramos, la adición nos viene con aumento.

- No te hagas problemas hoy pago yo, me bancaste. ¿Qué tal Patricia?

- Por suerte todo bien, si se dan las cosas nos casamos el año que viene.

Se abrazaron en la puerta y cada cual tomó su camino.

Como siempre Leonor lo recibió con afecto y buen humor; la poción mágica que necesitaba para que el tema que lo obsesionaba quedara momentáneamente cubierto por una pátina protectora. Esa noche transcurrió en calma. Cenaron conversando sobre los problemas del trabajo, hicieron alusión a las familias e incluso algún chisme referente a los vecinos del edificio se introdujo en el diálogo. Acordaron ver el fin de semana una película elogiada por amigos y conocidos. Se fueron a dormir comentando, con una extraña mezcla de hastío y nerviosismo, el tema del desborde inflacionario que el gobierno no lograba controlar.

La paz lo abandonó al día siguiente, mientras viajaba hacia el hospital. Fue para Alberto una mañana complicada. Antes del medio día decidió suspender sus tareas y logró el permiso para ausentarse por unas horas, pretextando un trámite urgente.

Se dirigió al centro sin percibir con claridad cuáles serían sus próximos pasos, pero convencido de que tenía que poner fin a su dilema. Terminó instalándose, aislado de toda influencia ajena, en una conocida confitería de Corrientes y Callao. Estuvo un buen rato mirando por la ventana pasar el gentío, sintiéndose extrañamente ausente de todo. Luego extrajo una hoja del portafolio y comenzó a escribir, súbitamente inspirado por una firme determinación.

Querida Claire:

Mi país ha iniciado una nueva y difícil etapa en la que me siento involucrado, mi decisión de quedarme en Argentina es definitiva. Como sabés me pude reubicar en mi profesión y soy un docente de la misma Facultad donde estudié. No nado en la abundancia ni mucho menos, pero llevo una vida aceptable.

Además, la enorme suerte de haber encontrado una excelente compañera es otro factor decisivo en mi resolución. Con ella estoy compartiendo la vida, con mucha armonía, cariño y paz.

Lo nuestro me ha dejado una huella imborrable. Nunca te olvidaré.

Te mando un beso.

Alberto.

De allí en más, transmutada en una mítica figura inalcanzable, definitivamente incorpórea, habitante de sueños poblados de anhelos de satisfacción imposibles de lograr, pero cada vez menos frecuentes, Claire, confinada a la condición de sombra perpetua, abandonó para siempre su mundo real. Esta última carta no tuvo respuesta. Él no volvió a escribirle. Nunca más se verían.

La posibilidad de presentar la pareja a sus familias surgió naturalmente en septiembre.

- Dentro de una semana es el año nuevo judío y mi vieja insiste en que cenemos con ellos.

- Bueno, la mía también me pregunta por vos y quiere conocerte.

- ¿Soy presentable?

- Y yo... es un tema complicado, una *goie* cenando *guefiltefish*. ¿Qué será peor?

- ¿Cómo sabés palabras en ídish?

- Buena parte de la lista de alumnos en la facultad, parecía la de una sinagoga.

Leonor fue muy bien recibida. La cena de año nuevo con sus típicas comidas transcurrió en un clima cordial.

Pocos días después, una hermosa tarde de primavera, invitaron a la madre de ella a tomar un café. Se trataba de una viuda en exceso aprensiva, temerosa, sumergida en sus problemas de salud, reales o imaginarios. En esta ocasión la presentación fue más formal y fría, pero sin tropiezos.

- Bueno, las familias ya tienen de qué hablar.

- Tu mamá parece muy tímida y miedosa.

- Así es, lo compenso teniendo una tía que es un balazo, ya la vas a conocer. Me gustaron tus viejos, son cariñosos.

- Se quieren mucho a pesar de que hace como cuarenta y nueve años que conviven.

- Tenés un buen ejemplo.

- ¿Y vos?

- Ya te conté, se llevaban bastante bien a pesar de ser muy diferentes.

- ¿Te casarías conmigo?

- Así, tan de repente ¿Qué te agarró?

- Pura calentura.

- Doctor, sea juicioso.

- Con usted se me hace difícil.

Acuciado por la falta de noticias concretas acerca de su situación en la próxima junta directiva, Juancito viajó al Congreso Latinoamericano que se realizaba en el mes de noviembre en Punta del Este. Muy temprano, el día de la inauguración se encontró allí con Alberto.

- Voy a tener una hija.

- Te felicito.

- Seguís con la mina que me contaste.

- Sí, estamos bien, vivimos juntos.

- Era hora de que terminaras con los recuerdos imposibles. Me gustaría conocerla.

- No faltará ocasión, el próximo año voy a estar en la comisión, lo decidieron en el hospital.

- Sí, ustedes siempre tienen un representante, te felicito.

- Vamos a vernos todos los meses.

- Quiero ser el próximo secretario general.

- En estos días se van a llenar todos los casilleros.

- Vine más que nada para eso, necesito que Shapira confirme mi designación.

- Parece un buen tipo.

- No me cae bien, demasiado serio para mi gusto.

- Será que no te da bola, que tengas suerte.

- Nos vemos.

En cuanto divisó a Shapira, Juancito lo invitó a almorzar, pero este

rehusó aduciendo compromisos previos; quedaron en desayunar al día siguiente. La charla en la mañana fue cordial y amena, mas Juancito no consiguió el objetivo que obsesivamente perseguía; con suma habilidad su interlocutor persistió en evitar el puntual tratamiento del tema. Durante la última jornada del Congreso, luego de múltiples reuniones y corrillos se terminó de conformar el ejecutivo que asumiría el año siguiente. Se consensuó que Cuyo estaría representada por la indiscutible figura del Profesor Dr. Aníbal Iglesias, quien se desempeñaría como Secretario General Nacional.

No bien trascendió la noticia nadie volvió a ver a Juancito, él no asistió a las sesiones que restaban ese último día, ni a la cena de despedida. Desde la habitación del hotel consiguió cambiar su pasaje de regreso y unas horas después se dirigía a Buenos Aires, para embarcarse hacia Mendoza en el primer vuelo disponible. Fueron horas en las que repasó metódicamente sus movimientos. Trató de imaginar quiénes se habían opuesto a su designación, asumiendo el fracaso como un desafío que lo obligaba a planear sus futuros pasos con más cuidado y minuciosidad. Desde ese momento debería ser extremadamente concienzudo, no podía dejar cabos sueltos y como primera medida, resolvió volver a su vieja estrategia de presionar a los más débiles. Del bolso que le habían dado en el congreso sacó la lista de socios y el programa de las sesiones científicas, a las que casi no había concurrido. Lentamente fue marcando nombres con un resaltador. Su gesto semejaba un grotesco remedo del que emplearía un general ante una batalla decisiva.

Reincorporado al hospital, se empeñó en disimular ante los demás el impacto por el contraste sufrido, logrando cierto éxito; por contraste, en su casa no hizo el menor esfuerzo por ocultar su fastidio, con llamativa frecuencia llegaba a deshora, muchas veces cuando su hijo ya dormía y una somnolienta Alicia lo aguardaba para cenar.

- ¿Por qué venís tan tarde?
- Me atrasé con el trabajo.
- Antes no pasaba, desde que volviste de Punta del Este estás de mal humor. No nos prestás la menor atención.
- Tengo problemas.
- Nosotros no somos culpables.
- ¡No me rompas las pelotas!

- ¡¿No te da vergüenza hablarme así?!
- ¡Vergüenza es robar y yo paro la olla en esta casa!
- Eso no te da derecho a maltratarnos, además yo también trabajo.
- ¡No jodas! -dijo, y se fue dando un portazo.

Caminó hasta el centro, entró en un bar y llamó a un viejo compinche de sus años del secundario, este, sin muchas ganas, accedió a encontrarse con él.

El amigo, empleando un tono divertido -¿Cómo andás, Juancito?, hace rato que no nos vemos.

Demasiado serio -Bien ¿Cenaste?

- No.

- Te invito entonces.

Extrañado -¿Estás solo?

- Para nada, lo que pasa es que Alicia le da de comer temprano al nene y a veces se tienta y pica algo. Así que decidí comer afuera.

Pidió un plato y lo engulló ansioso. El exceso de vino favorecía su verbosidad, poblada de referencias a picardías adolescentes. Terminó comiendo otro plato y un postre.

- ¿No te cuidás?, mirá que estás gordito.

- Es la buena vida.

- Vos sí que tenés suerte.

Añorando los perdidos privilegios pues debía costearse él mismo su viaje, Juancito voló a Buenos Aires. Había planeado, estratégicamente, un complicado itinerario para el período inmediatamente posterior a las vacaciones que, además de la capital, incluía etapas en Rosario, Tucumán y Córdoba, con un incómodo e interminable regreso en ómnibus desde esta última ciudad hasta Mendoza. Sorprendió a más de uno con esta extravagante campaña anticipada, destinada a asegurarle un puesto en una junta para cuya consagración faltaban aun dos años. Era parte de la respuesta que había elaborado para evitar su exclusión total de las altas esferas gastroenterológicas nacionales. Figurar, estar presente, charlar con unos y otros en una maniobra de saturación, aparentar no guardar rencor alguno, mostrarse amistoso, servicial y, por qué no, también interesado en ciertos tópicos científicos. Logró contactarse con casi todas las personas importantes, pero evitó hacerlo con el Dr. Shapira que le inspiraba sentimientos contradictorios: por un lado, un odio sordo que emanaba desde su misma,

profunda entraña, y por otro, no podía evitar cierto desasosiego al percibirlo inabordable. Esgrimía dos argumentos que respaldaban sus pretensiones: en primer lugar, su casi segura obtención de una jefatura en el futuro hospital pediátrico de Mendoza, que se hallaba en avanzado estado de construcción, y cuya inauguración podría coincidir con las elecciones en la asociación. Además, anticipaba la realización de un nuevo estudio sobre prevalencia de gastritis y úlcera gastroduodenal en la infancia y adolescencia, esta vez a nivel nacional. Para esto último solicitó el auxilio de Alberto.

- ¿Qué te parece la idea?

- Bárbara, pero hay que laburar.

- Ayúdame, necesito orientación.

- Vení a casa, conocés a Leonor, cenamos y después nos dedicamos a hacer un esbozo. Le aviso, así no la tomamos por sorpresa.

Esa noche, después de comer, Leonor los dejó solos en el living.

Alberto fue derecho al grano:

- Estuve viendo algo en el hospital, como idea es muy original y útil. Yo te puedo cubrir la zona de capital y el gran Buenos Aires, no me cuesta nada contactar a los encargados de todos los servicios.

- ¿Pensaste en los cuestionarios?

- Sí, encontré dos en las revistas y los fotocopíé, uno que usaron en Estados Unidos y otro que es alemán.

- Hay que adaptarlos.

- Hagamos por separado el trabajo, después nos mandamos por correo las correcciones y así los vamos puliendo hasta llegar a una sola versión. Mientras tanto, contactá a un responsable en cada región del país, si viajás a Rosario y Córdoba podés empezar ya, es mucho mejor hacerlo personalmente.

- ¿Cuántos años te parece que tiene que abarcar? -preguntó Juancito.

- Cinco.

- Desde 1985 hasta el año que viene incluido.

- Perfecto. ¿Cuándo vas a ser papá por segunda vez?

- Dentro de dos meses.

- Volvé y quedate en Mendoza por las dudas.

- No hay problema, está todo bien -bajando el volumen de su voz hasta convertirla en un susurro- No te andás con chiquitas, otra vez tenés una flor de mina.

- Dedícate a lo tuyo.

Como un poseso acometió Juancito la tarea y no le fue mal. En las principales regiones del país ubicó gente dispuesta a colaborar. Una vez de regreso, no le costó mucho convencer a una médica que recién terminaba su residencia en pediatría. Ella reunía las cualidades que se requerían para acompañarlo en la tarea; la Dra. Florencia Sirve era trabajadora, discreta, joven, atractiva y...no se le conocía pareja. Que en un mes estuviera lista la encuesta para ser enviada, era, en buena medida, mérito de Alberto. Había puesto su empeño, conocimientos y la mejor buena voluntad, Juancito sólo aportó unas pocas ideas operativas y correcciones menores.

Florencia, que se sintió halagada por haber sido la elegida por Correa Laguzzi, tendría el papel de codirectora del proyecto. A partir de ese momento, se reunirían dos veces por semana para ajustar detalles y verificar la marcha del trabajo en cada lugar. Salvo en el caso de Alberto, fueron necesarias múltiples comunicaciones para estimular a los dispersos integrantes del equipo. La tarea de revisar historias viejas era en extremo fatigosa, requería muchas jornadas de labor en archivos que con frecuencia se distinguían por su desorden.

Fue absolutamente comprensible que el nacimiento de Daniela determinase que Florencia asumiera toda la responsabilidad por unas semanas. No tan natural resultó que esta situación se extendiese como un elástico, después de superado el acontecimiento familiar que atañía al impulsor del trabajo. Reintegrado el capitoste a su rutina, más innecesarias parecieron sus reiteradas invitaciones a la agraciada colaboradora a disfrutar almuerzos o cenas, al amparo de un perfecto pretexto. A estas alturas, el proyecto era manejado por ella como si fuese la principal responsable. Todo resultó un éxito. Tanto el lento y astuto acercamiento de Juancito, como la recolección de datos para la estadística. Tan buenas perspectivas recibieron un condimento oportuno y agradable; a mediados de año las cenas fueron suplantadas o complementadas, según el caso, por secretas incursiones a hoteles por horas.

Mientras tanto, Alicia trajinaba en sus múltiples tareas: la atención de su recién llegada hija, la contención de los lógicos celos de su pequeño varoncito y, cuando encontraba tiempo libre, el asesoramiento a un arquitecto que la secundaba en una nueva obra pública que había puesto en marcha la empresa familiar. Poca atención prestó, durante un tiempo,

a la escasa presencia de su marido, tanto en la casa como en la cama, donde el cariño y las necesarias diversiones, habían sido reemplazados por la presencia de un cuerpo silencioso que sólo, desempeñaba la función de mera compañía para dormir. Como era de esperar, en algún momento las quejas se hicieron presentes y estas generaron iracundas respuestas de un esposo temperamental. Tales réplicas terminantes daban lugar al llanto desesperanzado y, a la postre, las frecuentes lágrimas acompañaron al colapso definitivo del resto de diálogo que a duras penas subsistía.

Para ese entonces, la relación entre el aspirante a presidente de la sociedad regional y la joven que tan atareada estaba con la importante estadística, gozaba de popularidad en el ámbito hospitalario. De allí a los oídos de Alicia el recorrido era corto, e inevitable la reacción. La indignación de la mujer fue el puntapié que dio lugar a una apresurada mudanza de Juancito a un departamento céntrico. Poco después la flamante vivienda era compartida con su amante, candidata a esposa formal y, por el momento, esforzada e insustituible trabajadora en pos de la gloria científica de su cachonda pareja.

Habiendo transitado los abruptos desfiladeros de su relación con Claire, la vida que llevaba con Leonor llevó a Alberto a sentir extrañeza y hasta una rara incomodidad. Experimentaba una insólita carencia ante el suave deslizarse de los hechos, un cierto vacío. Inconscientemente acechaba el surgimiento de algún motivo que justificara un serio conflicto. Azorado, comprobaba que, llegado el caso, alguna inevitable discrepancia tomaba otros cauces que los antaño conocidos. Sencillamente, la resolución del disenso se abordaba mediante un diálogo franco donde nada parecía ocultarse. En más de una ocasión, la incipiente discusión era seguida por gestos de cariñoso arrepentimiento mutuo. Así había ocurrido con motivo de la visita de Juancito, evocadora de reminiscencias de un pasado inquietante.

- Tu amigo parece un fanfarrón enojado

- No juzgues y no serás juzgada.

- ¿Desde cuándo sabes el evangelio cristiano?

- Cultura general nomás.

- ¿En qué anda ahora?

- Quiere hacer un trabajo estadístico para publicar y me pidió ayuda.

Está dolido porque no ocupará ningún lugar en la Sociedad de Gastroenterología, él aspiraba a ser el secretario general.

- ¿Qué méritos tiene?
- Le sobran ambiciones.
- ¿Te quiere usar?
- ¿Para qué están los amigos? Tu olfato no te engaña, lo conozco bien, pero tantos años compartidos en el exilio crean algo así como una hermandad.
- No lo elegiste, te lo regaló el destino.
- Cuando escapaba como un animal asustado, fue el primer argentino que encontré en un lugar extraño y lejano.
- Reflexiva -Las cosas cambiaron.
- Pero uno queda marcado y lo vivido no se olvida fácilmente.
- Te comprendo, pero cuídate.
- Hay que tener los ojos bien abiertos. Mirá al nuevo presidente que este país eligió, parece el hermano de leche de Juancito -dijo Alberto.
- La gente lo votó.
- Un ambicioso carente de la mínima cultura, con todavía menos escrúpulos, pero que se vende como el Mesías que viene a salvarnos -insistió Alberto.
- Otros candidatos pueden ser más prolijos, pero no mejores.
- La gente decente y capaz le escapa a la política por el temor de que los vayan a confundir, ese es un error que les deja el camino despejado a los crápulas que siempre están al acecho -agregó un empecinado Alberto.
- Hoy en el súper, corría delante del pibe que venía remarcando los precios con la maquina, como si el carrito fuera un auto de fórmula uno -comentó Leonor.
- ¿Ahorrate mucho?
- Creo que cerca del veinte por ciento.
- Estamos salvados -dijo él irónico.
- Peor era con los milicos.
- No se puede comparar, en parte esta locura económica la heredamos de ellos. Estamos pagando los platos rotos que dejaron.
- Tengo una novedad.
- Buena o mala.
- Para estos tiempos creo que muy buena. Renunciaré al trabajo. En otro estudio con el que tuvimos que asociarnos para encarar algunos problemas de clientes importantes, me ofrecieron un puesto de nivel y

mucho mejor pago; me cambio de equipo.

- Hay que festejar, mañana cenamos afuera y brindamos con champan.

- Bueno.

Pocos meses después, Alberto asumía más responsabilidades en la cátedra que funcionaba en el hospital. Con toda naturalidad, su figura pasó a ocupar una posición destacada. Se había convertido en uno de los consultores a los que acudían los colegas cuando era preciso resolver casos difíciles. Poco después le fue confiada la jefatura de una de las salas del hospital.

- ¿Qué te parece si compramos un auto?

- ¿No estabas ahorrando para un departamento?

- Se me pasó el apuro, tengo una mina con bulín que gana buena guita.

- No estaría mal.

- El sábado nos dedicamos a ver avisos.

- Entre los dos podemos comprar uno nuevo.

- ¿Vale la pena?

- No sea tacaño doctor.

En una extraña operación, propia de estas tierras, compraron un plan de ahorro que adjudicaba por sorteo un automóvil por mes. Lo adquirieron a un afortunado ganador que no podía seguir pagando las restantes cuotas y buscaba deshacerse del compromiso para recuperar el dinero que ya había invertido. De este modo se hicieron del rodado con una ventajosa financiación. Seguirían desembolsando mes a mes lo comprometido, hasta llegar al final del contrato original.

- Es lo primero que tenemos en común.

- Esteban nos ofrece estar otra vez con ellos en la casita de Gesell.

- Me parece fantástico, lo pasamos muy bien allí; además, en este momento es imposible calcular los precios de un alquiler durante la próxima temporada.

- Va a poder entrar a la pieza del fondo con la frente bien alta, diferente a aquella Leonor fantasmal que se escurría sigilosa en la oscura noche.

- ¡Chanta!

- Te quiero mucho.

El crecimiento del prestigio de Alberto trascendía los límites del hospital, sus investigaciones lograron el milagro de obtener nueva financiación, esto posibilitó la incorporación de equipos de laboratorio en tiempos de escasez y delirio económico. En diciembre se entera de que una presenta-

ción suya había sido aceptada en la Academia Americana, y que lo invitaban a exponer en el congreso a realizarse en Los Ángeles. Al trascender la noticia, el conocido laboratorio *Virtuous* de los Estados Unidos, le ofrece hacerse cargo de los gastos del viaje.

- Es una especie de distinción que me lo hayan propuesto, pero me incomoda.

- ¿Por qué, acaso sos el único que acepta una invitación así?

- No, todo lo contrario, sobran los que se matan por viajar gratis.

- No se trata de una excursión turística.

- Está bien, sólo quiero presentar mi trabajo, pero, ¿cómo aclarar a los malpensados que no estoy enganchado con el laboratorio?

- No podés ir ahora por tu cuenta, nos metimos en las cuotas del auto y, si tenemos algún ahorro, es para comprar juntos un departamento más grande.

- Yo luché por una realidad diferente.

- Esta es la que tenemos ¿vas a cambiarla vos solito, ...vas a recetar los medicamentos de ellos habiendo más económicos o mejores, vas a influir con tu opinión para favorecerlos?

- No, pero mejor sería no deberles nada.

- Aceptá, no sueñes con quijotadas, no estás por cometer ningún delito.

Alberto ya no podría jactarse de estar a salvo de cualquier sombra de sospecha, aunque esta fuese más imaginaria que real, en fin, no es este un mundo para pretendientes a la santidad.

El esfuerzo de Juancito en materia de relaciones públicas, aprietes varios y la debida preparación del escenario para su relanzamiento institucional, tuvo su clímax al aproximarse el año académico.

Mientras Leonor y Alberto disfrutaban sus vacaciones en la costa, recordando la ocasión de su encuentro en el mismo sitio, hecho que había marcado el inicio de su relación; el verano deparaba a Florencia una pesada tarea: revisar minuciosamente la considerable cantidad de encuestas. Con sorpresa y disgusto, comprobó que el procesamiento de muchos formularios se había efectuado con evidente apuro y gruesos errores.

- Estos del Litoral hicieron todo a medias.

- ¿Lo firmaron como les pedimos?

- Sí, pero eso no arregla las cosas.

- Déjame ver...hay que completarlo.

- ¿Con qué datos?

- No te ahogues en un vaso de agua, saquemos el promedio general de los que están bien hechos y en los restantes pongamos las cifras un poquito por arriba o por abajo.

- ¿Te parece, además son un montón? -dijo, sin atreverse a cuestionar el proceder.

- No estoy dispuesto a pasar un papelón. Dejar las cosas así es darle pie a algún malintencionado para agredirme con preguntas insidiosas. Presentamos todo redondito, no dejamos ningún lugar para las dudas.

Les llevó una semana disimular el desaguisado y que el trabajo luciese impecable.

Florencia no podía ocultar su disgusto, pero, forzada, se prestó a ser cómplice del engaño. Tanto afán tuvo su recompensa, la presentación fue aceptada en la primera sesión anual regional y, de ahí en más, la postulación de Juancito para ejercer la presidencia no tuvo oposición manifiesta. El único gesto público del Profesor Aníbal Iglesias, fue no asistir el día de la elección. En privado, en secreto compartido, él y un reducido grupo se explayaban sin disimulo, la situación que era molesta, les provocaba repugnancia y hasta vergüenza.

Pocos días después, un orondo Juancito se dirigía a la casa de Alberto en Buenos Aires para después ir juntos al aeropuerto. Compartieron el viaje y la estadía en Los Ángeles, cada uno inmerso en sus particulares intereses. Juancito picoteando aquí y allí con el fin de darse a conocer al mayor número de asistentes; poniendo especial cuidado en el trato con las personalidades más conocidas de la especialidad, los que publicaban trabajos fundamentales en las principales revistas o habían participado en la redacción de capítulos de textos importantes.

Como era de esperar, Alberto concurría asiduamente a las conferencias, interviniendo con preguntas y aclaraciones en las discusiones. El profesor Brissard lo saludó evidenciando gran afecto por su ex-discípulo.

- ¿Cómo está el Dr. Guérin?

- Muy bien, no ha podido venir por problemas familiares.

- ¿Serios?

- La madre que ha cumplido 90 años está muy delicada y no quiso alejarse de ella.

- Pásele mis saludos.

- Se lo haré saber, todavía lamenta su decisión de dejarnos.

Las largas horas del regreso dieron pie tanto a confidencias personales como institucionales

- ¿Qué hiciste todos estos días? Sólo te vi en la clase de Williams sobre colitis ulcerosa -inquirió Alberto.

- Ya estoy aburrido de escuchar siempre lo mismo.

- Estás equivocado hay muchas novedades. Además, podés consultar con los tipos que más saben. ¿Por qué elegiste la conferencia de Williams, te interesa el tema?

- Me interesaba él, que me viera allí en primera fila, es un peso pesado.

- Algún día vas a madurar.

- No jodas, hablé con Sacerdote, creo que en Buenos Aires tengo asegurado el puesto de secretario general.

- ¿Y eso qué?

- El secretario pasa a ser vicepresidente y después con toda naturalidad le corresponde el cargo máximo.

- Hablemos de cosas serias, me preocupó mucho lo de tu divorcio. Tenés dos pendejos muy chicos.

Algo molesto- No les falta nada, me hago cargo de todo.

- Tener a papá en casa es importante.

Tajante -Papá tiene su vida.

- Sos tan rápido que no alcancé a conocer a Alicia.

- El año que viene, cuando tenga que ir otra vez a las reuniones te presento a Florencia, en algún viaje me va a acompañar.

- ¿Va a ser titular efectiva o temporaria, qué destino le espera?

- Lo mismo te puedo preguntar sobre tus proyectos con Leonor.

- Como van las cosas, creo que terminaré casándome y teniendo hijos con ella.

- La vida te da sorpresas.

- Puede ser, nadie está exento de sobresaltos.

- Alicia estaba cada día más insoportable, me rompía las pelotas con pavadas.

- Me juego lo que no tengo a que ya salías con Florencia.

- ¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

- Nada, no te preocupes.

La presidencia de la entidad local, le sirvió a la perfección a Juancito

para diluir aún más su pobre participación en las tareas asistenciales en el hospital. Comenzó a delegar las consultas en Florencia que apenas si estaba dando los primeros pasos en la especialidad. El progresivo desinterés de él, determinó un cada vez mayor compromiso y competencia de ella, fruto de la tarea diaria con un buen número de niños que concurrían, al estudio al que dedicaba un tiempo considerable y a las oportunas opiniones de pediatras veteranos. Ella, paulatinamente, fue ganando soltura y solidez en su desempeño. Mientras Juancito, impulsado por una interpretación aberrante de sus nuevas funciones, trajinaba pasillos y cafés para asegurarse la asistencia a las reuniones científicas que organizaba, las qué, a poco de andar, eran eludidas por la mayoría de los colegas que se ingeniaban para esquivar el compromiso. No obstante, moderando sus pretensiones, consiguió darle forma a algunos ateneos. Si se sintió molesto por la escasa concurrencia nadie lo supo. A él lo satisfizo la impecable impresión de los programas y los afiches que convocaban a los simposios; eran oro en polvo para el plan de agigantar su imagen a nivel nacional y encandilar a los despistados gerentes de los laboratorios.

Florencia jamás llegaría a ser la esposa de Juancito, para evitar el riesgo-paso que ella comenzó a reclamar, él se amparaba en un argumento que parecía sólido, pero era antiguo y gastado. Cuando la ocasión lo exigía, aducía que la experiencia le había señalado los sinsabores que acarrear el matrimonio y los hijos y que, además, como pareja sin compromisos llevaban una buena vida. Florencia se sentía desarmada frente a la imagen que él había logrado construir en sus pensamientos, espejismo que la incapacitaba para contrarrestar los pretextos por él esgrimidos.

La economía atravesaba tiempos de crisis, no obstante, el estudio donde Leonor ejercía su profesión, prosperaba e incorporaba durante ese año nuevos e importantes clientes, esto motivó una reestructuración y ella fue ascendida, y asociada a los más altos niveles de la dirección.

- En medio de este tremendo desbarajuste a nosotros nos va cada vez mejor.

- Parece que te sentís culpable -comentó Alberto, para proseguir-en el hospital vemos la peor cara de la realidad. Son cada vez más los que no pueden comprar ni los fármacos comunes de precio razonable. Ni hablar de tratamientos sofisticados u otros recursos de última generación. Conseguir el mínimo instrumental para trabajar decentemente, o que funcionen

los más complicados que requieren mantenimiento, se vuelve cada vez más difícil. No es mi responsabilidad, pero es deprimente y por momentos angustiante.

- La misma locura económica es la que nos da más trabajo a nosotros, las empresas necesitan mejor asesoramiento para enfrentar situaciones que parecen sacadas de una pesadilla.

- Muchos pacientes que consultan en el hospital, viven en la desesperación de no poder comer todos los días.

Llevaban una vida por demás activa, con jornadas extenuantes, pero se las ingeniaban para reunirse durante la semana en algún bar, para distenderse y charlar antes de ir a su casa. Con inaudita facilidad habían construido un apacible y solidario ámbito íntimo. Como el agricultor afortunado, contaron con la semilla idónea en el tiempo propicio, por lo que una vez que ésta alcanzó el sitio adecuado, no tuvieron que esperar para que germinase una novedosa y relativamente serena estructura.

Alberto no guardaba malos recuerdos de Claire, todo lo contrario, el tiempo había decantado lo infausto de aquellos lejanos días, por lo que sus esporádicas evocaciones eran serenas, plácidas, pero muy lejanas respecto a la realidad que estaba viviendo.

De común acuerdo, en primavera dejaron de lado las precauciones y en noviembre supieron que Leonor estaba embarazada. Decidieron casarse antes de fin de año sin gran pompa, rodeados de los familiares más cercanos y un grupo de amigos.

El dubitativo Dr. Sacerdote desoyó los comentarios desfavorables e incluyó a Juancito en su lista, con el cargo por este apetecido. Considerando que parecía impulsarlo una corriente irresistible, creyó que más le valía tenerlo de amigo que de enemigo.

El primer indicio del cambio que se avecinaba, fue posible constatarlo por la actitud de las empresas farmacéuticas, estas ahora competían por pagarle a Juancito los viajes que se vería obligado a realizar a la capital. Impulsado por los nuevos aires, él decidió, durante el verano, darle forma a otro medio que lo mantendría en el candelero sin gran esfuerzo, se trataba de conferencias referidas a estadísticas sobre prevalencia de patologías digestivas. Apenas asumió su flamante función, puso en marcha una campaña para disertar sobre estos temas en cuanta reunión o curso de la especialidad detectaba en cualquier lugar del país. Ponía en marcha

una estrategia que le permitía eludir, elegantemente, tópicos novedosos referidos a las enfermedades y, sobre todo, a los nuevos mecanismos involucrados que constantemente se difundían, temas intrincados cuyo abordaje era impracticable sin destinar largas jornadas a su preparación. No obstante, en las conversaciones, sobre todo con los jóvenes, nombraba con desparpajo moléculas o proteínas de las cuales conocía apenas un poco más que el nombre. Su mayor esfuerzo había sido el memorizarlas. Dado que la clientela había disminuido notoriamente, pues el antiguo prestigio de su padre se había ido diluyendo, al no recibir pacientes derivados para consulta, se vio forzado a comenzar a trabajar para obras sociales y los primeros prepagos. Como él no se avino a atender a nadie por los mínimos honorarios vigentes para ese tipo de prestaciones, encontró la salida que nos podemos imaginar; delegó en Florencia también su consultorio.

Consciente de la poca simpatía que Juancito había despertado en Leonor y teniendo en cuenta su estado, Alberto, que también participaba de las reuniones, se las ingenió para evitar una invitación a su casa. Le facilitó las cosas la tendencia de su colega a participar de cenas concurridas, parte esencial de la incesante campaña de promoción de su figura. En otra ocasión, cuando viajó con su pareja para quedar unos días en la Capital, fue ineludible el invitarlos a almorzar el domingo y llevarlos luego a visitar el barrio de La Boca que Florencia no conocía. Finalizado el paseo los dejaron en el céntrico hotel:

- ¿Adónde quiere llegar tu amigo?

Por ahora a presidir la Asociación Argentina.

- Parece tener pretensiones de emperador de, no sé qué...

- ¡El Napoleón de la gastroenterología!

- Me da lástima Florencia-reflexionó Leonor.

- Ella no aparenta estar incómoda.

- Es discreta y no parece nada tonta ¡¿Qué hace al lado de este tipo?!

- Debe coger bien.

- No seas bruto.

- Perdón, se me escapó el indio.

- Tenés que empezar a mejorar tu vocabulario, vas a ser padre de una nena.

En agosto nació Juliana

Por esos días se inauguraba el nuevo Hospital Pediátrico de Mendoza.

Instalado en el estrado del flamante salón de conferencias, Juancito asumía su soñada jefatura. Compartió allí con las autoridades el solemne acto, rebotando inocultable orgullo y satisfacción.

En octubre Leonor vendió el departamento y adquirieron juntos uno mejor ubicado y más amplio. Juliana tendría su dormitorio.

- ¿Creés que hemos hecho una buena inversión?

- ¿De qué nos servía quedarnos con los dólares? A la larga, en este país los ladrillos siempre rindieron, además lo necesitábamos.

- Parece que esto de la convertibilidad funciona.

- Veremos cuánto dura la magia, el truco de que los 10.000 australes de ayer, mágicamente se transforman en un peso que resulta igual a un dólar.

- Esa es tu materia, por ahora siento que el cambio nos ha dejado un poco más tranquilos, a pesar de que el Presidente se parece cada día más a Juancito.

- O viceversa.

Para sus hijos, Juancito se había convertido en un extraño padre que desempeñaba el papel de un solícito tío. Los veía una vez por semana, complacía sus pedidos y los colmaba de juguetes y golosinas. Rara vez los llevaba a su departamento o compartía con ellos juegos, paseos o lo que fuese menester.

Apenas había transcurrido poco más de un año durante el cual desempeñó las escasas funciones atinentes al cargo de vicepresidente, más honoríficas que ejecutivas, cuando el cuyano se vio catapultado a la presidencia, debido a que el titular estaba afectado por una repentina y grave enfermedad. Los estatutos, como suele suceder, no contemplaban con claridad esa situación generada por el azar, el hecho acontecía por primera vez en la historia de la institución. En vista de ello y recurriendo a tejes y manejes varios, Juancito logró convocar a una asamblea extraordinaria. La bien manipulada reunión resolvió que su breve período inicial fuera considerado incompleto y lo habilitó para ser, por única vez, su propio sucesor. Tendría entonces tiempo más que suficiente para maquinarse nuevos planes pues, a estas alturas, su posición local se había transformado para él en un mero, pobre escalón. Vehementemente ansiaba proyectarse, lanzarse más allá de las fronteras. Había llegado hasta donde sus antecedentes lo permitían, sus próximos planes requerían pergaminos más impactantes y la fortuna vino en su ayuda. Todavía no había transcurrido un año de su

presidencia, cuando la Argentina tuvo el honor de que uno de sus más conocidos y prestigiosos especialistas, el Dr. Tomás Grosso, ocupara un puesto en la Asociación Internacional. Las intrigas y los viajes de Juancito que ya manejaba con soltura el inglés, lo habían constituido en natural defensor de los intereses locales y la incidencia de sus gestiones había sido un factor nada desdeñable en esta deseada y por años postergada designación. Desde ese momento se cimentó la relación entre el excelente e inteligente representante del cono sur y Juancito. El Dr. Grosso, seguro de sus conocimientos y méritos científicos ganados en muchos años de trabajo, vio con buenos ojos el desempeño del colega que se movía con soltura en esos ámbitos a los que él sentía demasiado herméticos. El tiempo le cobraría con creces su ingenuidad o buena fe, vaya uno a saberlo. Desde ese momento, la necesidad de trepar lo obsesionó. Repasando una y otra vez los posibles recursos a su disposición, Juancito de pronto cayó en la cuenta de que, si actuaba con astucia, tenía un as en la manga. Entre los aspirantes a la presidencia de un futuro Congreso Nacional estaba el Profesor Doctor Aníbal Iglesias, a la sazón Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Mendoza. Sin amilanarse por la pobre relación que mantenían y constándole claramente el concepto que aquel atildado coterráneo tenía de su persona, comenzó un lento proceso de acercamiento y trato frecuente, inventando a tal fin todo tipo de subterfugios. Uno de los mejores fue fingir la necesidad de consultar con él diversas complicaciones que se le presentaban en el ejercicio de su presidencia, esto le permitió, poco a poco, lograr cierta distensión en los diálogos que al principio eran secos, cortantes, pues era evidente que el Dr. Iglesias los abreviaba. Esperando con la paciencia del cazador emboscado a que madurase la oportunidad, logró mantener a raya su apuro durante meses. En la primavera se realizaría el ya programado Congreso Nacional de la especialidad, en una de cuyas sesiones se nominarían a los que dirigirían el siguiente, que se llevaría a cabo dos años después. Los nombres debían consensuarse y las consultas informales habían comenzado durante las periódicas reuniones en Buenos Aires. Semanas antes del evento que los reuniría en Córdoba, se hizo anunciar por la secretaria. Pocos minutos después esta le franqueó el acceso al despacho de un Dr. Iglesias que creía estar ante otra demanda insustancial.

- ¿Qué te trae por aquí? -fueron las palabras de una apresurada recep-

ción.

- Perdona la franqueza ¿A quién propone usted como candidato a presidir, dentro de dos años, el Congreso Nacional?

La intempestiva pregunta, enunciada sin preámbulo alguno, le pareció fuera de lugar. Quedó mirándolo con gesto inexpresivo, hasta que contestó lo obvio.

- Sabés que estoy propuesto y me gustaría hacerlo.

- Lo voy a apoyar, creo que le van a sobrar los votos.

- Gracias -dijo, empleando ahora cierto tono amistoso que anteriormente jamás los oídos de Juancito habían percibido.

A renglón seguido, ya en un ambiente de tibia confianza, la conversación los llevó a considerar los nombres para los demás cargos futuros. Juancito, que para esa fecha estaría todavía enredado con los problemas cotidianos de su actual puesto, solicitó el poco codiciado lugar de vicepresidente segundo, el que le fue concedido. Cuando un relajado Dr. Iglesias estaba a punto de dar por concluida la amable reunión, su interlocutor lo sorprendió otra vez, introduciendo un asunto inesperado.

- Otra cosita más.

- Te escucho.

- Quisiera colaborar en la Universidad Católica.

El rostro del decano retornó a la abandonada seriedad.

- Pero si jamás trabajaste con nosotros.

- Nunca es tarde para comenzar.

- ¿En calidad de qué?

- Con mis antecedentes no puedo aspirar a una ayudantía, digamos que el cargo de jefe de trabajos prácticos estaría bien.

- Me asombrás, no sé cómo lo tomarán los padres.

- Pero el que manda aquí es usted -dijo Juancito serio y cortante.

- Lo voy a pensar -respondió el Dr. Iglesias circunspecto, pero sin abandonar el tono afable.

A los pocos días insistió mediante una llamada telefónica.

- ¿Tiene respuesta a mi pedido?

- Hablé con los padres, aparentemente no hay inconvenientes.

- Gracias, ambos podemos decir que no habrá problemas.

La presentación del nuevo encargado de los trabajos prácticos, que parecía haber surgido de improvisa merced a la prodigiosa habilidad de un

mago magistral, sorprendió a todos, aunque nadie osó comentarlo públicamente. Alguna razón debía tener el decano que era una figura señera en la Universidad y el paradigma de la honradez. Más extraña aun resultó la dispensa conferida, poco después, al flamante docente. En vista de las exigencias de su otro importante cargo institucional en Buenos Aires, se lo libraba de concurrir personalmente y con asiduidad a la cátedra. Por el momento y mientras sus obligaciones le impidieran la dedicación requerida, lo reemplazaría la multifuncional Dra. Florencia Sirve. Su estrambótica figura se dejaría ver cada tanto en la secretaría de la cátedra y así cumplir con el mínimo de clases exigida.

Teniendo los requisitos requeridos y sintiéndose seguro, Alberto se presentó para el concurso de profesor adjunto, logrando superar la prueba sin inconvenientes. Para sortear el riguroso examen que incluía materias ajenas a su diario quehacer, debió contar nuevamente con la ayuda de Leonor. Durante meses ella se había hecho cargo, en forma casi exclusiva, de la atención de Juliana, mientras él se recluía en la casa paterna. Después de esta alegría y sin tiempo para festejos, la adversidad hincó el diente en sus vidas.

En pocos meses debieron sobrellevar la repentina muerte del padre de él y, tras cartón, decidir la internación en un geriátrico de la madre de ella, irreversiblemente afectada por un severo déficit neurológico. Los papeles se invirtieron, ahora Alberto debía apoyarla anímicamente y, en la práctica, ocuparse cada vez más de la hija. Con tacto y paciencia la ayudó a aceptar la dura realidad. Leonor tuvo que admitir que se estaba haciendo todo lo humanamente posible, él le repetía cada vez que lo juzgaba necesario, que casi con seguridad su madre no tenía conciencia de la situación. El calvario se prolongó durante más de un año.

En el ínterin, Juancito había alcanzado la categoría de profesor adjunto de la Cátedra de Clínica Médica mediante un extraño seudoconcurso, original y amañado entre gallos y medianoche.

La sorpresiva decisión, pocas semanas después, de reemplazar al Decano de la Facultad de Medicina, quiso ser presentada como un hecho natural, pero provocó revuelo y todo tipo de comentarios en los ámbitos académicos. Al rápido asentamiento de la polvareda suscitada, ayudaron, sin duda alguna, la postura y las expresiones del Dr. Iglesias. El ahora ex-decano mantuvo su clásica templanza, conservó los rasgos que sugerían

que de él emanaba imperturbable el poder, tanto científico como moral, disimulando el contraste como un actor consumado. Si hubo procesión, pena o luto, no pudo ser advertido. Tuvo la gran satisfacción de ser confirmado como presidente del futuro congreso de la especialidad y, luego de un período preñado de incertidumbre, retuvo el cargo de profesor titular. Casi nadie se atrevió a dar cuenta de que el rey estaba desnudo, como en el pasatiempo infantil, cada cual atendía su juego y el ascenso de Juancito no fue cuestionado.

Convertido ahora en consumado ilusionista, Juancito movió sus piezas para asegurarse una influencia decisiva y perdurable. Prácticamente digitó los nombres de los gastroenterólogos que lo sucederían por varios años, y no dudó en incluir a Alberto en el segundo período que seguiría a su extenso reinado. Era una forma elegante de acomodar la retaguardia mientras él batallaría en terrenos lejanos. Con el rimbombante título profesoral bajo el brazo llegó a un acuerdo con el laboratorio *Compact*, muy interesado en promocionar su nuevo medicamento destinado a controlar la acidez estomacal. El producto se presentaba como notablemente superior a todo lo conocido hasta el momento, se aseguraba que era poseedor de cualidades únicas y prácticamente ningún inconveniente o efecto secundario. Como las ventas dependen de las recetas médicas, la empresa organizó la presentación de su nueva panacea en reuniones presuntamente científicas, a llevarse a cabo en diferentes capitales o ciudades importantes. Tal cual se estila para estos casos, la búsqueda de un gran impacto exigía contar con amplios salones en centros de convenciones, o en hoteles de cinco estrellas, donde a continuación de la perorata, se ofrecía a los galenos un exquisito ágape. De este modo se descontaba una nutrida concurrencia que estaba obligada a digerir las dos o tres conferencias magistrales a cargo de integrantes de una troupe de selectos relatores. Ninguna novedad voy a decirles si les cuento que nuestro amigo Juancito se hallaba a sus anchas con este itinerario por los cinco continentes y que la ocasión le vino como anillo al dedo para confirmar la destreza por él lograda, en el arte de no dar puntada sin hilo. De ciudad en ciudad, es decir de hotel de lujo a hotel de lujo, pudo afianzar su relación con los otros oradores, sobre todo con su par el profesor Lucien Prêtre de la Universidad de *La Piège*, ubicada en el sur de Francia. Con el francés logró entendimientos que iban más allá del idioma y no hace falta aclararlo, también de la medicina. Se sentía

a las puertas del mejor de los cielos soñados pues las nuevas funciones incluían suculentos honorarios en divisas. Esto lo alejaba de la oprobiosa obligación de ganarse la vida tratando pacientes. Tan bien encaminados percibía a sus asuntos que aprovechó la estadía en Suiza, para abrir una cuenta bancaria que protegería su dinero del husmeo de cualquier curioso.

A pesar de los serios problemas familiares, Alberto, forzado a tomar una decisión debido a que cada vez recibía con más frecuencia pacientes derivados, a los que atendía en el hospital o una clínica donde nunca se sintió cómodo, alquiló un consultorio ya instalado en la zona norte de la ciudad, donde ejercería dos veces por semana. Después del fallecimiento de la madre de ella, convinieron en tomarse algunas semanas de descanso, con ese fin aceptaron el ofrecimiento de un médico cordobés para que se hospeden en la casa que tenía en las serranías. El aislamiento y el hermoso paisaje les permitió distenderse, tomar aliento después de tan duros e infelices momentos vividos, dedicarse plenamente a su hija y concebir a un nuevo heredero.

Contando con la vivaz gestión del Dr. Prêtre y el consentimiento del Dr. Grosso, obtenido después de varias reuniones agitadas durante las cuales se pudieron escuchar voces altisonantes, Juancito accedió a la ansiada vocalía en el extranjero. Reemplazaría a su compatriota, al que habían convencido, mediante irrisorios argumentos, de que al cabo de un año regresaría a ese sitio. De más está aclarar que tal año sabático se convertiría, para el Dr. Grosso, en una eternidad. A diferencia del Dr. Shapira que lo había menoscabado, u otros que una vez cumplido su período institucional, dedicaban sus vidas a ejercer jefaturas de servicios hospitalarios, no pocos junto a la docencia universitaria; Juancito, desde su nuevo Olimpo, seguiría detentando gran influencia doméstica apelando al control remoto. Dotado de renovadas ínfulas y cada vez menos escrúpulos, si es que alguna vez había exhibido alguno, extremó aún más su destreza en el arte de la manipulación artera. Calmaba los reclamos y el evidente disgusto de Florencia por sus reiteradas y cada vez más prolongadas ausencias, con importantes regalos al regreso de cada viaje, aumentando la participación de ella en los ingresos del consultorio y logrando su inclusión en las comisiones de las asociaciones, primero a nivel local y luego nacional. A mediados de ese año él compró una nueva casa en la zona más distinguida de Mendoza, lo que contribuyó a moderar, en parte, el constante incremento del malestar de Florencia. Ella

no había renunciado a regularizar su relación y ansiaba ser madre.

“No quiere seguir así, -pensaba él- si por mi fuera no preciso nada de eso que pretende, son puras complicaciones. Sin embargo, en este momento es irremplazable, la necesito aquí. Me cuida la casa, atiende el consultorio, vigila las cosas en el hospital y me reemplaza en la docencia. Es el socio perfecto que, sin dejar de ser comedido, por internet me informa lo que aquí sucede en tiempo real, todo esto junto no tiene precio”. Consintió en tener un hijo.

Hacia fines de año, remedando hechos frecuentes en el ámbito futbolístico, el equipo entero de propaladores de las bondades de los productos de *Compact*, pasó sorpresivamente a revistar en las filas de los laboratorios *Bewundernswert*. Esta antigua y afamada casa alemana, se hallaba en vísperas de lanzar al mercado un nuevo producto para tratar la insuficiencia hepática. Esta vez la cosecha cotizaría en marcos.

En esos momentos, el Dr. Prêtre, al mismo tiempo que ponía en práctica devaneos intrigantes, se las ingeniaba para continuar en la dirección de un equipo competente del cual habían surgido importantes aportes científicos, por lo tanto, era una persona respetada en su ámbito. En contraste, Juancito ni por asomo podía exponer parecidos títulos. No obstante, habían logrado dar la impresión de constituir un bloque de parejas virtudes. En las continuas giras, miles los habían escuchado hablar de los últimos adelantos terapéuticos con soltura, seriedad y aparente solvencia. Esto los convertía, poco a poco, en referentes de la especialidad en el mundo. Su influencia crecía e infundían respeto teñido de temor. Era para todos conveniente estar en buenos términos con ellos, más allá de la opinión que se pudiera tener sobre sus personas. Siendo todavía novato en el juego de las ligas superiores, el argentino comprobaba embelesado cómo los sucesos jugaban a favor del tándem que había conformado con su socio francés. La magnificencia de la notoriedad obraba milagros. Un gerente audaz, seguramente afligido por su patente soledad en una gira por Australia, se atrevió discretamente, a ofrecerle compañía femenina de primer nivel. Juancito reaccionó aparentando sorpresa, pero sin dejar de asomar cierta de curiosidad ante semejante propuesta. Entonces, prudentemente, el directivo le presentó un álbum con fotos. Luego de observar el nutrido conjunto de candidatas, en tono confidencial, Juancito expresó su asentimiento sin apartar la mirada de su interlocutor, al tiempo que

exigía la máxima discreción. Obtenidas las seguridades solicitadas, señaló a una rubia despampanante. Atrás habían quedado las putitas más o menos agraciadas. Después de esa primera experiencia, sólo lo conformarían mujeres portadoras de una belleza inusual, discretas, aparentemente cultas pero divertidas y, sobre todo condescendientes. Su buena disposición para este tipo de atenciones no tardó en trascender, por lo que no faltaron otros responsables que, a partir de ese momento, recurrieran a tan bonitos señuelos.

Damián, el segundo hijo de Leonor y Alberto llegó a un hogar donde sus padres transitaban la etapa de recuperación del duelo que los había afligido.

Teniendo en cuenta las razones a las que nos hemos referido claramente, podía preverse con escaso margen para la duda, que el Profesor Dr. Lucien Prêtre alcanzaría, poco después, el sitial máximo en la Asociación Internacional. El caso de Juancito era diferente, sobre todo a los ojos de los anglosajones, los influyentes yanquis en primer lugar. Ni lerdo ni perezoso, el cuyano había cultivado con esmero su vínculo con destacados personajes de ese origen, pero las relaciones públicas no eran suficientes, necesitaba agregar otro elemento. En una animada sobremesa, luego de la cena correspondiente al cierre de un congreso en Montreal, el Profesor McCarthy mencionó la falta de datos ciertos sobre la epidemiología de los diversos tipos de hepatitis en extensas regiones del planeta. Inmediatamente Juancito se ofreció para organizar la encuesta en Sudamérica, y puso de ahí en más, todo su empeño en lograr que su nombre encabezara dicho trabajo. A su archiconocido juego lo habían llamado. Estableciendo base en Mendoza, preparó el terreno contactándose con los demás países de Latinoamérica. Luego se sirvió de oportunos viajes, programados con minuciosidad, para establecer particulares vínculos y entusiasmar a los que serían responsables en cada nación. Ninguna consideración en atención a su embarazo, obtuvo Florencia. En un momento muy especial de su vida se vio arrastrada al frenesí, debido a que él la consideraba una pieza fundamental en el armado. Hasta el momento ella, secuaz forzada o quizá en extremo benévola y complaciente, se había consolado con las diversas evasivas que él siempre tenía a mano, o lo disculpaba evitando profundizar respecto a sus frecuentes desatinos. Ahora se veía obligada, tardíamente, a tomar plena conciencia del maltrato y uso a que la sometía Juancito. Se

sentía muy sola, encerrada en un callejón, y el pretender un análisis realista de la situación la confundía aún más. No sabía a quién recurrir, su madre y su hermano parecían fascinados por los éxitos de su pareja y la vida que llevaban; tampoco se sentía en condiciones de sincerarse con sus amigas. Los demás se cuidaban, delante de ella, de expresar cualquier comentario acerca del concepto que les merecían Juancito y sus hazañas. Percibiendo claramente la necesidad de cambios, dejó de lado temores y fantasmas y decidió consultar a un psicólogo. Al padre de su futuro hijo la idea no le agradó.

- ¿Qué te agarró ahora?

- Sufro como si estuviese abandonada, necesito ayuda.

- ¿Qué te falta, tenés todo lo que una mujer podría soñar?

- No querés entender lo que te dije: me siento sola y vacía.

- Aquí muchos se dedican a la pesca del chisme ¿A quién le vas a contar tus penas, sin que se entere media ciudad en pocos días?

- No tengas miedo.

- ¡Yo no le tengo miedo a nada ni a nadie!, son simples precauciones.

Parece que el embarazo te trastorna.

- O me hace pensar. Dos veces por mes viene un psicoanalista de Buenos Aires que no sólo controla el trabajo de los que aquí se desempeñan, también atiende algunos pacientes. Podés quedarte tranquilo, dicen que es de primera y muy serio.

- Esos tipos son raros. Nunca entendí bien el curro al que se dedican.

- Cálmate, no pueden hacer trampas con las estadísticas porque cada paciente es una persona diferente con problemas distintos.

- No seas turra.

En sus extensas jornadas, el Dr. Sergio García Cernadas trabajaba en el consultorio de una psicóloga, el mismo que utilizaba para supervisar casos de varios colegas mendocinos.

Una vez tomada la decisión y concertada la primera visita, Florencia no podía dejar de pensar en el libreto que expondría ante su terapeuta. Se preparaba para escuchar, imaginaba que, por poco tiempo, una voz distante que probablemente le permitiría ver con más claridad su situación, pero todo resultó diferente. Un señor de unos cincuenta y cinco años la recibió con delicadeza y afecto y la hizo pasar para ofrecerle a continuación, un cómodo sillón, mientras él se sentaba, luciendo una sonrisa amable, en

otro que se hallaba enfrente. Se sintió tan cómoda, que no advirtió que se había esfumado de su mente el discurso prolijamente diagramado.

- La escucho.

- Creo que vine un poco tarde.

- No sé de qué me está hablando.

- Estoy embarazada de tres meses.

- Eso puede ser una buena noticia.

- No sé cómo llegué hasta aquí.

- A qué se refiere.

- A mi pareja, creo que compré un cómodo espejismo.

A partir de allí las intervenciones del Dr. García Cernadas fueron mínimas pero certeras, precisas. El noventa por ciento del tiempo, durante los dos años que demandaría la terapia, habló y en no pocas ocasiones sollozó Florencia. No transcurrieron muchas sesiones, ocho o diez, cuando con amarga angustia repitió la pregunta esencial.

- ¿Cómo llegué hasta aquí... porqué?

Lentamente, el abanico de aspectos cruciales de su ingrata realidad se abrió paso en el relato. Lloró por su futuro hijo, por la forzada inocencia con la que se había engañado, por sus complicidades en los turbios enjuagues de Juancito, por haberse dejado explotar, participando de tal modo en acciones perversas, por haber usufructuado beneficios tan mal habidos.

- Lo importante ahora, es que usted se interrogue de este modo. La respuesta demandará un tiempo, llegaremos a ella por caminos indirectos.

La actitud del terapeuta provocó, en un primer momento, que se sintiera profundamente defraudada, desamparada. Cayó en un prolongado silencio que la ponía peor, sesión tras sesión García Cernadas la miraba sin emitir palabra alguna. Acosada, sintió la urgente necesidad de un salvavidas que nadie le alcanzaba. Instintivamente percibió que el único socorro posible lo encontraría en sí misma, si hacía el esfuerzo. Y lo logró. La revelación se fue dando a cuentagotas, desprendiéndose de recuerdos y anécdotas desgajados de su vida, los que parecían opacados por el paso del tiempo, pero eran ahora iluminados por las breves interpretaciones de García Cernadas. Nuevas versiones sobre circunstancias íntimas y personales adquirieron inédita consistencia. Su admisión fue dolorosa para Florencia, pero se convirtió en la llave maestra que lentamente, le permitió alcanzar la capacidad de contemplarse a sí misma de otra manera. En

el teatro de su vida la estaban conduciendo a verse diferente, asumiendo la mirada atenta que podría tener un espectador distante pero inteligente y sensible. Así se fueron dando las condiciones para que el personaje, incómodo ahora en su tradicional papel, buscara otro guion. Florencia no dejó de colaborar con Juancito hasta las últimas semanas de su embarazo, cuando todo lo concerniente a la estadística estaba encaminado.

Ana, que nació en noviembre, aparentaba parecerse a su bonita madre. El destino quiso que su progenitor se encontrara ese día participando de una lejana e imprevista reunión.

Pensó que Florencia había decidido no recibirlo en el aeropuerto por no encontrarse en condiciones, debido a los pocos días que habían pasado desde el nacimiento de su hija. La fría acogida que le dispensó apenas abrió la puerta de la casa fue una clara advertencia que lo puso en guardia, él creyó intuir algún suceso desconocido ocurrido durante su ausencia.

- ¿Por qué tenés esa cara de culo?

- Porque el padre de mi hija suele hablarme de este modo.

- ¡Ese señor llega después de pasar, entre aeropuertos y aviones, algo así como veinte horas!

- Lamento tu cansancio, creo que tenés que ocuparte de tu madre.

- ¿Qué le pasa?

- Le han diagnosticado un tumor en el intestino.

- ¿Por qué no me avisaron?

- Ella no quiso que te enteraras estando tan lejos y se respetó su voluntad. De todos modos, la situación no hubiera cambiado.

- ¿Dónde está?

- En su casa.

- ¿Y la nena?

- Durmiendo.

Entró al dormitorio, miró serio a su hija y le dio un beso en la frente.

- Tiene suerte heredó tus rasgos. Voy a ver a mamá.

Con sencillez, sin que entrañase para él misterios o expectativas desconocidas, Alberto, que de hecho desde hacía más de un año cumplía esas funciones, asumió en marzo, formalmente, la presidencia. No puede decirse lo mismo del acontecimiento familiar en ciernes: Juliana ingresaría al preescolar.

- Estoy muy emocionado.

- Contrólate, que ella lo tome con naturalidad, no la asustes.
- Si la mamá me lo pide...
- Es un momento hermoso.
- Haré buena letra.
- Poné la mejor onda.
- Sé que suena cursi, pero me hace sentir un poco viejo.
- Para mí estás igual que en Gesell... ¿Hace cuántos años nos conocimos?

- Creo que diez. Hoy no podría vivir sin vos.
- ¡Vamos papá que la nena no debe llegar tarde el primer día!

Por dos años estaría más ocupado que nunca, a diferencia de muchos de sus antecesores se impuso la exigencia de una concurrencia casi cotidiana, sin abandonar sus obligaciones en el hospital, ni sus funciones en la Universidad. En pocos meses se reunirían los gastroenterólogos en el Congreso Nacional que por primera vez se realizaría en Mendoza. Para conocer el lugar e informarse de los detalles finales de la organización, Alberto viajó hacia allí. Fue recibido en el aeropuerto por Iglesias y Juancito

- Hola hermano ¿Qué tal el viaje?
- Bien, sin problemas.
- ¡Lástima que viniste sólo por un día!
- Sabés que estoy muy ocupado, sino con gusto me quedaría.
- Confesá que Leonor no te deja.
- Bueno, vayamos a la sede regional, tengo todo preparado allí -terció

Iglesias.

A continuación, se trasladaron a una pequeña dependencia ubicada en el edificio del Colegio Médico local y no bien llegaron se acomodaron alrededor de una mesa sobre la que se encontraban copias del programa científico.

- ¿Qué le pareció? -preguntó Iglesias, cuando Alberto dio por concluida una ojeada al proyecto.

- Bien, incluye una buena variedad de temas, está actualizado.
- Creo que vendrá mucha gente.
- Además es una hermosa ciudad, una provincia maravillosa.

- Y el mejor vino -opinó Juancito con el aparente fin de quitar formalismo a la charla.

- Me llamó la atención que no esté Shapira en la lista de oradores, ha publicado muy buenos trabajos en temas relacionados con la vía biliar y

el páncreas.

Iglesias miró a Juancito, guardó un breve silencio y contestó.

- Lo pensamos, pero en tres días no se puede ver todo.

- De acuerdo, hay que hacer hincapié en lo novedoso, en los avances.

Shapira podía muy bien hablar de las nuevas técnicas, está trabajando activamente con ellas. ¿Quién es el tal Caputo, al que asignaron un relato sobre esas patologías?

- Es de Rosario.

- ¿Publicó algo?

- No, está en el servicio de Castagna.

- Si no entiendo mal nos va a contar lo que todos podemos leer en las revistas, no tiene experiencia.

- Sabés que Shapira no es santo de mi devoción -se sintió obligado a aclarar Juancito.

- Los problemas personales no deberían influir.

Iglesias guardó silencio mirándolos alternativamente, parecía confundido por ese conato de discusión entre los que consideraba fraternos amigos. Optó entonces por ahorrarse cualquier explicación y poner cara de: "yo no fui". Esperó un rato antes de hablar.

- Todavía estamos a tiempo, los programas definitivos se imprimen dentro de algunas semanas.

- ¿A Caputo ya lo invitaron?

- Sí.

- Para evitar herirlo en su amor propio se le puede dejar una pequeña parte del relato, algo corto y del resto que hable Shapira.

- ¿Cambiar a último momento? -dijo Juancito, visiblemente molesto.

- De acuerdo hoy mismo hablo con los dos -se apresuró a afirmar Iglesias, sin tomar en cuenta la objeción de su coterráneo y dando por terminado el tema. Alberto había impuesto, con total naturalidad, el dictado de su conciencia. En repasar el resto del programa se les fue la mañana; sólo introdujeron algunas otras correcciones, más de forma que de fondo. Almorzaron en un restaurant céntrico, luego recorrieron las instalaciones donde se llevarían a cabo las sesiones y dieron un vistazo a los hoteles puestos a disposición de los congresales. Todo pareció estar en orden, sólo cabía esperar una reunión concurrida y exitosa. Iglesias se disculpó por tener otros compromisos y los dos antiguos amigos quedaron solos por

unas horas.

- Te llevo al Plumerillo, ahí podemos charlar y tomar un café.

- Bueno.

- ¿Conocías Mendoza?

- No.

- Te muestro un poco la ciudad, tenemos tiempo.

Intercambiaron pocas palabras durante el recorrido, hasta que llegaron al aeropuerto y se ubicaron en la confitería.

- ¿Te casaste con Florencia?

- No, para qué.

- Preguntaba porque tuvieron una hija ¿Cómo se lo tomaron Juancito y Danielita?

- Bien.

- ¿Se ven muy seguido con la nueva hermana?

- Más o menos.

Quedaron un rato en silencio.

- Mi vieja tiene un carcinoma de colon con metástasis.

Las palabras, expresadas con una rara mezcla de rabia y tristeza, impactaron en Alberto.

- Lo lamento, es muy duro. ¿Saben tus hermanos lo que se viene?

- Sí. Pero estamos distanciados, apenas nos hablamos.

- En estas circunstancias tendrían que dejar de lado el conflicto.

- Veremos, no depende sólo de mí.

El diálogo se interrumpió. Alberto exteriorizaba aflicción, Juancito contrariedad.

- Contá conmigo si crees que puedo ayudarte, estoy a tu disposición.

Volvieron a callar mientras miraban la distante pista a través del ventanal.

- Perdóname si cambio de tema, creo que se te fue la mano, no se puede dejar afuera a Shapira.

A Juancito se le encendieron los ojos, la mención del conflictivo asunto pareció animarlo.

- ¿Vos crees que sabe tanto?

- Es el que mejor trabaja en esas patologías en el país, no entiendo cómo Iglesias consintió tu capricho.

- Es que papá tiene muñeca.

- ¿Cómo te va en la internacional?
 - Bien, muy bien. Es más o menos como esto, el requisito indispensable es hablar correctamente el inglés.
 - Con acento cuyano.
 - Eso no importa.
 - ¿Cómo va lo de la hepatitis?
 - Creo que en unos meses estará para publicar, es una estadística importante.
 - ¿Sería?
 - No jodas.
 - ¿Volverá Grosso a la internacional el año que viene?
 - No sé, no está resuelto;... yo me muevo bien, me conocen todos.
 - No me expliques más, no tenés ganas de soltar el hueso y vas a hacer todo lo posible para quedarte. Además, trabajaste para los ingleses y ahora te contrataron los alemanes, ellos te van a apoyar, tienen mucha influencia.
 - ¿Te da envidia?
 - Para nada, tengo bastante trabajo y no me gusta separarme de Leonor y los chicos. No me puedo quejar; después de todo el haber dejado Francia y las oportunidades que me ofrecía no fue una mala decisión. Sin embargo, no me olvido que aquí hay demasiada gente que la está pasando muy mal, estos hijos de puta remataron el país y cada vez se nota más el desastre que han hecho.
 - ¿Ahora te vas a quejar de la democracia? Es el gobierno que eligieron. A mí que viajo tanto me favorece, todo afuera me resulta barato.
 - Parece un chiste, mantienen el valor de un mango un dólar. Te conviene a vos y a esos que vendieron las empresas y se llevaron la guita a un lugar seguro. Esto algún día va a explotar.
 - No te hagas ilusiones, los giles se la bancan ¿De Claire supiste algo?
 - No.
 - ¡Qué lejos parece todo aquello! ¿No te gustaría volver a verla?
 - Es el pasado, pudo haber sido otra cosa, pero la vida siguió. Pidamos la cuenta que ya están llamando para mi vuelo.
- Aquella noche Claire lo visitó, algo se había revuelto en él, y ella, mejor dicho su exacta imagen, estática, invariable más allá del tiempo, se alojó subrepticia en un sueño. Se despertó ansioso evocando ecos de aquella antigua frustración.

- Buen día mi amor.
- Buen día.
- ¿Qué te pasa?
- Tuve un sueño.
- ¿De qué se trataba?
- No me acuerdo.

A lo mejor te asaltan las pesadillas porque está por salir tu nombramiento como subdirector del hospital.

- No es para tanto.

La relación de Florencia y Juancito se había restringido a una mera cohabitación intermitente y formal. Las frecuentes ausencias de él, terminaron por circunscribir el vínculo a un intercambio de novedades relativas a cuestiones que lo desvelaban, la mayor parte de las cuales a ella le interesaban cada vez menos. Tan distanciados estaban, tan distintas eran sus vivencias que el planteo pidiendo la separación sonó extemporáneo.

- ¿Por qué salís con esto ahora?

- ¿Te preocupa tu próximo viaje, tenés miedo de que abandone la vigilancia sobre los colegas o el trabajo en el consultorio, no te das cuenta que hace rato vivimos vidas diferentes? Y no me vuelvas a repetir que no me falta nada. ¡Un hombre, un padre para mi hija, un marido es lo que no tengo! Y todo indica que nada de eso puedo pretender que nos des.

- ¿Quién es el macho que te calienta la pava?

Casi al borde del llanto, pero hablando con firmeza -¡Estoy muy sola, no tenés idea de lo que me está pasando, sólo pensás en vos, bestia insensible!

Ella logró contener las lágrimas, él la miró furioso.

- ¿Qué pretendés?

- Un lugar donde vivir con mi hija y que te hagas cargo de tus deberes económicos con ella, para mí no quiero nada.

- ¡Te pido que no estés aquí para cuando vuelva! Hablá con mi abogado, esta es mi casa.

Se fue dejándole los datos del jurisconsulto. Pocos días después Florencia concurre sola a la entrevista pactada y recibió un ofrecimiento que le pareció ridículo, fue su última ingenuidad. Desde ese momento también dispondría de un intermediario para tratativas que, sin duda, serían desagradables. Gracias a la habilidad del letrado que la representó, obtuvo un

departamento y una suma razonable en concepto de alimentos para Ana. De ahí en más podía vivir decentemente de su sueldo y los ingresos de un consultorio que alquiló en una clínica céntrica. Había sido la cara visible del servicio de gastroenterología infantil del hospital y del prestigioso consultorio Correa durante un tiempo prolongado, gozaba de reputación y, tal como lo preveía, el trabajo privado prosperó sin problemas. Se sintió dichosa, más que lamentar una pérdida, disfrutaba del alivio de no soportar una carga que se le hacía más pesada y oprobiosa cada día. Como suele suceder en casos similares, Juancito debió guardar a buen recaudo los agresivos impulsos que le provocaba la afortunada determinación de ella, Florencia sabía demasiado, más le valía tenerla sosegada que enfrentarla como enemiga.

En septiembre el congreso nacional reunió, como se esperaba, a una gran concurrencia del país y representantes del exterior, entre estos el Dr. Lucien Prêtre. Sintióse radiante, rebotando ínfulas, recorriendo con mirada altiva los salones donde se desarrollaba la importante reunión, la presencia de Juancito opacaba a cualquier otro concurrente, también al Dr. Aníbal Iglesias. Él se asumía como amo y señor en su territorio. Agasajó a los huéspedes extranjeros con ceremoniosa solicitud y, a diferencia de su comportamiento en otras reuniones, se lo pudo ver escuchando a muchos relatores. Puso especial cuidado en que su distanciamiento de Florencia no llamara demasiado la atención o, en última instancia, fuera tomado por los poco informados como algo natural. Pero la situación no pasó desapercibida para Alberto, que esta vez había viajado en compañía de Leonor.

- ¿Pasa algo entre Florencia y vos?

- ¿Por qué?

- En el almuerzo en la bodega se sentaron en mesas alejadas, para ser franco muy apartadas, nos llamó la atención.

- Nos distanciamos.

- ¡Qué elegante manera de decir que se separaron! Lo tenías bien guardado.

- Vos me enseñaste que lo privado no se divulga.

- En este caso es inútil, mejor dicho, imposible ocultarlo. Ustedes tienen mucha exposición.

- De todos modos, no lo comentes.

- No tengo porqué hablar de tus cosas, Leonor ya se lo imagina y ella

es sumamente discreta.

- ¿Vas a ir al congreso europeo en Estocolmo?

- No lo tengo totalmente decidido.

- ¿No tenés quien te banque?

- Mientras sea presidente, si viajo me hago cargo.

- ¿Qué bicho te picó?

- No me gustaría que piensen que tengo alguna obligación con el que corre con mis gastos, no quiero compromisos.

Juancito no insistió.

- ¿Qué tal los pibes?

- Bien, Juliana ya va al preescolar.

- Te felicito.

Quedaron en silencio, hasta que Juancito se apresuró a auxiliar a un yanqui que no lograba hacerse entender en su inglés, que sonaba rústico a los oídos de los nativos poco preparados. A su juego lo habían llamado.

Sumiendo toda explicación en un intríngulis oscuro, casi indescifrabable, y contando con las complicidades que la ocasión exigía, Juancito logró prolongar durante un año más su vocalía internacional. Esto sería decisivo en vista de que su amigo y a estas alturas socio, Prêtre, sería el próximo secretario general.

El Dr. Tomás Grosso se había limitado a preguntarle, con la debida anticipación, por sus intenciones. Después de la conversación que ambos mantuvieron, Grosso no tuvo más remedio que ponerle buena cara a la situación y aceptar lo que era un hecho consumado.

Durante su presidencia Alberto se ocupó de programar reuniones científicas mensuales en el aula del hospital. Consistían en una breve exposición de casos clínicos complejos, o de novedades terapéuticas, o de técnicas innovadoras, a las que seguía una amplia discusión. Las sesiones se efectuaban los primeros miércoles del mes al mediodía. Al principio concurrían buena parte de los que allí se desempeñaban, los alumnos de la carrera de grado y los residentes que se formaban en la especialidad. Con el tiempo se sumaron profesionales de otros hospitales de la ciudad y algunos del interior que viajaban especialmente. A mediados del año se trató el tema de la innovación terapéutica que los laboratorios *Bewundernswert* se aprestaban a introducir en la Argentina. Naturalmente, Alberto solicitó a Juancito que efectuara la presentación. Desoyendo sus pedidos, éste apro-

vechó la circunstancia para extender más de lo pactado su exposición, no iba a perder la oportunidad de lucirse ante tamaña concurrencia.

El primero en pedir la palabra fue el Dr. Tomás Grosso.

- Si bien es un fármaco novedoso, propuesto por su original mecanismo de acción, revisando los trabajos y las estadísticas, no me quedan claras sus ventajas. Mitchel habla de efectos secundarios importantes en un grupo de cincuenta pacientes ingleses. Clínicamente y por el resultado de las biopsias hepáticas, no se puede asegurar con certeza que sea superior a los tratamientos convencionales que hasta ahora usábamos, además es considerablemente más caro y la FDA todavía no lo aprobó.

La respuesta de Juancito trató de transmitir seriedad y contundencia.

- Ese es un trabajo, los ensayos clínicos se hicieron en veinte lugares diferentes. Ya se usa en varios países europeos y asiáticos. Todos sabemos que la FDA de Estados Unidos siempre demora un poco más.

Grosso estaba bien informado.

- En varios de ellos el control fue deficiente, otros carecen de datos histológicos porque no se hicieron las biopsias. Varios hospitales seleccionados no parecen estar preparados para este tipo de estudios, en realidad son poco conocidos y quedan en países del tercer mundo.

Juancito sintió renacer su corazón latinoamericano y fingió indignación.

- No se puede discriminar de esta manera.

- Nadie discrimina, el laboratorio productor es europeo. Llama la atención que, en la mezcla de datos, al ser tantos los ensayos, influyen desproporcionadamente los obtenidos con métodos poco rigurosos; los resultados pueden, de ese modo, distorsionar la realidad.

El debate fue intenso, la mayoría se inclinaba por la prudencia a la espera de nuevas pruebas. Alberto cerró la reunión con un resumen, en él recomendaba no usar la novedosa medicación hasta conocer más informes que, esperaba, se efectuarían bajo rigurosos controles. Juancito lo encaró cuando se aprestaba a abandonar el salón.

- Quiero hablar con vos.

- Vamos a la cafetería.

Se acomodaron en el lugar.

- No tenés derecho a joderme de este modo.

- Vos trabajás para los alemanes, al laboratorio, todos lo sabemos, lo

único que le interesa es vender.

- ¿Qué tiene de malo?

- Lo acabás de escuchar, no es seguro que no tenga efectos secundarios y están en duda las ventajas.

- Creía que eras un amigo.

- Traté de ser objetivo, en esto soy amigo de la verdad.

- No te hagas el sabiondo. Está claro que Grosso tiene la sangre en el ojo.

- Lo que dijo estuvo bien fundamentado, lo conocemos, no habla por hablar.

- El muy taimado trajo el facón bajo el poncho y te tuvo a vos de cómplice boludo.

- Tratá de ser serio, el tiempo dirá quién tiene razón.

No hubo que esperar demasiado para que el tiempo hablara: el producto nunca fue aprobado en Estados Unidos, pero las ventas en Europa, América Latina y algunos países de Asia, le permitieron a *Bewundernswert* recuperar una nada despreciable inversión. Después cayó en el olvido, no tanto por los perjuicios que su uso acarrearba sino por su notoria ineficacia. Con los años nadie recordaría la cerrada defensa que Prête y Juancito habían hecho del nuevo fármaco.

Como no amaba los vericuetos de la burocracia, con alivio Alberto entregó la presidencia al reemplazante que hacía tiempo había escogido el omnipotente Juancito, una mediocridad que no le merecía ningún respeto.

Juancito se vio obligado a concurrir con más asiduidad al hospital. Dos razones lo motivaron: en primer lugar, ya no podía contar con el respaldo permanente de Florencia que, hasta la abrupta separación, se había ocupado de sus asuntos con presteza y prolijidad; su segunda preocupación era dar el punto final a la estadística sudamericana de hepatitis de la que dependía el futuro que lo desvelaba. Delegó en sus subordinados las tareas de atención de pacientes, redujo al mínimo las consultas y durante semanas trabajó en ordenar con sumo esmero los informes recibidos, recabar datos complementarios por internet a colaboradores poco prolijos, cuidar los detalles y darle al trabajo la mejor apariencia de exactitud posible. En septiembre viajó a los Estados Unidos para la asunción de los nuevos responsables de la Asociación Internacional. Como sabemos él renovarí su vocalía y Lucien Prête sería el nuevo secretario general. En

tan propicia ocasión entregó su trabajo al Profesor McCarthy, poniendo especial cuidado en disimular la ansiedad que lo invadía. Del veredicto del norteamericano dependía en buena medida su futuro. Dos meses después recibió el mensaje con la buena nueva, el trabajo sería divulgado en el siguiente congreso internacional de la especialidad. El camino se hallaba, al parecer, libre de obstáculos.

A pesar de la grave enfermedad de su madre, de estar distanciado de sus hermanos, de no poder contar para la ocasión con ninguna de sus dos ex-mujeres que festejarían acompañadas de sus hijos y las respectivas familias, Juancito no se amilanó. Puesto a elegir decidió aceptar la invitación de un ambicioso clínico que deseaba especializarse. La celebración en casa de los padres del anfitrión reuniría a gente importante, él se hallaría a sus anchas y el otro complacido por las expectativas de lograr alguna futura ventaja. Por lo tanto, recibió al nuevo milenio libando contento ante un porvenir que intuía venturoso. Nada grave protagonizó, gozó de su soltería y de la falta de compromisos. “No necesito ninguna yegua ladera, sobran putas que son un espectáculo y casi nada exigen, todo lo contrario”-pensaba, mientras bailaba con una treintañera algo entrada en carnes.

A todo esto, el país tenía un nuevo presidente que sucedía a quien lo había conducido a lo que parecía el borde de un precipicio.

El cambio de siglo y de milenio sorprendió a Alberto y Leonor en un tramo particularmente apacible de sus vidas, los niños crecían y la mamá de Alberto gozaba, a pesar de los años, de buena salud. Festejaron en familia y dejaron a los niños con la abuela después de la medianoche; luego se encaminaron a la casa suburbana de Esteban y Patricia donde se habían congregado gran cantidad de amigos, entre ellos viejos conocidos sobrevivientes de los años de militancia.

Dado que el nuevo fármaco diseñado por *Bewundernswert* resultó un fiasco, Lucien Prêtre y Juancito comenzaron a tomar distancia de sus patrocinadores germánicos. Actuaron con toda la delicadeza que la operación requería. De todos modos, era evidente que el laboratorio, en vista de las críticas recibidas, mostraba cada vez menos entusiasmo en una inversión a todas luces dudosa, por lo que retomaron sus contactos en la antigua querencia británica, *Compact*. Los ingleses estaban iniciando la promoción de una nueva molécula y el éxito volvió a bendecirlos. Dejar atrás Hamburgo y recalar otra vez en Londres tenía ventajas, fortalecería sus

lazos con los influyentes americanos (del norte), y mejoraría las perspectivas de ambos en la difícil carrera emprendida. Asegurados sus ingresos por la antigua empresa que volvía a recibirlos, dedicaron semanas a entrenarse para conocer virtudes, posibles cuestionamientos y ventajas frente a la competencia, del nuevo producto que sería su pupilo en las tormentos lides de la industria farmacéutica. A pocos les llamó la atención el cambio de camiseta. Como sucede en otros ámbitos de la información, la mayoría era tan ingenua que, tomaba el nuevo rumbo de las preocupaciones de la dupla como una generosa contribución a la cultura médica.

En octubre de ese año se realizaría el congreso europeo en París. Por voto unánime, teniendo en cuenta los méritos de toda una vida, se había decidido homenajear con su presidencia al Profesor Brissard, retirado a la sazón, pero con sus intereses científicos intactos. Su antiguo maestro decidió invitar especialmente a Alberto para presidir el debate respecto a la Enfermedad de Crohn, dolencia que él sabía que le interesaba especialmente a su antiguo discípulo. En el transcurso de los años, gracias a los muchos casos que había tratado, Alberto acumulaba una buena experiencia. Enterada de la novedad Leonor no se anduvo con vueltas.

- ¿Pensás visitar Lyon, vas a estar a menos de trescientos kilómetros?

- Prefiero no ir, en el congreso me voy a encontrar con Brissard, Guérin y algún otro ex-compañero del hospital.

- No es por ellos por los que pregunto.

Con seriedad y cierta contundencia -No está en mis planes visitar Lyon.

- Pensé que para vos aquel pasado era un tema superado.

- Me daría lo mismo si fuera como Juancito, pero mi naturaleza es distinta.

- ¡Menos mal! Eso tiene un lado bueno y otro molesto...

- No puedo mostrar indiferencia frente a algo que en mi vida fue importante. Dejo el pasado donde está, elijo no revolverlo, no tendría sentido.

- Lo mejor es que no insista, confío en vos, pero este tema me provoca cosquillas. Después de todo, semejante interrogatorio no muestra más que mi inseguridad. No tengo porqué aparecer ahora mezclada con tus recuerdos, no es ese mi lugar.

- Vos sos mi hermoso presente y mi futuro, nada más necesito.

A pesar de su decisión, no pudo evitar el sentirse totalmente incapaz de escindir el recuerdo de Claire, del país cuyo suelo volvía a pisar después de tanto tiempo; de su idioma y aun de los rostros locales que lo saludaban fraternalmente. En el fondo de su alma Francia y Claire se confundían.

Quedaron con Guérin en cenar juntos una noche.

- Todavía te extrañamos en el servicio.

- Yo los recuerdo con cariño, me trataron muy bien, aprendí mucho sobre todo de usted.

- ¿Nos vas a visitar?, estamos muy cerca.

- Prefiero no ir, Maurice, creo que no tengo que aclararle el motivo de mi reticencia -era la primera vez que lo trataba por su nombre, sin guardar la distancia que había tenido con su maestro.

- Fue muy fuerte aquello.

- Sí.

El mozo los distrajo, debieron elegir los platos y la bebida.

- Sopa de cebolla y pato a la naranja, los extrañé todos estos años.

- ¿No es posible comerlos allí?

- En muy pocos sitios, de todos modos, no tienen el mismo gusto.

Con el vino pasa lo mismo, los tenemos muy buenos, excelentes, pero no idénticos a los de aquí.

Guérin completó el pedido y el camarero los dejó.

- Creo comprenderte. Gozás de una buena familia... ¿O no te tenés confianza?

- Fue una etapa. Usted bien sabe que estaba dispuesto a todo y no sólo residiría en Lyon, a estas alturas tendría hijos franceses... cosas que no sucedieron. Es un recuerdo que pertenece a un momento lejano, perdido en el tiempo. Mi vida es muy diferente ahora, tengo una hermosa mujer a la que amo, dos hijos, tranquilidad.

- Estuve viendo el resumen de tu informe sobre la enfermedad de Crohn y dentro de un rato voy a escuchar tu exposición, promete ser muy buena.

- ¿Cómo está su familia?

- Gracias a Dios bien, Vérenique siempre te recuerda y te manda saludos. A Germain le faltan dos años para recibirse de ingeniero y Emily ha decidido seguir los pasos de su padre.

Mientras comían evocaron los tiempos compartidos, las anécdotas

graciosas con pacientes y las peripecias que matizaban las vidas de los antiguos compañeros de trabajo. Recalar en Juancito era inevitable

- ¿Cómo logró tu amigo Correa encaramarse tan alto?

- Mucha energía puesta al servicio de la ambición.

- ¿Mejóro su preparación, sus conocimientos?

- Se ha convertido en un experto en operar sobre los demás.

- Lamentable. ¿Cuándo nos dejás?

- Dentro de cinco días.

- Yo regreso hoy porque estamos casi todos aquí, no se puede abandonar a su buena suerte a los pocos que quedaron.

Al salir se despidieron con un fuerte abrazo.

Guérin pensando en Alberto y su decisión de no viajar a Lyon llegó, apurando el corto trecho hasta su hotel, a la conclusión de que esta vez, a pesar de su vetusta y mentada sabiduría, el diablo había perdido la partida.

En condiciones de asumir la dirección del hospital debido a sus méritos y antecedentes tanto asistenciales como docentes, Alberto decidió resignar el puesto porque implicaba compromisos en tareas burocráticas con las que no simpatizaba. Prefirió proseguir en la vice-dirección que, salvo ausencia del titular, le permitía dedicarse por entero a lo que le importaba; era de hecho el director clínico del nosocomio.

De paso por Buenos Aires, Juancito lo visitó.

- Sos un éxito, cualquier día de éstos te dedicás a la política. La especialidad te va a quedar chica-fueron las palabras con que lo recibió Alberto.

- Me lo gané rompiéndome el alma.

-¿Cómo está tu mamá?

- Mal, de acuerdo con el oncólogo suspendimos la medicación, ahora la atiende un equipo de gente experta en cuidados paliativos. Es mejor dejarla en paz.

- Lo siento mucho, pero creo que es lo más sensato. Por lo que me contaste han hecho todo lo posible. ¿Tus hermanos están de acuerdo?

- Sí.

- ¿Andás solo?

- Mejor solo que mal acompañado.

- Florencia no parecía mala mina.

- Me cansó.

- O ella se hartó de que le metieses los cuernos.

Raro en él, no respondió de inmediato, quedó pensativo por unos minutos.

- Salvo lo de mi vieja, nunca estuve mejor que ahora. ¿Cómo van tus cosas?

- Bien, tengo mucho trabajo. Como Leonor con frecuencia también se siente sobrepasada por el laburo, nos tomamos dos vacaciones por año, los pibes ya están grandes y les encanta quedarse con mi mamá.

- ¿Qué planes tenés?

- El año que viene me presento al concurso para profesor titular.

- Vas a ser todo un capo. Mirá adónde llegaron los dos piojosos que se refugiaron en Lyon, corridos por la malaria.

Juancito relegó los pesares, pareció reanimarse al influjo de sus propias palabras, el conocido fulgor se percibió en sus ojos y esto dio lugar a una tenue sonrisa en la cara de su amigo. Salieron del despacho, Alberto se dirigió a la sala de terapia intensiva y Juancito a la puerta.

Como sabemos, a diferencia de Juancito, Prêtre había dedicado años a la formación de un equipo y era, además, un experto reconocido y consultado en su país. Los últimos años, eran sus subalternos los que seguían produciendo trabajos de valor. Nadie en su sano juicio llamaba a Juancito para asesorarse, salvo algún crédulo despistado y cegado por el refulgir de las medallas ganadas en tribunas o escritorios; cuando tal malentendido sucedía, el decepcionado tomaba debida nota de su error y no repetía el desliz. En la intimidad de los círculos en los que se desempeñaba era el hazmerreír al que, sin embargo, nadie cuestionaba abiertamente o se atrevía a enfrentar. Como sucede repetidamente en la política, pero puede verificarse en otros campos, ciertos honores son usurpados por ambiciosos sin escrúpulos, delirantes de diverso tipo y, con demasiada frecuencia, psicópatas lanzados en pos de un desmesurado designio que abraza su mente. Todo estaba amañado para que, en la siguiente elección, Prêtre ocupase la presidencia y Juancito la secretaría general. Iniciados los debates del congreso de Berlín, Juancito decidió jugar su baza con prudencia, y, como para tantear el ambiente, comenzó proponiendo a Buenos Aires como emplazamiento de la próxima reunión. Con esta base de negociación inició una ronda de innumerables consultas por internet y contactos personales, para terminar cediendo el lugar a la ciudad de Boston. “Los yanquis me deben una” -fue su claro razonamiento. Sin darse tregua, en

vista de que en principio estaba decidido el lugar y que quedaban por perfeccionar detalles no menores, encaró frontalmente a Prêtre.

- Ya que rechazaron a Buenos Aires mi aspiración es organizarlo.

- ¡Pero si logramos que ahora ocupes la secretaría general, para ese entonces serás el presidente de la institución que reúne a los gastroenterólogos de todo el mundo!

- No tengo problemas en hacer las dos cosas simultáneamente.

- Jamás se le concedió a alguien tal distinción, además: ¿cómo creés que vas a poder ocuparte de ambas actividades al mismo tiempo...y contener la ola de reproches que va a desatar la sola mención de semejante propuesta?

- Vos me conocés como si me hubieras parido, sabés que cuando me lo propongo, me convierto en una máquina imparable.

- Aun suponiendo que lo encares con la mayor vehemencia imaginable, que trabajes doce horas por día, dudo de un final feliz. Y eso me implicaría.

Prêtre vio en sus ojos el destello amenazante que tan bien conocía y por primera vez en la larga relación que los unía, sintió miedo y no lo enfrentó. Las diferencias siempre las habían resuelto llegando a algún tipo de acuerdo, mediado tantas veces por un buen trago o un vaso de vino. En esta oportunidad el francés creía hallarse entre la espada y la pared, arrinconado.

El tiempo fue pasando y llegó la fecha prevista para la reunión. Como suele acontecer, la mayoría de los congresales arribaron el día que antecedía al comienzo de las deliberaciones. Dispuesto a poner en marcha sus planes, el cuyano se había instalado en el hotel con dos días de anticipación. Con esa ventaja y usando diversos pretextos, tomó contacto con los diferentes conserjes que se turnaban en la atención de los huéspedes, cerrando con ellos un acuerdo: recibirían una suculenta propina, si le informaban en el mismo instante en que se producía la llegada de los delegados y la habitación que ocupaban. Para ello les facilitó listas de concurrentes al congreso, resaltando con un marcador los nombres de las personas que le interesaban. Gracias a esta maniobra, antes de que los galeños tuvieran tiempo de acomodar sus pertenencias, recibían una llamada de Juancito que solicitaba una entrevista personal en uno de los cafés del complejo hotelero. Este verdadero acoso, disfrazado de gentil desvelo por los asuntos relacionados con la actividad que los congregaba, funcionó

como táctica de ablande. Los que debían asistir a la asamblea definitiva se encontraron así saturados, no sólo por las presiones de Juancito, sino también por las sugerencias insistentes pero delicadas de Prêtre. Mientras tanto, crecía el desasosiego de los que se oponían a la pretensión desmesurada del binomio.

Llegó el momento de la reunión decisiva.

Los delegados se acomodaron en las sillas que rodeaban a la amplia mesa de directorio en un coqueto y apartado salón. El temario era extenso y Prêtre, recién investido de su nuevo cargo, dejó para el final el asunto más conflictivo, respetando escrupulosamente el orden del día. Vieja y conocida artimaña para apurar una decisión de asistentes extenuados y muchas veces hambrientos, deseosos de acabar cuanto antes un trámite agobiante. La estrategia pareció funcionar pues el tratamiento del tema que desvelaba al dúo fue muy breve y se pasó a votar: Europa se opuso, salvo un grupo de ingleses ligados de alguna manera a *Compact*. Los norteamericanos fueron divididos, Sudamérica apoyó a su representante al igual que buena parte de los asiáticos. Los australianos y neo zelandeses se opusieron. El resultado fue una más que estrecha victoria por dos votos. Después de la despedida y los comentarios de pasillo, una vez que la concurrencia se hubo dispersado, Juancito se abrazó con Prêtre. Luego se dirigió a su habitación, tomó dos medidas de vodka con naranja y se durmió, lo había logrado. Al día siguiente, mientras preparaba las valijas para su regreso lo llamó Enrique desde Mendoza, la señora Magdalena estaba agonizando. Llegó pocas horas antes de la muerte de su madre. Pudo asistir al sepelio rodeado de algunas presencias poco gratas: sus hermanos y sus ex-mujeres.

El castillo de naipes en que el pueblo argentino vivía desde hacía diez años se desmoronó pocos meses después, en diciembre. El habitual recalentamiento atmosférico de esa época en el hemisferio austral, se contagió al ánimo de la gente, que reaccionó con furia ante el colapso de una colosal burbuja económica. La crisis que benefició a los ricos, las grandes empresas y los bancos, arrasó con los ahorros de los que tenían algo y condenó a la más infame miseria a los pobres de siempre.

CAPÍTULO VII

EL DESTINO DESTAPA LAS OLLAS Y TUERCE EL RUMBO

Avalado por su trayectoria, cumpliendo todos los requisitos y sometiendo a un riguroso concurso, Alberto obtuvo la titularidad en la Universidad. La designación fue recibida con entusiasmo en el hospital y por sus pares que organizaron un festejo. Este convocó a una inusitada concurrencia que se desplegó en el poco espacio disponible, en el inmueble que albergaba a la entidad que nucleaba a los gastroenterólogos: el salón de la dirección, el aula y la oficina administrativa. Los tiempos eran difíciles, el país había tenido cuatro presidentes en poco más de una semana, resultado de una situación política y económica que, por momentos, parecía dirigirse al abismo, al caos. Con tal clima de fondo, al compás de la ingesta de sándwiches y canapés, se fue abriendo camino un tema que al parecer preocupaba a buena parte de los allí presentes: Juancito y su llamativo y meteórico ascenso, que tanto se parecía a la trayectoria de un ex-presidente. Durante la reunión fue patente que los asistentes, al parecer contagiados del clima que se vivía allende las paredes de la sede de la institución, abandonaban respecto a este asunto, la pasividad con que habían actuado hasta ese momento. El cambio de actitud era especialmente notorio en las noveles camadas, las que nunca antes habían puesto en duda el dominio de los veteranos. Lo que se incubaba, lo que antes había sido comentado en sordina, explotó y no dejó lugar para las respuestas ambiguas. Vanos fueron los intentos de silenciar las protestas por parte de los que, en su momento, habían sido escogidos por Juancito. Una mayoría de socios de diversa antigüedad elaboró allí mismo, a las apuradas, un petitorio para forzar el tratamiento del tema en una futura reunión extraordinaria, convocada a tal efecto. Muy a su pesar Alberto, que evitó firmar el exhorto, tuvo que admitir para su coleteo el hecho cierto de que la reacción, en parte, se debía al notorio contraste entre su trayectoria y la de Juancito. Respiró aliviado cuando, junto a Leonor, pudo retirarse de ese encuentro que había sido programado para homenajearlo. Ya en el automóvil, Leonor esperó un poco antes de tocar el tema.

- ¿Qué pensás hacer?
 - Voy a hablar con él.
 - ¿Cómo va a reaccionar?
- Reflexionando -No lo sé.

- Es una vergüenza más. Semejante representación contribuye a hundir el nombre del país.

- Así se manejan políticamente las cosas. Está muy mezclado el progreso de los conocimientos que es alucinante, real, beneficioso para los enfermos, casi un milagro que nos ayuda al diagnóstico y tratamiento de tantas enfermedades, con intereses económicos o de poder que luchan por utilizar eso mismo. Estos sólo piensan en su provecho.

- ¡Se trata de una entidad científica!
- Debería ser eso nada más, pero el capitalismo todo lo abarca.

Después de un breve silencio -Creo que vas a seguir el camino de unos cuantos, por un motivo o por otro terminarás peleando con él.

- No es mi intención.

- Se notan demasiado, la presión a la que este asunto te somete, y el cansancio que te agobia.

- No es éste el único problema, ni el más importante. Cada vez viene más gente al hospital. Hace un tiempo me quejaba por el estado de las cosas, todo es ahora mucho peor. El pueblo pobre llegó al límite, sin un mango para comprar los medicamentos más baratos, a lo que se suma una multitud que hasta ayer se amparaba en alguna cobertura y hoy no tiene donde caerse muerta... escasean los insumos, en cirugía pasan las de Caín. Creo que deberíamos tomar distancia de nuestro pequeño círculo y mirar el grande que se está haciendo mierda.

- No me dejes afuera, la que hace las compras soy yo.

- Nosotros, que tenemos con qué afrontar esta tormenta, parecemos extraterrestres.

- Vos hacés en el hospital todo lo que podés, organizás vaquitas para comprar lo que muchos no pueden...

- A eso nos hemos rebajado para consolarnos, a la maldita caridad. Ya no queremos cambiar nada, nos reconforta ponerle un mísero parche a esta inmundia realidad.

- Relájate un poco Alberto, nosotros no somos culpables de lo que está pasando.

- Como pretexto para resignarse, es un pobre argumento.

Al día siguiente Juancito estaba al tanto de la noticia y de inmediato le envió un mensaje.

¿Cómo permitís que cuatro perejiles me estén cuestionando?, el tema de mi representatividad está por encima de los asuntos locales.

La respuesta enviada desde la computadora del hospital, no se hizo esperar.

No son cuatro, son muchos y de todas las edades, algunos más antiguos que nosotros. Han reunido las firmas suficientes, imposible obviar el tratamiento.

El ucace furibundo llegó en pocos minutos.

Tenés que impedir que esto siga adelante.

La respuesta confirmaba la sensatez de su autor.

Lo único que puedo hacer es lograr que esperen tu regreso. Deben escucharte.

La propuesta no entusiasmó a un Juancito exasperado, pero tuvo que ceder.

¿Para cuándo está citada la asamblea?, ¿me van a oír esos desgraciados!

La información llegó acompañada de un comentario irónico.

Los asuntos mundiales te tienen tan chupado que borraste de tu cabeza los problemas locales, no les das bola. Han convocado a una reunión extraordinaria que se hará el 5 de marzo.

El importante personaje que llegó a Buenos Aires con pocos días de anticipación, concertó con Alberto una cita para almorzar juntos. Hasta ese momento, ambos habían evitado cualquier enfrentamiento a pesar del perceptible enfriamiento de la relación personal. Se saludaron como siempre y apenas se sentaron a la mesa, Juancito le espetó la pregunta que le venía carcomiendo el alma.

- ¿Firmaste el pedido para que se convoque a esta reunión?

- No.

- ¿Tengo tu apoyo?

- Depende.

- ¿De qué?, sos mi amigo.

- Ser amigo no significa que avale cualquier cosa.

- Mi posición no es cualquier cosa.

Alberto sintió con nitidez surgir de su interior un desborde poco común en él. Esta vez le costaba conservar la mesura con que siempre había manejado el vínculo.

- Tengo muy claro que cuando te lo proponés, sos capaz de mostrar una voluntad a toda prueba, no abrigo la menor duda; pero ya que trajiste el tema te pido, por favor, me aclares alguna sospecha -aparentaba tranquilidad, su discurso no evidenciaba emoción alguna- ¿en qué consistió el esfuerzo que tuviste que hacer para que Iglesias consiga tu nombramiento de profesor adjunto de la noche a la mañana. ¿Estuvo eso relacionado con la presidencia del congreso nacional de 1996? ...¿fue, como dicen las malas lenguas, un cambio de figuritas? Parecés más una visita que el jefe de gastroenterología pediátrica de un servicio. Delegabas todo en Florencia y ahora en gente inexperta, y casi me olvido de un dato insignificante: nadie vio jamás tu diploma de pediatra. Parece que unos cuantos han decidido recordar esta y otras cositas.

Juancito empalideció y despidió con un gesto al mozo, que se había acercado portando la cartilla con el menú. Alberto lo miraba a los ojos.

- Ustedes me necesitan.

- ¿A qué te referís?

- Desde los tiempos de Baldassini, hace más de treinta años, que no tenemos un representante en la internacional, eso no es moco de pavo.

- Conocí a Baldassini y asistí a sus clases. Era un maestro, docente de alma, un tipo que sabía, respetado por todos, aquí y afuera, él nos transmitía sus conocimientos. Vos ingresaste a la comisión reemplazando a Grosso, en principio por un año, él te precedió y él fue el primero después de esos treinta años.

- Yo también lo conocí a través de mi viejo, a mí también me respetan...

- No te hagas ilusiones, te tienen miedo y no se animan a decir en voz alta lo que piensan de tu carrera...de tus relaciones con los laboratorios.

- ¡Mirá quién habla! ¿Eran simpáticos los laboratorios cuando te bancaban viajes a los congresos?... ¿Por qué tanto desprecio ahora?

- Es verdad, acepté que me faciliten algunos viajes, mi excusa era que iba a aprender. Vos sabés que lo hacía, no me dedicaba a otra cosa. Mientras fui presidente no acepté ningún regalo, pagué todos mis gastos no solo los pasajes.

El semblante de Juancito adquirió un contorno más suave, evidentemente consiguió relajarse.

- Déjame de joder, eso es como la mina que dice que está medio embarazada.

- Reconozco mi error. De aquí en adelante no me voy a engañar más, seguiré con la misma conducta que todos pudieron comprobar durante mi mandato.

- ¡Te volviste loco, nadie se fija en esas cosas, si están todos esperando que les tiren un mendrugo!

- Para mí se terminó.

- ¿Me vas a apoyar en la reunión?, sos mucho más que un ex-presidente, vas a tener voz, tu opinión pesa.

- Voy a estar, no te prometo nada. Respaldo lo que me parezca razonable.

Los fulgurantes ojos de Juancito que por un momento miraban distraídos el entorno, enfocaron con dureza a los de su amigo.

- No sé por qué creí que con vos era distinto, me equivoqué. Todos los judíos son taimados, no hay excepciones.

Alberto, que había hablado con vehemencia contenida, pero sin abandonar en ningún momento su disimulada calma, se irguió lentamente, giró y se fue.

Sin haber sido nunca una reunión de señoritas modosas, siempre se habían respetado ciertos límites en cuanto al lenguaje y las maneras. En esa oportunidad en la que no faltó ningún miembro en funciones y se hicieron presentes, en inusitado número, antiguos integrantes, todo fue diferente. En la cabecera de la amplia mesa, el visiblemente incómodo presidente sentó detrás de él a Juancito. Alberto se situó en las antípodas y en segunda fila. Rostros tensos y un denso silencio, apenas perturbado por los lejanos ruidos de la calle, enmarcó el momento de tratar el único punto de la jornada. Uno de los vocales por la provincia de Córdoba fue el primero en hablar. Expresó su extrañeza por el hecho de que se pretendiera cuestionar a quién había logrado llegar a los máximos niveles. Luego agregó, con enfáticas palabras, que era un honor para el país tener a uno de sus científicos presidiendo a la institución madre mundial. A continuación, animados por estos conceptos, otros dos expresaron parecidas opiniones, laudatorias para la figura y la trayectoria de Juancito. Luego, por unos minutos volvió a reinar el silencio. Los asistentes parecían distraídos, se diría que ajenos a la alharaca que había dado motivo a que los convocasen. No pocos permanecían estáticos y con la vista baja, algunos se miraban como esperando ver en las otras caras algún gesto, una señal. Juancito

pareció distenderse, mientras ojeaba el recinto y pensaba: “Hablan por detrás, pero yo sabía que les faltaban bolas para enfrentarme”.

De pronto se escuchó una voz firme que se expresaba pausadamente, pero con evidente convicción, era Shapira.

- En vista del asunto que vinimos a tratar, invito a los cuyanos que han compartido con Correa Laguzzi las tareas hospitalarias y docentes, a ilustrarnos al respecto.

Todas las miradas convergieron en el pálido rostro del Profesor Aníbal Iglesias que compartía la representación regional con un joven pediatra formado en el hospital Notti. El veterano, por unos instantes pareció no darse por aludido, pero las circunstancias no favorecían la evasión.

- Todos ustedes saben que Juan ha integrado el cuerpo docente de la Facultad, primero como Jefe de Trabajos prácticos y luego en el carácter de Profesor Adjunto de Pediatría. No entiendo el motivo de la pregunta.

Un nuevo, embarazoso mutismo reinó por unos instantes, hasta que con aparente inocencia otra representante de Córdoba, la Dra. Silva, formuló el primer cuestionamiento, disfrazado de cándida duda.

- ¿Es especialista reconocido por la Sociedad Argentina de Pediatría?

Se trataba de un requisito básico. Este debía ser cumplimentado por los aspirantes, era el paso inicial indispensable para ser admitidos.

El rostro de Iglesias volvió a perder color.

- Todos sabemos que trabajó en el hospital Notti -afirmó Iglesias.

- ¿Te consta que tiene el diploma que lo acredita? Hasta hace poco no era infrecuente que, en ciertas áreas, ante la necesidad de cubrir algún puesto para el que existía un solo aspirante, se hacía la vista gorda -acotó Shapira.

- ¡¿Cómo puede llegar a profesor si no se formó en la especialidad?! -preguntó, ahora con energía e indignación, la Dra. Silva.

- Aquí tenemos al Dr. Ezequiel Serrano que se entrenó en nuestra especialidad en el hospital Notti y nos puede contar las tareas que desarrollaba Correa Laguzzi allí, especialmente las relacionadas con la docencia -insistió Shapira.

El bisoño Ezequiel había sido elegido luego de su desempeño durante la residencia y su actuación posterior en el hospital, pero desconocía hasta el momento de su incorporación, el trajín que condimenta los aspectos institucionales. Habiendo mantenido, como suele suceder con los recién

llegados, un perfil sumamente bajo, ahora se vio forzado a contar la experiencia concreta de los años de su adiestramiento.

- El Profesor Correa Laguzzi nos dio muy pocas clases durante mis tiempos de residente y el año en que estuve a cargo de dirigir a los novatos.

- ¿Sobre qué temas? -preguntó el delegado Tucumano.

- Si mal no recuerdo, todas se centraban en epidemiología, estadísticas relacionadas con hepatitis o enfermedad ulcerosa gastroduodenal.

- ¿Usted trabaja actualmente en el servicio? -preguntó Shapira.

- Sí, desde que dejé la residencia.

- ¿Reconoce al Dr. Correa Laguzzi como un maestro que influyó en su formación?

- No, él concurría muy poco... mucho aprendí de la jefa de Clínica Pediátrica la Dra. Costa, y de la Dra. Florencia Sirve en varios temas específicos.

- Entonces nuestro representante no formó discípulos, se ocupó poco y nada de dictar clases a los residentes y posiblemente a los alumnos de grado. Existen dudas sobre su condición de pediatra reconocido. Es difícil entender cómo llegó a tener el título de profesor -se despachó Shapira.

Serrano optó por mirar al frente. Parecía concentrar su atención en los soberanos bigotes que se destacaban en el retrato de un remoto presidente de la cofradía. El resto escrutaba a Iglesias que no podía disimular su perturbación. Quedó callado mirando él a los demás, como si formara parte del coro de inquisidores y no fuera el silenciosamente interrogado.

- Como están las cosas sugiero que le hagamos saber a la internacional que no hemos nombrado representante alguno ante ella -dijo uno.

- Teníamos que haberlo hecho antes, ahora es tarde -opinó otro.

Un nuevo mutismo embargó los ánimos.

- Por si fuera poco, todos sospechamos que sus mayores esfuerzos los dedica a los servicios que presta a ciertos laboratorios y que ese es el origen de sus ingresos-expresó pausadamente el tucumano acentuando, esta vez, su característica tonada.

- Propongo dejar todo como está, pero que desde ahora en adelante sea necesario un acuerdo explícito, basado en concretos y verificables antecedentes, para cualquier miembro que pretenda representar la especialidad en el exterior-terció otro, cuya moción fue aprobada por amplia mayoría.

Iglesias que no salía de su asombro se abstuvo. Alberto que no había abierto la boca votó a favor.

Recién entonces Juancito pidió la palabra, la furia que lo devastaba era perceptible. Habló paseando su colérica mirada por los rostros que rodeaban la mesa, sus dichos sonaron cortantes, secos y seguros.

- Sólo la envidia puede impulsar el cuestionamiento al primer argentino que logra llegar a la secretaría internacional y al mismo tiempo, en un hecho inédito en la historia de la especialidad, ser honrado con la presidencia del congreso. Debería darles vergüenza ser protagonistas de esta escandalosa, infundada y pueril rebelión. En cuanto a mi relación personal con los laboratorios farmacéuticos, que tire la primera piedra el que se considere libre de culpa.

Una pausa, aún más incómoda y pesada, pareció tomar posesión del recinto, hasta que fue quebrada por una antigua y respetada figura, quien pidió la palabra. Se trataba de un hombre ya mayor, que en Buenos Aires había sido guía y maestro de varios de los presentes, al que muchos daban por definitivamente retirado de toda actividad.

- Soy un sobreviviente de otras épocas, pero todavía veo algunos pacientes y de tanto en tanto concuro a los ateneos y congresos para mantenerme al día, estimulado por las novedades que aparecen a un ritmo vertiginoso. Para ser sincero, debo confesar que me ha costado mucho entender ciertos conceptos con los que antes ni soñábamos. Ni hablar de la informática, o las computadoras que se utilizan en las nuevas técnicas de exploración. En todo tiempo se cocieron habas, sin embargo había límites que no se traspasaban y si ocurría que alguien lo intentaba, se hacía lo posible para bloquear su propósito. A esta altura de mi vida puedo ser franco y hablar sin temor, aunque, en vista de lo sucedido, con placer hubiera escuchado palabras corajudas de algún otro. Queridos colegas: es escandaloso que alguien llegue a ser profesor de una reconocida universidad a través de procedimientos turbios. Más inmoral aún que se permita que ese sujeto ocupe la presidencia de nuestra institución, en mérito a trabajos científicos cuya veracidad o rigurosidad han sido puestas en duda. Peor todavía, que dicho individuo escale posiciones hasta llegar a ocupar los más altos sitios de la especialidad a nivel mundial, apoyándose en tan oscuros antecedentes y en la influencia de importantes grupos de la industria farmacéutica. Todos sabemos que desempeñó para alguna de

esas compañías, el papel de publicitario de sus productos. A lo que podría agregar que jamás asistí a un panel de discusión donde él interviniera, y en el que se tratasen temas esenciales que hacen a nuestra comprensión de la enfermedad. Menos aún, en los referentes a la clínica de las lesiones que provocan las diversas patologías de las que nos ocupamos. Sólo lo he visto declamar acerca de aspectos epidemiológicos generales referidos a unas pocas enfermedades, tal como lo ha aclarado el Dr. Serrano, quien lo tuvo como presunto profesor. Los ascensos meteóricos pueden ser el producto de una mente genial, con capacidades poco comunes, o por el contrario, provenir del accionar frenético de individuos carentes de todo escrúpulo. Deberíamos haber actuado a tiempo para ahorrarnos semejante bochorno. Asistieron ustedes, atónitos, evidenciando tal parálisis y vergonzoso temor, que sólo se pudo apreciar vuestra incapacidad para detener al autor de semejantes dislates. Deben revisar sus propias conciencias. Por suerte podemos contar con algunos que han conservado valor, dignidad y buen sentido y jóvenes que han dicho la verdad sin temor. Terminaré recordando obviedades que en estos tiempos parece que son ignoradas cuando examinamos ciertas trayectorias: nuestro valor profesional se forja en el hospital. Nuestra misión es atender de la mejor manera posible a nuestros enfermos. El buen médico es estudioso, metódico y trabajador. En vista de lo que nos sucede, no está de más aclarar que tales condiciones son imprescindibles, que no se pueden sustituir por actividades ajenas a su intrínseca nobleza.

Una vez deglutida la contundente exposición, un enardecido Juancito murmuró en los oídos del estupefacto presidente, que no se había repuesto de la admonición propinada por una de las pocas personas a quién nadie se atrevería a contradecir.

- Estos lloran porque no supieron hacer las cosas como se debe, más de uno trató, pero le faltó cintura. ¿O vos crees que son carmelitas descalzas?

La apenas audible respuesta fue terminante.

- Por favor callate y ni se te ocurra pedir la palabra.

Alguien solicitó que se volviera a tratar el tema de la situación de Juancito. Sobrepasando al murmullo que siguió a esta propuesta, el presidente, de viva voz, dio por levantada la sesión. Los que consideraron prematuro el abrupto final de la reunión, no tuvieron más remedio, obligados por las circunstancias, que resignar su pretensión. Mientras la concurrencia

se disgregaba o seguía tratando el problema en pequeños grupos, Aníbal Iglesias se escabulló, pretextando un compromiso familiar ineludible y el poco tiempo de que disponía, dando cuenta de que debía volver a Mendoza el mismo día.

Shapira encaró a Alberto sin medias tintas

- El viejo batió la justa, pero la mayoría prefiere no enfrentar la verdad, demasiados tienen cola de paja. Siempre te tuve como un amigo de él, había un pasado en común.

- Así fue...

- ¿Qué pensás ahora?

- Que durante demasiado tiempo tomé muchas de sus barrabasadas como un juego algo infantil, me engañé tratando de ignorar lo dañino que podría llegar a ser.

- ¿No estamos pasando un papelón ante los extranjeros? -insistió Shapira.

- Esto puede llegar a perjudicarlo, lo que veo difícil es que se lo hagan saber con franqueza.

- Es muy probable.

- Me llegó el chimento que *Compact* se va a fusionar con *Honnête* de Francia. Si sucede, asistiremos al nacimiento de un monstruo farmacéutico. Juancito tratará de mantener sus relaciones, si lo logra se sentirá mejor que nunca.

- Depende de sus conveniencias, estas alianzas perduran mientras le venga bien a las dos partes, no son un matrimonio de por vida. No olvides que Juancito no es para ellos un ejemplo de lealtad.

- Dejemos de lado nuestros problemas de entre casa, pensemos que, si la unión se concreta, el fruto dominará el mercado. Sobran los que pretenden bailar al compás de la misma orquesta -reflexionó Alberto.

- Tenés razón, este es un asunto espinoso. Las recientes moléculas o los originales productos biológicos, casi invariablemente se desarrollaron en investigaciones que demandaron mucho tiempo y dinero, llevadas a cabo por los laboratorios de las universidades. Después aparecen los privados para sacarle la mejor tajada a la torta de los nuevos y exitosos fármacos.

- Aunque soñemos con una finalidad diferente, la medicina también se ha convertido, básicamente, es un vulgar y gigantesco negocio, salvo honrosas excepciones.

- Perón solía usar una frase de Aristóteles que decía que la única verdad es la realidad...

- Yo luché por cambiarla.

- Las que avanzan son la ciencia y la tecnología, la esencia humana parece permanecer inalterable desde hace milenios.

- Eso es un peligro, tenemos chiches cada vez más potentes y potencialmente peligrosos -reflexionó Alberto.

- Volviendo a lo nuestro, no olvides que Juancito tuvo cómplices insospechados, que hasta oficiaban de referentes éticos de la especialidad. Nos acabamos de ganar terribles enemigos.

- Una verdadera alianza de las fuerzas del mal. A veces me siento un boludo -caviló algo preocupado Alberto.

- No te cuestiones, sos un buen tipo.

- Pecamos de ingenuidad, brindemos por ello.

- Salud.

Formalmente, la posición internacional de Juancito aparentaba no haber sido afectada por los sucesos de Buenos Aires.

Sin embargo, Prêtre se encontraba en una incómoda dificultad, él había vislumbrado, claramente, las consecuencias que podrían acarrear las desmesuradas ambiciones de Juancito. Ahora, desatada la tormenta en el propio gallinero del que había surgido el monstruo, temía la propagación del sismo y, sobre todo, que eventualmente lo salpicase. Muy a su pesar, tuvo que abandonar otra vez la tranquilidad del hospital e iniciar un periplo que culminó en los Estados Unidos. Encontró a casi todos seriamente preocupados y tan perplejos como él. La excepción, porque desde el principio tuvo las cosas claras, era un delegado alemán que se había opuesto de entrada a la designación de Juancito al frente del congreso. Después de tanto diálogo extenuante, el francés llegó a una conclusión: el temor al bochorno se había constituido en un dique de contención natural, cualquier intento de introducir cambios obligaría a engorrosas explicaciones. En última instancia, casi todos sabían que quedaría expuesta la cadena de complicidades e influencias que habían posibilitado la tramposa carrera de Juancito. “Nadie, ni siquiera el indignado alemán va a patear el tablero”- cavilaba ya de vuelta en su refugio de *La Piège* -“veremos cómo se acomodan las cosas en Argentina”.

Poco después culminó su gestión y un Lucien Prêtre, aliviado, delegaba la presidencia a su problemático amigo sudamericano.

En las tierras sureñas los gastroenterólogos se aprestaban a ir a nuevas elecciones. Hasta el momento se había presentado una sola lista, la que Juancito había pergeñado con mucha antelación. Pero las aguas estaban agitadas, los mensajes electrónicos cruzaban, nerviosos, el país. En pocas semanas, una propuesta de jóvenes que contaban con el apoyo de no pocos veteranos influyentes, logró un acuerdo para reunirse en Córdoba. Alberto asistió al encuentro e integró el nutrido equipo que auspiciaba la renovación. Cuando el viento cambia de dirección no pocos mutan su posición, en ocasiones buscando refugio en las antípodas. Los esfuerzos de Juancito por menoscabar la concurrencia a la reunión de opositores a sus manejos, obtuvieran, esta vez, resultados muy parciales. Paradójicamente, individuos a los que él antes había ignorado, respondieron a su pretensión de boicotear el encuentro de Córdoba, pero eran personajes con poco relieve. Esta vez, el número de votantes fue inusitado y el contundente resultado determinó el triunfo abrumador de la nueva lista consensuada. Lo que hasta hacía muy poco parecía imposible, había sucedido, Juancito perdió el control en su propio territorio. Siguiendo el antiguo patrón que había marcado su conducta desde la infancia, pretendió convertir el descalabro en un nuevo desafío, comenzando por atribuir el traspíe a la ineptitud de los candidatos que él mismo había seleccionado. Esa noche sólo concilió el sueño una vez que imaginó una rápida e improvisada respuesta que lo calmó. Cuando despertó puso manos a la obra y en menos de veinticuatro horas, muchas de las cuales las pasó frente a su computadora, consiguió reagrupar a la alicaída tropa. Su arrebatada inventiva había concebido algo que se le antojó original, crearía la Federación Argentina de Gastroenterología. Sin pérdida de tiempo debía obtener la inscripción del engendro, juego para el cual se sentía por demás capacitado. En menos de dos semanas obtuvo las firmas necesarias, casi todas de ignotos galenos. Algunos conocidos como el Profesor Aníbal Iglesias, se excusaron con el pretexto de que sus trayectorias en la entidad tradicional, donde habían ocupado cargos jerárquicos, les impedía integrar una nueva que competiría con ella. Como la burocracia no entiende de valores científicos, una vez reunido el número de integrantes exigido por la reglamentación, el trámite tuvo éxito. La novedosa Federación estaba en marcha y contando

ahora con la personería, obtuvo alguna ayuda económica de sus patrocinadores farmacéuticos. Con esos fondos y algún aporte personal, alquiló una mínima oficina en Buenos Aires, pagó el sueldo de una secretaria y los demás gastos generados. Sus huestes carecían de suficiente nivel, por lo que debió abocarse en soledad a la confección de un programa científico que, se desarrollaría en reuniones mes por medio. Proyectaba llevarlas a cabo en un auditorio, gentilmente cedido. La planificación no le demandó demasiado trabajo, le bastó con seleccionar los tópicos que se habían abordado recientemente. Como Napoleón ante la campaña de Rusia y más aún en su breve restauración, no se detuvo a considerar que ya no contaba con sus mejores generales y cometió el grave error de creer que bastaba con su genio. Por lo tanto, no pocas fueron las decepciones que cosechó en la ardua tarea emprendida para comprometer a relatores medianamente aceptables. A poco de andar tuvo que resignarse a reducir las conferencias a cuatro en todo el año académico, quedando él personalmente a cargo de una de ellas. El armado, que como hemos visto era de una alarmante fragilidad, se le antojó dotado del suficiente atractivo como para seducir a las encumbradas figuras internacionales. Entonces, consideró todo a punto para embestir con el fin de lograr el desplazamiento de lo viejo y tradicional, en cuyo seno había hecho su fulgurante carrera, reemplazándolo por el títere recién parido. Viajó confiado a una reunión en los Estados Unidos pertrechado con la documentación obtenida, además de vistosos carteles y programas confeccionados con todo primor. Pero, aunque todos barruntaban la jugada que se traía entre manos, tampoco aquellas lejanas latitudes parecieron contar con alguien que se atreviese a cuestionarla abiertamente, porque tenían plena conciencia de su habilidad para manejar las situaciones complicadas; hasta que Prêtre decidió encararlo francamente.

- No te hagás el distraído, nadie ignora lo que está pasando en Argentina. Lo nuevo que apadrinaste se asemeja a un hijo ilegítimo ¿no te parece un poco exagerado?

- Para nada, es hora de escuchar otras voces.

- ¿Quién con algo de prestigio te acompaña?

- Gente con nuevas ideas, no los viejos carcamanes de siempre.

- ¡Como yo y todos los que concurrirán aquí! ¿Qué te pasa? Has sido parte de este círculo desde hace años. No escupas al mismo cielo Juan, por

el amor de Dios.

- No te preocupes, no hay motivo para asustarse.

- Hace rato que estás jugando con fuego, esta vez podés quemarte.

Vana fue la advertencia. Pocos días después encaró la reunión de la comisión directiva. Extremando la prudencia y buenos modales mientras se debatían temas más o menos rutinarios y algún detalle del próximo congreso de Boston, sus pocas intervenciones estuvieron imbuidas de un claro mensaje: él estaba al mando. ¡Se sentía firme en el timón! En el momento que juzgó propicio, lanzó su temeraria propuesta. Un pesado silencio y miradas cargadas de tensión sucedieron a sus palabras. Alguien tosió. Otro habló quebrando el molesto vacío y con voz queda dijo:

- Estamos tratando un tema muy serio, deberíamos analizarlo con tiempo.

- Designemos un grupo que estudie la sugerencia del Dr. Correa, no es una cuestión menor, todo debe adecuarse a los estatutos -propuso un tercero.

- ¿Quiénes serían los componentes? -preguntó Juancito, algo inquieto.

- Deben ser quienes no tengan compromiso alguno con la disputa respecto a la representación argentina -sugirió el molesto alemán de siempre.

A renglón seguido, en vez de escucharse como era habitual, voces seguras que expresaban opiniones contundentes, la iniciativa de Juancito dio lugar a un vivaz cuchicheo que ponía de manifiesto que la mayoría trataba de sacarle el cuerpo al molesto asunto. Al cabo de un rato alguien se atrevió a abandonar su sitio en la mesa de deliberaciones para ir a consultar con otro que se hallaba algo alejado. Pareció una señal, o permiso, pues la concurrencia se dividió en grupos que discutían el tema, siempre en voz baja. Estupefacto, Juancito no lo podía creer, no sólo postergaban la decisión, sino que dejarían el asunto en pocas manos y ahora discutían respecto a la elección de esas personas. Él mismo terminó por incluirse en un corrillo con Prêtre y uno de los secretarios, hasta que se cansó y alzando la voz instó a que cada uno retornara a su sitio. Su llamado resultó oportuno pues en ese tiempo de cambio de opiniones se había logrado cierto consenso. Para intranquilidad de Juancito las figuras propuestas no eran de su agrado, no pertenecían al habitual círculo de influyentes, pero no tuvo otra alternativa que conducir el sufragio. Se resolvió, en primer

lugar, que tres delegados considerarían el espinoso asunto y luego pasó a debatirse el tema crucial: los nombres de sus componentes. Resultaron electos por unanimidad, en una votación en la que Juancito se abstuvo, un japonés de la Universidad de Osaka, un neozelandés de Auckland y un catalán de Barcelona. Ellos elevarían su decisión a un plenario que se llevaría a cabo mediante una conferencia satelital en un plazo de tres meses.

El precavido Prêtre dejó pasar algunas semanas, tiempo que juzgó prudente para que Juancito comprendiera que esta vez sus habituales maniobras, junto a las influencias que siempre le habían dado una mano, no serían suficientes para torcer el designio de los astros, o la tozudez de algún honrado personaje, o la tardía indignación de sus connacionales. En las últimas horas de una hermosa mañana primaveral, decidió hablar con su amigo desde su despacho en la Universidad. En la madrugada mendocina se hacían sentir los primeros frescos del otoño.

- Aunque sospecho que vos mismo lo has hecho, me siento obligado a informarte que hablé con diversos socios y por último con los tres que deben resolver el tema que te preocupa. Todo hace presumir que en esta oportunidad estás muy solo, te colocaste en una posición incómoda y va a ser casi imposible que logres cambiar el resultado. Lo inteligente sería aceptar el dictamen poniendo la mejor cara. No encuentro otra manera de apaciguar la tormenta que desataste por tu falta de tacto.

- Gracias por avisarme.

Cortó la comunicación y Prêtre hizo otro tanto meneando su canosa cabezota.

La angustia de la soledad, sensación que había conseguido ahuyentar con éxito durante casi toda su vida, lo visitaba de improviso en su reducto cuyano. Sin mujer que pudiera consolarlo, mantenía una relación distante con sus hijos adolescentes, a los que veía de tanto en tanto. Estaba apartado de la pequeña niña a la que poca atención había dispensado. Con hermanos alejados que evitaban todo contacto con él. Con una mayoría de pares que rehuían su trato. Sólo le quedaba la vaga e inútil confraternidad con personajes de cuya amistad nadie podía sentirse orgulloso.

El abrupto final de su última conversación personal con Juancito, generó al principio en Alberto una gran indignación, luego, con el paso del tiempo y la sucesión de acontecimientos, este sentimiento fue mutando a una extraña mezcla de irritación y pena cada vez que recordaba el

asunto. Sólo con Leonor podía explayarse sin tapujos.

- ¿De qué sirven todas estas roscas? -se cuestionó.

- No fuiste vos el origen de los problemas.

- Lo tengo bien claro, pero igual me siento mal.

- El destino te regaló un amigo que, en otras circunstancias jamás hubieras aceptado.

- A pesar de todo, me molesta que lo que hago parezca dirigido a joderlo a él.

- No tenés opción, entendolo de una buena vez, ese tipo no vale la pena.

Alberto sin atinar a responder o disimular su disgusto, la miraba.

- Nunca quisiste asumir lo que él en realidad era, fuiste ingenuo, algún día tenía que pasar. ¿Tiene pareja?

- Creo que no.

- Es el revés del Rey Midas, todo lo que toca lo convierte en mierda.

- Va a tratar de arreglar las cosas, con mucha rabia, destilando veneno y haciendo como que aquí no pasó nada. Si lo que viene ahora es un fallo en contra de su ridículo invento, no le queda otra salida.

- Vergüenza debería darle.

- Creo que Juancito jamás sintió eso y está crecídito como para aprender ahora.

- Los chicos ya duermen, es tarde ¿Nos acostamos?

- ¿Cómo la primera vez en la costa?

- ¡Mejor todavía!

- Mirá que estoy viejito.

- ¡Vamos, tenés cuerda para rato!

La convocatoria para la teleconferencia fue notificada en tiempo y forma. Tendría lugar unos diez días antes de la fecha tope. Algunos debieron madrugar, para otros era ya tarde en la noche, pero nadie faltó a la cita que les permitiría enterarse del veredicto que fue unánime, la representación argentina no sufriría cambio alguno.

Juancito corrió la suerte del jugador de truco que desafiante, aparentando manejar cartas ganadoras, canta envidia con veinticuatro, pero es atrapado, pues los adversarios no se dejan engañar, aceptan el reto y ganan fácilmente la mano. No tuvo dudas ni vaciló ante su segunda derrota en poco tiempo, terminó yéndose al mazo, tal como Alberto lo había intui-

do. Y a continuación huyó hacia delante.

Viajó al norte para disfrutar de su posición y concurrió a cuanta reunión pudo. Pero se acentuó su tendencia a beber más de la cuenta y esto lo condujo a tener dificultades, tanto sociales como personales.

En la lejana Argentina otras eran las preocupaciones.

- Pasó de todo, pero los milicos no dijeron ni mu.

- Es extraño, pero un buen síntoma. Creo que es la primera vez en mi vida que no tengo idea de los nombres de los comandantes de las tres fuerzas.

- Después de tanto alboroto el país tiene un nuevo presidente y nosotros optamos por él.

- ¿Qué diferencia habrá entre este que viene de tan lejos y los anteriores? Aquel que elegimos y duró tan poco tiempo, nunca estuvo a la altura de sus responsabilidades, siguió ciegamente el camino hacia el abismo, y los que lo sucedieron en una calesita infernal... nada, mejor ni acordase.

- A todos esos los padecimos.

- No me interrumpa estimada contadora Leonor Costa, yo sugerí que lo votáramos. ¿Había acaso otra forma de intentar salir del pantano?

- ¿Por qué ahora escogimos a un desconocido? Bizco para colmo.

- La mujer está buena y le sobra polenta.

- Cuando eran pendejos pensaban como vos ¿Por eso les tenés simpatía?

- Veremos, en la cancha se ven los pingos.

- ¡Así que te gustan las minas con carácter!

- Hay una que me tiene embobado, con esa me basta y sobra.

- ¿Querés zafar? Dame un beso.

Se besaron con ternura. Como tantos argentinos Leonor y Alberto comenzaban a escrudiñar el desempeño del nuevo mandatario, un enigma para la mayor parte de sus compatriotas.

Contando con un nada despreciable estipendio, la situación económica de Juancito era, por el momento holgada, sobre todo si tenemos en cuenta que seguía siendo portavoz de los intereses de Compact, la que sabía retribuir generosamente los servicios que se le prestaban. Todo estuvo previsto en Boston, el sitio era cómodo y hasta suntuoso, también contarían con secretarías y auxiliares que se encargarían de los detalles. La organización era una máquina aceitada, silenciosa y eficaz, cosa que él pudo comprobar algunas semanas antes del día de la inauguración, cuan-

do efectuaron un simulacro.

Hasta aquí llegamos, espoleados por la curiosidad. Entramos en esta historia, deslumbrados por la majestuosidad del acto inaugural del Congreso Internacional de Gastroenterología y debemos admitir que, a raíz de aquella fiel descripción, nos pareció ver en Juancito a su estrella indiscutida. Sin embargo, al ir conociendo detalles respecto al personaje que habíamos tomado como figura central y héroe, este nos defraudó ¿Cuántas veces la vida nos ha deparado parecidas desilusiones? No hay mal que por bien no venga, apreciar los hechos tal cual han ocurrido no debe irritarnos, antes bien, debería reconfortarnos el haber desenmascarado al que nos embaucó. Durante el desarrollo del encuentro, las febriles y exitosas sesiones que tuvieron lugar esos cuatro días, la presencia inicial, meramente decorativa, de ciertos políticos locales, las cenas de gala, el bullicio y sobre todo las discusiones científicas, no lograron ocultar ciertos detalles. De estos, el más impactante, del que Juancito no tomó nota o lo disimuló con gran eficacia, fue que ningún argentino se hizo presente en Boston. Su antiguo maestro el Profesor Brissard de Lyon, así como los conocidos del prestigioso hospital francés donde había recibido su primera formación, es decir, los veteranos y también los de su generación, evitaron hasta donde les fue posible, todo contacto con él. También su compinche de tantas batallas, Lucien Prêtre, lo eludía con la habilidad digna de un ofidio. Juancito actuaba como si ignorase que las cosas a su alrededor eran ceremoniosas, elegantes, afectadas de solemnidad y de un derroche de hermosas palabras circunstanciales, pero nada más que eso. Disimulaba con ahínco y fervor, el untuoso vacío que afectaba su relación con la mayoría de los concurrentes.

Ningún asistente tuvo duda alguna, había sido en verdad un congreso exitoso, uno de los mejores de los últimos tiempos. Todos sacaron provecho de los debates, había valido la pena estar presentes y como suele suceder, se intercambiaron opiniones que sin duda llevarían a una mejor atención de los pacientes. Sin embargo, tal como acontecería con un conjunto musical maravilloso que, debiendo soportar a un ocasional director carente de talento, consigue sobreponerse con eficacia a tal falencia, el congreso parecía haber sido un suceso desvinculado de la persona de su presidente, salvo en lo atinente a la organización. La última noche, después de recibir los saludos de rigor, se lo veía agotado, pero al parecer radiante, convertido

en un curioso remedo del padre de la novia cuando agoniza el casamiento. De pronto se encontró solo en la puerta del salón, por lo que comenzó, lentamente, a dirigirse hacia el departamento que ocupaba en el hotel. Ahora todo le parecía extraño, sentía que estaba pisando algodones. En el dormitorio pidió un whisky con hielo y sin quitarse la ropa, en cuanto lo trajeron lo bebió apresuradamente, antes de acostarse poseído por la extenuación. Luego se sumergió en una ensoñación que le permitió comenzar a fantasear con un posible porvenir relacionado con la política. Sólo tenía que fijarse el nuevo objetivo y sin dificultad alguna, reiniciar la rutina. Se fue relajando acariciando la idea recién concebida. Podría comenzar con un acercamiento a los círculos sociales de su provincia, frecuentar allí a los personajes convenientes, tantear el ambiente y después decidir. Como no estaba afiliado a ningún partido, tenía tiempo de sobra para elegir “Los conservadores están un poco pasados de moda, tengo que optar entre radicales o peronistas”-pensó, mientras se adormecía tratando de recordar los nombres de algunos dirigentes.

A partir de ese momento cumplió formalmente sus funciones, sin preocuparse demasiado por las intrigas palaciegas que habían sido su obsesión durante tantos años. Esto le permitió evitar conflictos y gozar placenteramente del poder que todavía ostentaba. Sin embargo, y a pesar de que nadie cuestionaba su posición, *Compact* y las demás grandes empresas con las que se había relacionado, iniciaron un lento enfriamiento del hasta entonces estrecho vínculo. Operación cumplida con tanta delicadeza y elegancia que en ningún momento dejó de parecer un hecho totalmente natural. Un solo contratiempo perturbaba su consciencia: el total aislamiento al que lo habían condenado sus compatriotas. Vanos fueron sus intentos por rehabilitar las relaciones, limitadas ahora al mínimo saludo formal.

Tiempo después decidió arriesgarse, de paso por Buenos Aires asistió a una de las concurridas reuniones en el hospital Udaondo. Su presencia fue ignorada, nadie le prestó atención, salvo algún esporádico, silencioso y frío apretón de manos. Se retiró al finalizar las discusiones; sólo había cosechado humillación e impotencia.

Alberto había quedado sorprendido cuando lo divisó en las primeras filas del anfiteatro, mas, superando el desconcierto inicial, logró no tomarlo en cuenta, no insinuó el menor saludo. Sólo su semblante evidenció

cierta tangible tensión.

Habló del asunto en cuánto pudo estar a solas con Leonor en su casa.

- ¿A que no sabés quién vino hoy al ateneo?

- ¿Alguien importante?

- ¡Un gran personaje!

- ¡Juancito!

- Sí.

- Te noté medio raro cuando llegaste.

- No es para menos, fue muy incómodo.

- ¿Lo saludaste?

- No, creo que eso hubiera puesto peor las cosas. Estuvo todo el tiempo escuchando con aparente atención, pero no abrió la boca.

- ¡Qué iba a decir ese!

- En ningún momento se me acercó.

- Se lo ganó. Te convidó con unos mates y algo fuerte ¿Qué preferís?

Aliviado -Una copita de ginebra, la botella está en la repisa.

- Es el momento, hasta ahora la tuvimos como adorno, vamos a estrenarla pero yo solo mojo la lengua.

- ¿Cómo te fue en la oficina?

- Pura rutina.

La vida siempre prosigue, tenaz y obstinada. Cambia, se amolda, saca de la galera formas nunca vistas que hasta lucen extravagantes, paradoja que puede llegar a ocultar la recóndita finalidad que la anima: la adaptación. Los humanos no somos la excepción a esta regla de oro.

Hacía pocos años que el Equipo Argentino de Antropología Forense había identificado los restos de Jorge, hallados junto a los del padre Carlos y otras víctimas, en los fondos de una casa usada como centro clandestino de detención, en los ya lejanos tiempos de la dictadura. Pedro e Irene, que jamás habían abandonado la esperanza de conocer el destino de Marta y el del posible nieto, habían sepultado a Jorge en el cementerio de Mendoza, acompañados de familiares y amigos, Federico y Marcela Castelucci entre ellos. Hacía un tiempo que habían fallecido los padres de Marta, ellos fueron privados de presenciar la modesta, pero en alguna medida reparadora ceremonia. A pesar de los años, Irene, que no había cejado en la búsqueda, usaba ahora las facilidades de internet para mantener contacto permanente con la organización de las abuelas. Ninguna de

ellas había abandonado la esperanza de hallar a los niños arrebatados a sus familias por los delincuentes de uniforme y ella publicaba cada año, en una fecha aproximada a la del posible nacimiento, avisos en los periódicos con la foto de su hijo y su nuera, suplicando algún dato acerca del chico/a presuntamente robado. Por esos tiempos se habían reiniciado los juicios por la desaparición de personas. Ahora, esas atrocidades eran consideradas por la justicia delitos de lesa humanidad, imprescriptibles. En muchos casos nuevos y jóvenes jueces, libres de toda sospecha de vínculo alguno con la ruindad de aquellos tristes años, tomaron las investigaciones a su cargo. Las declaraciones de cientos de testigos, posibilitaron la detención y posterior condena de docenas de culpables. No obstante, el pacto de silencio sellado entre los involucrados, trascendieron detalles antes ignorados. Los nietos buscados por abuelos u otros familiares accedían a la adultez y algunos de ellos que dudaban sobre su filiación o que se sabían adoptados, se presentaban a la justicia para conocer su origen.

Una nublada tarde de invierno, Pedro se sorprendió al recibir la visita del director del diario donde había trabajado.

- ¿Qué sorpresa Julián? No me avisaste que venías.

- ¿Está tu señora en casa?

- Sí, pero... ¿Para que la necesitas, pasa algo?

- Llámala, por favor, tengo que explicarles algo.

No hizo falta, ella, que estaba recostada en la cama y había escuchado el timbre, se dirigió al living cuando oyó que su marido hablaba con alguien.

- Hola Irene, ¿cómo está?

- Sorprendida por su visita. Siéntese por favor.

Una vez acomodados, Pedro se dirigió al recién llegado -¿Qué pasa Julián?

- Llamaron desde Buenos Aires al diario porque te buscaban, Pedro. Ahora va a sonar el teléfono, les pedí que esperen hasta que yo esté con ustedes, no podían ubicarte.

- ¿Quién?

- Un Juez Federal... se llama Rogelio Miralles.

- ¿Qué ocurre?

Sonó el teléfono, Pedro, vacilando atendió.

- ¿Hablo con la casa de la familia Salvatierra?

- Sí.

- ¿El señor Pedro Salvatierra?

- Soy yo.

- Señor Salvatierra, soy Eugenio Castellanos, secretario del Juez Federal Miralles, le pido que viaje lo antes posible a esta capital en compañía de su señora y que me dé, si los tiene, los teléfonos de Federico y Marcela Castelucci.

Totalmente conmovido- ¿Cuál es el motivo?

- Le pido mil perdones, pero no puedo adelantarle ningún otro dato. Le doy el número del juzgado y el de mi celular, para conocer el día y la hora del arribo de ustedes a esta ciudad. Anótelos por favor.

Le temblaba el pulso, tuvo que dictarle los números a Julián quien los escribió en su agenda. A continuación, consultó en la suya y satisfizo el pedido del secretario.

- Espero su llamada.

- Sí, pierda cuidado. Gracias doctor.

De los ojos de Irene comenzaron a caer las lágrimas.

Julián, que no podía refrenar su inquietud, preguntó intrigado.

- Le diste otros números.

- Son los de los hermanos de Marta.

- ¿Los hermanos de Marta?

- Sí.

- Démelos por favor, voy a tratar de localizarlos ya mismo.

Era evidente que se trataba de alguna noticia relacionada con el hijo de Marta y Jorge. Decidieron viajar en el primer avión del día siguiente. Una vez localizados Federico y Marcela, convinieron en que Julián y Federico reserven los pasajes para los cuatro. Después Federico, desde su estudio, informó al Dr. Castellanos.

- ¿Viejo, vos crees que vamos a conocer a nuestro nieto?

- Si fuera algo relacionado con Marta los hubieran contactado primero a ellos y después a nosotros. Las abuelas tienen nuestros datos, nunca pensamos en avisar que ya no trabajo en el diario y desconocían el teléfono de casa. No puedo creerlo, todo me parece irreal. Tenemos que tratar de calmarnos, mejor nos acostamos.

- ¿Cómo será?

- Abrásame Irene y nos quedamos quietitos, no hay palabras para esto.

Juntemos fuerzas para lo que nos espera.

No había amanecido cuando los cuatro se encontraron en El Plumerillo, Julián había llevado a los abuelos. Las ojeras y los rostros desencajados denunciaban la insomne víspera y la ansiosa expectativa.

Llegaron con demasiada anticipación al juzgado de la calle Talcahuano, sólo estaba el personal de limpieza. Decidieron esperar en el bar de la esquina. Cuando retornaron, un empleado les comunicó que ya se encontraba el secretario. El Dr. Castellanos los recibió afectuosamente, se aseguró la filiación de cada uno, solicitó los documentos y procedió a llenar personalmente algunos formularios, para pedirles a continuación que los firmen.

Finalizado el trámite debieron aguardar, la espera se les hizo interminable, hasta que apareció en el sitio un abogado todavía joven que se presentó, era el juez Rogelio Miralles. El magistrado los hizo pasar a su despacho. Una vez que hubieron tomado asiento, el juez tomó en sus manos y abrió un expediente que se hallaba sobre su escritorio, mientras les decía que tenía una buena noticia para los cuatro. Ellos quedaron petrificados. Sin más preámbulos, les informó que un muchacho que tenía dudas respecto a su origen se había presentado hacía un tiempo en el juzgado, acompañado por una integrante de las Abuelas de Plaza de Mayo. Era el único hijo, presuntamente legítimo, de un teniente coronel retirado del ejército que había revistado como capitán con destino en Mendoza en 1976 y 77. Hacía algunos años, durante una discusión familiar, un pariente había deslizado la posibilidad de que el joven fuera un hijo adoptivo. Desde entonces lo carcomía la duda y ahora, impulsado por su novia y un amigo, había concurrido a la sede de Abuelas. Ellas lo guiaron hasta el Banco Nacional de Datos Genéticos, allí habían podido determinar con certeza que se trataba de su nieto y sobrino.

Inmóviles escucharon esas palabras, sólo las lágrimas evidenciaban el asombro que los sacudía.

- Ya los he puesto al tanto. ¿Tienen algo que agregar, quieren conocerlo?

Irene, con voz entrecortada se adelantó al resto.

- Sí, lo antes posible.

Cumpliendo con la formalidad el juez esperó el consentimiento de todos, luego abandonó el sillón de su escritorio para dirigirse a una puerta

lateral e hizo pasar a un individuo de unos treinta años. Por unos segundos miraron, emocionados y confundidos, al recién llegado, mientras se ponían de pie. Esta vez Pedro tomó impulso, se adelantó y abrazó a su nieto que, como todos, lloraba sin vergüenza alguna. Después de los besos y los abrazos nadie atinaba a hablar, pero se miraban como queriendo hurgar, más allá de cualquier palabra, el misterio que el otro escondía. Entonces el Dr. Miralles les rogó que volvieran a tomar asiento. Con el ambiente un poco más tranquilo, les hizo saber que José María había sido objeto de un grave delito al haberse falseado sus datos. Además, les informó que, luego de un tiempo, podía ejercer el derecho de portar el apellido de su verdadero padre y cambiar su nombre. Agregó que, con la ayuda de un psicólogo, había recibido toda la información que se disponía, respecto a la suerte corrida por sus progenitores, y que se había mostrado deseoso de conocer a su legítima familia. Al día siguiente los medios daban la noticia de la recuperación de otro nieto y que su falso padre había sido arrestado para someterlo a juicio. La que había oficiado de madre engañadora había muerto. Enterado de estos sucesos Juancito recordó a sus antiguos amigos y pensó-“lo práctico hubiera sido dejar las cosas como estaban”.

Unos años después, al tiempo que se quitaba el abrigo, Alberto ingresó aliviado a su casa, dispuesto a relajarse luego de un día agotador.

- Hola mi amor.

- Hola, ¿cansado?

- La reunión en la Facultad se prolongó y tuve mucho trabajo en el consultorio. No debería quejarme por eso. Nos vendrían bien unos días de relajo... - ¿Problemas en el estudio? Se te ve preocupada.

- Alguien te llamó hace un rato.

- ¿Quién?

- Empezó hablando en francés y terminamos en inglés básico. Se llama Justine.

Por un instante la serenidad recién ganada pareció abandonar el rostro de Alberto.

- No puede ser otra, la pareja que dejó Juancito en Lyon, ¿está aquí?

- Sí, anoté el teléfono del hotel. Después de tanto tiempo vas a tener noticias de Claire.

Por un instante quedó pensativo mirándola.

- La llamo.

Leonor lo dejó solo en el living, pero desde la cocina no pudo dejar de escuchar la conversación, de la que apenas comprendía palabras sueltas. De pronto él le habló sin cortar la comunicación.

- Es ella, vino con el marido. Me gustaría que me acompañes mañana a la noche, los invito a cenar.

- ¿En qué idioma?

- Nos arreglamos con el inglés.

- Bueno.

Cortó la comunicación. Se dirigió al dormitorio para ponerse cómodo y quitarse los zapatos. Como siempre que sus horarios se lo permitían, fue a la cocina dispuesto a ayudar a preparar la mesa para la cena y charlar con Leonor.

- ¿Qué sentís? Vas a tener un encuentro inesperado.

- Totalmente, han pasado casi treinta años. En mi recuerdo ella sigue siendo muy fresca, linda y absolutamente enamorada de Juancito.

- ¿Qué le veía?

- Las relaciones de pareja son un misterio. Sufrió mucho cuando comprendió que lo había perdido.

- ¿Tendrá clara la suerte que tuvo?

- Imposible saberlo. Después de ese traumático final no creo que se hayan vuelto a comunicar. Debe estar enterada de sus éxitos científicos.

- Éxitos puede ser pero, ¿científicos?!

- Mañana develaremos ciertos misterios que, doy por sentado, nos intrigan a los cuatro. Los llevaremos a una buena parilla, los europeos enloquecen con los bifés.

- ¿Estás conmovido?

- Raro, por supuesto que me gustaría saber de Claire. Tengo hambre.

- Ya mismo llamo a los chicos.

Alberto no tuvo dudas, era Justine la señora que divisó en el hall del hotel.

- Ahí está.

Tomó a Leonor del brazo y enfilaron hacia la pareja. Se miraron unos segundos dejando traslucir dudas y sorpresa. Luego ya sonriendo se abrazaron efusivamente. Si bien las presentaciones utilizaron el francés, Alberto aclaró que Leonor no podía seguir la conversación y desde ese

momento hablaron en un inglés aceptable. Edouard era alto, lucía un vientre algo prominente y parecía muy contento con el encuentro. Aceptó con muestras de entusiasmo ser llevado a un restaurant alejado de la zona turística de la ciudad, frecuentado por comensales locales, un lugar donde se podrían saborear platos a base de la mejor carne. Se dirigieron al auto casi sin hablar, se los notaba algo cohibidos. Las preguntas surgieron apenas partieron.

- ¡Que sorpresa! ¿Cómo me ubicaste?

- Sos un profesor conocido, te busqué en *Google*. Luego revisé trabajos tuyos hasta que ubiqué uno en el que constaba tu dirección electrónica, pero no pude tomar la decisión de escribirte. En cuanto llegamos y me encontré en esta hermosa ciudad no tuve dudas, consulté, ubiqué tu teléfono y aquí estamos.

- No sabés la alegría que me das, se te ve muy bien ¿Tienen hijos?

- Sí, dos varones.

- ¿Seguís viviendo en Lyon?

- Sí, Edouard es ingeniero en una planta de Renault que queda cerca, en *Villefranche-sur-Saône*. Cuenten algo de ustedes.

- Leonor es contadora, trabaja en un estudio importante y también tenemos dos hijos Juliana y Damián. Es raro que vengan a conocer el país en invierno.

- En realidad me enviaron a visitar la planta de Córdoba, la tarea me llevará una semana. Decidimos viajar juntos y agregar paseos por el país. Ya sabrán que se ha vuelto popular por sus bellezas naturales -aclaró Edouard.

- ¿Tienen todo organizado?

- Sí, además de Córdoba, estaremos en el sur y si es posible, trataremos de esquiar, luego Tierra del Fuego... más lejos y más frío. Nos repondremos visitando las Cataratas del Iguazú, de allí volaremos a San Pablo en Brasil y luego a casa.

- Fantástico.

Hablaron de sus hijos, de las profesiones, de la comida que, como estaba previsto, entusiasmó a los invitados, de los lugares típicos que podían visitar en la ciudad y muy por encima algo de política. Alberto se vio obligado, otra vez, a contar la lejana odisea que lo había compelido a escapar del país. Por iniciativa de él, quedaron en salir nuevamente el viernes siguiente para presenciar un espectáculo de tango. El excluido pasado

sobrevoló los ánimos, pero no fue mencionado.

Alberto invitó a Justine a almorzar aprovechando una jornada que Edouard dedicaría a un encuentro con responsables locales de la empresa. Leonor se veía más relajada cuando quedaron solos en el auto.

- ¿Intrigado por la historia que siguió a tu partida?

- No puedo negarlo.

- ¿Las noticias que recibas pueden afectarnos?

- No veo porqué.

- ¿La procesión irá por dentro?

- Sin llegar al drama, no tengo dudas de que no podremos obviar las novedades, sería absurdo intentarlo. Nada te voy a ocultar. Es como si en una esquina, por sorpresa, te encontrás de buenas a primeras con Agustín, y después me lo contás. Si este tipo de hechos fortuitos son capaces de cambiar seriamente nuestra relación, es porque algo ya andaba mal, y no creo que sea el caso.

Detenido en el semáforo él le acarició el muslo y ella apoyó la mano izquierda en la suya.

Dos días después, Alberto esperaba a Justine, había llegado con cierta anticipación. Ella apareció puntualmente en la puerta del ascensor. Él se acercó decidido y le besó la mejilla, gesto que fue correspondido.

Los dos sonreían.

- ¡Qué emoción verte!

- Sí, esto es fuerte, parece mentira después de tantos años.

- Y tantas cosas que pasaron en nuestras vidas.

- ¿Qué comida preferís?

- Algo liviano, no más carne por favor. ¿Ustedes la comen diariamente?

- El asado es nuestro plato nacional, pero podemos ofrecer todo tipo de manjares.

- Pastas entonces.

- Bueno, te llevo a un restaurant que las prepara mejor que en la misma Italia.

- Estupendo.

En el trayecto hasta Palermo Viejo hablaron de las bellezas de la ciudad, de la agradable sorpresa que ella y Edouard se habían llevado.

- La realidad superó a nuestras fantasías.

- ¡Me alegro!

- Argentina parece un país asombroso.
- Conocés sólo una parte de Buenos Aires, la más amable.
- Tenés razón, sería más sensato si dijera que, por ahora, estoy encantada.

Llegaron, se acomodaron en una mesa y Justine aceptó las sugerencias de Alberto en cuanto al menú.

Quedaron un rato mirándose en silencio, serenos.

Llegó el mozo con las bebidas y brindaron por el reencuentro.

- Estoy feliz de estar aquí contigo.
- Yo también.
- ¿Qué ha sido de Juancito?
- Estamos distanciados. Doy por descontado que sabés de su exitosa carrera.

- Por supuesto. Estoy sorprendida, no lo recuerdo estudioso.

- Se manejó muy bien y sin desmayos en cuanto a las relaciones públicas. No me considero a salvo de las críticas, yo lo ayudé en sus primeros pasos. Miré para otro lado cuando aparecían sus evidentes defectos y no quise ser juez de alguien con el que creía compartir tantos dolores, sentía la solidaridad como una obligación.

- Los unían penas y nostalgias compartidas.

Parecía que iba a seguir hablando, por un instante pareció dudar.

- ¿Se casó?
- Sí, se casó y tuvo dos hijos. Después se divorció para convivir con la que había sido su ayudante.
- ¿La Dra. Sirve, verdad?
- ¡Estás enterada!
- Era coautora de muchos de sus artículos y trabajaban en el mismo hospital.

- Sí, se trata de ella. Tuvieron una hija, pero después se separaron, creo que ahora está solo.

- ¿Porqué están distanciados?

- Me insultó por mi condición de judío. Fue su respuesta en la primera ocasión en que le pedí explicaciones por alguna de sus conocidas fechorías y, además, me negué a apoyarlo en un conflicto porque sentí que su posición era indefendible. ¿Qué pasó con vos después que dejamos de vernos?

- Viví algunos años en soledad, dolorida, evidentemente acobardada,

temerosa, hasta que el destino envió a Edouard a la planta cercana a Lyon.

- ¡Lo mandó la empresa! -acotó él mientras sonreía.

- ¡Como quieras! Pero la misma recalcitrante predestinación o la casualidad, lo llevó a consultar por una indisposición, y... siguiendo con su manía, el hada milagrosa logró que ese día haya estado yo, pediatra, reemplazando a un clínico en la guardia y... el resto de la historia es fácil de imaginar. Encabezamos una buena familia, lo quiero mucho, nos necesitamos, no tenemos desavenencias serias. Tu mujer me gustó, -meditativos dieron otra oportunidad y la supimos aprovechar.

- ¿Qué sentís ahora por Juancito?

- A los golpes aprendemos, hace rato que asumí, claramente, todo lo que me engañé con él. El tiempo enfrió mis sentimientos y me ayudó a ver las cosas en perspectiva; ¿a vos te pasó algo lejanamente parecido?

- ¿Qué sabés de Claire?

- Alguna vez nos encontramos, la última en un concierto en la catedral. Hace años que falleció la abuela, tenía casi cien. La madre padece un cuadro senil, cuando no pudo tenerla más en su casa, se vio obligada a internarla en un geriátrico.

- ¿Está sola?

- No se lo pregunté, cuando salíamos del templo era evidente que no tenía compañía, ni mencionó a nadie mientras hablamos, después la llevamos en nuestro automóvil. Sigue viviendo en la calle Bougeaud, es ahora profesora universitaria de francés s y enseña también español. ¿La extrañás?

Tardó unos segundos en hablar, la miraba fijamente.

- Extrañar no es la palabra exacta, nunca la olvidé.

- ¿Te sentís bien con Leonor y tus hijos?

- Maravillosamente, no puedo pedir más.

- Más que amarla estabas enloquecido por ella.

- En todos los sentidos.

- En las ocasiones en que nos hemos visto te ha mencionado. Lo hace con entusiasmo, le brillan los ojos, no puede disimular que tiene un hermoso recuerdo de la relación.

- Me dejó ir.

- Dejemos el pasado y brindemos por nuestro reencuentro.

- Por la buena vida.

La charla que siguió fue ganando en distensión, casi sin darse cuenta, estaban encarrilando la antigua amistad por un nuevo sendero. La salida del viernes siguiente consolidó la renovada percepción que tenía el uno del otro. Ayudados por sus parejas, perdidos en el tiempo viejos fantasmas, ubicados ahora en una geografía diferente, afloraron nuevos y vigorosos sentimientos mutuos de aprecio. Antes de despedirse los cuatro intercambiaron sus direcciones electrónicas. Luego iniciarían una relación epistolar que, a poco de andar se revelaría permanente. Pocos años después volverían a reunirse, esa vez en Europa.

Unos meses después una antigua dolencia bronquial, exacerbada por el otoño, segó la vida de la mamá de Alberto. Ésta había expresado claramente el deseo de que sus restos fueran incinerados y las cenizas esparcidas en el río infinito, mandato que el hijo cumplió acompañado de Leonor una destemplada mañana de domingo. Regresaron apenados pero serenos.

- No podemos menos que llorarla, sin embargo no debemos olvidar que tu vieja fue positiva hasta el último día. No deja de ser extraño, en un caso como este el desconsuelo puede parecer ingratitud para con la vida.

- Lo que ella acaba de perder es lo más valioso que tenemos, lo único que no tiene reemplazo -conteniendo a duras penas el llanto- Se nos van los viejos, nos han dejado un buen ejemplo. Mi mamá siempre estuvo con buen ánimo allí donde fue necesaria.

- No tengo la menor duda de que fue tu modelo.

- Puede que tengas razón, pero voy a necesitar mucho tiempo para poder verlo de ese modo.

- Es hora de ir a la casa de Juliana, los chicos nos esperan, ellos tampoco tienen consuelo.

Pocos años habían pasado desde el momento en que Juancito entregó la presidencia a su sucesor, el Dr. Toshiro Okita. A partir de ese momento, la percepción del brutal vacío que se había establecido a su alrededor, trastornó su vida. Disimulando la decadencia con demasiada frecuencia rumiaba el pasado, momentos en que lo carcomía la ira “Si serán hijos de puta, hasta ayer andaban detrás de mí como perritos falderos, el peor es Prêtre que me esquivo como si tuviera lepra...ni siquiera se toman el trabajo de aparentar”. No se engañó con ilusiones, muy a su pesar asumió que desde ese momento sólo podía esperar cierta consideración en vista de los cargos que había ocupado, nada más que formalidades.

CAPÍTULO VIII

CADA CUAL ATIENDE SU JUEGO

Reinstalado en Mendoza Juancito tomó la resolución que venía meditando. Eligió al peronismo, guardaba magníficos recuerdos de la lejana época de su militancia. Por momentos se engolosinaba, rememorando emocionado las tribunas bullentes de gente que, arrebatada, aplaudía y cantaba la marchita hasta quedar afónica. En su imaginación revivía el espíritu de los viejos tiempos, la época en que habían luchado por el regreso del general. El comienzo fue auspicioso, el recibimiento no careció de calidez a pesar de la poca concurrencia y hasta hubo quien deslizó un halago. Durante un sencillo acto en la Unidad Básica del centro de la capital provincial, estampó su firma en la ficha de afiliación y el acontecimiento se dio a conocer a la opinión pública en una breve nota difundida por la prensa local, mas no hubo multitudes ni entusiasmo. No habían dado lugar a duda alguna las palabras del presidente del comité provincial, quien se había sentido sorprendido cuando él solicitó la afiliación.

- Usted nos honra Profesor.

- Supe jugarme por la causa y eso me costó muchos disgustos y sufrimiento.

- Lo tengo muy claro.

Se felicitó por haber dado un paso apacible y bonito, pero ya sabemos que los vericuetos prácticos de la política partidaria no eran su fuerte y se sintió contrariado cuando comprendió que se vería forzado a concurrir a maratónicas sesiones sobre temas áridos que le resultaban fastidiosos.

Las cosas se presentaban bien diferentes a sus reminiscencias, el trato era frío, burocrático. Por momentos se sentía peor que en un ateneo donde se estuviese discutiendo un tema gastroenterológico. Sin embargo, cuando el debate subía de tono y daba lugar a polémicas, se abrían para él los resquicios que le permitían ir conociendo los conflictos que se ocultaban tras las voces encendidas. Poco a poco fue entrando en clima. Con el correr de las reuniones, creyó sentirse más seguro y esto le permitía participar activamente. Lo definitivamente agradable eran las copiosas comi-

das con que culminaban las tertulias partidarias, momentos que tenían el ingrediente de facilitarle el trato fraterno con los individuos que gravitaban en el movimiento. Pronto su figura resultó familiar para los infaltables activistas que concurrían asiduamente a tales citas. Unos meses después, senadores y diputados aceptaban gustosos sus propuestas para un café, una cena o un trago. Con toda naturalidad había pasado de las altas esferas científicas a este otro escenario donde se sintió, por un tiempo, contenido y satisfecho. Por el momento eran la oposición, no podía aspirar a obtener un cargo público, sí a una banca en el congreso provincial, pero, a la hora de la verdad, es decir de las candidaturas, se vio en dificultades. El camino estaba obstruido por militantes que de ningún modo parecían dispuestos a soltar la presa para que la disfrute un recién llegado. Sus antecedentes, su infaltable presencia en los encuentros, sus intervenciones fervorosas expresadas con palabras concluyentes, tanto convite a cenas o a compartir un café, no parecían bastar para ser tenido en cuenta a la hora de repartir los beneficios. Después de mucho insistir, y malgastar tiempo y dinero, sólo logró que le ofrecieran incorporar su nombre como candidato a concejal por la capital provincial. Superado el impacto, su sorpresa e indignación lo llevaron a presentar la renuncia-“¿Cómo voy a competir por un puesto tan bajo con pendejos que nadie conoce, que leyeron en algún libro lo que yo viví?”. Si alguna expectativa tenía, el gesto no conmovió a nadie. Cándidamente había caído en la boca del lobo, muchos políticos eran demasiado parecidos a él, casi como sus hermanos gemelos. Y bien sabido es que los polos afines se repelen.

Después de este traspíe, el tiempo comenzó a deslizarse sin que un Juancito ya maduro encontrara metas, proyectos, horizontes hacia los que canalizar sus aspiraciones.

Muy a su pesar, carente de otra actividad, su obligación cotidiana se redujo a la concurrencia al hospital. No deseaba jubilarse, no se resignaba a perder ese último vínculo con la profesión, pero allí, relegado, no dejaba de sentirse incómodo. Lo enervaba sobremanera que todas las consultas fueran derivadas a Florencia. Desde que ella se había casado con otro médico, un viudo que tenía un hijo pequeño, la poca atención que había brindado Juancito a Ana, se transformó en un total desapego lindante con el abandono, su rol de padre se disipó. Pretendió tomar como naturales, es decir negarlas, las nuevas condiciones que la vida le deparaba. Su exis-

tencia se había reducido a una rutina sosa. Sin necesidades económicas, respaldado con holgura por los ahorros que había acumulado en sus años de gloria y la porción nada despreciable de la herencia que sus padres dejaron, no desarrollaba fuera del hospital tarea alguna. Habiendo quedado sus amistades reducidas al ámbito de los que siempre habían sido sus compañeros en las juergas y como éstos constituyeron su último, obligado refugio; con semejante compañía su afición al alcohol se incrementó. Al cabo de pocos años nuestro héroe se convirtió en uno de los borrachos más populares del centro de Mendoza, el que convidaba a tirios y troyanos a sus libaciones que a veces se prolongaban hasta la madrugada. Valiéndose de un último resto de conciencia, jamás bebía antes de la media tarde, por lo que su comportamiento, de desempeño no podemos hablar, era en el hospital lo suficientemente comedido como para disimular esa otra parte deleznable de su vida.

Un buen día se vio obligado a iniciar los trámites de la jubilación y cuando ésta se concretó, sintió alivio; mas el final del papeleo administrativo que selló el fin de su relación de dependencia con el hospital, fue el golpe de gracia. El carecer de cualquier obligación o a la sumo, algún motivo de distracción, terminó siendo su condena y abrió el camino a su definitiva degradación.

Llegó el momento en que las circunstancias determinaron que los dos hijos mayores, secundados por Ana, debieran hacerse cargo de la asistencia de un padre afectado de cirrosis hepática. Los hijos, experimentando confusos y contradictorios sentimientos, no lo abandonaron. El espectáculo de su progresivo deterioro físico y la afección mental que lo acompañaba, tensaron al máximo el temple de los jóvenes que, apoyados por sus madres y la compañera de Juan (h), soportaron con estoicismo los delirios que lo transportaban a ese pasado majestuoso, pleno de supuestas dichas y colmado de honores.

Mientras se barajaba la posibilidad de un trasplante o lograr la regeneración del órgano por la acción de alguna milagrosa célula madre, la existencia de Juan Correa Laguzzi se extinguió bruscamente una plácida tarde. Ironía del destino, había partido víctima de una enfermedad desatada por sus excesos, pero que en el torbellino de sus ambiciones había desatendido; nunca se había ocupado de ella en las estadísticas que jalona-ron su carrera. Casi olvidado en el ambiente que lo había tenido como su

máximo representante, el triste final podía haber pasado totalmente desapercibido si Florencia, entristecida y agobiada, no hubiese informado a Alberto. Éste apagó el celular, apuró las entrevistas con los pocos pacientes que aun aguardaban en el consultorio y partió rumbo a su casa.

- ¡No te esperaba tan temprano! ¿Pasó algo?

- Me llamó Florencia, falleció Juancito.

- ¿Sabías algo de él?

- No, estaba retirado. Hace años que no tengo noticias.

- ¿De qué murió?

- Parece que últimamente tomaba mucho, para ser claro vivía en pedo. Murió por una hemorragia esofágica, complicación de la cirrosis. Suena extraño, pero quisiera ir al entierro que es mañana a la tarde.

- No lo entiendo bien... pero son tus sentimientos. Si eso es lo que querés... hazlo. Tendrías que reservar un lugar en el primer vuelo de mañana. ¿Regresás el mismo día?

- Sí.

- Ocupate de los pasajes. Preparo un mate, así nos relajamos un poco antes de cenar.

Pasó una mala noche. Se levantó con mucho cuidado para no despertar a Leonor, tomó una ducha, se afeitó, y se vistió en otra habitación. Poco después estaba contemplando un bello amanecer brumoso sobre el quieto e inmenso río, mientras el avión tomaba altura. Durante el viaje logró no cuestionarse los motivos que lo habían animado a ceder a aquel imprevisible impulso. Lo que no pudo evitar fueron los recuerdos. Mientras contemplaba las nubes que parecían inmóviles debajo de la ventanilla, distinguía a Henry sorprendiéndolo con la noticia de que allí, en el hospital, trabajaba un compatriota.

Florencia se asombró al verlo llegar a la escasamente concurrida sala del velatorio, estaba ella con los tres hijos del difunto y algún amigote de este.

- ¡Alberto qué sorpresa!

- No pude dejar de venir.

- No sabés cuánto te lo agradezco. Te presento a Juan, Daniela, Ana; él es el Dr. Liberman que trabajó con papá en Lyon.

- Gracias por acompañarnos -le dijo un compungido Juancito.

“Este debe ser parecido a la madre pensó Alberto, la hermana es Juan-

cito con rasgos femeninos y Ana parece la hermanita menor de Florencia”. Se acercó al féretro y miró por última vez a su antiguo amigo que exhibía en su rostro, abotagado y pálido, los estragos de la enfermedad. Al rato llegaron Alicia y su marido. Todos, a pesar de no entender bien su presencia en vista del distanciamiento de los últimos años, lo saludaron con afecto. Después del entierro Florencia y su esposo lo llevaron al aeropuerto.

- Te llamé porque por un momento creí que, a pesar de todo, debía avisarte. No se me pasó por la cabeza que vinieras.

- No lo pensé demasiado.

- Quizás fue necesario para vos, si te hizo sentir mejor es comprensible. Les hiciste un tremendo bien a los chicos, y a nosotros también. De los extraños que pulularon en el velorio, fuiste el único rescatable.

- ¿Los hermanos o los sobrinos se dejaron ver en algún momento?

- No.

- Aunque me comunico con conocidos de Lyon, la relación con él tenía un ingrediente muy especial.

- En el ambiente todos sabíamos que estaban enemistados desde hacía unos cuantos años.

- Ese último período no tiene el valor que tuvo en mi vida el tiempo del exilio.

- El que hayas estado hoy aquí habla muy bien de vos.

Se abrazaron y Alberto se dirigió a la puerta de embarque. Con el tiempo se encontrarían, pero no volverían a hablar de Juancito.

Ya de regreso le comunicó la novedad a Justine que fue muy escueta en su respuesta.

De un modo extraño la hipocresía ajena logró lo que la dictadura no consiguió. Una persona sumamente requerida y relacionada en diversos ámbitos en tiempos no tan lejanos, no fue recordada, su muerte no se mencionó. Tanto vacío lo convirtió, ironía del destino, en un singular desaparecido.



EDITORIAL

COLECCIONES

Autores Hoy

Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Fichas para el Siglo XXI